

VOLTAIRE

Novelas y cuentos

La princesa de Babilonia.....	6
<i>Prólogo: El problema de la fidelidad en los tiempos heroicos.....</i>	<i>6</i>
<i>I.....</i>	<i>6</i>
<i>II.....</i>	<i>12</i>
<i>III.....</i>	<i>13</i>
<i>IV.....</i>	<i>16</i>
<i>V.....</i>	<i>23</i>
<i>VI.....</i>	<i>25</i>
<i>VII.....</i>	<i>27</i>
<i>VIII.....</i>	<i>28</i>
<i>IX.....</i>	<i>31</i>
<i>X.....</i>	<i>33</i>
<i>XI.....</i>	<i>37</i>
Cándido o el optimismo	44
<i>I. De cómo Cándido fue criado en un hermoso castillo y de cómo fue arrojado de allí</i>	<i>44</i>
<i>II. Qué fue de Cándido entre los búlgaros</i>	<i>45</i>
<i>III. De cómo se libró Cándido de los búlgaros, y de lo que le sucedió</i>	<i>46</i>
<i>IV. De qué modo encontró Cándido a su maestro de filosofía, el doctor Pangloss, y de lo que a éste le aconteció</i>	<i>47</i>
<i>V. Tormenta, naufragio, terremoto, y lo que le sucedió al doctor Pangloss, a Cándido y a Jacobo el anabaptista</i>	<i>48</i>
<i>VI. De cómo se hizo un magnífico auto de fe para impedir los terremotos y de los doscientos azotes que pegaron a Cándido</i>	<i>49</i>
<i>VII. De cómo una vieja cuidó a Cándido y de cómo éste encontró a la que amaba</i>	<i>50</i>
<i>VIII. Historia de Cunegunda</i>	<i>50</i>
<i>IX. Qué fue de Cunegunda, de Cándido, del Gran Inquisidor y de un judío</i>	<i>52</i>
<i>X. De la triste situación en que Cándido, Cunegunda y la vieja llegaron a Cádiz y de cómo se embarcaron para América</i>	<i>52</i>
<i>XI. Historia de la vieja</i>	<i>53</i>
<i>XII. Prosiguen las desgracias de la vieja</i>	<i>55</i>
<i>XIII. De cómo Cándido tuvo que separarse de la hermosa Cunegunda y de la vieja</i>	<i>56</i>
<i>XIV. De cómo recibieron a Cándido y a Cacambo los jesuitas del Paraguay</i>	<i>57</i>
<i>XV. De cómo Cándido mató al hermano de su querida Cunegunda</i>	<i>58</i>
<i>XVI. Qué fue de los dos viajeros con dos muchachas, dos monos y los salvajes llamados orejones</i>	<i>59</i>
<i>XVII. Llegada de Cándido con su sirviente a El Dorado y lo que vieron allí</i>	<i>61</i>
<i>XVIII. Lo que vieron en El Dorado</i>	<i>62</i>

<i>XIX. Lo que les ocurrió en Surinam y de cómo Cándido conoció a Martín</i>	65
<i>XX. De lo que sucedió a Cándido y a Martín en alta mar</i>	67
<i>XXI. De la plática que sostuvieron Cándido y Martín al acercarse a las costas de Francia</i>	68
<i>XXII. De lo que sucedió en Francia a Cándido y a Martín</i>	68
<i>XXIII. Llegada de Cándido y Martín a las costas de Inglaterra. Lo que allí vieron</i>	73
<i>XXIV. Que trata de fray Hilarión y de Paquita</i>	73
<i>XXV. Visita al señor Pococurante, noble veneciano</i>	75
<i>XXVI. De cómo Cándido y Martín cenaron con unos extranjeros y quiénes eran éstos</i>	77
<i>XXVII. Del viaje de Cándido a Constantinopla</i>	79
<i>XXVIII. De lo que sucedió a Cándido, Cunegunda, Pangloss, Martín, etc.</i>	80
<i>XXIX. De cómo encontró Cándido a Cunegunda y a la vieja</i>	81
<i>XXX. Conclusión</i>	81
Zadig o el destino, historia oriental	84
<i>Dedicatoria de Zadig a la Sultana Cheraah, por Sadi</i>	84
<i>I.– El tuerto.</i>	85
<i>II.– Las narices.</i>	86
<i>III.– El perro y el caballo.</i>	87
<i>IV.– El envidioso.</i>	88
<i>V.– El generoso.</i>	90
<i>VI.– El ministro.</i>	91
<i>VII.– Disputas y audiencias.</i>	92
<i>VIII.– Los celos.</i>	93
<i>IX.– La mujer aporreada.</i>	95
<i>X.– La esclavitud.</i>	96
<i>XI.– La hoguera.</i>	97
<i>XII.– La cena.</i>	98
<i>XIII.– Las citas.</i>	100
<i>XIV.– El baile.</i>	101
<i>XV.– Los ojos azules.</i>	102
<i>XVI.– El bandolero.</i>	103
<i>XVII.– El pescador.</i>	105
<i>XVIII.– El basilisco.</i>	106
<i>XIX.– Las justas.</i>	109
<i>XX.– El ermitaño.</i>	111
<i>XXI.– Las adivinanzas.</i>	113

El hombre de los cuarenta escudos.....	116
<i>I.– Desgracias del hombre de los cuarenta escudos.....</i>	<i>116</i>
<i>II.– Conversación con un geómetra.....</i>	<i>117</i>
<i>III.– Aventuras con un fraile carmelita.....</i>	<i>124</i>
<i>IV.– Audiencia del ministro de Hacienda.....</i>	<i>125</i>
<i>V.– Carta al hombre de los cuarenta escudos.....</i>	<i>126</i>
<i>VI.– Nuevos quebrantos procedentes de los nuevos sistemas (Fragmentos extraídos del manuscrito de un viejo solitario).....</i>	<i>127</i>
<i>VII.– Matrimonio del hombre de los cuarenta escudos.....</i>	<i>129</i>
<i>VIII.– El hombre de los cuarenta escudos tiene un hijo, y discurre acerca de los frailes.....</i>	<i>132</i>
<i>IX.– De las contribuciones que se pagan al extranjero.....</i>	<i>134</i>
<i>X.– De las proporciones.....</i>	<i>135</i>
<i>XI.– Del gálico y las bubas.....</i>	<i>137</i>
<i>XII.– Contienda reñida.....</i>	<i>140</i>
<i>XIII.– Picaro echado a la calle.....</i>	<i>141</i>
<i>XIV.– La sana razón del señor André.....</i>	<i>141</i>
<i>XV.– Una buena cena en casa del señor André.....</i>	<i>142</i>
<i>XVI.– Es así, cabalmente, como se escribe la Historia.....</i>	<i>143</i>
Micromegas.....	145
<i>Capítulo 1.– Viaje de un habitante de la estrella Sirio al planeta Saturno.....</i>	<i>145</i>
<i>Capítulo 2.– Conversación del habitante de Sirio con el de Saturno.....</i>	<i>146</i>
<i>Capítulo 3.– Viaje de los dos habitantes de Sirio y Saturno.....</i>	<i>147</i>
<i>Capítulo 4.– Lo que les sucedió en el globo terráqueo.....</i>	<i>148</i>
<i>Capítulo 5.– Experiencias y reflexiones.....</i>	<i>149</i>
<i>Capítulo 6.– Lo que les sucedió con los hombres.....</i>	<i>150</i>
<i>Capítulo 7.–La conversación que tuvieron.....</i>	<i>151</i>
El blanco y el negro.....	155
El mundo tal como va	163
Una aventura india.....	172
Historia de los viajes de escarmentado.....	173
Memnón o la sabiduría humana.....	177
Historia de un buen brahma.....	180

Los dos consolados.....182

La princesa de Babilonia

Prólogo: El problema de la fidelidad en los tiempos heroicos

Los héroes de la antigüedad, aquellos que ocuparon el discurso épico, azoraban por su valentía y su sumisión a los dioses. Sufrían, como sufren los simples mortales, pero se levantaban de su pesadumbre para torcer los designios funestos del destino. Y para conseguir lo que buscaban –un reino, una mujer, un objeto preciado– debían sortear infinitos peligros, realizar numerosas hazañas y burlarse de la muerte cientos de veces.

Los héroes de la antigüedad eran capaces de sentir los sentimientos más nobles, capaces de renegar de sus más hondas pasiones en virtud de conseguir lo que anhelaban, o de ser fieles a su objetivo.

La princesa de Babilonia es un extenso relato maravilloso que recrea las características mágicas de la Antigüedad. Voltaire, ese memorable escritor y filósofo francés del siglo XVIII que fue autor de estas páginas, debió encontrar en la Mesopotamia remota una cuna fecunda para desarrollar esta ficción que tanto parece un relato para niños, como un complejo tratado sobre la fidelidad.

La primera parte del texto donde tres reyes se disputan la mano de la princesa Formosanta sirve para poner de relieve las verdaderas características del héroe en contraposición con los rasgos de aquellos que detentan el poder. El faraón de Egipto, el Sha de las Indias y el gran Khan de los escitas son vulnerables ante la destreza y el talento de un joven desconocido que dice ser hijo de un pastor.

Luego comienza un largo peregrinaje de la princesa detrás de este mancebo, Amazán, cuyo amor incorruptible lo lleva a rechazar a las doncellas más dignas de la tierra y a huir de ella misma por creerla infiel: "Hermosa princesa del linaje de China, merecéis un corazón que no haya sido jamás más que vuestro; he jurado a los dioses inmortales no amar a nadie más que a Formosanta, princesa de Babilonia, y enseñarle cómo se pueden vencer las pasiones durante los viajes; ella tuvo la desgracia de sucumbir ante el indigno rey de Egipto; soy el más desgraciado de los hombres; he perdido a mi padre y al fénix, y la esperanza de ser amado por Formosanta; he dejado a mi madre en la aflicción, a mi patria, ya no podía vivir ni un momento en los lugares donde supe que Formosanta amaba a otro que no era yo; he jurado recorrer la tierra y serle fiel.

Lo curioso de este sacrificio de fidelidad que se impone el héroe, es que luego de recorrer numerosas provincias, su constancia llega a la capital de los galos, y se tuercen los designios. Allí los hombres son ociosos y viven únicamente para el placer. La frivolidad y la alegría los asisten. Amazán piensa desde la perspectiva de Voltaire que "La libertad era decorosa, la alegría no era estridente, la ciencia nada tenía de engorroso, ni el genio de áspero. Se dio cuenta de que el término buena sociedad no es un término vano, aunque a menudo sea usurpado." Será en ese sitio donde Amazán olvidará su promesa y se rendirá a la belleza de una joven.

Sin embargo, es la debilidad del héroe la que lo vuelve más humano. Esta caída de Amazán no destruye su caracterización previa, la afianza. No desbarata su amor por Formosanta, lo incrementa con nuevas promesas.

Lejos de ser simplemente una fábula sorprendente sobre tiempos heroicos, *La princesa de Babilonia* desarrolla temas universales. Sin duda fue mayor en Voltaire la intención de retratar las costumbres de sus contemporáneos, que historiar los amores de los tiempos remotos.

CARLOS MACIAS

I

El anciano Belus, rey de Babilonia, se creía el hombre más importante de la tierra, ya que todos sus cortesanos se lo decían y todos sus historiadores se lo probaban. Esta ridiculez podía

disculpársele porque, efectivamente, sus antecesores habían construido más de treinta mil años atrás Babilonia y él la había embellecido. Se sabe que su palacio y su parque, situados a algunas parasangas¹ de Babilonia, se extendían entre el Éufrates y el Tigris, que bañaban estas riberas encantadas. Su vasta mansión de tres mil pasos de frente se elevaba hasta las nubes. Su plataforma estaba rodeada por una balaustrada de mármol blanco, de cincuenta pies de altura, que sostenía las estatuas de todos los reyes y todos los hombres célebres del imperio. Esta plataforma, compuesta de dos hileras de ladrillos recubiertos por una espesa capa de plomo de una extremidad a la otra, soportaba doce pies de tierra y sobre esta tierra se habían sembrado bosques de olivos, de naranjos, de limoneros, de palmeras, de claveros, de cocoteros, de canelos, que formaban avenidas impenetrables para los rayos del sol.

Las aguas del Éufrates, elevadas por medio de bombas dentro de cien columnas huecas, llegaban a esos jardines para llenar vastos estanques de mármol y, cayendo luego a otros canales, iban a formar en el parque cascadas de seis mil pies de largo y cien mil surtidores cuya altura apenas podía percibirse, luego volvían al Éufrates, de donde habían partido. Los jardines de Semiramis, que asombraron al Asia varios siglos después, no eran más que una débil imitación de estas antiguas maravillas: porque, en el tiempo de Semiramis, todo comenzaba a degenerarse, tanto entre los hombres como entre las mujeres.

Pero lo más admirable que había en Babilonia, lo que eclipsaba todo el resto, era la hija única del rey, llamada Formosanta². Con el correr de los siglos, inspirándose en sus retratos y estatuas, Praxíteles esculpió su Afrodita y aquella que fue llamada la Venus de hermosas nalgas. ¡Qué diferencia! ¡Oh cielos, del original a las copias! Y era por eso que Belus se sentía más orgulloso de su hija que de su reino. Tenía dieciocho años: necesitaba un marido digno de ella, pero, ¿dónde hallarlo? Un antiguo oráculo había dicho que Formosanta sólo podía pertenecer a aquel que tendiese el arco de Nemrod. Este Nemrod, poderoso cazador ante el Señor, había dejado un arco de siete pies babilónicos de altura, de una madera de ébano más dura que el hierro del Cáucaso, el que es trabajado en las forjas de Derbent³, y ningún mortal desde Nemrod, había podido tensar este arco maravilloso.

Había sido dicho, además, que el brazo que tendiese este arco debía matar al león más terrible y peligroso que fuese soltado en el circo de Babilonia. Aquello no era todo: el que tensase el arco, el vencedor del león, debía derrotar a todos sus rivales, pero debía ser sobre todo muy talentoso, ser el más magnífico de los hombres, el más virtuoso, y poseer la cosa más rara que hubiese en todo el universo.

Tres reyes se presentaron osando disputar a Formosanta: el faraón de Egipto, el Sha de las Indias y el gran Khan de los escitas. Belus eligió el día y, en la extremidad de su parque, designó el lugar del combate, en el vasto espacio bordeado por las aguas del Tigris y del Éufrates reunidas. Se levantó alrededor de la liza un anfiteatro de mármol que podía contener quinientos mil espectadores. Frente al anfiteatro se hallaba el trono del rey, el cual debía aparecer con Formosanta, acompañados con toda la corte, y a derecha e izquierda, entre el trono y el anfiteatro, se hallaban otros tronos y otros sitios para los tres reyes y para todos los otros soberanos que sintieran curiosidad por venir a ver esta augusta ceremonia.

El rey de Egipto llegó primero, montado sobre el buey Apis, llevando en su mano el sistro de Isis. Lo seguían dos mil sacerdotes vestidos con ropajes de lino más blanco que la nieve, dos mil eunucos, dos mil magos y dos mil guerreros.

El rey de las Indias llegó poco después, en un carro arrastrado por doce elefantes. Tenía un cortejo aún más numeroso y más brillante que el del faraón de Egipto.

El último en aparecer fue el rey de los escitas. No llevaba tras él más que guerreros elegidos, armados de arcos y flechas. Su montura era un soberbio tigre que él había domado, tan alto como

¹ parasanga: medida persa de longitud equivale a tres leguas en Francia

² Formasanta :del latín Formosa: bella

³ En Rusia, sobre el Mar Caspio, al pie del Cáucaso

los más bellos caballos de Persia. La altura de este monarca, imponente y majestuosa, borraba la de sus rivales; sus brazos desnudos, tan nervudos como blancos, parecían tender ya el arco de Nemrod.

Los tres príncipes se prosternaron primero ante Belus y Formosanta. El rey de Egipto ofreció a la princesa los dos cocodrilos más bellos del Nilo, dos hipopótamos, dos cebras, dos ratas de Egipto y dos momias, junto con los libros del gran Hermes, que él creía eran lo más raro que existía sobre la tierra.

El rey de las Indias le ofreció cien elefantes que llevaban cada uno una torre de madera dorada y puso a sus pies el veda, escrito por la mano del mismo Xaca⁴.

El rey de los escitas, que no sabía leer ni escribir, presentó cien caballos de batalla cubiertos por gualdrapas de pieles de zorros negros.

La princesa bajó los ojos ante sus pretendientes y se inclinó con una gracia tan modesta como noble. Belus hizo conducir a estos monarcas a los tronos que les habían sido preparados.

—¡Ojalá hubiese tres hijas! —les dijo—, así haría felices hoy a seis personas.

Luego hizo echar a suerte quién ensayaría primero el arco de Nemrod. Se colocaron en un casco de oro los nombres de los tres pretendientes. El del rey de Egipto salió primero, luego apareció el nombre del rey de las Indias. El rey escita, mirando el arco y a sus rivales, no lamentó en absoluto ser el tercero.

Mientras se preparaban estas brillantes pruebas, veinte mil pajes y veinte mil doncellas distribuyeron, sin confusión, refrescos a los espectadores entre las filas de asientos. Todo el mundo confesaba que los dioses sólo habían creado a los reyes para que ofreciesen fiestas todos los días, siempre que éstas fuesen diversas; que la vida es demasiado breve para utilizarla de otra manera, que los procesos, las intrigas, la guerra, las querellas entre los sacerdotes, que consumen la vida humana, son cosas absurdas y horribles, que el hombre no ha nacido sino para la alegría, que no le gustarían tan apasionada y continuamente los placeres si no hubiese sido ya conformado para ellos, que la esencia de la naturaleza humana es el goce y que todo el resto es locura. Esta excelente moral jamás ha sido desmentida, a no ser por los hechos.

Cuando iban a comenzar aquellas pruebas que decidirían la suerte de Formosanta, un joven desconocido montado sobre un unicornio, acompañado de su valet que iba montado de la misma manera y llevaba sobre su puño un gran pájaro, se presenta ante la barrera. Los guardias se asombraron de ver en semejante compañía a una figura que parecía una divinidad. Era, como después se dijo, el rostro de Adonis sobre el cuerpo de Hércules; era la majestad junto con la gracia. Sus cejas negras y sus rubios cabellos, mezcla de belleza desconocida en Babilonia, encantaron a toda la asamblea: todo el anfiteatro se puso de pie para admirarlo mejor; todas las mujeres de la corte fijaron sobre él miradas asombradas. La misma Formosanta, que siempre bajaba los ojos, los levantó y enrojeció; los tres reyes palidieron; todos los espectadores comparando a Formosanta con el desconocido exclamaban:

—¡En todo el mundo sólo este joven es tan bello como la princesa!

Los ujieres, asombrados, le preguntaron si era rey. El extranjero repuso que no tenía ese honor, pero que por curiosidad había venido desde muy lejos para ver si existían reyes que fueran dignos de Formosanta. Se lo ubicó en la primera fila del anfiteatro, a él, a su valet, a sus dos unicornios y a su pájaro. Saludó profundamente a Belus, a su hija, a los tres reyes y a la asamblea. Luego ocupó su lugar sonrojándose, sus dos unicornios se acostaron a sus pies, su pájaro se posó sobre su espalda, y su criado, que llevaba una pequeña bolsa, se sentó a su lado.

Comenzaron las pruebas. Sacaron de su estuche el arco de Nemrod. El gran maestro de ceremonias, seguido de cincuenta pajes y precedido de veinte trompetas, lo presentó al rey de Egipto. Éste lo hizo bendecir por sus sacerdotes, y, posándose sobre la cabeza del buey Apis, no duda sobre que la primera victoria sea suya. Desciende al medio de la arena, lo intenta, agota sus

⁴ Calkya es decir Buda

fuerzas, hace contorsiones que excitan la risa del anfiteatro y que hacen sonreír hasta a la misma Formosanta.

Su capellán mayor se le acerca:

—Que su Majestad—le dice—renuncie a este vano honor, que sólo pertenece a los músculos y los nervios; triunfaréis en todo el resto. Venceréis al león, puesto que tenéis el sable de Osiris. La princesa de Babilonia debe pertenecer al príncipe que tenga mayor talento, y vos habéis adivinado los enigmas. Ella debe desposar al más virtuoso, vos lo sois, puesto que habéis sido educados por los sacerdotes de Egipto. El más generoso será quien triunfe, y vos le habéis regalado los más hermosos cocodrilos y las más hermosas ratas que se hallen en el Delta. Vos poseéis el buey Apis y los libros de Hermes, que son la cosa más rara del universo. Nadie puede disputaros a Formosanta.

—Tenéis razón—dijo el rey de Egipto y volvió a ubicarse sobre el trono.

Se colocó luego el arco en las manos del rey de las Indias, quien a causa de eso, tuvo luego ampollas en las manos durante quince días. Y se consoló suponiendo que el rey de los escitas no tendría más suerte que él.

Llegando su turno, el escita manipuló a su vez el arco. Unía la fuerza a la destreza; el arco pareció adquirir cierta elasticidad en sus manos, consiguió doblarlo un poco, pero nunca llegó a tensarlo. El anfiteatro, a quien el buen aspecto de este príncipe inspiraba inclinaciones favorables gimió ante su falta de éxito, y juzgó que la bella princesa no se casaría jamás.

Entonces el joven desconocido descendió de un salto a la arena y dirigiéndose al rey de los escitas dijo:

—Que su majestad no se sienta asombrado por no haber logrado un éxito absoluto. Estos arcos de ébano se hacen en mi país; existe una manera determinada de encararlos. Vos tenéis mucho mayor mérito por haber logrado doblarlo que el que puedo tener yo en tensarlo.

Inmediatamente tomó una flecha, la ajustó sobre la cuerda, tendió el arco de Nemrod e hizo volar la flecha mucho más allá de las barreras. Un millón de manos aplaudieron este prodigio. Babilonia resonó con las exclamaciones y las mujeres decían:

—¡Que fortuna que un mancebo tan hermoso tenga tanta fuerza!

Luego sacó de su bolsillo una plaquita de marfil, escribió sobre esta placa con una aguja de oro, ató la placa de marfil al arco, y presentó todo a la princesa con una gracia que encantaba a todos los asistentes. Luego fue modestamente a ubicarse en su lugar, entre su pájaro y su valet. Babilonia entera se sentía sorprendida, los tres reyes estaban confundidos pero el desconocido no pareció darse cuenta de ello.

Formosanta se sintió aun más sorprendida al leer sobre la plaqueta de marfil atada al arco estos breves versos escritos en lenguaje caldeo:

*Si el arco de Nemrod lanza la guerra
Aviva el de Amor la suave dicha.
Vos lo tenéis. Por vos ese dios brilla
Y vence Y torna en dueño de la tierra.
Tres reyes poderosos, rivales hoy a muerte
Pretenden alto honor: el de agradaros.
No sé cuál preferís; más ese bravo
El Universo envidiará la suerte.*

Este breve madrigal no disgustó a la princesa. Fue criticado por algunos señores de la vieja corte, que dijeron que otrora, en los buenos tiempos, se hubiese comparado a Belus con el sol y a Formosanta con la luna, su cuello con una torre, y su pecho con un celemín de harina. Dijeron que el extranjero no tenía imaginación, que se apartaba de las reglas de la verdadera poesía, pero todas

las damas juzgaron que estos versos eran muy galantes. Se sorprendieron de que un hombre que tendía tan bien el arco tuviese tanto ingenio. La dama de honor de la princesa le dijo:

–Señora he aquí mucho talento desperdiciado. ¿Para qué le servirán a este mancebo su ingenio y el arco de Belus?

–Para ser admirado –repuso Formosanta. –¡Ah! –se dijo entre dientes la dama de honor–, un madrigal más y podría ser amado. Mientras tanto Belus, luego de haber consultado a sus magos, declaró que, si bien ninguno de los tres reyes había podido tender el arco de Nemrod, no era ésta razón suficiente para que su hija no se casara, y que ella pertenecería a aquel que lograrse abatir al gran león que expresamente criaba en su casa de fieras. El rey de Egipto, que había sido educado en la sabiduría de su país, halló muy ridículo que un rey se expusiera a las fieras para poder cazarlo. Reconocía que la posesión de Formosanta era algo muy valioso, pero pensaba que si el león lo mataba no podría jamás desposar a esta hermosa babilónica. El rey de las Indias compartió el sentimiento del egipcio. Ambos llegaron a la conclusión de que el rey de Babilonia se burlaba de ellos, que debían llamar a sus ejércitos para castigarlo, que tenían bastantes súbditos que se sentirían muy honrados de morir al servicio de sus señores, sin que esto costara un cabello de sus sacrosantas cabezas, que destronarían con facilidad al rey de Babilonia y luego echarían a suerte a la hermosa Formosanta.

Habiendo llegado a este acuerdo, los dos reyes enviaron cada uno a su país una orden expresa de reunir un ejército de trescientos mil hombres para raptar a Formosanta.

Mientras tanto el rey de los escitas descendió solo a la arena cimitarra en mano. No se sentía perdidamente enamorado de los encantos de Formosanta: la gloria había sido hasta ese momento su única pasión, ella había sido quien lo había conducido hasta Babilonia. Quería que se viera que si los reyes de India y de Egipto eran lo bastante prudentes como para no comprometerse con los leones, él era lo suficientemente valeroso como para no desdeñar este combate, y que repararía el honor de la corona. Su raro valor no le permite siquiera servirse de la ayuda de su tigre. Se adelanta sólo, livianamente armado, cubierto con un casco de acero guarnecido de oro y sombreado por tres penachos de crines blancas como la nieve.

Lanzan el león más enorme que se haya criado jamás en las montañas del Antilíbano contra él. Sus terribles garras parecían capaces de desgarrar a los tres reyes a la vez, y sus enormes fauces, de devorarlos. Sus horribles rugidos hacían vibrar el anfiteatro. Los dos fieros campeones se precipitan uno contra otro en rápida carrera. El valiente escita hunde su espada en las fauces del león, pero la punta, chocando contra uno de esos dientes durísimos que nada puede perforar, se quiebra en astillas, y el monstruo de las selvas, furioso por su herida, imprime ya la marca de sus uñas sangrientas en los flancos del monarca.

El joven desconocido, conmovido por el peligro que corre un príncipe tan valiente, se lanza a la arena más rápido que un rayo, corta la cabeza del león con la misma destreza de que luego hicieron gala en nuestras calesitas los jóvenes caballeros, diestros en arrancar cabezas de moros, o sortijas.

Luego, sacando una cajita, la presenta al rey escita, diciéndole:

–Su Majestad hallará en esta cajita un bálsamo verdadero que crece en mi país. Vuestras gloriosas heridas se curarán en un instante. Sólo el azar os ha impedido triunfar sobre el león, vuestro valor no es por ellos menos admirable.

El rey escita, más inclinado al reconocimiento que a la envidia, agradeció a su liberador y, luego de haberlo abrazado afectuosamente, volvió a su tienda para aplicar el bálsamo sobre sus heridas.

El desconocido entregó la cabeza del león a su criado, y éste, luego de haberla lavado en la gran fuente que estaba bajo el anfiteatro, y haber dejado que manara toda la sangre, tomando un hierro de su bolsita, arrancó los cuarenta dientes del león y colocó en su lugar cuarenta diamantes de igual tamaño.

Su señor con su habitual modestia volvió a colocarse en su lugar y entregó la cabeza del león a su pájaro:

–Hermoso pájaro –dijo–, ve a llevar a los pies de Formosanta este humilde homenaje.

El pájaro parte, llevando en una de sus garras el terrible trofeo; lo presenta a la princesa inclinando humildemente el cuello y prosternándose ante ella. Los cuarenta brillantes deslumbraron todos los ojos. Aún no se conocía esta magnificencia en la soberbia Babilonia: la esmeralda, el topacio, el zafiro y el granate eran considerados como los más bellos aderezos; Belus y su corte se sentían llenos de admiración. El pájaro que entregaba este homenaje los sorprendió más aún. Era del tamaño de un águila, pero sus ojos eran tan dulces y tiernos como fieros y amenazadores son los del águila. Su pico era de color rosa y parecía asemejarse en algo a la boca de Formosanta. Su cuello reunía todos los colores del arco iris, pero más vivos y brillantes. El oro en sus mil matices chispeaba en su plumaje. Sus patas parecían una mezcla de plata y púrpura, y la cola de los hermosos pájaros que luego se unieron al carro de Juno no era tan hermosa como la suya.

La atención, la curiosidad, el asombro, el éxtasis de toda la corte se dividían entre los cuarenta diamantes y el pájaro. Se había posado sobre la balaustrada, entre Belus y su hija Formosanta; ella lo acariciaba, lo halagaba, lo besaba. Él parecía recibir sus caricias con un placer mezclado con respeto. Cuando la princesa le daba besos se los devolvía y luego la miraba con ojos enternecidos. Recibía de ella bizcochos y pistachos que tomaba con su pata purpúrea y plateada, llevándolos a su pico con gracia inexpresable.

Belus, que había examinado con atención los diamantes, juzgaba que una de sus provincias apenas podría pagar un presente tan rico. Ordenó que se prepararan para el desconocido presente aún más magníficos que los que habían destinado a los tres monarcas.

–Este mancebo –decía– es sin duda el hijo del rey de la China, o de esa parte del mundo llamada Europa, de la que he oído hablar, o del África, que es, según se dice, vecina del reino de Egipto.

Envió de inmediato a su gran escudero para que llevase sus parabienes al desconocido y para que le preguntase si era soberano de alguno de estos imperios, y por qué, poseyendo tan inmensos tesoros, había venido solo con un escudero y un bolso tan pequeño. Mientras que el escudero se adelantaba hacia el anfiteatro para cumplir su cometido, llegó otro valet sobre un unicornio. Este criado dirigiendo la palabra al mancebo, le dijo:

–Ormar, vuestro padre llega al final de sus días, he venido a advertiros.

El desconocido elevó sus ojos al cielo, derramó algunas lágrimas y sólo respondió con esta palabra: –Partamos.

El gran escudero, luego de haber dado los parabienes de Belus al vencedor del león, al donador de los cuarenta diamantes, al dueño del hermoso pájaro, preguntó al criado de qué reino era soberano el padre de este joven héroe. El valet respondió:

–Su padre es un viejo pastor muy amado en su región.

Durante esta breve conversación el joven ya había montado sobre el unicornio. Dijo al gran escudero:

–¡Señor, dignaos ponerme a los pies de Belus y de su hija! Oso suplicarle tener gran cuidado del pájaro que le dejo; es tan único como ella.

Diciendo estas palabras partió como un rayo; sus dos valets lo siguieron y se perdió de vista. Formosanta no pudo evitar lanzar un fuerte grito. El pájaro volviéndose hacia el anfiteatro donde su amigo estaba sentado, pareció muy afligido de no volver a verlo. Luego mirando fijamente a la princesa, y frotando suavemente su hermosa mano con su pico, pareció consagrarse a su servicio.

Belus, más asombrado que nunca, al saber que este joven tan extraordinario era hijo de un pastor, no pudo creerlo. Ordenó que corriesen tras él, pero pronto regresaron diciéndole que los unicornios sobre los cuales los hombres montaban no podían ser alcanzados, y que, con el galope que llevaban debían hacer cien leguas por día.

II

Todo el mundo pensaba en esta extraña aventura, y se agotaba en vanas conjeturas. ¿Cómo puede el hijo de un pastor regalar cuarenta grandes diamantes? ¿Por qué monta sobre un unicornio? Nadie lo comprendía y Formosanta, acariciando su pájaro estaba sumida en un ensueño profundo.

La princesa Aldé, su prima segunda, de formas casi tan bellas como Formosanta, le dijo:

—Prima mía, no sé si este joven semidiós es el hijo de un pastor, pero me parece que ha cumplido todas las condiciones relacionadas con vuestro matrimonio. Tensó el arco de Nemrod, venció al león, tiene mucho talento puesto que improvisó para vos una composición muy hermosa. Luego de los cuarenta diamantes que os ha regalado no podéis negar que sea el más generoso de los hombres. Poseía con su pájaro, lo más raro que existe en el mundo. Su virtud no tiene igual, puesto que pudiendo quedarse junto a vos, partió sin vacilar apenas supo que su padre se hallaba enfermo. El oráculo ha sido cumplido en todos sus puntos excepto en el que exige que venza a sus rivales. Pero ha hecho más, ha salvado la vida del único competidor que pudiera temer, y en cuanto a batir a los otros creo que no dudaréis que lo logrará fácilmente.

—Todo lo que me decís es bien cierto —repuso Formosanta— pero, ¿es posible que el más grande de los hombres, y quizá también el más amable, sea el hijo de un pastor?

La dama de honor, interviniendo en la conversación, dijo que muy a menudo esta palabra pastor se aplica a los reyes, que se los llamaba pastores porque están siempre listos para esquilar a su rebaño, que sin duda se trataba de una chanza de mal gusto de su valet, que este joven héroe, debía haber venido tan mal acompañado sólo para hacer notar que por su solo mérito se hallaba sobre el fasto de los reyes y para no deber Formosanta más que a sí mismo. La princesa sólo respondió dando a su pájaro mil tiernos besos.

Mientras, se preparaba un gran festín para los tres grandes reyes, y para todos los príncipes que habían venido a la fiesta. La hija y la sobrina del rey debían hacer los honores. Se llevaban a los reyes Í presentes dignos de la magnificencia de Babilonia. Belus, mientras aguardaba que el banquete fuera servido, reunió su consejo para tratar el casamiento de la bella Formosanta y he aquí lo que, como gran político, dijo:

—Soy viejo, no sé ya qué hacer, ni a quién dar a mi hija. El que la merecía es un vil pastor, el rey de Egipto y el de Indias son unos cobardes; el rey de los escitas me parece bastante conveniente, pero no cumplió con ninguna de las condiciones impuestas. Voy a consultar nuevamente el oráculo. Mientras me aguardáis, deliberad y actuaremos siguiendo lo que el oráculo haya dicho; porque un rey debe sólo ajustar su conducta a las órdenes expresas de los dioses inmortales.

Se dirige entonces a su capilla; el oráculo le responde en pocas palabras, siguiendo su costumbre: —Tu hija sólo se casará cuando haya recorrido el mundo.

Todos los ministros sentían un profundo respeto por los oráculos; todos convenían o fingían convenir que ellos eran los fundamentos de la religión; que la razón debe callar ante ellos, que es gracias a ellos que los reyes reinan sobre los pueblos y los magos sobre los reyes; que sin los oráculos no habría ni virtud ni reposo sobre la tierra. Finalmente, luego de haber testimoniado a la mayor veneración por ellos, casi todos concluyeron que éste era impertinente, que no había que obedecerle, que nada era más indecente para una doncella y sobre todo para la hija del gran rey de Babilonia, que ir a correr sin saber adónde, que ésa era la verdadera manera de no casarse o de hacer un casamiento clandestino, vergonzoso y ridículo; en una palabra, que este oráculo no tenía sentido común.

El más joven de los ministros, llamado Onadaso, que tenía más talento que ellos, dijo que sin duda el oráculo se refería a algún peregrinaje de devoción, y que se ofrecía para conducir a la princesa. El consejo estuvo de acuerdo con su opinión, pero cada uno quiso servir de escudero. El rey decidió que la princesa podía alejarse trescientas parasangas por el camino que va hacia Arabia, a un templo cuyo santo tenía la reputación de lograr buenos casamientos para las doncellas, y que sería el decano de los del consejo quien la acompañara. Luego de esta decisión se fueron a cenar.

III

En medio de los jardines entres dos cascadas, se levantaba un salón oval de trescientos pies de diámetro, cuya cúpula de azur tachonada de estrellas de oro representaba todas las constelaciones con los planetas, cada uno en su verdadero lugar; esta cúpula giraba, así como el cielo, por medio de máquinas tan invisibles como las que dirigen los movimientos celestes. Cien mil antorchas encerradas en cilindros de cristal de roca iluminaban el exterior y el interior del comedor. Un aparador de graderías soportaba mil jarras o platos de oro, y frente a este aparador, otras graderías estaban llenas de músicos. Otros dos anfiteatros estaban llenos, uno de frutos de todas las estaciones, el otro de ánforas de cristal en las cuales brillaban todos los vinos de la tierra.

Los convidados ocuparon sus lugares alrededor de una mesa dividida en compartimentos que figuraban frutas y flores, todos hechos en piedras preciosas. La hermosa Formosanta fue ubicada entre el rey de Indias y el de Egipto. La bella Aldé, junto al rey de Escitia. Había una treintena de príncipes y cada uno de ellos estaba al lado de una de las más bellas damas del palacio. El rey de Babilonia, ubicado en el centro, frente a su hija, parecía dividido entre la pena de no haber podido casarla y el placer de tenerla aún consigo. Formosanta le pidió permiso para colocar su pájaro sobre la mesa, al lado de ella. Al rey le pareció muy bien.

La música que se hizo oír dio plena libertad a cada príncipe para conversar con su vecina. El festín pareció tan agradable como magnífico. Se había servido ante Formosanta un ragú que agradaba mucho a su padre. La princesa dijo que debía ser llevado a Su Majestad; inmediatamente el pájaro toma la fuente con una destreza maravillosa y va a presentarla al rey. Nunca hubo mayor asombro en una cena. Belus le prodigó tantas caricias como su hija. El pájaro emprendió nuevamente el vuelo para retornar cerca de ella. Desplegaba al volar una cola tan hermosa, sus alas extendidas mostraban colores tan brillantes, el oro de su plumaje echaba un brillo tan deslumbrador que ninguna mirada podía apartarse de él. Todos los concertistas cesaron su música y permanecieron inmóviles. Nadie comía, nadie hablaba, sólo se oía un murmullo de admiración. La princesa de Babilonia, lo besó durante la cena sin pensar siquiera que existían otros reyes en el mundo. Los de las Indias y Egipto sintieron redoblar su despecho y su indignación, y cada uno de ellos se prometió apurar la marcha de sus trescientos mil hombres para vengarse.

En cuanto al rey de los escitas, se hallaba ocupado en conversar con la hermosa Aldé: su corazón altivo, desdeñando sin rencor las desatenciones de Formosanta, había concebido por ella más indiferencia que cólera.

—Es bella —decía—, lo reconozco, pero me parece una de esas mujeres que sólo se ocupan de su belleza, y que piensan que el género humano debe sentirse muy obligado cuando se dignan aparecer en público. No se adoran ídolos en mi país. Preferiría una fea complaciente y atenta que esta bella estatua. Vos tenéis, señora, tantos encantos como ella, y por lo menos os dignáis conversar con los extranjeros. Os confieso, con la franqueza de un escita, que os prefiero a vuestra prima.

Se equivocaba sin embargo sobre el carácter de Formosanta; no era tan desdeñosa como lo parecía, pero su cumplido fue muy bien recibido por la princesa Aldé. Su conversación tornóse muy interesante: estaban muy contentos y ya seguros el uno del otro antes de levantarse de la mesa.

Después de cenar fueron a pasear por los bosquecillos. El rey de Escitia y Aldé no dejaron de buscar un retiro solitario; Aldé, que era la franqueza misma, habló de esta manera al príncipe:

—No odio a mi prima aunque sea más hermosa que yo y esté destinada al trono de Babilonia: el honor de agradaos me sirve de atractivo. Prefiero Escitia con vos, que la corona de Babilonia sin vos, pero esta corona me pertenece por derecho si es que existen derechos en el mundo; porque desciendo de la rama del hijo mayor de Nemrod, y Formosanta sólo pertenece a la menor. Su abuelo destronó al mío y lo hizo morir.

—¡Tal es pues la fuerza de la sangre en la casa de Babilonia! —dijo el escita—¿Cómo se llamaba vuestro abuelo?

–Se llamaba Aldé, como yo. Mi padre llevaba el mismo nombre; fue relegado al fondo del imperio junto con mi madre, y Belus, después de que ellos murieron, no temiendo nada de mí, quiso educarme junto con su hija, pero decidió que no me desposaría jamás.

–Quiero vengar a vuestro padre y a vuestro abuelo y a vos –dijo el rey de los escitas–. Os respondo que os desposaré; os raptaré pasado mañana muy temprano, porque debo cenar mañana con el rey de Babilonia y regresaré a defender vuestros derechos con un ejército de trescientos mil hombres.

–Consiento en ello –dijo la bella Aldé, y luego de haberse dado su palabra de honor, se separaron.

Hacía ya largo rato que la incomparable Formosanta se había ido a acostar. Había hecho colocar junto a su cama un pequeño naranjo en un cajón de plata para que su pájaro descansase. Sus cortinas se hallaban cerradas, pero no sentía ningún deseo de dormir. Su corazón y su imaginación estaban demasiado despiertos. El encantador desconocido se hallaba ante sus ojos, lo veía lanzando una flechó con el arco de Nemrod, lo contemplaba cortando la cabeza del león, recitaba su madrigal, finalmente lo veía escapar de la muchedumbre montado sobre su unicornio; entonces estallaba en sollozos y exclamaba entre lágrimas: –No lo veré nunca más, no volverá. –Volverá, señora–le repuso el pájaro desde lo alto de su naranjo–, ¿acaso puede alguien veros y no regresar para contemplaros?

–¡Oh, cielos! ¡Poderes eternos! ¡Mi pájaro habla el más puro caldeo! –Diciendo estas palabras, abre las cortinas, le tiende los brazos, se pone de rodillas sobre el lecho.

–¿Sois acaso un dios que ha descendido sobre la tierra? ¿Sois el gran Orosmade escondido bajo ese hermoso plumaje? Si sois dios, devolvedme a ese joven.

–No soy más que un ave –replicó el otro–, pero nací en los tiempos en que todos los animales aún hablaban, cuando los pájaros, las serpientes, los asnos, los caballos y los grifos conversaban familiarmente con los hombres. No he querido hablar ante la gente, por temor a que vuestras damas de honor me tomasen por un brujo; sólo quiero descubrirme ante vos.

Formosanta, sobrecogida, extraviada, embriagada de tantas maravillas, agitada por la premura de formular cien preguntas a la vez, le preguntó primero qué edad tenía.

–Veintisiete mil novecientos años y seis meses, señora; tengo la edad de esa pequeña revolución del cielo que vuestros magos llaman la presesión de los equinoccios y que se cumple alrededor de cada veintiocho mil años de los vuestros. Hay revoluciones infinitamente más largas: por lo tanto nosotros tenemos seres mucho más ancianos que yo. Hace ya veintidós mil años que aprendí el caldeo en uno de mis viajes. Siempre he conservado mucho aprecio por la lengua caldea, pero otros animales compañeros míos han renunciado a hablar en vuestras regiones.

–¿Y esto a qué se debe, divino pájaro? –¡Ay!, es porque los hombres tomaron finalmente la costumbre de comernos, en vez de conversar e instruirse con nosotros. ¡Bárbaros! ¿No podían convencerse de que, teniendo los mismos órganos que ellos, las mismas necesidades, los mismos deseos, teníamos lo que se llama un alma tanto como ellos, que éramos sus hermanos, y que sólo era necesario cocinar y comerse a los malvados? Hasta tal punto somos vuestros hermanos que el Gran Ser, El ser eterno y formador, al hacer un pacto con los hombres nos comprendió expresamente en su tratado. Os prohibió alimentarnos con nuestra sangre y a nosotros, alimentamos con la vuestra⁵.

"Las fábulas de vuestro anciano Locmanb⁶ traducidas a tantas lenguas, serán un testimonio que subsistirá eternamente del feliz comercio que habéis tenido otrora con nosotros. Todos comienzan con estas palabras: En las épocas en que los animales hablaban. Es cierto que hay muchas mujeres entre vosotros que siempre hablan a sus perros, pero éstos han decidido no responder desde que se

⁵ Capítulo IX del Génesis y capítulos 3, 18 y 19 del Eclesiastés. (Nota de Voltaire))

⁶ Se trata en realidad de 41 fábulas de Esopo traducidas en el siglo XIII al sirio y luego al árabe y atribuidas a Locman el Sabio, soberano legendario del Asia preislámica.

los obligó a latigazos a participar en la caza y ser cómplices del asesinato de nuestros comunes, los ciervos, los gamos, las liebres y las perdices.

"Aún tenéis antiguos poemas en los cuales los caballos hablan, y vuestros cocheros les dirigen la palabra todos los días; pero lo hacen tan groseramente y pronunciando palabras tan infames que los caballos, que antaño os amaban tanto, os odian hoy en día.

"El país donde habita vuestro encantador desconocido, el más perfecto de los hombres, sigue siendo el único donde vuestra especie sabe aún amar a la nuestra y hablarle; es la única región de la tierra en donde los hombres son justos.

—¿Y dónde se halla ese país de mi querido desconocido? ¿Cuál es el nombre de este héroe? ¿Cómo se llama su imperio? Porque tanto creeré que él sea un pastor como que vos seáis un murciélago.

—Su país, señora, es el de los gangáridas, pueblo virtuoso e invencible que habita en la orilla oriental del Ganges. El nombre de mi amigo es Amazán. No es rey y no sé si desearía rebajarse a serlo; ama demasiado a sus compatriotas; es pastor como ellos. Pero no os imaginéis que esos pastores se asemejan a los vuestros, que apenas cubiertos por harapos andrajosos cuidan ovejas infinitamente mejor vestidas que ellos; que gimen bajo el fardo de la pobreza y que pagan a un explorador la mitad de los miserables salarios que reciben de sus amos. Los pastores gangáridas, nacidos todos iguales, son dueños de los rebaños innumerables que cubren sus prados eternamente floridos. Jamás se los mata: es un crimen horrible cerca del Ganges matar y comer a un semejante. Su lana, más fina y brillante que la seda más hermosa, es el mayor comercio de Oriente. Por otra parte, la tierra de los gangáridas produce todo lo que pueda halagar los deseos de los hombres. Esos grandes diamantes que Amazán tuvo el honor de ofreceros, son de una mina que le pertenece. Ese unicornio que le habéis visto montar es la montura ordinaria de los gangáridas. Es el más bello animal, el más fiero, el más terrible y el más suave que adorne la tierra. Bastarían cien gangáridas y cien unicornios para disipar innumerable armadas. Hace alrededor de dos siglos un rey de las Indias fue lo suficientemente loco como para querer conquistar esta nación: se presentó seguido de diez mil elefantes y de un millón de guerreros. Los unicornios atravesaron los elefantes, como he visto que se ensartan en un pinche de oro las alondras que se sirven en vuestra mesa. Los guerreros caían sobre la arena, bajo el sable de los gangáridas como las cosechas de arroz son cortadas por las manos de los pueblos de Oriente. Se tomó prisionero al rey con más seiscientos mil hombres. Lo bañaron con las aguas saludables del Ganges, lo pusieron al régimen del país, que consiste en alimentarse sólo de vegetales prodigados por la naturaleza para nutrir a todo lo que respira. Los hombres alimentados con carne y abrevados con licores fuertes tienen la sangre agriada y adusta, que los vuelve locos de cien maneras diversas. Su principal demencia es la de verter sangre de sus hermanos y devastar las planicies fértiles para reinar sobre cementerios. Se emplearon seis meses enteros en curar al rey de las Indias de su enfermedad. Cuando los médicos juzgaron finalmente que tenía el pulso más tranquilo y el espíritu más sereno, dieron el certificado al consejo de gangáridas. Este consejo, luego de haber pedido su opinión a los unicornios, reenvió humildemente al rey de las Indias, a su tonta corte y a sus imbéciles guerreros a su país. Esta lección los volvió juiciosos, y, desde entonces, los hindúes respetan a los gangáridas; como los ignorantes que desean instruirse respetan entre vosotros a los filósofos caldeos, a quienes no pueden igualar.

—A propósito, mi querido pájaro —le dijo la princesa—, ¿existe una religión entre los gangáridas? —¿Si existe una? Señora, nos reunimos para dar gracias a Dios los días de luna llena; los hombres en un gran templo de cedro, las mujeres en otro, por temor a las distracciones. Todos los pájaros en un bosquecillo y los cuadrúpedos en una bella pradera. Agradecemos a dios por todos los bienes que nos ha otorgado. Tenemos, sobre todo, unos loros que predicán maravillas.

"Tal es la patria de mi querido Amazán; es donde yo vivo, y siento tanta amistad por él como amor vos a él inspirado. Si me creéis, partiremos juntos y vos iréis a visitarlo.

—Verdaderamente, pájaro mío, cumplís muy bien con vuestro oficio —repuso sonriendo la princesa, que ardía en deseos de emprender el viaje y no osaba decirlo.

—Sirvo los deseos de mi amigo —dijo el pájaro— y, después de la felicidad de amaros, el mayor es servir a vuestros amores.

Formosanta ya ni sabía dónde se hallaba; se creía transportada fuera de la tierra. Todo lo que había visto durante aquel día, todo lo que veía, todo lo que oía y especialmente lo que sentía su corazón, la sumía en un embelesamiento que sobrepasaba muy de lejos a aquel que experimentan hoy los afortunados musulmanes cuando, separados de sus lazos terrestres, se ven en el noveno cielo en brazos de los huríes, rodeados y penetrados por la gloria y la felicidad celeste.

IV

Pasó toda la noche hablando de Amazán. Ya no lo llamaba más que su pastor; y es desde entonces que las palabras pastor y amante son siempre empleadas la una por la otra en algunos países.

Ora preguntaba al pájaro si Amazán había tenido otras amantes. Él le respondía que no y ella se sentía en el colmo de la felicidad. Ora quería saber en qué ocupaba su vida; y se enteraba con arrebatos de alegría que la ocupaba en hacer el bien, en cultivar las artes, en penetrar los secretos de la naturaleza, en perfeccionar su persona. Ora quería saber si el alma de su pájaro era de la misma naturaleza que la de su amante; por qué había vivido cerca de veintiocho mil años, mientras que su amante sólo tenía dieciocho o diecinueve años. Hacía cien preguntas parecidas, a las cuales el pájaro respondía con una discreción que irritaba su curiosidad. Finalmente, el sueño le cerró los ojos y entregó a Formosanta a la dulce ilusión de los sueños enviados por los dioses que sobrepasaban a veces a la misma realidad, y que toda la filosofía de los caldeos apenas puede explicar.

Formosanta no despertó hasta muy tarde. Su habitación estaba en penumbras cuando su padre entró. El pájaro recibió a Su Majestad con una respetuosa gentileza, fue delante de él, batió las alas, estiró el cuello y volvió a posarse sobre el naranjo. El rey se sentó sobre el lecho de su hija, a quien los sueños habían embellecido más aún. Su barba frondosa se aproximó a este hermoso rostro y luego de haberle dado dos besos, le habló con estas palabras:

—Mi querida hija, ayer no pudisteis hallar un marido, como yo lo esperaba; sin embargo necesitáis uno; la salud de mi reino lo exige. He consultado el oráculo, que como sabéis, no miente jamás, y que dirige toda mi conducta. Me ha ordenado haceros recorrer el mundo. Es necesario que viajéis.

—¡Ah!; al país de los gangáridas, sin duda —dijo la princesa, y al pronunciar estas palabras, que se le escaparon, se dio cuenta de que decía una tontería.

El rey, que no sabía una palabra de geografía, le preguntó qué entendía ella por gangáridas. Halló ella fácilmente una excusa. El rey le hizo saber que debía realizar un peregrinaje, y que había designado a las personas de su comitiva: el decano de sus consejeros de estado, el gran capellán, una dama de honor, un médico, un boticario y su pájaro, como todos los sirvientes necesarios.

Formosanta, que jamás había salido del palacio de su padre, el rey, y que hasta el día de Amazán y los tres reyes había llevado una vida muy insípida en la etiqueta del fasto y en la apariencia de los placeres, estuvo encantada de realizar un peregrinaje. —¿Quién sabe —decía ella por lo bajo a su corazón— si los dioses no inspirarán a mi querido gangárida el mismo deseo de ir a la misma capilla, y si no tendré la felicidad de volver a verlo como peregrino?

Agradeció tiernamente a su padre, diciéndole que siempre había sentido una secreta devoción por el santo a quien la enviaban.

Belus ofreció una excelente comida a sus huéspedes; no concurrieron a ella más que hombres. Se trataba de gente muy despareja: reyes, príncipes, ministros, pontífices; todos envidiosos unos de otros, todos pesando sus palabras, todos embarazados, con sus vecinos y consigo mismos. La

comida fue triste aunque se bebió mucho. Las princesas permanecieron en sus departamentos, ocupadas cada una en su partida. Comieron poco. Formosanta fue luego a pasear por los jardines con su querido pájaro, quien para divertirla, voló de árbol en árbol desplegando su cola soberbia y su divino plumaje.

El rey de Egipto, que estaba acalorado por el vino, por no decir ebrio, pidió arco y flechas a uno de sus pajes. Este príncipe era en verdad el arquero más torpe de todo su reino. Cuando tiraba al blanco el lugar donde uno se hallaba más seguro era en el objetivo hacia el cual apuntaba. Pero el hermoso pájaro, volando tan rápido como la flecha, se expuso él mismo al golpe y cayó sangrante en los brazos de Formosanta. El egipcio, riendo con una risa tonta, se retiró a sus tiendas. La princesa atravesó el cielo con sus gritos. Se deshizo en llanto, se golpeó las mejillas y el pecho. El pájaro agonizante le dijo muy bajo:

—Quemadme, y no dejéis de llevar mis cenizas hacia la Arabia Feliz, al oriente de la antigua ciudad de Aden o de Edén, y exponerlas al sol sobre una pequeña hoguera de clavo y de canela.

Luego de haber pronunciado estas palabras, expiró. Formosanta estuvo desvanecida largo rato, y sólo volvió en sí para estallar en sollozos. Su padre, compartiendo su dolor y profiriendo imprecaciones contra el rey de Egipto, no dudó que este incidente fuese un presagio siniestro. Fue rápidamente a consultar el oráculo de su capilla. El oráculo respondió.

Mezcla de todo; muerto viviente, infidelidad y constancia, pérdida y ganancia, calamidad y felicidad.

Ni él ni su consejo pudieron comprender nada, pero por lo menos era satisfactorio haber cumplido sus deberes religiosos.

Su hija, desconsolada, mientras que él consultaba el oráculo, hizo rendir al pájaro las honras fúnebres que él había ordenado, y resolvió llevarlo consigo a Arabia siguiendo los avatares de su vida. Fue quemado dentro de una tela de lino incombustible junto con el naranjo donde descansaba; la princesa guardó sus cenizas en un pequeño vaso de oro rodeado de carbunclos y de diamantes que se tomaron de las fauces del león. ¡Ojalá hubiese podido, en vez de cumplir este funesto deber, quemar en vida al detestable rey de Egipto! Aquél era su mayor deseo. En su despecho hizo matar sus dos cocodrilos, sus dos hipopótamos, sus dos cebras, sus dos ratas, e hizo echar las dos momias al Éufrates, si hubiese tenido a su buey Apis, no lo habría perdonado tampoco.

El rey de Egipto, indignado por esta afrenta, partió inmediatamente para hacer avanzar a sus trescientos mil hombres. El rey de las Indias, viendo partir a su aliado, regresó también el mismo día, con el firme designio de unir sus trescientos mil hindúes al ejército egipcio. El rey de Escitia se marchó durante la noche con la princesa Aldé, firmemente resuelto a regresar para combatir por ella a la cabeza de trescientos mil escitas, y de devolverle la herencia de Babilonia, que le era debida, ya que descendía de la rama de los mayores.

Por su parte, la hermosa Formosanta se puso en camino a las tres de la mañana con su caravana de peregrinos, acariciando la esperanza de poder ir a Arabia para ejecutar la última voluntad de su pájaro y de que la justicia de los dioses inmortales le devolviesen a su querido Amazán sin el cual no podía vivir.

Fue así como al despertar el rey de Babilonia no halló a nadie.

—¡Cómo terminan las grandes fiestas! —se decía—, y qué asombroso vacío dejan en el alma cuando el bullicio ha pasado. Pero se sintió transportado de una cólera verdaderamente regia cuando supo que habían raptado a la princesa Aldé. Dio orden de que se despertaran todos sus ministros y que se reuniera el consejo; esperando que llegasen, no dejó de consultar a su oráculo, pero sólo logró que le dijese estas palabras tan célebres desde entonces en todo el universo: Cuando no se casa a las jóvenes, ellas se encargan solas de casarse.

De inmediato fue dada la orden de enviar trescientos mil hombres contra el rey de los escitas. Y hete aquí que la guerra más terrible se enciende por doquier, y ella tuvo origen en los placeres de la fiesta más hermosa que haya sido dada jamás en la tierra. Asia iba a ser asolada por cuatro armadas

de trescientos mil hombres cada una. Puede suponerse que la guerra de Troya que asombró al mundo algunos siglos después, sólo era un juego de niños en comparación con ésta, pero también debe tenerse en cuenta que en la querrela de los troyanos sólo se trataba de una vieja mujer bastante libertina que se había hecho raptar dos veces, mientras que aquí se trataba de dos doncellas y un pájaro.

El rey de Indias fue a aguardar a su ejército sobre el gran y magnífico camino que conducía entonces directamente de Babilonia a Cachemira. El rey de los escitas corría con Aldé por la hermosa ruta que llevaba al monte Immaüs⁷. Todos estos caminos desaparecieron luego debido al mal gobierno. El rey de Egipto se había dirigido hacia el occidente y costeaba el pequeño mar Mediterráneo, que los ignorantes hebreos han llamado luego el Gran Mar.

En cuanto a la hermosa Formosanta, seguía el camino de Bassora, bordeado de altas palmeras que proveen sombra perenne y frutos en todas las estaciones. El templo al cual se dirigía en peregrinación, se hallaba en la misma Bassora. El santo a quien este templo había sido dedicado era parecido a aquel que luego se adoró en Lampsaco⁸. No sólo procuraba maridos a las jóvenes, sino que a menudo hacía las veces de marido. Era el santo más venerado de toda el Asia.

A Formosanta no le importaba en absoluto el santo de Bassora; sólo invocaba a su amado pastor gangárida, a su hermoso Amazán. Esperaba embarcarse en Bassora y desembarcar en la Arabia Feliz para hacer lo que el pájaro le había ordenado.

La tercera vez que se hizo de noche, apenas había entrado en el hospedaje donde sus enviados habían preparado todo para ella, cuando supo que el rey de Egipto también entraba en él. Informado del viaje de la princesa por sus espías, había cambiado de inmediato su itinerario, seguido por una numerosa escolta. Llega, hace colocar centinelas en todas las puertas, sube a la habitación de la hermosa Formosanta y le dice:

—Princesa, es a vos justamente a quien buscaba; me tuviste muy poco en cuenta cuando yo estaba en Babilonia; justo es castigar a las desdeñosas y a las caprichosas: tendréis, os lo ruego, la bondad de cenar conmigo esta noche; no tendréis otro lecho más que el mío, y me conduciré con vos como me plazca.

Formosanta se dio cuenta claramente de que no era la más fuerte; sabía que la inteligencia consiste en conformarse con la situación y tomó la decisión de librarse del rey de Egipto mediante una inocente estratagema: lo miró de reojo, lo cual siglos después se llamó mirar de soslayo, y he aquí cómo le habló, con una modestia, una gracia, una suavidad, un embarazo y una cantidad de encantos que hubiesen enloquecido al más juicioso de los hombres y cegado al más clarividente:

—Os confieso, señor, que siempre bajaba mis ojos ante vos cuando hicisteis al rey mi padre el honor de visitarlo. Tenía mi corazón, tenía mi simplicidad y, demasiado ingenua, temblaba al pensar que mi padre y vuestros rivales percibieran la preferencia que os otorgaba y que también merecéis. Puedo ahora abandonarme a mis sentimientos. Juro por el buey Apis, que es, después de vos, lo que más respeto en el mundo, que vuestras propuestas me han encantado. Ya he cenado con vos en lo del rey mi padre, cenaré aquí nuevamente sin que él comparta la mesa; todo lo que os pido es que vuestro gran capellán beba con nosotros, ya que en Babilonia me pareció un buen comensal; tengo un excelente vino de Chiraz, quiero que ambos lo degustéis. Con respecto a vuestra segunda proposición, es muy incitante, pero no es conveniente que una doncella bien nacida hable de ella; que os baste saber que os considero el más grande de los reyes y el más atractivo de los hombres.

Este discurso mareó al rey de Egipto: aceptó de buena gana que el capellán participara en el festín. —Aún tengo otra gracia que pediros —le dijo la princesa—, es que permitáis que mi boticario venga a hablar conmigo: las doncellas tienen siempre ciertas pequeñas molestias que requieren ciertos cuidados, como vapores en la cabeza, sobresaltos del corazón, cólicos, ahogos, a los que conviene poner en orden en ciertas circunstancias; en una palabra, tengo urgente necesidad de mi boticario y espero que no me neguéis esta simple muestra de amor.

⁷ El Himalaya

⁸ Príapo, dios de los jardines y de las viñas.

–Señorita –dijo el rey de Egipto–, aunque un boticario tenga vías precisamente opuestas a las mías, y los objetos de su arte sean todo lo contrario del mío, tengo demasiado mundo para negaros un requerimiento tan justo; voy a ordenar que venga a hablaros mientras aguardamos la cena; comprendo que debéis estar un poco fatigada del viaje; debéis necesitar también una mucama, podéis hacer venir la que preferais, esperaré luego vuestras órdenes y vuestra comodidad.

Se retiró; enseguida se presentaron el boticario y la mucama llamada Irla. La princesa tenía en ésta una confianza absoluta: le ordenó traer seis botellas de vino de Chiraz para la cena y de hacer beber otras tantas a todos los centinelas que tenían arrestados a sus oficiales; luego recomendó al boticario que hiciera poner en todas las botellas ciertas drogas de su farmacia que hacían dormir a la gente veinticuatro horas seguidas y de las cuales siempre se hallaba provisto. El rey regresó con el gran capellán al cabo de media hora; la comida fue muy alegre, el rey y el capellán vaciaron las seis botellas y confesaron que no había un vino tan bueno en Egipto: la mucama cuidó de hacérselo beber a los criados que habían servido. En cuanto a la princesa, tuvo gran cuidado de no beber de él, diciendo que su médico la había puesto a régimen. Todos estuvieron pronto dormidos.

El capellán del rey de Egipto tenía la más hermosa barba que pudiese llevar un hombre de su clase. Formosanta se la cortó con mucha habilidad; luego, habiéndola hecho coser a una pequeña cinta, la ató a su mentón. Se disfrazó con los vestidos del sacerdote y con todos los ornamentos de su dignidad, vistió a su mucama de sacerdotisa de la diosa Isis; finalmente, tomando su urna y sus piedras preciosas, salió del hospedaje en medio de los centinelas, que dormían como su señor. La criada había cuidado de tener en la puerta dos caballos listos. La princesa no podía llevar con ella a ninguno de los oficiales de su cortejo: habrían sido arrestados por los guardias del rey.

Formosanta e Irla pasaron a través de las hileras de soldados que, tomando a la princesa por el gran prelado, la llamaban mi reverendísimo padre en Dios⁹ y le pedían su bendición. Las dos fugitivas llegaron en veinticuatro horas a Bassora, antes de que el rey se hubiese despertado. Se quitaron entonces los disfraces, que hubieran podido despertar sospechas. Fletaron lo más rápidamente un navío, que las transportó por el estrecho de Ormuz hacia la bella orilla de Edén, en la Arabia Feliz. Los jardines de este Edén fueron tan renombrados que luego se hizo de ellos la morada de los justos; fueron el modelo de los Campos Elíseos, de los jardines de las Hespérides y de las islas Afortunadas, porque en estos climas calientes los hombres no imaginaron mayor beatitud que las sombras y los murmullos de las aguas. Vivir eternamente en los cielos con el Ser Supremo, o ir a pasearse en el jardín, en el paraíso, fue lo mismo para los hombres que siempre hablan sin entenderse y que aún no han podido tener ideas claras ni expresiones justas.

Apenas la princesa se halló en esta tierra, su primer cuidado fue rendir a su amado pájaro las honras fúnebres que él había exigido de ella. Sus hermosas manos levantaron una pequeña pira de clavo y de canela. Cuál no sería su asombro cuando, al expandir las cenizas del pájaro sobre esta hoguera, la vio encenderse por sí misma. Todo se consumió prontamente. Sólo apareció, en el lugar de las cenizas, un gran huevo, del cual vio salir a su pájaro más brillante de lo que había sido jamás. Fue el momento más bello que la princesa hubiese experimentado en toda su vida; sólo había uno que hubiese podido serle querido: lo deseaba pero no lo esperaba.

–Bien veo –dijo ella al pájaro– que eres el fénix del cual tanto me han hablado. Estoy a punto de morir de asombro y de alegría. No creía en absoluto en la resurrección, pero mi felicidad me ha convencido.

–La resurrección, señora –le dijo el fénix–, es la cosa más sencilla del mundo. No es más sorprendente nacer dos veces que una sola. Todo es resurrección en este mundo: las orugas resucitan en mariposas, un carozo colocado en la tierra resucita en el árbol, todos los animales enterrados en el suelo resucitan en hierbas, en plantas, y nutren a otros animales de los cuales pronto son parte de su substancia; todas las partículas que componían los cuerpos se cambian en

⁹ título de los arciprestes y de los generales de las órdenes religiosas, especial" los jesuitas, uno de los blancos preferidos de los ataques de Voltaire.

otras diferentes. Aunque es verdad que soy el único a quien el poderoso Orosmade haya concedido la gracia de resucitar en su propia naturaleza.

Formosanta, que desde el día que había visto a Amazán y al pájaro por primera vez había pasado sus horas de asombro, le dijo:

—Concibo que el gran Ser haya podido formar de vuestras cenizas un fénix muy parecido a vos; pero que seáis precisamente la misma persona, que tengáis la misma alma, confieso que no lo comprendo muy claramente. ¿Qué fue de vuestra alma mientras os llevaba en mi bolsillo después de vuestra muerte?

—¡Oh!, ¡por dios, señora!, ¿acaso no le sería tan fácil al gran Orosmade continuar su acción sobre una pequeña chispa de mí mismo como iniciar esta acción? Me había acordado ya anteriormente el sentimiento, la memoria y el pensamiento: me los ha vuelto a conceder; que haya concebido este favor a un átomo de fuego elemental escondido en mí, o al conjunto de mis órganos, no significa nada en el fondo; tanto los fénix como los hombres ignorarán siempre cómo sucede la cosa en realidad; pero la mayor gracia que el Ser Supremo me haya acordado ha sido la de hacerme renacer para vos. ¡Quién pudiera pasar los veintiocho mil años que aún me quedan por vivir hasta mi próximo resurrección entre vos y mi querido Amazán!

—Fénix mío —le repuso la princesa—, pensad que las primeras palabras que me dijisteis en Babilonia y que jamás olvidaré, me hicieron concebir la esperanza de volver a ver a ese querido pastor que idolatro: es absolutamente necesario que vayamos juntos a la tierra de los gangáridas, y que lo lleve de regreso a Babilonia.

—Ése es mi designio —dijo el fénix—. No hay un momento que perder, hay que ir a buscar a Amazán por el camino más corto, es decir por los aires. En la Arabia Feliz hay dos grifos, íntimos amigos míos, que viven sólo a cincuenta millas de aquí: les enviaré un mensaje por medio de las palomas mensajeras; llegarán antes de la noche. Dispondremos del tiempo necesario para haceros preparar un cómodo y pequeño canapé con cajones donde pondremos vuestras provisiones de alimentos. Os sentiréis muy cómoda en este carruaje acompañada por vuestra doncella. Los dos grifos son los más vigorosos de su especie; cada uno de ellos sostendrá uno de los brazos del canapé entre sus garras; pero lo repito una vez más: cada instante es valioso.

Fue de inmediato con Formosanta a encargar el canapé de un tapicero que él conocía. En cuatro horas estuvo terminado. En sus cajones se colocaron pancitos reales, bizcochos mejores que los de Babilonia, limones poncíes, ananás, cocos, pistachos y vino de Edén, que está tan por sobre encima del vino de Chiraz como el de Chiraz lo está sobre el Surenne.

El canapé era tan ligero como comfortable y sólido. Los dos grifos llegaron a Edén en el momento exacto. Formosanta y Irla se ubicaron en el carruaje; los dos grifos lo levantaron como si fuera una pluma. El fénix ora volaba cerca, ora se posaba sobre el respaldo. Los dos grifos singlaron hacia el Ganges con la rapidez de una flecha que hiende el aire. Sólo se descansaba durante la noche el tiempo necesario para comer y para hacer beber un trago a los dos cocheros.

Llegaron finalmente a la tierra de los gangáridas. El corazón de la princesa palpitaba de esperanza, de amor y de alegría. El fénix hizo detener el carruaje delante de la casa de Amazán: pidió hablarle; pero ya hacía tres horas que había partido, sin que se supiese hacia dónde había ido.

No hay palabras, ni siquiera en la misma lengua de los gangáridas, que puedan expresar la desesperación que abrumó a Formosanta.

—¡Ay!, esto es lo que temía —dijo el fénix—; las tres horas que pasasteis en el hospedaje del camino a Bassora con ese malhadado rey de Egipto os han robado quizá para siempre la felicidad de vuestra vida: mucho me temo que hayamos perdido a Amazán sin remedio.

Entonces preguntó a los criados si podía saludar a su señora madre. Respondieron que su marido había muerto la víspera anterior y que no veía a nadie. El fénix, que tenía crédito en la casa, hizo entrar a la princesa de Babilonia en un salón cuyas paredes estaban revestidas de madera de naranjo y fileteadas de marfil. Los subpastores y las subpastoras vestidos con largos trajes blancos

ceñidos por aderezos color aurora les sirvieron en cien cuencos de simple porcelana cien manjares deliciosos, entre los cuales no se veía ningún cadáver disfrazado: había arroz, harinas, sagú, sémola, fideos, macarrones, tortillas, huevos cocidos en leche, quesos cremosos, pastelería de toda especie, verduras, frutos de un perfume y un gusto desconocidos en los otros climas; había una profusión de licores refrescantes, superiores a los mejores vinos.

Mientras la princesa comía, acostada sobre un lecho de rosas, cuatro pavos reales, o pavones, felizmente mudos, la abanicaban con sus alas brillantes; doscientos pájaros y cien pastores y cien pastoras, cantaban a dos voces; los ruiseñores, los canarios, las currucas, los pinzones cantaban el acompañamiento con las pastoras, los pastores hacían las voces de tenor y las bajas: en todo estaba la hermosura y la simple naturaleza. La princesa confesó que si bien en Babilonia había más magnificencia, la naturaleza era mil veces más agradable en el país de los gangáridas; pero, mientras que le ofrecían esta música consoladora y voluptuosa, ella derramaba lágrimas y decía a la joven Irla, su acompañante:

–Estos pastores y estas pastoras, estos ruiseñores y estos canarios hacen el amor y yo estoy separada del héroe gangárida, digno objeto de mis muy tiernos y muy impacientes deseos.

Mientras ella hacía esta colación, mientras lo admiraba todo y lloraba, el fénix decía a la madre de Amazán:

–Señora, no podéis dispensaros de ver a la princesa de Babilonia; vos sabéis...

–Todo lo sé –dijo ella–, hasta su aventura en un hospedaje sobre el camino de Bassora; un mirlo me lo contó todo esta mañana, y este cruel mirlo es la causa de que mi hijo presa de la desesperación, se haya vuelto loco y haya abandonado la casa paterna. –¿Por lo tanto no sabéis que la princesa me ha resucitado?

–No, querido hijo, sabía por el mirlo que habíais muerto y estaba inconsolable. Me sentía tan afligida por esta pérdida, por la muerte de mi marido y por la precipitada partida de mi hijo que había decidido no ver a nadie. Pero puesto que la princesa de Babilonia me hace el honor de venir a verme, hacedla entrar lo más rápido posible; tengo cosas de suma trascendencia que decirle y quiero que vos estéis presente.

Se dirigió inmediatamente al otro salón para recibir a la princesa. No caminaba ya con mucha facilidad: era una dama de alrededor de trescientos años; pero tenía aún bellos rasgos y bien se veía que a los doscientos treinta o doscientos cuarenta años había sido encantadora. Recibió a Formosanta con una respetuosa nobleza, mezclada con un aire de interés y de dolor que hizo a la princesa la más viva impresión.

Formosanta comenzó por presentarle sus condolencias por la muerte de su marido

–¡Ay! –dijo la viuda–, os halláis afectada por su muerte más de lo que creéis.

–Me siento dolida, sin duda –dijo Formosanta–; era el padre de... –al decir estas palabras se echó a llorar–. Sólo vine por él, a través de grandes peligros. Dejé por él a mi padre y la corte más brillante del universo; fui raptada por el rey de Egipto, a quien detesto. Al escaparme de este raptor, atravesé los aires para venir a ver al que amo; llego y él huye de mí... –el llanto y los sollozos no la dejaron proseguir.

La madre le dijo entonces:

–Señora, cuando el rey de Egipto os raptaba, cuando cenabais con él en una posada de Bassora, cuando vuestras hermosas manos le servían vino de Chiraz, ¿recordáis haber visto un mirlo que revoloteaba por la habitación?

–Verdaderamente, sí, despertáis mi memoria; no le había prestado atención, pero poniendo orden en mis ideas, recuerdo muy bien que en el momento en el que el rey de Egipto se levantaba de la mesa para darme un beso, el mirlo se voló por la ventana dando un gran chillido y no volvió a aparecer más.

–Ay, señora –respondió la madre de Amazán–, he ahí justamente la causa de nuestras desdichas; mi hijo había enviado justamente a este mirlo para informarle de vuestra salud y de todo

lo que sucedía en Babilonia; esperaba regresar pronto a ponerse a vuestros pies y consagraros la vida. No podéis saber hasta qué punto os adora. Todos los gangáridas son amantes, fieles, pero mi hijo es el más apasionado y constante de todos. El mirlo os halló en una posada; bebías alegremente con el rey de Egipto y un desagradable sacerdote, os vio finalmente dar un tierno beso a este monarca que había matado al fénix y hacia quien mi hijo siente un invencible horror. El mirlo, viendo esto, fue presa de una justa indignación; se voló maldiciendo vuestros funestos amores; hoy regresó y me contó todo; pero ¡en qué momentos, oh cielo!, en el momento en que mi hijo lloraba conmigo la muerte de su padre y la del fénix, en el momento en que sabía que es vuestro primo segundo.

—¡Oh cielos! ¡Mi primo!, señora, ¿es posible?, ¿por qué ventura?, ¿cómo?, ¿a tal extremo llegaría mi felicidad?, ¿y al mismo tiempo sería tan desgraciada por haberlo ofendido?

—Mi hijo es vuestro primo, os lo digo —replicó la madre— y pronto os voy a dar la prueba; pero al volveros parienta mía me arrancáis a mi hijo; no podrá sobrevivir al dolor que le ha causado el beso que disteis al rey de Egipto.

—¡Ah!, tía mía—exclamó la bella Formosanta—, os juró por él y por el poderoso Orosmade que este beso funesto, lejos de ser criminal, era la prueba más fuerte de amor que pudiese dar a vuestro hijo. Desobedecía por él a mi padre. Iba por él del Éufrates al Ganges. Al caer en manos del indigno faraón de Egipto, sólo podía escapar engañándolo. Doy fe por las cenizas y el alma del fénix, que se hallaban entonces en mi bolsillo; él puede hacerme justicia; pero, ¿cómo vuestro hijo, nacido a las orillas del Ganges, puede ser mi primo, si mi familia reina sobre las orillas del Éufrates desde hace tantos siglos?

—Sabéis —le dijo la venerable gangárida que vuestro tío abuelo Aldé era rey de Babilonia y que fue destronado por el padre de Belus.

—Sí, señora.

—Sabéis que su hijo Aldé había tenido de su matrimonio a la princesa Aldé, educada en vuestra corte. Es este príncipe quien, siendo perseguido por vuestro padre, vino a refugiarse en nuestra feliz comarca, bajo otro nombre: él fue quien me desposó, tuve con él al joven príncipe Aldé—Almazán, el más hermoso, el más fuerte, el más valiente, el más virtuoso de los mortales y hoy el más loco. Fue a las fiestas de Babilonia atraído por la fama de vuestra belleza; desde entonces os idolatra, y quizá yo no vuelva a verlo jamás.

Entonces hizo desplegar ante la princesa todos los títulos de la casa de los Aldé; Formosanta apenas se dignó mirarlos.

—¡Ah, señora! —exclamó— ¿Acaso se examina lo que se desea? Bastante os cree mi corazón. Pero, ¿dónde está Aldé—Almazán?, ¿dónde está mi pariente, mi amante, mi rey?, ¿dónde está mi vida?, ¿qué camino tomó? Iría a buscarlo por todos los mundos que el Eterno ha formado y de los cuales él es el más bello ornamento. Iría a la estrella Canopus, a Sheat¹⁰, a Aldebarán. Iría a convencerlo de mi amor y mi inocencia.

El fénix testificó que la princesa no había dado, por amor, un beso al rey de Egipto, crimen que el mirlo le imputaba; pero había que desengañar a Amazán y traerlo de regreso. Envía sus pájaros por todos los caminos, pone en campaña a sus unicornios; se le informa finalmente que Amazán ha tomado el camino el que conduce a China.

—Y bien, vamos a China—exclamaba la princesa—, el viaje no es largo, espero traerlos de regreso a vuestro hijo, en quince días a más tardar.

Ante estas palabras, ¡qué de lágrimas de ternura vertieron la madre gangárida y la princesa de Babilonia, qué de abrazos, qué de efusiones del corazón!

El fénix pidió inmediatamente una carroza arrastrada por seis unicornios. La madre les proveyó doscientos caballeros y regaló a la princesa, su sobrina, algunos millares de los más bellos diamantes del país. El fénix, afligido por el mal que la indiscreción del mirlo había provocado, hizo

¹⁰ En la constelación de Pegaso

que se ordenara a todos los mirlos irse del país, y es así como desde entonces no se encuentra ni uno sobre las orillas de Ganges.

V

Los unicornios, en menos de ocho días, llevaron a Formosanta, a Irla y al fénix a Cambalu¹¹, capital de la China. Era una ciudad más grande que Babilonia y de una magnificencia totalmente diferente. Los nuevos objetos, las nuevas costumbres, habrían divertido a Formosanta si hubiese podido interesarse en otra cosa que no fuera Amazán.

Apenas el emperador de la China supo que la princesa de Babilonia estaba ante una de las puertas de la ciudad, envió cuatro mil mandarines en traje de ceremonia; todos se prosternaron ante ella y le presentaron cada uno sus cumplidos escritos en letras de oro en una hoja de seda púrpura. Formosanta les dijo que si ella supiese cuatro mil lenguas, no dejaría de responder inmediatamente a cada mandarín, pero que sabiendo solamente una, les rogaba que aceptaran que se sirviese de ellas para agradecerles a todos en general. La condujeron respetuosamente ante el emperador.

Era el monarca más justo de la tierra, el más cortés y el más sabio. Fue él¹² el primero en cultivar un terreno con sus manos imperiales para que la agricultura se tornase digna de respeto ante los ojos de su pueblo. Fue el primero en establecer premios a la virtud. Las leyes, como en todos lados por otra parte, se habían limitado vergonzosamente hasta entonces a castigar los crímenes. Este emperador acababa de echar de sus estados a un grupo de bonzos extranjeros que habían venido del extremo de occidente, con el deseo insensato de obligar a toda la China a pensar como ellos y que, con el pretexto de anunciar verdades, habían adquirido ya riquezas y honores. Les había dicho, al echarlos, estas palabras registradas exactamente en los anales del imperio:

—Podrías hacer aquí tanto mal como habéis hecho en otras partes; habéis venido a predicar dogmas de intolerancia en la nación más tolerante de la tierra. Os envío de regreso para no estar obligado a castigaros: Seréis vueltos a conducir honorablemente hasta mis fronteras; se os suministrará todo para que podáis regresar a los límites del hemisferio de donde habéis partido. Id en paz si podéis estar en paz, y no regreséis más.

La princesa de Babilonia se enteró con alegría de este razonamiento y de este discurso: se sentía así más segura de ser bien recibida en la corte, porque estaba bien lejos de sostener dogmas intolerantes. El emperador de la China, cenando con ella, tuvo la cortesía de eliminar toda molesta etiqueta; ella le presentó al fénix, quien fue muy acariciado por el emperador y se posó sobre un sillón. Formosanta, al finalizar la comida, le confió ingenuamente el objeto de su viaje y le rogó que hiciera buscar en Cambalú al bello Amazán, cuya aventura le narró, sin ocultarle para nada la fatal pasión que en su corazón ardía por este joven héroe.

—¿A quién le habláis de esto? —dijo el emperador de la China— Me ha dado el placer de venir a mi corte; me ha encantado este amable Amazán; es cierto que se halla profundamente afligido; pero sus gracias sólo se tornan así más conmovedoras; ninguno de mis favoritos tiene más talento que él, ningún mandarín de toga tiene conocimientos más amplios; ningún mandarín que ciña espada parece más marcial ni más heroico; su extrema juventud da mayor valor a todos sus talentos, si yo fuese tan infeliz, tan abandonado por Tien y Chagti¹³ como para querer ser un conquistador, pediría a Amazán que se pusiese a la cabeza de mis ejércitos, y me sentiría seguro de triunfar sobre el universo entero. Es realmente lamentable que su pena turbe algunas veces su inteligencia.

—¡Ah, señor! —dijo Formosanta con aire excitado y con un tono de dolor, de emoción y de reproche—, ¿por qué no me habéis hecho cenar con él? Me hacéis morir; ordenad que le rueguen

¹¹ Pekín

¹² Se trata de Young-Tching que reinó desde 1722 y echó a los jesuitas (los bom) de China, en 1724.

¹³ Es decir, el Dios del Universo. el principio de todas las cosas.

venir enseguida. —Señora, ha partido esta mañana y no ha dicho hacia qué comarca dirigía sus pasos.

Formosanta se volvió hacia el fénix:

—Y bien —dijo—, oh fénix, ¿habéis visto alguna vez una doncella más desgraciada que yo? Pero, señor —continuó—, ¿cómo, por qué ha podido abandonar una corte tan refinada como la vuestra, en la cual uno quisiera pasar toda la vida?

—He aquí, señora, lo que ha sucedido. Una princesa de sangre real, de las más dignas de amor, se apasionó por él y le dio cita en su casa al mediodía; él partió apenas despuntó el día y dejó esta esquila, que á costó muchas lágrimas a mi parienta:

"Hermosa princesa del linaje de China, merecéis un corazón que no haya sido jamás más que vuestro; he jurado a los dioses inmortales no amara nadie más que a Formosanta, princesa de Babilonia, y enseñarle cómo se pueden vencer las pasiones durante los viajes; ella tuvo la desgracia de sucumbir ante el indigno rey de Egipto, soy el más desgraciado de los hombres; he perdido a mi padre y al fénix, y la esperanza de ser amado por Formosanta; he dejado a mi madre . en la aflicción, a mi patria, ya no podía vivir ni un momento en los lugares donde supe que Formosanta amaba a otro que no era yo he jurado recorrer la tierra y serle fiel. Vos me despreciarías y los dioses me castigarían, si violase mi juramento; buscad un amante, señor, y sedle tan fiel como yo."

—Ah, dadme esa carta asombrosa —dijo la hermosa Formosanta—, ella será mi consuelo; soy feliz en mi infortunio. Amazán me ama; Amazán renuncia por mí a la posesión de princesas de la China; él es el único en toda la tierra capaz de obtener tal victoria; me da un maravilloso ejemplo; el fénix sabe bien que no lo necesito; es muy cruel ser privado de un amante por un beso inocente dado por pura fidelidad. Pero, finalmente, ¿adónde ha ido? ¿Qué camino ha tomado? Dignaos decírmelo y parto.

El emperador de la China le respondió que creía, de acuerdo con los relatos que le habían hecho, que su amante había tomado el camino que llevaba a Escitia. Inmediatamente se engancharon los unicornios y la princesa, después de los más tiernos adioses, se fue con el fénix, su mucama y todo su cortejo.

Apenas estuvo en Escitia¹⁴, vio hasta qué punto los hombres y los gobiernos difieren y diferirán siempre que llegue el tiempo en que algún pueblo más iluminado que los otros comunique su luz de uno a otro, después de mil siglos de tinieblas, y se encuentren en los climas bárbaros almas heroicas que tengan la fuerza y la perseverancia de cambiar los brutos en hombres. No había ciudades en Escitia y por lo tanto tampoco artes agradables. No se veían más que vastas praderas y naciones enteras bajo las carpas y sobre los carros. Su apariencia causaba terror. Formosanta preguntó en qué carpa o en qué carreta se albergaba el rey. Se le dijo que hacía ocho días se había puesto en marcha a la cabeza de trescientos mil hombres de caballería para ir al encuentro del rey de Babilonia, cuya sobrina, la hermosa princesa Aldé había raptado.

—¡Raptó a mi prima! —exclamó Formosanta—; no esperaba esta nueva aventura. ¡Qué! Mi prima, que demasiado feliz debía sentirse al estar en mi corte, se ha vuelto reina y yo aún no me he casado —se hizo conducir inmediatamente a las carpas de la reina.

Su inesperada reunión en climas lejanos y las cosas singulares que mutuamente tenían para contarse, dieron a su entrevista un encanto que les hizo olvidar que nunca se habían querido; se volvieron a ver con entusiasmo; una dulce ilusión ocupó el lugar de la verdadera ternura; se abrazaron llorando y hubo entre ellas cordialidad y franqueza dado que la entrevista no se realizaba en un palacio.

Aldé reconoció al fénix y a la confidente Irla; dio pieles de cibelina a su prima, quien a su vez le dio diamantes. Se habló de la guerra que los dos reyes emprendían, se lamentó la condición de los hombres, a quien los monarcas envían al degüello por diferencias que dos justos podrían conciliar en una hora, pero sobre todo se habló del hermoso extranjero vencedor de los leones, dador de los

¹⁴ Siberia

diamantes más grandes del universo, compositor de madrigales, poseedor del fénix, transformado en el más desdichado de los hombres por el informe de un mirlo.

—Es mi querido hermano —decía Aldé—. —Es mi amante —exclamó Formosanta—, sin duda lo habéis visto; quizás aún se halla aquí, porque, prima mía, él sabe que es vuestro hermano: no os habrá dejado tan bruscamente como dejó al rey de la China. —¡Sí que lo he visto, grandes dioses! —replicó Aldé—. Pasó cuatro días enteros conmigo. ¡Ah, prima mía, cuán digno de lástima es mi hermano! Un falso informe lo ha vuelto completamente loco, corre por el mundo sin saber adónde va. Figuraos que ha llevado su demencia hasta rechazar los favores de la más hermosa escita de toda Escitia. Partió ayer después de haberle escrito una carta que la ha desesperado. En cuanto a él, ha sido a la tierra de los cimerios.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Formosanta—, ¡un rechazo más a mi favor! Mi felicidad ha sobrepasado todos mis temores. Haced que me den esa carta encantadora así parto, así lo sigo, con las manos llenas de sus sacrificios. Adiós, prima mía; Amazán está en la tierra de los cimerios, hacia allí vuelo.

A Aldé le pareció que la princesa su prima estaba aún más loca que su hermano Amazán. Pero como ella misma había sentido los efectos de esta epidemia, como había dejado las delicias y la magnificencia de Babilonia por el rey de los escitas, como las mujeres siempre se interesan en las locuras que el amor causa, se enterneció verdaderamente por Formosanta, le deseó un feliz viaje, y le prometió ayudarla en su pasión si alguna vez tenía la felicidad de ver a su hermano

VI

Muy pronto la princesa de Babilonia y el fénix llegaron al imperio de los cimerios¹⁵, mucho menos poblado, en verdad, que la China, pero dos veces más extenso; antiguamente era parecido a Escitia, habiéndose vuelto desde hacía algún tiempo tan floreciente como los reinos que se jactaban de instruir a los demás Estados.

Después de algunos días de marcha llegaron a una gran ciudad que la emperatriz reinante hacía embellecer¹⁶; pero ella no se hallaba allí: viajaba entonces desde las fronteras de Europa a las del Asia para conocer sus Estados con sus propios ojos, para juzgar sus males y llevarles remedio, para acrecentar las ventajas, para brindar instrucción.

Uno de los principales oficiales de esta antigua capital, informado de la llegada de la babilónica y el fénix, se apuró a ofrecer su homenaje a la princesa y a hacerle los honores de su país, seguro de que su señora, que era la más cortés y magnífica que las reinas, le estaría agradecido por haber recibido a una tan gran dama con los mismos miramientos que ella misma habría prodigado.

Se alojó a Formosanta en el palacio, del cual se alejó a una cantidad de gente inoportuna; se le ofrecieron fiestas ingeniosas. El señor cimerio, que era un gran naturalista, conversó mucho con el fénix durante el tiempo que la princesa permanecía retirada en sus aposentos. El fénix le confesó que había viajado otrora al país de los cimerios y que ya no lo reconocía.

—¿Cómo cambios tan prodigiosos —decía— pueden haberse operado en un tiempo tan corto? No hace trescientos años que vi la naturaleza salvaje en todo horror; y encuentro ahora aquí las artes, el esplendor, la gloria y la cortesía.

—Un solo hombre¹⁷ comenzó esta obra —repuso el cimerio— y una mujer la perfeccionó; una mujer ha sido mejor legisladora que la Isis de los egipcios y la Ceres de los griegos. La mayoría de los legisladores han tenido un genio despótico y estrecho que limitó sus miras al país que gobernaron; cada uno miró a su pueblo como si fuese el único en la tierra o como si debiera ser el enemigo del resto de la tierra. Formaron instituciones sólo para ese pueblo,

¹⁵ Rusia

¹⁶ Se refiere a Moscú y a Catalina II que reinó de 1762 a 1796.

¹⁷ Pedro el Grande (1672-1730_

introdujeron costumbres sólo para él establecieron una religión para el solo. Es así como los egipcios, tan famosos por sus montones de [piedras se](#) embrutecieron y se deshonraron por sus bárbaras supersticiones. Creen a las otras naciones [profanas no](#) se comunican con ellas: y exceptuada la corte, que se eleva a veces sobre los prejuicios vulgares, no hay un solo egipcio que quiera comer en el mismo plato del que haya comido un extranjero. Sus sacerdotes son crueles y absurdos. Mejor sería no tener leyes y sólo escuchar a la Naturaleza que grabó en nuestros corazones los principios de lo justo y de lo injusto, que someter la sociedad a leyes sociales.

«Nuestra emperatriz abraza proyectos enteramente opuestos: considera que su vasto Estado sobre el cual todos los meridianos vienen a unirse, debe corresponder a todos los pueblos que habitan bajo estos diversos meridianos. La primera de sus leyes fue la tolerancia de todas las religiones y la compasión por todos los errores. Su poderoso genio comprendió [que si](#) los cultos son diferentes, la moral es en todos lados la misma; por medio de este principio ella unió su nación a todas las naciones del mundo y los cimerios mirarán al escandinavo y al chino como hermanos suyos. He hecho más: quiso que esta preciosa tolerancia, el primer lazo entre los hombres, se estableciera entre sus vecinos¹⁸; así mereció el título de madre de la patria, y tendrá el de benefactora de la humanidad si persevera.

«Antes de ella, hombres por desgracia poderosos enviaban sus tropas de asesinos a asolar las poblaciones desconocidas y a regar con su sangre las heredades de sus padres; se llamaban a estos asesinos héroes; sus pillajes eran considerados gloriosos. Nuestra soberana tiene otra gloria: hace marchar a sus ejércitos para llevar la paz, para impedir a los hombres que se perjudiquen, para obligarlos a soportarse unos a otros; y sus estandartes han sido los de la concordia pública.

El fénix, encantado con todo lo que este señor le informaba, le dijo:

–Señor, hace veintisiete mil novecientos años y siete meses que estoy sobre el mundo; nunca he visto nada comparable a lo que me hacéis saber.

Le pidió noticias sobre su amigo Amazán; el cimerio le contó las mismas cosas que le habían dicho a la princesa en territorio de los chinos y de los escitas: Amazán huía de todas las cortes que visitaba apenas una dama le daba una cita en la que temía sucumbir. El fénix comunicó enseguida a Formosanta esta nueva muestra de fidelidad que Amazán le daba, tanto más asombrosa por cuanto él no podía suponer que su princesa la supiese jamás.

Había partido hacia Escandinavia. Fue en estos climas donde espectáculos nuevos asombraron sus ojos. Aquí la realeza y la libertad subsistían juntas¹⁹ gracias a un acuerdo que parece imposible en otros estados; los labradores tomaban parte en la legislación tanto como los grandes del reino, y un joven príncipe hacía concebir las mayores esperanzas de ser digno de dirigir una nación libre. Más allá se daba un fenómeno de lo más extraño: el único rey despótico sobre la tierra, gracias a un contrato formal con su pueblo, era al mismo tiempo el más joven y el más justo de los reyes.

En el país de los sármatos Amazán vio a un filósofo en el trono: podía llamárselo *el rey de la anarquía* porque era el jefe de cien mil pequeños reyes de los cuales uno solo podía con una palabra anular las resoluciones de todos los otros. No le costaba más a Eolo contener todos los vientos que se combaten sin cesar, que a este monarca conciliar los ánimos: era un piloto rodeado de una tempestad constante; y sin embargo, el navío no naufragaba, porque el príncipe era un excelente piloto.

¹⁸ Catalina II había impuesto a Polonia la elección de Stanislaw Poniatowski (1764).

bajo pretexto de poner fin a las disensiones religiosas que allí reinaban, la emperatriz rusa intervenía constantemente en Polonia.

¹⁹ En Suecia. Después de la capitulación del rey ante el poder parlamentario (1719-1720), Suecia había entrado en lo que se llamó la era de la libertad que duró hasta la revolución de 1722, fecha en la que Gustavo III restauró el poder real.

Recorriendo todos estos países tan diferentes de su patria, Amazán rechazaba constantemente todos los buenos partidos que se le presentaban, siempre desesperado por el beso que Formosanta habíale dado al rey de Egipto, siempre firme en su inconcebible resolución de dar a Formosanta el ejemplo de una fidelidad única e inquebrantable.

La princesa y el fénix seguían por todos lados su huella, y sólo se les escapaba por un día o dos, sin que el uno se cansase de correr, sin que la otra dejase un momento de seguirlo.

Atravesaron así toda la Germania; admiraron los progresos que la razón y la filosofía lograban en el Norte; todos los príncipes eran instruidos allí, todos autorizaban la libertad de pensamiento; su educación no había sido confiada a quienes tuviesen interés en engañarlos o que estuviesen ellos mismos en el engaño: se los había educado en el conocimiento de la moral universal, y en el desprecio de las supersticiones; se había desterrado de todos aquellos Estados una costumbre insensata, que enervaba y despoblaba varios países meridionales: esta costumbre era enterrar vivos en vastos calabozos a un número infinito de personas de ambos sexos, eternamente separadas unas de otras, y hacerles jurar no tener jamás comunicación entre ellas. Este exceso de demencia, acreditado durante siglos, había devastado la tierra tanto como las guerras más crueles.

Los príncipes del Norte habían comprendido finalmente que, si se quiere tener un haras, no se deben separar los caballos más fuertes de las yeguas. Habían destruido también errores no menos extravagantes y no en estos vastos países, mientras en otras partes se creía todavía que los hombres pueden ser gobernados sólo cuando son imbéciles.

VII

Amazán llegó al país de los bátavos²⁰; su corazón experimentó una dulce satisfacción al hallar allí alguna tenue semejanza con el feliz país de los gangáridas: la libertad, la igualdad, la limpieza, la abundancia, la tolerancia; pero las damas del país eran tan frías que ninguna se le insinuó como habían hecho en todos los otros países; no fue necesario que se resistiera. Si hubiera querido conquistar a estas señoras, las habría subyugado a todas, una después de otra, sin ser amado por ninguna; pero estaba bien lejos de pensar en hacer conquistas.

Formosanta estuvo a punto de atraparlo en esta nación insípida: fue cuestión de segundos.

Amazán había oído hablar tan elogiosamente entre los bátavos de cierta isla llamada Albión, que había decidido embarcarse, él y sus unicornios, en una nave que, gracias á un viento favorable del norte, lo condujo en cuatro horas a la orilla de esta tierra más célebre que Tiro y que la isla de Atlántida.

La hermosa Formosanta, que lo había seguido por las riberas orillas del Duina, del Vístula, del Elba, del Véser, llega finalmente a la desembocadura del Rin, que entonces llevaba sus rápidas aguas al mar Germánico.

Se entera de que su querido amante ha bogado hacia las costas de Albión, cree ver su navío; lanza gritos de alegría que sorprenden a todas las damas bátavas, que no podían imaginar que un mancebo pudiese provocar tanta alegría; en cuanto al fénix, no le prestaron mucha atención porque juzgaron que sus plumas no podrían venderse tan bien como la de los patos y los ánsares de sus pantanos. La princesa de Babilonia fletó dos navíos para que la llevaran con toda su gente a esa bienaventurada isla de Albión donde iba a poseer el único objeto de todos sus deseos, el alma de su vida, el dios de su corazón.

Un funesto viento de Occidente se levantó repentinamente en el mismo momento en que el fiel y desventurado Amazán ponía pie en tierra de Albión: los navíos de la princesa de Babilonia no pudieron zarpar. Una congoja de corazón, un amargo dolor, una profunda melancolía se apoderaron de Formosanta: se metió en cama con su dolor, esperando que el viento cambiara; pero sopló ocho días enteros con una violencia desesperante. La princesa, durante ese siglo de ocho días, se hacía leer novelas por Irla: no es que los bátavos supiesen escribirlas; pero, como eran los comerciantes del

²⁰ Holanda

universo, vendían la inteligencia de las otras naciones, así como sus productos. La princesa hizo comprar en lo de Marc-Michel Rey²¹ todos los cuentos que habían sido escritos entre los ausonios y los velches²² y cuya venta había sido prohibida juiciosamente en estos países para enriquecer a los bátavos; esperaba hallar en estas historias alguna aventura que se asemejase a la suya y calmase su dolor. Irla leía, el fénix daba su opinión, y la princesa no hallaba nada en la *paysanne parvenue* ni en el *Sopha*, ni en los *Quatre Facardins*²³, que tuviese la menor relación con sus aventuras; interrumpía constantemente la lectura para preguntar de qué lado venía el viento.

VIII

Mientras tanto Amazán estaba ya en camino a la capital de Albión, en su carroza tirada por seis unicornios, y soñaba con su princesa. Vio un coche caído en una zanja; los criados se habían alejado para buscar ayuda; el dueño del coche permanecía tranquilamente en su vehículo, sin mostrar la menor impaciencia y divirtiéndose en fumar porque en esa época se fumaba: se llamaba milord *What-then*, lo que significa aproximadamente *Ya mí que* en la lengua a la cual traduzco estas memorias.

Amazán se precipitó en su dirección para ayudarlo; enderezó solo el coche, hasta tal punto su fuerza era superior a la de los otros hombres. Milord Y a mi qué se contentó con decir: "He aquí un hombre bien vigoroso". Los rústicos, que habían acudido de la vecindad, montaron en cólera porque se los había hecho ir inútilmente y se la tomaron con el extranjero: lo amenazaron llamándolo *perro extranjero* y quisieron golpearlo.

Amazán tomó a dos en cada mano y los arrojó a veinte pasos; los otros lo respetaron, lo saludaron, le pidieron dinero del que jamás habían visto en su vida.

Milord Y a mi qué le dijo:

—Os estimo; venid a beber conmigo a mi casa de campo, que sólo se halla a tres millas.

Subió en el vehículo de Amazán, porque el suyo había quedado maltrecho luego del golpe.

Luego de un cuarto de hora de silencio, miró un instante a Amazán y le dijo: *How dye do*; literalmente. *¿Cómo hace usted hacer?*, y en la lengua del traductor *¿Cómo está usted?*, lo cual no quiere decir absolutamente nada en ningún idioma; luego agregó: "Tiene usted seis lindos unicornios" y siguió fumando.

El viajero le dijo que ponía sus unicornios a su servicio; que venía con ellos del país de los gangáridas; aprovechó la ocasión para hablarle de la princesa de

Babilonia y del beso fatal que le había dado al rey de Egipto; a todo lo cual el otro no replicó absolutamente nada, preocupándole bien poco que hubiese en el mundo un rey de Egipto y una princesa de Babilonia. Estuvo nuevamente un cuarto de hora sin hablar, después de lo cual volvió a preguntar a su compañero *cómo hacía hacer y si se comía buen roast-beef* en el país de los gangáridas. El viajero le respondió con su habitual cortesía que no se comía a los hermanos en las orillas del Ganges. Le explicó luego el sistema que fue, después de muchos siglos, el de Pitágoras, Porfirio, Jámblico²⁴. Después de lo cual el milord se durmió y continuó durmiendo de un tirón hasta que llegó a su casa.

Tenía una mujer joven y encantadora, a quien la naturaleza había dado un alma tan viva y sensible como indiferente era la de su marido. Varios señores albionenses habían venido ese día a cenar con ella. Había allí toda clase de caracteres porque no habiendo estado el país gobernado casi nunca sino por extranjeros, las familias que vinieron con estos príncipes habían traído cada una de ellas costumbres diferentes. Amazán se halló en compañía de personas muy amables.

²¹ Librería de Ámsterdam

²² En Italia y en Francia

²³ Novelas de la época

²⁴ Filósofo griego (ca. 283-333 a. J.C.): enseñó a Alejandro y retuvo algunas ideas de Pitágoras y Profirio; como ellos, fue vegetariano

La dueña de casa no tenía nada de esa apariencia falsa y torpe, de esa rigidez, de ese falso pudor que se reprochaba por entonces a los jóvenes de Albión. No escondía, tras un porte desdeñoso y un silencio afectado, la esterilidad de sus ideas y el embarazo humillante de no tener nada que decir: ninguna mujer era más entusiasta. Recibió a Amazán con la cortesía y la gracia que le eran naturales. La extrema belleza de este joven extranjero y la repentina comparación que hizo entre él y su marido, la impresionaron vivamente al comienzo.

Sirvieron la comida. Ella hizo sentar a Amazán a su lado y le hizo comer *puddings* de todas clases, habiendo sabido por él que los gangáridas no se alimentaban con nada que hubiese recibido de los dioses el don celeste de la vida. Su belleza, su fuerza, las costumbres de los gangáridas, el progreso de las artes, la religión y el gobierno, fueron el tema de una conversación tan agradable como instructiva, que duró hasta la noche y durante la cual milord *Y a mi qué* bebió mucho y no dijo una sola palabra.

Después de la cena, mientras milady servía el té y devoraba con los ojos al mancebo, éste conversó con un miembro del parlamento: porque, como todos saben, por ese entonces había un parlamento y se llamaba *Wittenagemot*²⁵ lo cual significa *la asamblea de la gente inteligente*. Amazán se informaba de la constitución, las costumbres, las leyes, los conocimientos, los usos, las artes que tornaban a este país tan recomendable; el señor le hablaba en estos términos:

—Durante mucho tiempo anduvimos completamente desnudos, a pesar de que el país no es cálido. Durante mucho tiempo fuimos tratados como esclavos por gente que venía de la antigua tierra de Saturno²⁶ regada por las aguas del Tíber; pero nosotros mismos nos hicimos males mucho mayores que aquellos que debimos enjugar de nuestros primeros conquistadores. Uno de nuestros reyes²⁷ llevó su bajeza hasta declararse súbdito de un prelado que habitaba también en las orillas del Tíber y a quien se llamaba el *Viejo de las siete montañas*: hasta tal punto el destino de estas siete montañas fue durante mucho tiempo dominar una gran parte de Europa, habitada entonces por brutos.

«Después de esos tiempos de envilecimiento, vinieron siglos de ferocidad y de anarquía. Nuestra tierra, más tempestuosa que los mares que la rodean, fue saqueada y ensangrentada por nuestras discordias.

Varias cabezas coronadas perecieron en el último suplicio. Más de cien príncipes de sangre real terminaron sus días en el cadalso; se arrancó el corazón de todos sus seguidores y se azotaron sus mejillas. Era el verdugo a quien correspondía escribir la historia de nuestra isla, puesto que era él quien había terminado con todos los grandes debates.

«No hace mucho tiempo que, para colmo de horror, algunas personas que llevaban un manto negro y otras que usaban una camisa blanca encima de su chaqueta²⁸, al ser mordidas por perros rabiosos, comunicaron su rabia a la nación entera. Todos los ciudadanos fueron o asesinados o degollados, o verdugos o ajusticiados, o depredadores o esclavos, en el nombre del cielo y buscando al Señor.

«¿Quién creería que de este abismo escalofriante, de este caso de disensiones, atrocidades, ignorancia y fanatismo, resultó finalmente el más perfecto gobierno que pueda existir hoy en el mundo? Un rey honrado y rico todopoderoso para hacer el bien, impotente para hacer el mal, se halla a la cabeza de una nación libre, guerrera, comerciante y esclarecida. Los grandes por un lado y los representantes de las ciudades por el otro, comparten la legislación con el monarca.

«Se había visto, por una singular fatalidad, al desorden, a las guerras civiles, a la anarquía y a la pobreza, desolar el país cuando los reyes detentaban el poder arbitrario. La tranquilidad, la riqueza, la felicidad pública sólo reinaron entre nosotros cuando los reyes reconocieron que no eran

²⁵ El Wittene-Gemet, parlamento anglosajón

²⁶ Los romanos.

²⁷ Juan sin Tierra, que dio en feudo Inglaterra e Irlanda en 1213

²⁸ Los puritanos opuestos a los sacerdotes anglicanos que vestían sobrepellices

absolutos. Todo se hallaba subvertido cuando se disputaba sobre cosas ininteligibles; todo estuvo en orden cuando se las desdeñó. Nuestras flotas victoriosas llevan nuestra gloria por todos los mares y las leyes aseguran nuestras fortunas: un juez jamás puede aplicarlas arbitrariamente; nunca se arresta a nadie sin motivo. Castigaríamos como asesinos a los jueces que osaran enviar a la muerte un ciudadano sin manifestar los testimonios que lo acusan y la ley que lo condena.

«Es cierto que siempre hay entre nosotros dos partidos²⁹ que se combaten con la pluma y con intrigas; pero también es cierto que siempre se unen cuando se trata de tomar las armas para defender la patria y la libertad. Estos dos partidos velan el uno por el otro; se impiden mutuamente violar el depósito sagrado de las leyes; se odian, pero aman al Estado: son amantes celosos que sirven a porfia a la misma querida.

«El mismo poder espiritual que nos ha hecho conocer y sostener los derechos de la naturaleza humana ha llevado a las ciencias al más alto grado que puedan alcanzar entre los hombres. Vuestros egipcios, que son considerados tan grandes como mecánicos; vuestros hindúes, a quienes se cree tan grandes filósofos; vuestros babilonios que se jactan de haber observado los astros durante cuatrocientos treinta mil años; los griegos que ha escrito tantas frases y tan pocas cosas, no saben nada con precisión en comparación con nuestros más pequeños escolares, que han estudiado los descubrimientos de nuestros grandes maestros. Hemos arrancado más secretos a la naturaleza en el lapso de cien años que los que el género humano había descubierto en la multitud de los siglos.

«He aquí en realidad el estado en que nos hallamos. No os he escondido el bien, ni el mal, ni nuestros oprobios, ni nuestra gloria; y no he exagerado nada.

Amazán, ante este discurso, se sintió invadido por el penetrante deseo de instruirse en las ciencias sublimes de las cuales se le hablaba; y si su pasión por la princesa de Babilonia, su respeto filial por su madre, a la cual había dejado abandonada no hubiesen hablado con fuerza a su corazón desgarrado, habría querido pasar su vida en la isla de Albión; pero aquel malhadado beso dado por su princesa al rey de Egipto no daba suficiente libertad a su ánimo para estudiar las altas ciencias.

—Os confieso —dijo— que habiéndome impuesto la ley de recorrer el mundo huyendo de mí mismo, siento bastante curiosidad por ver esa antigua tierra de Saturno, ese pueblo del Tíber y de las siete montañas a quien habéis obedecido otrora; debe ser, sin duda, el primer pueblo de la tierra.

—Os aconsejo emprender ese viaje—le repuso el albionense—, por poco que améis la pintura y la música. Nosotros mismos vamos muy a menudo a llevar nuestro aburrimiento hacia las siete montañas. Pero os sentiréis muy asombrado al ver a los descendientes de nuestros vencedores.

Esta conversación fue larga. A pesar de que el hermoso Amazán tenía el cerebro un poco afectado hablaba con tanto encanto, su voz era tan conmovedora, su porte tan noble y tan suave, que la dueña de casa no pudo evitar a su vez conversar con él a solas. Al hablarle le estrechó tiernamente la mano mirándolo con ojos húmedos y brillantes que llevaban el deseo a todos los resortes de la vida. Lo hizo quedarse a comer y a dormir. Cada instante, cada palabra, cada mirada, inflamaron su pasión. Apenas todos se hubieron retirado, le escribió una esquelita, sin dudar que él vendría a hacerle la corte a su lecho, mientras que milord Y a mi qué dormía en el suyo. Nuevamente Amazán tuvo el coraje de resistir; hasta tal punto un grano de locura produce efectos milagrosos en un alma fuerte y profundamente herida.

Amazán, siguiendo su costumbre, escribió a la dama una respuesta respetuosa en la cual le informaba de la santidad de su juramento y la fuerte obligación en la que se hallaba de enseñar a la princesa de Babilonia a dominar sus pasiones; después de lo cual hizo uncir sus unicornios y volvió a partir hacia la Batavia, dejando a todos los huéspedes maravillados de él, y a la dueña de casa desesperada. En el exceso de su dolor, leyó al día siguiente.

—Ésas son —dijo, encogiéndose de hombros— necedades bien aburridas. Y se fue a una cacería de zorro con algunos borrachos de la vecindad. Amazán ya bogaba sobre el mar, provisto de un mapa geográfico que le había obsequiado el sabio albionense que había conversado con él en la casa de milord Y a uní qué Veía con sorpresa gran parte de la tierra sobre una hoja de papel.

²⁹ Los whigs y los tories.

Sus ojos y su imaginación se perdían en ese pequeño espacio; miraba el Rin, el Danubio, los Apees del Tirol, llamados entonces de otra manera, y todos los países por donde debía pasar antes de llegar a la ciudad de las siete montañas; pero sus miradas se dirigían sobre todo al país de los gangáridas, a Babilonia, donde había visto a su querida princesa y al fatal país de Bassora, donde ella había dado un beso al rey de Egipto. Suspiraba, derramaba lágrimas, pero estaba de acuerdo en que el albionense, que le había regalado un universo en pequeño, no se había equivocado al decirle que la gente era más instruida en las orillas del Támesis que en las del Nilo, del Éufrates y del Ganges.

Mientras él regresaba a Batavia, Formosanta volaba hacia Albión con sus dos navíos que singlaban a toda vela; el de Amazán y el de la princesa se cruzaron, casi se tocaron: los dos amantes estaban cerca el uno del otro y no podían sospecharlo. ¡Ah, si lo hubiesen sabido! Pero el imperioso destino no lo *permitió*

IX

Apenas Amazán desembarcó sobre el terreno parejo y fangoso de Batavia, partió como un relámpago hacia la ciudad de las siete montañas. Debió atravesar la parte meridional de la Germania. Cada cuatro millas se hallaba un príncipe y una princesa, damas de honor y pordioseros. Estaba asombrado de las coqueterías que estas señoras y estas damas de honor le hacían en todos lados con la buena fe germánica, y sólo les respondía con modestas negativas. Después de haber atravesado los Alpes, se embarcó en el mar de Dalmacia y desembarcó en una ciudad³⁰ que no se parecía en absoluto a las que había visto hasta entonces. El mar formaba sus calles; las casas estaban edificadas sobre el agua. Las pocas plazas públicas que adornaban esta ciudad estaban llenas de hombres y mujeres que tenían un doble rostro, aquel que la naturaleza les había dado y un rostro de cartón mal pintado que se aplicaban sobre el otro; de tal manera que la nación parecía compuesta por espectros. Los extranjeros que llegaban a esta comarca comenzaban por comprarse un rostro, así como en otras partes uno se provee de gorros y de zapatos.

Amazán desdeñó esta moda que iba contra la naturaleza: se presentó tal como era. Había en la ciudad doce mil mujerzuelas inscriptas en el gran libro de la república: mujerzuelas útiles al Estado, encargadas del comercio más ventajoso y más agradable que haya enriquecido nunca una nación. Los comerciantes comunes enviaban a gran costo y a grandes riesgos sus telas a Oriente; estas hermosas negociantes realizaban sin ningún riesgo un tráfico que siempre volvía a renacer de sus propios atractivos. Vinieron todas a presentarse al bello Amazán y le ofrecieron elegir. Huyó lo más pronto que pudo pronunciando el nombre de la incomparable princesa de Babilonia y jurando por los dioses inmortales que era más hermosa que las doce mil mujerzuelas venecianas.

—Sublime bribona —gritaba en sus arrebatos—, os enseñaré a ser fiel.

Finalmente las ondas amarillentas del Tíber, pantanos apestados, habitantes macilentos, descarnados y raros, cubiertos con viejos mantos agujereados que dejaban ver la piel seca y curtida, se presentaron ante sus ojos y le anunciaron que se hallaba ante la puerta de la ciudad de las siete montañas, esa ciudad de héroes y legisladores que había conquistado y civilizado una gran parte del globo.

Se había imaginado que vería en la puerta triunfal quinientos batallones comandados por héroes, y en el senado una asamblea de semidioses dando sus leyes a la tierra. Halló, por todo ejército, una treintena de pillos que montaban guardia bajo una sombrilla, por miedo al sol. Al entrar a un templo que le pareció muy hermoso, pero menos que el de Babilonia, se sintió bastante sorprendido al oír una música ejecutada por hombres que tenían voces de mujer.

—Sí que es un país gracioso esta tierra de Saturno —dijo—. He visto una ciudad donde nadie tenía rostro; he aquí donde los hombres no tienen ni voz ni barba.

³⁰ "Venecia.

Se le dijo que estos cantores ya no eran hombres; que se los había despojado de su virilidad a fin de que cantasen más agradablemente las alabanzas de una prodigiosa cantidad de gente de mérito. Amazán no comprendió nada de lo que le decían. Estos señores le pidieron que cantara; cantó una canción gangárida con su gracia habitual.

Su voz era un contralto muy bello.

—Ah, señor —le dijeron—, qué hermosa voz de soprano tendríais. Ah, si...

—¿Cómo, si? ¿Qué pretendéis decir? —Ah, monseñor...

—¿Y bien?

—¡Si no tuvierais barba!

Entonces le explicaron de buena gana, con gestos sumamente cómicos, según su [costumbre de](#) qué se trataba. Amazán quedó muy confundido.

—He viajado —dijo— y jamás he oído hablar de tal fantasía.

Cuando se hubo cantado bastante, el *Viejo de las siete montañas* fue con gran cortejo a la puerta del templo; cortó el aire en cuatro con el pulgar levantado, dos dedos extendidos y otros dos plegados, diciendo estas palabras en un idioma que ya no se hablaba: A la *ciudad y al universo*³¹. El gangárida no podía comprender que dos dedos pudiesen llegar tan lejos.

Pronto vio desfilar toda la corte del dueño del mundo: estaba compuesta de graves personajes, algunos con trajes rojos, otros violetas; casi todos miraban al bello Amazán con ojos tiernos y se decían el uno al otro: *¡San Martino, che bel ragazzo! ¡San Pancratio que bel fanciullo!*³²

Los ardientes³³, cuyo oficio era mostrar a los extranjeros las curiosidades de la ciudad, se apresuraron a hacerle ver casas en ruinas donde un mozo de mulas no hubiese querido pasar la noche pero que habían sido otrora dignos monumentos de la grandeza de un pueblo real. Y vio también cuadros de doscientos años, y estatuas de más de veinte siglos que le parecieron obras maestras.

—¿Hacéis vosotros aún obras semejantes? —No, vuestra Excelencia —le respondió uno de los ardientes—, pero despreciamos al resto de la tierra, porque conservamos estas rarezas. Somos como ropavejeros; ponemos nuestra gloria en los viejos trajes que aún quedan en nuestras tiendas.

Amazán quiso ver el palacio del príncipe; lo llevaron a él. Vio a los hombres de violeta que contaban el dinero de las rentas del Estado: ya de una tierra situada sobre el Danubio, ya de otra sobre el Loria, o sobre el Guadalquivir, o sobre el Vístula.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Amazán después de haber consultado su mapa geográfico—, ¿vuestro señor posee pues toda Europa, como esos héroes antiguos de las siete montañas?

—Debe poseer el universo entero por derecho divino —le respondió el violeta— y aun hubo un tiempo en que sus predecesores se acercaron a la monarquía universal; pero sus sucesores tienen la bondad de contentarse hoy con algún dinero que los reyes, sus vasallos, le hacen pagar en forma de tributo.

—¿Vuestro señor es pues efectivamente el rey de los reyes? ¿Es éste pues su título? —dijo Amazán.

—No, Excelencia, su título es *servidor de los servidores*; es por su origen pescador y portero³⁴ y es por eso que los emblemas de su dignidad son las redes y las llaves; pero siempre da órdenes a

³¹ Urbi et orbi (Nota de Voltaire).

³² ¡Por San Martín, qué hermosos mancebo! ¡Por San Pancracio qué hermoso niño!

³³ Los miembros de la congregación de San Antonio que originariamente cuidaban el mal de los ardientes o fuego de San Antonio

³⁴ Como San Pedro que fue pescador y es portero del paraíso.

todos los reyes. No hace mucho que envió ciento un mandatos a un rey del país de los celtas y el rey obedeció³⁵.

–¿Vuestro pescador –dijo Amazán– envió acaso cinco o seis mil hombres para hacer ejecutar sus ciento y una voluntades?

–En absoluto, Vuestra Excelencia; nuestro santo dueño no es lo suficientemente rico para asalar a diez mil soldados; pero tiene de cuatro a cinco mil profetas divinos distribuidos en los otros países. Estos profetas de todos los colores son, como es justo, alimentados a expensas de los pueblos; anuncian de parte de los cielos que mi señor puede con sus llaves abrir y cerrar todas las cerraduras, y sobre todo las de las cajas fuertes. Un prelado normando³⁶, que tenía ante el rey del que os hablo el cargo de confidente de sus pensamientos, lo convenció de que debió obedecer sin réplica los ciento un pensamientos de mi señor: porque debéis saber que una de las prerrogativas del *Viejo de las siete montañas* es la de tener siempre razón, sea que se digne hablar, sea que se digne escribir.

–¡Caramba! –dijo Amazán–, he aquí un hombre bien singular. Me agradecería cenar con él. –Vuestra Excelencia, aunque fueras rey, no podrías cenar en su mesa; todo lo que él podría hacer por vos sería hacer servir una a su lado, más pequeña y más baja que la suya. Pero, si queréis tener el honor de hablarle os pediré audiencia con él, mediando una *buena mancia*³⁷ que tendréis la bondad de darme.

–Con sumo gusto –respondió el gangárida. El violeta se inclinó.

–Os introduciré mañana –dijo–. Haréis tres genuflexiones y besaréis el pie del *Viejo de las siete montañas*.

Ante estas palabras Amazán estalló en tales carcajadas que estuvo a punto de ahogarse; salió sujetándose las costillas y rió hasta las lágrimas durante todo el camino hasta que llegó a su hospedaje, donde siguió; riendo aún largo tiempo.

Durante su cena se presentaron veinte hombres sin barba y veinte violines que le ofrecieron un concierto. Fue cortejado durante el resto del día por los señores más importantes de la ciudad: le hicieron proposiciones aún más extrañas que la de besar los pies del *Viejo de las siete montañas*. Como era sumamente cortés, creyó al comienzo que estos señores lo tomaban por una dama, y les advirtió de su error con la más circunspecta honestidad. Pero, siendo apremiado un poco vivamente por dos o tres de los violetas más destacados, los tiró por las ventanas sin creer que estuviera ofreciéndole un gran sacrificio a la hermosa Formosanta. Abandonó lo más pronto posible esta ciudad de los dueños del mundo, donde había que besar a un viejo en el dedo del pie, como si su mejilla estuviese en el pie, y donde sólo se abordaba a los mancebos con ceremonias aún más estafalarias.

X

De provincia en provincia, siempre rechazando arrumacos de toda especie, siempre fiel a la princesa de Babilonia, siempre en cólera contra el rey de Egipto, este modelo de constancia llegó a la nueva capital de los galos. Esta ciudad había pasado, como tantas otras, por todos los grados de la barbarie, de la ignorancia, de la estupidez y de la miseria. Su primer nombre había sido *barro* y *fango*³⁸, luego había tomado el de Isis, por el culto de Isis que había legado hasta ella. Su primer senado había sido una compañía de barqueros³⁹. Había sido durante largo tiempo esclava de los

³⁵ Alusión a la bula Unigenirus que condenaba ciento una proposiciones consideradas jansenistas.

³⁶ Se refiere a Le 'fellier, jesuita confesor del rey a partir de 1709, que hizo destruir l'rot-Royal-des-Champs

³⁷ *Literalmente, un buen regalo.*

³⁸ Se refiere a Lutecia, cuyo nombre proviene de lutum, barro que sucedió a Lyon como capital de la Galia y luego tomó el nombre de París, al que una falsa etimología de derivaba de Isis

héroes depredadores de las siete montañas, y después de algunos siglos, otros bandidos, llegados de la orilla ulterior del Rin, se habían apropiado de su pequeño terreno.

El tiempo, que todo lo cambia, había hecho de ella una ciudad de la cual una mitad era muy noble y muy agradable, la otra un poco grosera y ridícula: era el emblema de sus habitantes. Había dentro de su recinto por lo menos cien mil personas que no tenían otra cosa que hacer más que jugar y divertirse. Este pueblo de ociosos juzgaba las artes que los otros cultivaban. No sabían nada de lo que sucedía en la corte; aunque sólo se hallaba a cuatro cortas millas de allí; parecía que estuviese a seiscientas millas por lo menos.

El placer de la buena sociedad, la alegría, la frivolidad, eran para ellos lo importante y su única preocupación; se los gobernaba como a niños a quienes se prodiga juguetes para impedirles llorar. Si se les hablaba de los horrores que había, dos siglos antes, desolado su patria, y de aquellos tiempos espantosos en que la mitad de la nación había masacrado a la otra por sofismas⁴⁰ decían que efectivamente aquello no estaba bien y luego se echaban a reír y a cantar vaudevilles.

Cuanto más cortesés, divertidos y amables eran los ociosos, más se observaba un triste contraste entre ellos y los grupos de ocupados.

Había, entre estos ocupados, o que pretendían serlo, una tropa de sombríos fanáticos⁴¹, mitad absurdos, mitad pillos, cuyo solo aspecto entristecía la tierra,

a la que habrían desquiciado, si hubiesen podido, para darse un poco de crédito; pero la nación de los ociosos, cantando y bailando, los hacía retornar a sus cavernas, así como los pájaros nos obligan a los auillos a zumbillarse en los agujeros de las ruinas.

Otros ocupados⁴², en menor número, eran los conservadores de las antiguas costumbres bárbaras contra las cuales la naturaleza horrorizada reclamaba a viva voz; sólo consultaban sus registros roídos por los gusanos. Si veían una costumbre insensata y horrible, la miraban como ley sagrada. Es por esta costumbre cobarde de no osar pensar por sí mismos y de extraer las ideas de los desechos de los tiempos en que no se pensaba, que, en la ciudad de los placeres, había aún costumbres atroces. Es por esta razón que no había ninguna proporción entre los delitos y las penas. Se hacía a veces sufrir mil muertes a un inocente para hacerle confesar un delito que no había cometido.

Se castigaba el atolondramiento de un mancebo⁴³ como se habría castigado un envenenamiento o un parricidio. Los ociosos lanzaban gritos agudos y al día siguiente ya no pensaban más en ello, y sólo hablaban de modas nuevas.

Este pueblo había visto transcurrir un siglo durante el cual las bellas artes se elevaron a un grado de perfección que no se habría jamás osado esperar; los extranjeros venían entonces, como a Babilonia, a admirar los grandes monumentos de la arquitectura, los prodigios de los jardines, los sublimes esfuerzos de la pintura y de la escultura. Se sentían encantados por una música que iba al alma sin aturdir los oídos.

La verdadera poesía, es decir aquella que es natural y armoniosa, la que halaga al corazón tanto como al espíritu, sólo fue conocida por la nación durante este siglo bienaventurado. Nuevos géneros de elocuencia desplegaron bellezas sublimes. Los teatros, sobre todo, resonaron con obras de arte como ningún pueblo pudo alcanzar jamás. Finalmente, el buen gusto se expandió en todas las profesiones, hasta tal punto que incluso entre los druidas hubo buenos escritores.

³⁹ Bajo el reinado de Tiberio la corporación de nautas (barqueros) levantó un altar a Júpiter cerca de donde hoy se halla la cabecera del Notre-Dame.

⁴⁰ Se refiere a las guerras de religión.

⁴¹ Los monjes Y la gente de la iglesia.

⁴² Los funcionarios de la justicia

⁴³ Alusión al caballero de La Barre, ejecutado en 1766 por diversas manifestaciones antirreligiosas. Había sido detenido por no descubrirse al paso del Santo Sacramento

Tantos laureles, que habían levantado su copa hasta las nubes, pronto se secaron en una tierra agotada. Sólo quedaron unos pocos cuyas hojas eran de un verde pálido y moribundo. La decadencia fue producida por la facilidad en el hacer y por la pereza de hacer las cosas bien, por la saciedad de la belleza y por el gusto por lo extravagante. La vanidad protegió a los artistas que volvían a traer los tiempos de la barbarie; y esta misma vanidad, al perseguir a los verdaderos talentos, los obligó a abandonar la patria; los insectos hicieron desaparecer a las abejas.

Ya casi sin artes verdaderas, ya casi sin genio, el mérito consistía en razonar a tontas y locas sobre el mérito del siglo anterior: el embadurnador de paredes de una taberna criticaba sabiamente los cuadros de los grandes pintores; los borroneadores de papel desfiguraban las obras de los grandes escritores. La ignorancia y el mal gusto tenían otros borroneadores a sus expensas; se repetían las mismas cosas en cien volúmenes bajo diferentes títulos. Todo era o diccionario o folletín. Un druida gacetillero escribía dos veces por semana los anales oscuros de algunos energúmenos ignorados por la nación, y sobre los prodigios operados en los desvanes por pequeños mendigos y pequeñas mendigas⁴⁴; otros ex druidas, vestidos de negro⁴⁵, a punto de morir de cólera y de hambre, se quejaban en cien escritos porque no se les permitía más engañar a los hombres y porque se dejaba ese derecho a chicos vestidos de gris. Algunos archidruidas imprimían libelos difamatorios.

Amazán no sabía nada de todo esto y, aun cuando lo hubiese sabido, no se habría molestado en absoluto, ya que tenía la mente puesta en la princesa de Babilonia, en el rey de Egipto, y en su juramento inviolable de desdeñar todas las coqueterías de las damas, cualquiera fuese el país adonde la pena condujese sus pasos.

El populacho ligero, ignorante, que siempre lleva hasta el exceso esa curiosidad que es natural al género humano, se afanó durante largo tiempo alrededor de sus unicornios; las mujeres, más sensatas, forzaron las puertas de su hotel para contemplarlo a él.

Al comienzo testimonió a su huésped algún deseo de ir a la corte, pero los ociosos de buena sociedad, que se hallaban por azar allí, le dijeron que ya no estaba de moda, que los tiempos habían cambiado mucho y que los placeres sólo se encontraban en la ciudad. La misma noche fue invitado a cenar por una dama cuya inteligencia y talento eran conocidos fuera de su patria, y que había viajado por algunos países a través de los cuales Amazán había pasado. Le agradó a muchos esta dama y la buena sociedad reunida en su casa. La libertad era decorosa, la alegría no era estridente, la ciencia nada tenía de engorroso, ni el ingenio de áspero. Se dio cuenta de que el término buena sociedad no es un término vano, aunque a menudo sea usurpado. Al día siguiente cenó en una compañía no menos amable, pero mucho menos voluptuosa. Cuando más se sintió él satisfecho con sus comensales más se sintió la gente contenta con él. Amazán sentía que su alma se ablandaba y se disolvía así como las especias de su país se fundían suavemente a fuego moderado exhalando deliciosos perfumes.

Después de cenar, lo llevaron a presenciar un encantador espectáculo, condenado por los druidas porque les quitaba el auditorio del que eran más celosos. Este espectáculo estaba compuesto por versos agradables, por cantos deliciosos, por danzas que expresaban los movimientos del alma y por engañosas perspectivas que encantaban los ojos. Esta especie de placer, que reunía tantos géneros, sólo era conocido bajo un nombre extranjero: se llamaba *ópera*, lo que significaba antaño en la lengua de las siete montañas *trabajo, cuidado, ocupación, industria, empresa, tarea, negocio*. Este negocio le encantó. Una joven sobre todo lo sedujo a causa de su voz melodiosa y los atractivos que la adornaban: esta joven *de negocios* le fue presentada después del espectáculo por sus nuevos amigos. Él le obsequió un puñado de diamantes. Ella se sintió tan agradecida que no pudo dejarlo el resto del día. Cenó con ella y, durante la comida, olvidó su sobriedad: y, después de

⁴⁴ Los convulsionarios.

⁴⁵ Los jesuitas, echados de Francia en 1764. Los chivos vestidos de gris son los laicos.

la comida, olvidó su juramento de ser siempre insensible a la belleza, e inexorable ante las tiernas coqueterías. ¡Qué ejemplo de debilidad humana!

La princesa de Babilonia llegaba en esos momentos con el fénix, su mucama Irla y sus doscientos caballeros gangáridas montados sobre sus unicornios. Hubo que esperar largo tiempo antes de que abriesen las puertas. Preguntó primero si el más hermoso de los hombres, el más valiente, el más talentoso y el más fiel se hallaba aún en esa ciudad. Los magistrados se dieron cuenta de que hablaba de Amazán. Se hizo conducir a su hotel; entró, con el corazón palpitante de amor: toda su alma se hallaba anegada de la inexpresable felicidad de volver a ver finalmente en su amante el modelo de la constancia. Nada le pudo impedir penetrar en su dormitorio; las cortinas estaban descorridas: vio al bello Amazán durmiendo entre los brazos de una linda morena. Ambos tenían mucha necesidad de reposo.

Formosanta lanzó un grito de dolor que resonó en toda la casa, pero que no pudo despertar ni a su primo ni a la joven *de negocios*. Cayó desmayada en los brazos de Irla. Apenas recobró el sentido, salió de esta fatal habitación con un sentimiento de dolor mezclado con rabia. Irla se informó sobre quién era esta joven que pasaba tan dulces horas con el bello Amazán. Se le dijo que era una joven *de negocios* muy complaciente, que juntaba a sus talentos el de cantar con bastante gracia.

—¡Oh, justos cielos, poderoso Orosmade! —exclamaba la princesa de Babilonia bañada en lágrimas— ¡Por quién soy traicionada, y a cambio de quién! He aquí pues que el que ha rechazado por mí tantas princesas me abandona por una comedianta de las Galias. No, no podré sobrevivir a esta afrenta.

—¡Señora—le dijo Irla—, así son los jóvenes de uno a otro extremo del mundo: aunque estuviesen enamorados de una belleza descendida del cielo, le serían, en ciertos momentos, infieles por una sirvienta de taberna.

—Ya está decidido —dijo la princesa—, no lo volveré a ver en toda mi vida. Partamos en este mismo instante, y que se aten mis unicornios.

El fénix la conjuró a esperar por lo menos que Amazán se despertara, y que tuviera la oportunidad de hablarle.

No lo merece—dijo la princesa—; me ofenderíais cruelmente: creería que os he pedido que le reprochéis su conducta, y queréis reconciliarme con él. Si me amáis, no agregues esta injuria a la injuria que me ha hecho.

El fénix, que después de todo debía su vida a la hija del rey de Babilonia, no pudo desobedecerla. Ella volvió a partir con todo su acompañamiento.

—¿Adónde vamos, señora? —le preguntó Irla. No lo sé—repuso la princesa—; tomaremos el primer camino que encontremos; con tal de huir para siempre de Amazán, estoy contenta.

El fénix, que era más juicioso que Formosanta, puesto que no albergaba una pasión, la consolaba durante el camino; le advertía suavemente que era triste castigarse por las faltas de los otros, que Amazán le había dado pruebas bastante manifiestas y bastante numerosas de fidelidad como para que ella pudiera perdonarle haber flaqueado un momento; que él era un justo a quien la gracia de Orosmade había faltado; que en adelante sólo se mostraría más constante en el amor y en la virtud; que el deseo de expiar su falta lo colocaría por encima de sí mismo; que ella sólo se sentiría más feliz; que varias grandes princesas antes que ella habían perdonado desvíos semejantes y habían sido felices; le citaba ejemplos y hasta tal punto era buen narrador que el corazón de Formosanta se fue calmando y apaciguando; hubiese querido no partir tan rápido, pero no osaba volver sobre sus pasos; combatiendo entre el deseo de perdonar y, el de mostrar su cólera, entre su amor y su vanidad, dejaba correr a sus unicornios; recorría el mundo, siguiendo la predicción del oráculo a su padre.

Amazán, al despertar, se entera de la llegada y la partida de Formosanta y del fénix; se entera de la desesperación y la indignación de la princesa; le dicen que ha jurado no perdonarlo jamás.

–Ya no me queda –exclama– más que seguirla y matarme a sus pies.

Sus amigos, los ociosos de la buena sociedad, acudieron al escándalo de esta aventura; todos le hicieron ver que le valía infinitamente más permanecer con ellos; que nada era comparable a la dulce vida que llevaban en medio de las artes y de una voluptuosidad tranquila y delicada; que varios extranjeros e incluso reyes habían preferido este reposo, tan agradablemente ocupado y tan encantador, a su patria y a su trono; que por otra parte su carruaje estaba roto y que un talabartero le estaba haciendo uno a la nueva moda; que el mejor sastre le había cortado ya una docena de trajes al nuevo estilo; que las damas más ingeniosas y más amables de la ciudad, en casa de quienes se representaban muy bien las comedias, se habían reservado cada una un día para agasajarlo con fiestas. La joven *de negocios*, mientras tanto, bebía chocolate en su tocador, reía, cantaba, y hacía tales arrumacos al bello Amazán, que éste finalmente cayó en la cuenta de que ella no tenía más cerebro que un pájaro.

Como la sinceridad, la cordialidad, la franqueza, así como la magnanimidad y el valor componían el carácter de este gran príncipe, había contado sus desventuras y sus viajes a sus amigos; sabían que era primo segundo de la princesa; estaban informados del beso funesto dado por ella al rey de Egipto.

–Se perdona–le dijeron–esas pequeñas travesuras entre parientes; si no, habría que pasar la vida en eternas querellas.

Nada quebrantó su designio de correr en pos de Formosanta, pero, al no estar listo su carruaje, se vio obligado a pasar tres días con los ociosos en medio de fiestas y placeres. Finalmente se despidió de ellos abrazándolos, obligándolos a aceptar los diamantes mejor engarzados de su país y recomendándoles ser siempre ligeros y frívolos, puesto que así eran más amables y más felices.

–Los germanos–decía– son los viejos de Europa; los pobladores de Albión son los hombres hechos y derechos; los habitantes de Galia son los niños, y me gusta jugar con ellos.

XI

No resultó difícil a sus guías seguir el rastro de la princesa; no se hablaba más que de ella y de su gran pájaro. Todos los habitantes se hallaban aún sumidos en el entusiasmo de la admiración. Los pueblos de Damasco y de la Marca de Ancona experimentaron luego una sorpresa menos deliciosa cuando vieron volar una casa por el aire⁴⁶; las orilla del Loria, del Dordoña, del Garrona, del Girona, resonaban aún de aclamaciones.

Cuando Amazán estuvo al pie de los Pirineos, los magistrados y los druidas del país le hicieron bailar a pesar suyo al son de la pandereta, pero apenas hubo atravesado los Pirineos, no vio más júbilo ni alegría. Si escuchó algunas canciones de tarde en tarde, eran todas de tono triste: los habitantes caminaban gravemente con cuentas enhebradas y un puñal en su cintura. La nación, vestida de negro, parecía estar de duelo. Si los criados de Amazán interrogaban a los pasantes, éstos les respondían por medio de señales; si se entraba a un hospedaje, el dueño de casa hacía saber a la gente en tres palabras que no había nada en la casa, y que se podía enviar a buscar a algunas millas las cosas que necesitaran con urgencia.

Cuando se preguntaba a estos taciturnos si habían visto pasar a la princesa de Babilonia, respondían más locuazmente:

–La hemos visto, no es tan bella: sólo es bella la tez morena; ella ostenta una garganta alabastrina que es la cosa más agradable del mundo, y que es casi desconocida en nuestras regiones.

Amazán avanzaba hacia la provincia regada por el Betis. No habían transcurrido más de doce mil años desde que este país había sido descubierto por los tirios, hacia la misma época en que

⁴⁶La Santa Casa transportada, según la leyenda, de Nazareth a Italia,

descubrieron la gran isla de Atlántida, que se sumergió algunos años después. Los tirios cultivaron la Bética, que los naturales del país dejaban yerma, pretendiendo que no debían preocuparse por nada, y que correspondía a los galos vecinos suyos venir a cultivar sus tierras. Los tirios habían llevado consigo a los palestinos, que desde esa época andaban por todas partes, por poco que fuese el dinero que pudiesen ganar. Estos palestinos, prestando al cincuenta por ciento, habían atraído para sí casi todas las riquezas del país. Eso hizo creer a los pueblos de Bética que los palestinos eran brujos, y todos aquellos acusados de magia eran quemados sin misericordia por una sociedad de druidas a quienes se llamaba los *investigadores, o los antropokaios*⁴⁷. Estos sacerdotes los vestían primero con un hábito provisto de una capucha que les tapaba la cabeza⁴⁸, se adueñaban de sus bienes, y recitaban devotamente las propias oraciones de los palestinos mientras los cocinaban a fuego lento *por l'amor de Dios*⁴⁹. La princesa de Babilonia se había detenido en la ciudad que luego se llamó Sevilla. Su intención era embarcarse en el Betis y regresar a Babilonia por Tiro, para volver a ver al rey Belus, su padre, y olvidar, si podía, a su infiel amante, o bien pedirlo en casamiento. Hizo venir a su casa a dos palestinos que se ocupaban de todos los negocios de la corte. Debían proporcionarle tres navíos. El fénix hizo con ellos todos los arreglos necesarios y convino un precio luego de haber discutido un poco.

La hospedera era muy devota, y su marido, no menos devoto, era familiar, es decir espía de los druidas investigadores antropokaios: no dejó de advertirles que en su casa había una bruja y dos palestinos que hacían un pacto con el diablo, disfrazado de gran pájaro dorado. Los investigadores, sabiendo que la dama tenía una prodigiosa cantidad de diamantes, la juzgaron bruja de inmediato y esperaron que llegara la noche para encerrar los doscientos caballeros y los unicornios, que dormían en vastos establos, porque los investigadores son cobardes.

Después de haber asegurado bien las puertas, se apoderaron de la princesa y de Irla; pero no pudieron apresar al fénix, que se voló a todo lo que daban sus alas: sospechaba que hallaría a Amazán en el camino que va de Galia a Sevilla.

Lo halló en la frontera de Bética, y lo informó de la desgracia de la princesa. Amazán no pudo hablar: estaba demasiado sobrecogido, demasiado furioso. Se arma de una coraza de acero damasquinada en oro, una lanza de doce pies, dos jabalinas y una espada tajante, llamada *la, fulminante*, que podía hendir de un sólo golpe árboles, rocas y druidas; cubre su hermosa cabeza con un casco de oro bordeado de plumas de garza y de avestruz. Era la antigua armadura de Magog, que su hermana Aldé le había regalado en su viaje a Escitia; los pocos servidores que lo acompañaban montan, como él, cada uno en su unicornio.

Amazán, abrazando a su querido fénix, no le dijo más que estas tristes palabras:

—Soy culpable; si no me hubiese acostado con una joven *de negocios* en la ciudad de los ociosos, la hermosa princesa de Babilonia no se hallaría en este espantoso estado; ataquemos a los antropokaios.

Pronto entra en Sevilla: quince mil alguaciles guardaban las puertas del recinto donde doscientos gangáridas y sus unicornios estaban encerrados sin tener qué comer; todo estaba preparado para el sacrificio de la princesa de Babilonia, de su mucama Irla, y de los dos ricos palestinos.

El gran antropokaio, rodeado de su pequeños antropokaios, estaba ya en su tribunal sagrado; un gentío de sevillanos, llevando cuentas enhebradas en sus cinturas, juntaban sus manos sin decir una palabra; mientras, traían a la bella princesa, a Irla y a los dos palestinos con las manos atadas detrás de la espalda y vestidos con un hábito encapuchado.

⁴⁷ Los inquisidores (del latín *includere*, buscar) y quemadores de hombres (del griego *anthropos-chaiò*).

⁴⁸ Antes de 1786, existían por lo menos tres continuaciones del cándido. En 1756, el ex capuchino Maubert de Gouvest había publicado una versión aumentada de La Pucelle. No se conocen continuaciones de Linenu.

⁴⁹ Quien tuvo conversaciones filosóficas o literarias con Voltaire

El fénix entra, por un tragaluz, a la prisión donde los gangáridas comenzaban ya a derribar las puertas. El invencible Amazán las rompía desde afuera. Salen completamente armados, todos sobre sus unicornios; Amazán se coloca al frente. No le costó mucho derribar a los alguaciles, a los familiares, a los sacerdotes antropokaios; cada unicornio atravesaba doce a la vez. La fulminante de Amazán cortaba en dos a todos los que hallaba; el pueblo huía con sus mantos negros y sus gorgueras sucias, siempre teniendo en sus manos las cuentas benditas por *amor de Dios*.

Amazán toma con la mano al gran investigador en su tribunal y lo tira sobre la hoguera que estaba preparada a cuarenta pasos; arroja también a ella, uno tras otro, a los demás pequeños investigadores. Se prosterna luego ante los pies de Formosanta.

—¡Ah, cuán amable sois —dice ella—; cuánto os adoraría si no me hubierais sido infiel con una joven *de negocios*!

Mientras Amazán hacía las paces con la princesa, mientras los gangáridas apilaban sobre la hoguera los cuerpos de todos los antropokaios, y las llamas se elevaban hasta las nubes, Amazán vio a lo lejos cómo todo un ejército venía hacia él. Un viejo monarca⁵⁰, con su corona avanzaba en un carro tirado por mulas enganchadas con cuerdas; otros cien carros los seguían. Estaban acompañados por graves personajes de manto negro y gorgueras, montados sobre caballos muy hermosos; una multitud de gente a pie los seguía con la cabeza descubierta, y en silencio.

Al principio Amazán hizo formar alrededor de él a sus gangáridas, y se adelantó, lanza en ristre. Apenas el rey lo percibió, se quitó la corona, descendió de su carro, abrazó el estribo de Amazán y le dijo:

—Hombre enviado por Dios, sois el vengador del género humano, el liberador de mi patria, mi protector. Estos monstruos sagrados, de los cuales habéis purgado la tierra, eran mis señores en nombre del *Viejo de las siete montañas*; estaba obligado a soportar mi poder criminal. Mi pueblo me habría abandonado si hubiese querido tan sólo moderar sus abominables atrocidades. Desde hoy respiro, reino, y os lo debo.

Luego besó respetuosamente la mano de Formosanta, y le suplicó que quisiese subir con Amazán, Irla, y el fénix, a su carroza tirada por ocho mulas. Los dos palestinos, banqueros de la corte, prosternados aún en tierra de terror y de agradecimiento, se pusieron de pie, y a la tropa de unicornios siguió el rey de Bética a su palacio.

Como la dignidad del rey de un pueblo grave exigía que sus mulas fuesen al paso, Amazán y Formosanta tuvieron tiempo de contarle sus aventuras. Conversó también con el fénix; lo admiró y lo besó cien veces. Comprendió hasta qué punto los pueblos de Occidente, que comían animales y sólo comprendían su propia lengua, eran ignorantes, brutales y bárbaros; que únicamente los gangáridas habían conservado la naturaleza y la dignidad que los más bárbaros de los mortales eran estos investigadores antropokaios, de los que Amazán acaba de purgar el mundo. No cesaba de ser bendecido y de agradecerle. La hermosa Formosanta olvidaba ya la aventura de la joven *de negocios* y sólo tenía el alma llena del valor del héroe que le había salvado la vida. Amazán, sabedor de la inocencia del beso dado al rey de Egipto, y de la resurrección del fénix, disfrutaba una alegría pura y se hallaba embriagado por el más violento amor.

Se cenó en el palacio, y bastante mal. Los cocineros de Bética eran los peores de Europa. Amazán aconsejó hacer llamar a los galos. Los músicos del rey ejecutaron durante la comida esa célebre melodía que se llamó con el correr de los siglos *Las locuras de España*. Después de la comida se habló de negocios.

El rey preguntó al hermoso Amazán, a la hermosa Formosanta y al hermoso fénix, qué pensaban hacer. —En cuanto a mí —dijo Amazán—, mi intención es regresar a Babilonia, cuyo

⁵⁰Larcher, elenista francés (1726-1812) había encontrado errores en la Philosophie de là historie de Voltaire Philosophie de l'histoire de Voltaire.

presunto heredero soy, y pedir a mi tío Belus mi prima hermana, la incomparable Formosanta, a menos que ella prefiera vivir conmigo entre los gangáridas.

–Mi intención –dijo la princesa– es por cierto no separarme nunca de mi primo segundo. Pero creo que conviene que regrese junto al rey mi padre, tanto más que él me dio permiso para ir en peregrinaje a Bassora y yo he recorrido el mundo.

–En cuanto a mí –dijo el fénix–, seguiré por doquier a estos dos tiernos y generosos amantes.

–Tenéis razón–dijo el rey–, pero el regreso a Babilonia no es tan fácil como pensáis. Todos los días tengo noticias de ese país a través de los navíos tirios, y por medio de mis banqueros palestinos, que mantienen correspondencia con todos los pueblos de la tierra. Todo está en armas contra el Éufrates y el Nilo. El rey de Escitia a la cabeza de trescientos mil guerreros de a caballo, pide que le dé la herencia de su mujer. El rey de Egipto y el rey de las Indias asolan también las orillas del Tigris y del Éufrates, cada uno al frente de trescientos mil hombres, para vengar la burla de la que han sido objeto. Mientras que el rey de Egipto se halla fuera de su país, su enemigo, el rey de Etiopía, saquea Egipto con tres mil hombres y el rey de Babilonia no tiene más que seiscientos mil hombres en pie para defenderse.

–Os confieso–continuó el rey– que cuando oigo hablar de esos prodigiosos ejércitos que Oriente vomita de su seno, y de su asombrosa magnificencia, cuando los comparo con nuestros pequeños cuerpos de veinte a treinta mil soldados, que resultan tan difíciles de vestir y de alimentar, me siento tentado de creer que Oriente ha sido hecho mucho antes que Occidente. Parece que hubiésemos salido anteayer del caos, y ayer de la barbarie.

–Sire –dijo Amazán–, los recién llegados ganan a veces a los que han comenzado primero la carrera. Se piensa en mi país que el hombre es originario de la India, pero no tengo ninguna certeza. –Y vos –dijo el rey de Bética al fénix–, ¿qué pensáis de esto?

–Sire –respondió el fénix –, aún soy muy joven para estar instruido sobre la antigüedad. No he vivido más que unos veintisiete mil años: pero mi padre, que había vivido cinco veces esta edad, me decía que había aprendido de su padre que las comarcas de Oriente habían sido siempre más pobladas y más ricas que las otras. Sabía por sus antepasados que las generaciones de todos los animales habían comenzado a orillas del Ganges. En cuanto a mí, no caigo en la vanidad de compartir esta opinión. No puedo creer que los zorros de Albión, las marmotas de los Alpes, y los lobos de Galia provengan de mi país, del mismo modo que no creo que los pinos y los robles de vuestras comarcas descendan de las palmeras y los cocoteros de la India.

–Pero, ¿de dónde provenimos, pues? –dijo el rey.

–Nada sé —dijo el fénix–, quisiera saber tan sólo dónde podrán ir la hermosa princesa de Babilonia y mi amigo.

–Mucho dudo —continuó el rey–que con sus doscientos unicornios se encuentren en estado de atravesar tantos ejércitos de trescientos mil hombres cada uno.

–¿Por qué no? –dijo Amazán.

El rey de Bética sintió lo sublime del ¿por qué no?, pero creyó que lo sublime no bastaba contra ejércitos innumerables.

–Os aconsejo –dijo– ir a buscar al rey de Miopía; estoy en relación con este príncipe negro por medio de mis palestinos. Os daré carta para él. Puesto lue es enemigo del rey de Egipto, se sentirá feliz de verse fortalecido por medio de vuestra alianza. Os puedo ayudar con dos mil hombres muy sobrios y muy valientes; sólo depende de vosotros contratar otros tantos entre los pueblos que viven, o mejor dicho que saltan, al pie de los Pirineos, y a quienes se llama *vascos* o *vascongados*. Enviad a uno de vuestros guerreros montados sobre un unicornio con algunos diamantes: no hay vasco que abandone su castel, es decir la choza de su padre, para servirlos. Son infatigables, valientes y alegres, os sentiréis muy satisfechos con ellos. Mientras esperamos que ellos leguen, os agasajaremos con fiestas y os preparemos barcos. No puedo agradecerlos en demasía el favor que ne habéis hecho.

Amazán disfrutaba de la felicidad de haber reencontrado a Formosanta, y de gustar en paz de todos os encantos del amor reconciliado, que valen casi como los del amor naciente.

Pronto una tropa orgullosa y alegre de vascos legó bailando al son del tamboril; la otra tropa orgullosa y seria, de béticos se hallaba lista. El viejo rey atezado abrazó tiernamente a los jóvenes amantes; lizo cargar sus navíos con armas, lechos, juegos de ajedrez, vestidos negros, golillas, cebollas, ovejas, pollos, harina y mucho ajo, deseándoles una feliz travesía, amor constante y muchas victorias.

La flota abordó la orilla, donde se dice que tantos años después la fenicia Dido, hermana de Pigmalión, esposa de Siqueo, después de haber abandonado la ciudad de Tiro, vino a fundar la soberbia ciudad de Cartago cortando un cuero de buey en tiras, según el testimonio de los más graves autores de la antigüedad, quienes jamás han contado fábulas, y según los profesores que han escrito para niños, aunque después de todo no haya habido jamás nadie en Tiro que se haya llamado Pigmalión, o Dido, o Siqueo, ya que son nombres totalmente griegos y, finalmente, aunque no haya habido rey en Tiro en esa época.

La soberbia Cartago no era más que un puerto de mar; sólo había allí algunas nubes que hacían secar los pescados al sol. Costearon Bizancio y Sirtes, las orillas fértiles donde estuvieron después de Cirene y la gran Quersoneso.

Finalmente llegaron a la primera desembocadura del sagrado río Nilo. Es en la extremidad de esta tierra fértil donde el puerto de Canopus recibía ya las naves de todas las naciones comerciantes, sin que se supiera si el dios Canopus había fundado el puerto, o si los habitantes habían fabricado al dios; ni si la estrella Canopus había dado su nombre a la ciudad, o si la ciudad había dado el suyo a la estrella. Todo lo que se sabía, es que tanto la ciudad como la estrella eran sumamente antiguas, que es todo lo que se puede saber del origen de las cosas, cualquiera sea su naturaleza.

Fue allí donde el rey de Etiopía, habiendo asolado todo Egipto, vio desembarcar al invencible Amazán y a la adorable Formosanta. Tomó al uno por el dios de las batallas, y a la otra por la diosa de la belleza. Amazán le presentó la carta de recomendación de España. El rey de Etiopía ofreció fiestas admirables, siguiendo la indispensable costumbre de los tiempos heroicos; luego se habló de ir a exterminar a los trescientos mil hombres del rey de Egipto, los trescientos mil del emperador de las Indias, y los trescientos mil del gran kan de los escitas, que asediaban la inmensa, orgullosa, y voluptuosa ciudad de Babilonia.

Los dos mil españoles que Amazán había traído con él dijeron que no necesitaban al rey de Etiopía para socorrer a Babilonia; que era suficiente que su rey les mandase ir a liberarla; que bastaba con ellos para esta expedición.

Los vascos dijeron que ya habían hecho otras por el estilo; que vencerían solos a todos los egipcios, los indios y los escitas, y que sólo marcharían junto con los españoles si éstos iban a la retaguardia.

Los doscientos gangáridas se echaron a reír de las pretensiones de sus aliados, y sostuvieron que con cien unicornios solamente harían huir a todos los reyes de la tierra. La hermosa Formosanta los apaciguó con su prudencia y sus encantadores discursos. Amazán presentó al monarca negro sus gangáridas, sus unicornios, los españoles, los vascos y el hermoso pájaro.

Todo estuvo prontamente listo para marchar por Menfis, y por Heliópolis, y por Arsínoe, por Petra, por Artemisa, por Sora, por Apame, para ir a atacar a los tres reyes y para hacer esa guerra memorable ante la cual todas las guerras que los hombres han hecho después no han sido más que riñas de gallos y codornices.

Todos sabemos cómo el rey de Etiopía se enamoró de la hermosa Formosanta, y cómo la sorprendió en el lecho, cuando un dulce sueño abatía sus largas pestañas. Se recuerda que Amazán, testigo de este espectáculo, creyó ver al día y a la noche acostados juntos. No se ignora que Amazán, indignado por la afrenta, lanzó repentinamente su fulminante, y cortó la cabeza perversa del negro insolente, y echó a todos los etíopes de Egipto. ¿No están escritos estos prodigios en el

libro de las crónicas de Egipto? La fama no ha publicado con sus cien bocas las victorias que obtuvo sobre los tres reyes con sus españoles, sus vascos y sus unicornios. Devolvió la hermosa Formosanta a su padre; liberó todo el cortejo de su señora, que el rey de Egipto había reducido a la esclavitud. El gran kan de los escitas se declaró vasallo, y su casamiento con la princesa Aldé fue confirmado. El invencible y el generoso Amazán, reconocido como heredero del reino de Babilonia, entró triunfante en la ciudad, con el fénix, en presencia de cien reyes tributarios. La fiesta de su casamiento sobrepasó en todo a la que el rey Belus había dado. Se sirvió en la mesa el buey Apis asado.

El rey de Egipto y el de Indias sirvieron de beber a los dos esposos, y las bodas fueron celebradas por quinientos grandes poetas de Babilonia.

¡Oh musas!, a quienes se invoca siempre al comienzo de la obra, sólo os imploro al final. Es en vano que me se reprocha dar gracias sin haber dicho *benedícite*. ¡Musas!, no seréis menos por estos mis protectoras. Impedid que los continuadores temerarios estropeen por medio de sus fábulas las verdades que he enseñado a los mortales en este fiel relato, así como han osado falsificar *Cándido*, *el Ingenuo* y las castas aventuras de la casta Juana, que un ex capuchino ha desfigurado por medio de versos dignos de los capuchinos, en ediciones bánavas⁵¹. Que no hagan este daño a mi tipógrafo, cargado de una numerosa familia y que apenas tiene con qué comprar los tipos, el papel y la tinta.

¡Oh Musas! Imponed silencio al detestable Cogé⁵² profesor de charlatanería en el colegio de Mazarin, quien no se sintió satisfecho con los discursos morales de Belisario y del emperador Justiniano, y que escribió malvados libelos difamatorios contra estos dos grandes hombres.

Colocad una mordaza al pedante Larcher⁵³, que sin saber una palabra del babilonio antiguo, sin haber viajado como yo por las orillas del Éufrates y del Tigris, tuvo la Formosanta, hija del mayor rey del mundo, y la princesa Aldé, y todas las mujeres de esa corte respetable, se acostaban por dinero con todos los palafreneros del Asia en el gran templo de Babilonia, obedeciendo a sus principios religiosos. Este libertino de colegio, enemigo vuestro y del pudor, acusa a las bellas egipcias de Mendés⁵⁴ de haber amado sólo a los chicos, proponiéndose en secreto, ante este ejemplo, darse una vuelta por Egipto para poder disfrutar finalmente alguna aventura.

Como no sabe más sobre lo actual que sobre lo antiguo, insinúa, con la esperanza de acercarse a alguna vieja, que nuestra incomparable Ninon, a la edad de ochenta años, se acostó con el abate Gédoyne, de la Academia Francesa y de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Nunca oyó hablar del abate de Châteauneuf, a quien toma por el abate Gédoyne⁵⁵. Conoce tan bien a Ninon como a las jóvenes de Babilonia.

Musas, hijas del cielo, vuestro amigo Larcher va más allá: se deshace en elogios sobre la pederastia; osa decir que todos los chiquillos de mi país están sujetos a esta infamia. Cree salvarse aumentando el número de los culpables⁵⁶.

Nobles y castas Musas, que detestáis por igual al pedantismo y la pederastia, protegedme contra el maestro Larcher.

⁵¹ Sobre el acoplamiento de los chivos y las mujeres en la provincia de Mendés cf. con L'Essm sur les nioeurs. cap. 7.

⁵² El abate de Châteauneuf muerto en 1708, era el padrino de Voltaire. El abate Gédoyne (1667-1744) es traducido sobre todo como traductor.

"Sobre la pederastia entre los persas cf Philosophie de l'histoire, cap. 11.

⁵³ Sobre la pederastia entre los persas Cf. philosophie de l'histoire, cap11

⁵⁴ Elie Fréron (1718-1776) célebre con sus disputas con los filósofos, fue un crítico bastante talentoso.

⁵⁵ Lugar donde se hallaba una prisión.

⁵⁶ Comedia de Voltaire donde se ataca violentamente a Fréron.

Y vos, maestro Aliboron, llamado Fréron⁵⁷, antes supuestamente jesuita, vos cuyo Parnaso se halla ya en Bicêtre⁵⁸ tanto como en la taberna de la esquina, vos a quien todos los teatros de Europa han hecho justicia con la honesta comedia l'Écossaise⁵⁹, vos, digno hijo del sacerdote Desfontaines⁶⁰ que nacisteis de sus amores con uno de esos hermosos niños que llevan un hierro y una venda como el hijo de Venus⁶¹ y que como él se lanzan al aire, aunque no vayan nunca más allá de lo alto de las chimeneas; mi querido Aliboron, por quien siempre he experimentado tanta ternura, y que habéis hecho reír un mes seguido para la época de aquella Écossaise, os recomiendo a mi princesa de Babilonia: hablad mal de ella a fin de se la lea.

No os olvidaré aquí, gacetillero eclesiástico⁶², ilustre orador de los convulsionarios, padre de la Iglesia, fundada por el abate Bécherand y por Abraham Chaumeix⁶³; no dejéis de decir en vuestras hojas, tan piadosas como elocuentes y sensatas, que *La princesa de Babilonia* es herética, deísta y atea. Tratad sobre todo de comprometer a ese tal Riballier⁶⁴ para que haga condenar a *La princesa de Babilonia* por la Sorbona; daréis con esto un gran placer a mi librero, a quien he dado esta corta historia en carácter de primicia.

⁵⁷ El abate Desfontaine fue acusado de un crimen vergonzoso y encarcelado en Bicêtre. A pesar que voltaire lo hizo salir, el abate lo siguió atacando en sus escritos.

⁵⁸

⁵⁸ Un desollinador que, como el amor, lleva una venda.

⁵⁹ *Comedia de Voltaire donde se ataca violentamente a Fréon*

⁶⁰ El abate Desfontaine fue acusado de un crimen vergonzoso y encarcelado en Bicêtre. A pesar de que Voltaire lo hizo salir, el abate lo siguió atacando con sus escritos.

⁶¹ *Un desollinador que como el amor lleva una venda*

⁶² *sin duda el autor anónimo de la Gazette Ecclesiastique*

⁶³ *El abate Bécherand fue el primero que tuvo convulsiones en 1731. Abraham Chaumeix (1730-1790) escribió contra los enciclopedistas*

⁶⁴ *Doctor se la Sorbona*

Cándido o el optimismo

Traducido de un manuscrito alemán del doctor Ralph con las adiciones encontradas en el bolsillo del doctor, cuando murió en Minden, en el año de gracia de 1759.

I. De cómo Cándido fue criado en un hermoso castillo y de cómo fue arrojado de allí

Vivía en Westfalia, en el castillo del señor barón de Thunder-ten-tronckh, un mancebo a quien la naturaleza había dotado de la índole más apacible. Su fisonomía anunciaba su alma; tenía juicio bastante recto y espíritu muy simple; por eso, creo, lo llamaban Cándido. Los antiguos criados de la casa sospechaban que era hijo de la hermana del señor barón y de un bondadoso y honrado hidalgo de la vecindad, con quien jamás consintió en casarse la doncella porque él no podía probar arriba de setenta y un cuarteles, debido a que la injuria de los tiempos había acabado con el resto de su árbol genealógico.

Era el señor barón uno de los caballeros más poderosos de Westfalia, pues su castillo tenía puerta y ventanas; en la sala principal hasta había una colgadura. Los perros del corral componían una jauría cuando era menester; sus palafreneros eran sus picadores, y el vicario de la aldea, su primer capellán; todos lo trataban de Monseñor, todos se echaban a reír cuando decía algún chiste.

La señora baronesa, que pesaba unas trescientas cincuenta libras, se había granjeado por ello gran consideración, y recibía las visitas con tal dignidad que la hacía aún más respetable. Su hija Cunegunda, doncella de diecisiete años, era rubicunda, fresca, rolliza, apetitosa. El hijo del barón era en todo digno de su padre. El preceptor Pangloss era el oráculo de la casa, y el pequeño Cándido escuchaba sus lecciones con la docilidad propia de su edad y su carácter.

Pangloss enseñaba metafísico-teólogo-cosmólogo-nigología. Probaba admirablemente que no hay efecto sin causa, y que, en el mejor de los mundos posibles, el castillo de monseñor el barón era el más hermoso de los castillos, y que la señora baronesa era la mejor de las baronesas posibles.

Demostrado está, decía Pangloss que no pueden ser las cosas de otro modo, porque habiéndose hecho todo con un fin, éste no puede menos de ser el mejor de los fines. Nótese que las narices se hicieron para llevar anteojos; por eso nos ponemos anteojos; las piernas notoriamente para las calzas, y usamos calzas; las piedras para ser talladas y hacer castillos; por eso su señoría tiene un hermoso castillo: el barón principal de la provincia ha de estar mejor aposentado que ninguno; y como los marranos nacieron para que se los coman, todo el año comemos tocino: en consecuencia, los que afirmaron que todo está bien, han dicho una tontería; debieron decir que nada puede estar mejor.

Cándido escuchaba atentamente y creía inocentemente, porque la señorita Cunegunda le parecía muy hermosa, aunque nunca se había atrevido a decírselo. Deducía que después de la felicidad de haber nacido barón de Thunder-ten-tronckh, el segundo grado de felicidad era ser la señorita Cunegunda; el tercero, verla cada día; y el cuarto, oír al maestro Pangloss, el filósofo más ilustre de la provincia, y, por consiguiente, de todo el orbe.

Cunegunda, paseándose un día por los alrededores del castillo, vio entre las matas, en un taller que llamaban el parque, al doctor Pangloss que daba una lección de física experimental a la doncella de su madre, morenita muy graciosa y muy dócil. Como la señorita Cunegunda tenía gran disposición para las ciencias, observó sin pestañear las reiteradas experiencias de que era testigo; vio con claridad la razón suficiente del doctor, sus efectos y sus causas, y regresó agitada, pensativa, deseosa de aprender, figurándose que bien podría ser ella la razón suficiente de Cándido, quien podría también ser la suya.

Encontró a Cándido de vuelta al castillo, y enrojeció; Cándido también enrojeció. Saludóle Cunegunda con voz trémula, y contestó Cándido sin saber lo que decía. Al día siguiente, después de comer, al levantarse de la mesa, se encontraron detrás de un biombo; Cunegunda dejó caer su pañuelo, Cándido lo recogió; ella le tomó inocentemente la mano y el joven besó inocentemente la mano de la señorita con singular vivacidad, sensibilidad y gracia; sus bocas se encontraron, sus ojos se inflamaron, sus rodillas temblaron, sus manos se extraviaron. En esto estaban cuando acertó a pasar junto al biombo el señor barón de Thunder-ten-tronckh, y reparando en tal causa y tal efecto, echó a Cándido del castillo a patadas en el trasero. Cunegunda se desvaneció; cuando volvió en sí, la señora baronesa le dio de bofetadas; y todo fue consternación en el más hermoso y agradable de los castillos posibles.

II. Qué fue de Cándido entre los búlgaros

Cándido, arrojado del paraíso terrenal, fue andando mucho tiempo sin saber a dónde, lloroso, alzando los ojos al cielo, volviéndolos una y otra vez hacia el más hermoso de los castillos, que encerraba a la más linda de las baronesitas; se acostó sin cenar en mitad del campo entre dos surcos. Caían gruesos copos de nieve al día siguiente. Cándido, empapado, llegó arrastrándose como pudo al pueblo inmediato, que se llama Valdberghoff-trarbk-dikdorff, sin un ochavo en la faltriquera y muerto de hambre y fatiga. Paróse lleno de pesar a la puerta de una taberna, y repararon en él dos hombres con vestidos azules. Camarada, dijo uno, aquí tenemos un gallardo mozo, de la estatura requerida. Acercáronse a Cándido y lo convidaron a comer con mucha cortesía. Señores, les dijo Cándido con encantadora modestia, mucho favor me hacen ustedes, pero no tengo para pagar mi parte. Señor, le dijo uno de los azules, las personas de su aspecto y de su mérito nunca pagan. ¿No tiene usted cinco pies y cinco pulgadas de alto? Sí, señores, ésa es mi estatura, dijo haciendo una cortesía. Vamos, caballero, siéntese usted a la mesa, que no sólo pagaremos, sino que no consentiremos que un hombre como usted ande sin dinero; los hombres han sido hechos para socorrerse unos a otros. Razón tienen ustedes, dijo Cándido; así me lo ha dicho mil veces el señor Pangloss, y ya veo que todo es perfecto. Le ruegan que admita unos escudos; los toma y quiere dar un vale; pero no lo quieren, y se sientan a la mesa. ¿No ama usted tiernamente?... Sí, señores, respondió Cándido, amo tiernamente a la señorita Cunegunda. No preguntamos eso, le dijo uno de aquellos dos señores, preguntamos si no ama usted tiernamente al rey de los búlgaros. En modo alguno, dijo, porque no le he visto en mi vida. Vaya, pues es el más encantador de los reyes. ¿Quiere usted que brindemos a su salud? Con mucho gusto, señores; y brinda. Basta con eso, le dijeron, ya es usted el apoyo, el defensor, el adalid, el héroe de los búlgaros; su fortuna está hecha, su gloria afianzada. Echáronle al punto un grillete al pie y se lo llevan al regimiento; lo hacen volverse a derecha e izquierda, meter la baqueta, sacar la baqueta, apuntar, hacer fuego, acelerar el paso, y le dan treinta palos: al otro día hizo el ejercicio un poco menos mal y no le dieron más de veinte; al tercero recibe solamente diez, y sus camaradas le tuvieron por un portento.

Cándido, estupefacto, aún no podía entender bien de qué modo era un héroe. Un día de primavera se le ocurrió irse a paseo, y siguió su camino derecho, creyendo que era privilegio de la especie humana y de la especie animal, servirse de sus piernas a su antojo. No había andado dos leguas, cuando surgen otros cuatro héroes de seis pies que lo alcanzan, lo atan y lo llevan a un calabozo. Le preguntan jurídicamente si prefería ser fustigado treinta y seis veces por las baquetas de todo el regimiento, o recibir una vez sola doce balazos en la mollera. Inútilmente alegó que las voluntades eran libres y que no quería ni una cosa ni otra; fue forzoso que escogiera, y en virtud de la dádiva de Dios que llaman *libertad*, se resolvió a pasar treinta y seis veces por las baquetas, y sufrió dos tandas. Componíase el regimiento de dos mil hombres, lo cual hizo justamente cuatro mil baquetazos que de la nuca al trasero le descubrieron músculos y nervios. Iban a proceder a la tercera tanda, cuando Cándido, no pudiendo aguantar más, pidió por favor que tuvieran la bondad de levantarle la tapa de los sesos; obtiene ese favor, se le vendan los ojos, lo hacen hincar de rodillas. En ese momento pasa el rey de los búlgaros, se informa del delito del paciente, y como este rey era hombre de grandes luces, por todo cuanto le dicen de Cándido comprende que es éste un joven

metafísico muy ignorante en las cosas del mundo y le otorga el perdón con una clemencia que será muy loada en todas las gacetas y en todos los siglos. Un diestro cirujano curó a Cándido con los emolientes que enseña Dioscórides. Un poco de cutis tenía ya, y empezaba a poder andar, cuando dio el rey de los búlgaros batalla al de los ávaros.

III. De cómo se libró Cándido de los búlgaros, y de lo que le sucedió

No había nada más hermoso, más diestro, más brillante, más bien ordenado que ambos ejércitos: las trompetas, los pífanos, los oboes, los tambores, y los cañones formaban tal armonía cual nunca hubo en los infiernos. Primeramente, los cañones derribaron unos seis mil hombres de cada parte, después la fusilería barrió del mejor de los mundos unos nueve o diez mil bribones que infectaban su superficie y, por último, la bayoneta fue la razón suficiente de la muerte de otros cuantos miles. Todo ello podía sumar cosa de treinta millares. Cándido, que temblaba como un filósofo, se escondió lo mejor que pudo durante esta heroica carnicería.

En fin, mientras ambos reyes hacían cantar un *Te Deum*, cada uno en su campo, se resolvió nuestro héroe ir a discurrir a otra parte sobre los efectos y las causas. Pasó por encima de muertos y moribundos hacinados y llegó a un lugar inmediato; estaba hecho cenizas; era una aldea ávara que, conforme a las leyes de derecho público, habían incendiado los búlgaros; aquí unos ancianos acribillados de heridas contemplaban morir a sus esposas degolladas, con los niños apretados a sus pechos ensangrentados. Más allá, exhalaban el postrer suspiro muchachas destripadas, después de haber saciado los deseos naturales de algunos héroes; otras, medio tostadas, clamaban por que las acabaran de matar; la tierra estaba sembrada de sesos al lado de brazos y piernas cortadas.

Cándido huyó a toda prisa a otra aldea que pertenecía a los búlgaros, y que había sido igualmente tratada por los héroes ávaros. Al fin, caminando sin cesar por cima de miembros palpitantes, o atravesando ruinas, salió del teatro de la guerra, con algunas cortas provisiones en la mochila y sin olvidar nunca a Cunegunda. Al llegar a Holanda se le acabaron las provisiones; mas habiendo oído decir que la gente era muy rica en este país y que eran cristianos, no le quedó duda de que le darían tan buen trato como el que le dieron en el castillo del señor barón, antes que lo echaran a causa de los bellos ojos de la señorita Cunegunda.

Pidió limosna a muchos sujetos graves; todos le dijeron que si seguía en aquel oficio lo encerrarían en una casa de corrección para enseñarle a vivir. Dirigióse luego a un hombre que acababa de hablar una hora seguida en una crecida asamblea sobre la caridad, y el orador, mirándole de reojo, le dijo: ¿A qué vienes aquí? ¿Estás por la buena causa? No hay efecto sin causa, respondió modestamente Cándido; todo está encadenado necesariamente y ordenado para lo mejor; ha sido menester que me echaran de casa de la señorita Cunegunda y que me dieran carreras de baquetas, y es menester que mendigue el pan hasta que lo pueda ganar; nada de esto podía ser de otra manera. Amiguito, le dijo el orador, ¿crees que el Papa es el anticristo? Nunca lo había oído, respondió Cándido; pero séalo o no, yo no tengo pan que comer. Ni lo mereces, replicó el otro; anda, bribón, anda, miserable, y que no te vuelva a ver en mi vida. Asomóse en esto a la ventana la mujer del ministro, y viendo a uno que dudaba de que el Papa fuera el anticristo, le tiró a la cabeza un vaso lleno de... ¡Oh cielos, a qué excesos se entregan las damas por celo religioso!

Uno que no había sido bautizado, un buen anabaptista, llamado Jacobo, testigo de la crueldad y la ignominia con que trataban a uno de sus hermanos, a un ser bípedo y sin plumas, que tenía alma, lo llevó a su casa, lo limpió, le dio pan y cerveza y dos florines, y además quiso enseñarle a trabajar en su fábrica de tejidos de Persia que se hacen en Holanda. Cándido, arrodillándose casi a sus plantas, clamaba: Bien decía el maestro Pangloss, que todo era para mejor en este mundo, porque infinitamente más me conmueve la mucha generosidad de usted que la inhumanidad de aquel señor de capa negra y de su señora mujer.

Yendo al otro día de paseo se encontró con un mendigo cubierto de lepra, casi ciego, la punta de la nariz carcomida, la boca torcida, los dientes ennegrecidos y el habla gangosa, atormentado por una violenta tos, y que a cada esfuerzo escupía una muela.

IV. De qué modo encontró Cándido a su maestro de filosofía, el doctor Pangloss, y de lo que a éste le aconteció

Cándido, movido a piedad, más que a horror, dio a este espantoso pordiosero los dos florines que había recibido del honrado anabaptista. Miróle de hito en hito la fantasma, y vertiendo lágrimas se le colgó al cuello. Cándido retrocedió asustado. ¡Ay!, dijo el infeliz al otro infeliz. Conque ¿no conoces a tu amado maestro Pangloss? ¿Qué oigo? ¡Usted, mi amado maestro! ¡Usted, en tan horrible estado! ¿Qué desdicha le ha sucedido? ¿Por qué no está en el más hermoso de los castillos? ¿Qué se ha hecho de la señorita Cunegunda, la perla de las doncellas, la obra maestra de la naturaleza? No puedo más, dijo Pangloss. Llévle sin tardanza Cándido al establo del anabaptista, le dio un mendrugo de pan, y cuando Pangloss hubo cobrado aliento, Cándido le preguntó: ¿qué es de Cunegunda? Ha muerto, respondió el otro. Desmayóse Cándido al oírlo y su amigo le volvió a la vida con un poco de mal vinagre que encontró fortuitamente en el pajar. Abrió Cándido los ojos y exclamó: ¡Cunegunda muerta! ¡Ah, el mejor de los mundos!, ¿dónde estás? Pero ¿de qué enfermedad ha muerto? ¿Ha sido, por ventura, la pesadumbre de verme echar a patadas del hermoso castillo de su padre? No, dijo Pangloss, unos soldados búlgaros la destriparon después que la hubieron violado hasta más no poder; al señor barón, que quiso defenderla, le rompieron la cabeza. La señora baronesa fue cortada en pedazos; mi pobre alumno, tratado lo mismo que su hermana; y en el castillo no ha quedado piedra sobre piedra, ni trojes, ni siquiera un carnero, ni un pato, ni un árbol; pero bien nos han vengado, porque los ávaros han hecho lo mismo a una baronía vecina que era de un señor búlgaro.

Desmayóse otra vez Cándido al oír esta lamentable historia; pero vuelto en sí, y habiendo dicho cuanto tenía que decir, se informó de la causa y del efecto y de la razón suficiente que había puesto a Pangloss en tan lastimoso estado. ¡Ay!, dijo el otro, es el amor: el amor, el consolador del género humano, el conservador del universo, el alma de todos los seres sensibles, el tierno amor. ¡Ah!, dijo Cándido, yo he conocido ese amor, he conocido a ese árbitro de los corazones, a esa alma de nuestra alma; tan sólo me ha valido un beso y veinte patadas en el trasero. ¿Cómo tan bella causa ha podido producir en usted tan abominable efecto?

Pangloss respondió en los términos siguientes: Ya conociste, amado Cándido, a Paquita, esa linda doncella de nuestra augusta baronesa; en sus brazos gocé las delicias del paraíso, que han producido los tormentos del infierno que ahora me consumen: estaba infestada por ellos, quizás haya muerto por ellos. Paquita debió este don a un franciscano instruidísimo, que había averiguado el origen de su achaque: se lo había dado una vieja condesa, la cual lo había recibido de un capitán de caballería que lo hubo de una marquesa, a quien se lo dio un paje, que lo cogió de un jesuita, el cual, siendo novicio, lo había recibido en línea recta de uno de los compañeros de Cristóbal Colón. Yo, por mí, no se lo daré a nadie, porque he de morir muy pronto.

¡Oh Pangloss, exclamó Cándido, qué extraña genealogía! ¿Fue acaso el diablo su fundador? En modo alguno, replicó aquel varón eminente, era algo indispensable en el mejor de los mundos, un ingrediente necesario; pues si Colón no hubiera atrapado en una isla de América esta enfermedad que envenena el manantial de la generación, y que a menudo hasta llega a impedirla, y que manifiestamente se opone al gran objetivo de la naturaleza, no tendríamos chocolate ni cochinilla, y se ha de notar que hasta el día de hoy, en nuestro continente, esta dolencia nos es peculiar, no menos que la teología escolástica. Todavía no se ha introducido en Turquía, en la India, en Persia, en China, en Siam ni en el Japón; pero hay razón suficiente para que allí la padezcan dentro de algunos siglos. Mientras tanto, ha hecho maravillosos progresos entre nosotros, especialmente en los grandes ejércitos, que constan de honrados mercenarios muy bien educados, los cuales deciden la suerte de los países; y se puede afirmar con certeza que cuando pelean treinta mil hombres en una batalla campal contra un ejército igualmente numeroso, hay cerca de veinte mil galicosos por una y otra parte.

Es algo portentoso, dijo Cándido; pero usted debe tratar de curarse. Y ¿cómo me he curar, amiguito, dijo Pangloss, si no tengo un ochavo, y en todo este vasto globo a nadie sangran ni le administran una lavativa sin que pague o sin que alguien pague por él?

Estas últimas razones determinaron a Cándido; fue a echarse a los pies de su caritativo anabaptista Jacobo, a quien pintó tan tiernamente la situación a que se veía reducido su amigo, que el buen hombre no vaciló en hospedar al doctor Pangloss y en hacerlo curar a su costa. La curación no costó a Pangloss más que un ojo y una oreja. Como sabía escribir y contar a la perfección, el anabaptista lo hizo su tenedor de libros. Viéndose precisado al cabo de dos meses a ir a Lisboa para asuntos de su comercio, se embarcó con sus dos filósofos. Pangloss le explicaba de qué modo todas las cosas se arreglaban a la perfección. Jacobo no era de su parecer. Fuerza es, decía, que los hombres hayan estragado en algo la naturaleza, porque no nacieron lobos y se han convertido en lobos. Dios no les dio ni cañones de veinticuatro ni bayonetas, y ellos, para destruirse, han fraguado bayonetas y cañones. También podría mentar las quiebras y la justicia que embarga los bienes de los fallidos para frustrar a los acreedores. Todo eso era indispensable, replicaba el doctor tuerto, y de los males individuales se compone el bien general; de suerte que cuanto más males individuales hay, mejor está el todo. Mientras argumentaba, se oscureció el cielo, soplaron los vientos de los cuatro ángulos del mundo, y a vista del puerto de Lisboa fue embestido el navío por la tormenta más horrorosa.

V. Tormenta, naufragio, terremoto, y lo que le sucedió al doctor Pangloss, a Cándido y a Jacobo el anabaptista

La mitad de los pasajeros, afligidos y sufriendo esas inconcebibles angustias que el balanceo de un barco produce en los nervios y en todos los humores del cuerpo, agitados, en direcciones opuestas, no tenían siquiera fuerzas para inquietarse por el peligro. La otra mitad gritaba y rezaba; las velas estaban rasgadas, los mástiles rotos y abierta la nave; quien podía trabajaba, nadie escuchaba, nadie mandaba. Algo ayudaba a la faena el anabaptista, que estaba sobre el combés, cuando un furioso marinero le pega un rudo empujón y lo derriba sobre las tablas; pero fue tal el esfuerzo que hizo al empujarlo que se cayó de cabeza fuera del navío y quedó colgado y agarrado de una porción del mástil roto. Acudió el buen Jacobo a socorrerlo y lo ayudó a subir; pero con la fuerza que para ello hizo, se cayó en el mar a vista del marinero, que lo dejó ahogarse sin dignarse mirarlo. Cándido se acerca, ve a su bienhechor que reaparece un instante y se hunde para siempre; quiere tirarse tras él al mar; pero lo detiene el filósofo Pangloss, demostrándole que la bahía de Lisboa ha sido hecha expresamente para que en ella se ahogara el anabaptista. Probándolo estaba *a priori*, cuando se abrió el navío, y todos perecieron, menos Pangloss, Cándido y el brutal marinero que había ahogado al virtuoso anabaptista; el bribón llegó nadando hasta la orilla, adonde Cándido y Pangloss fueron arrastrados sobre una tabla.

Así que se recobran un poco del susto y del cansancio, se encaminaron a Lisboa. Llevaban algún dinero, con el cual esperaban librarse del hambre, después de haberse zafado de la tormenta.

Apenas pusieron los pies en la ciudad, lamentándose de la muerte de su bienhechor, el mar hirviente embistió el puerto y arrebató cuantos navíos se hallaban en él anclados; calles y plazas se cubrieron de torbellinos, de llamas y cenizas; hundíanse las casas, caíanse los techos sobre los cimientos, y los cimientos se dispersaban, y treinta mil moradores de todas edades y sexos eran sepultados entre ruinas. El marinero, tarareando y blasfemando, decía: Algo ganaremos con esto. ¿Cuál puede ser la razón suficiente de este fenómeno?, decía Pangloss; y Cándido exclamaba: Éste es el día del juicio final. El marinero corrió sin detenerse en medio de las ruinas, arrojando la muerte para buscar dinero; con el dinero encontrado se fue a emborrachar, y después de haber dormido su borrachera compra los favores de la primera prostituta de buena voluntad que encuentra en medio de las ruinas de los desplomados edificios y entre los moribundos y los cadáveres. Pangloss, sin embargo, le tiraba de la casaca, diciéndole: Amigo, eso no está bien; eso es pecar contra la razón universal; ahora no es ocasión de holgarse. ¡Por vida del Padre Eterno!, respondió el

otro, soy marinero y nacido en Batavia; cuatro veces he pisado el crucifijo en cuatro viajes que tengo hechos al Japón. ¡Pues no vienes mal ahora con tu razón universal!

Cándido, que la caída de unas piedras había herido, tendido en mitad de la calle y cubierto de ruinas, clamaba a Pangloss: ¡Ay! Tráigame usted un poco de vino y aceite, que me muero. Este temblor de tierra, respondió Pangloss, no es cosa nueva: el mismo azote sufrió Lima años pasados; las mismas causas producen los mismos efectos; sin duda hay una veta subterránea de azufre que va de Lisboa a Lima. Nada es tan probable, dijo Cándido, pero, por Dios, un poco de aceite y vino. ¿Cómo probable?, replicó el filósofo, sostengo que está demostrado. Cándido perdió el sentido, y Pangloss le llevó un trago de agua de una fuente vecina.

Al día siguiente, metiéndose por entre los escombros, encontraron algunos alimentos y recobraron un poco sus fuerzas. Después trabajaron, a ejemplo de los demás, para aliviar a los habitantes que habían escapado de la muerte. Algunos vecinos socorridos por ellos, les dieron la mejor comida que en tamaño desastre se podía esperar: verdad que fue muy triste el banquete; los convidados bañaban el pan con sus lágrimas, pero Pangloss los consolaba afirmando que no podían suceder las cosas de otra manera, porque todo esto, decía, es conforme a lo mejor; porque si hay un volcán en Lisboa, no podía estar en otra parte; porque es imposible que las cosas dejen de estar donde están, pues todo está bien.

Un hombrecito vestido de negro, familiar de la Inquisición, que junto a él estaba sentado, tomó cortésmente la palabra: Sin duda, caballero, no cree usted en el pecado original, porque si todo es para mejor, no ha habido caída ni castigo.

Perdóneme su excelencia, le respondió con más cortesía Pangloss, porque la caída del hombre y su maldición entran necesariamente en el mejor de los mundos posibles. Por lo tanto ¿este caballero no cree que seamos libres?, dijo el familiar de la Inquisición. Otra vez ha de perdonar su excelencia, replicó Pangloss, la libertad puede subsistir con la necesidad absoluta; porque era necesario que fuéramos libres; porque finalmente la voluntad determinada... En medio de la frase estaba Pangloss, cuando hizo el familiar una seña a su secretario que le escanciaba vino de Porto o de Oporto.

VI. De cómo se hizo un magnífico auto de fe para impedir los terremotos y de los doscientos azotes que pegaron a Cándido

Pasado el terremoto que había destruido las tres cuartas partes de Lisboa, los sabios del país no encontraron un medio más eficaz para prevenir una total ruina que ofrecer al pueblo un magnífico auto de fe. La Universidad de Coimbra decidió que el espectáculo de unas cuantas personas quemadas a fuego lento con toda solemnidad es infalible secreto para impedir que la tierra tiemble.

Con este objeto se había apresado a un vizcaíno, convicto de haberse casado con su comadre, y a dos portugueses que al comer un pollo le habían sacado la grasa: después de la comida se llevaron atados al doctor Pangloss y a su discípulo, a uno por haber hablado, y al otro por haber escuchado con aire de aprobación. Pusiéronlos separados en unos aposentos muy frescos, donde nunca incomodaba el sol, y de allí a ocho días los vistieron con un sambenito y les engalaron la cabeza con unas mitras de papel: la coraza y el sambenito de Cándido llevaban llamas boca abajo y diablos sin garras ni rabos; pero los diablos de Pangloss tenían rabo y garras, y las llamas ardían hacia arriba. Así vestidos salieron en procesión, y oyeron un sermón muy patético, al cual se siguió una bellísima salmodia. Cándido, mientras duró la música, fue azotado a compás, el vizcaíno y los dos que no habían querido comer la grasa del pollo fueron quemados y Pangloss fue ahorcado, aun cuando ésa no era la costumbre. Aquel mismo día la tierra tembló de nuevo con un estruendo espantoso.

Cándido, aterrado, sobrecogido, desesperado, ensangrentado, se decía: Si éste es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo serán los otros? Vaya con Dios, si no hubieran hecho más que azotarme; ya lo habían hecho los búlgaros. Pero tú, querido Pangloss, el más grande de los filósofos, ¿era necesario verte ahorcar sin saber por qué? ¡Oh, mi amado anabaptista, el mejor de los hombres!

¿Era necesario que te ahogaras en el puerto? ¡Oh, señorita Cunegunda, perla de las doncellas! ¿Era necesario que te abrieran el vientre? ¿Por qué te han sacado el redaño?

Volvíase a su casa, sin poder tenerse en pie, predicado, azotado, absuelto y bendito, cuando se le acercó una vieja que le dijo: Hijo mío, ¡ánimo y sígueme!

VII. De cómo una vieja cuidó a Cándido y de cómo éste encontró a la que amaba

No cobró ánimo Cándido, pero siguió a la vieja a una casucha, donde le dio su conductora un pote de pomada para untarse y le dejó de comer y de beber; luego le enseñó una camita muy aseada; junto a la camita había un vestido completo. Come, hijo, bebe y duerme, le dijo y que Nuestra Señora de Atocha, el señor San Antonio de Padua y el señor Santiago de Compostela te asistan; mañana volveré. Cándido, asombrado de cuanto había visto y padecido, y más aun de la caridad de la vieja, quiso besarle la mano. No es mi mano la que has de besar, le dijo la vieja; mañana volveré. Úntate con la pomada, come y duerme.

Cándido comió y durmió, no obstante sus muchas desventuras. Al día siguiente le trae la vieja de almorzar, le observa la espalda, se la restriega con otra pomada y luego le trae de comer; a la noche vuelve y le trae de cenar. Al tercer día fue la misma ceremonia. ¿Quién es usted?, le decía Cándido; ¿quién le ha inspirado tanta bondad? ¿Cómo puedo agradecerle? La buena mujer no respondía, pero volvió aquella noche y no trajo de cenar. Ven conmigo, le dijo y no chistes; diciendo esto cogió a Cándido del brazo y echó a andar con él por el campo. Hacen medio cuarto de legua aproximadamente y llegan a una casa, cercada de canales y jardines. Llama la vieja a un postigo, abren y lleva a Cándido por una escalera secreta a un gabinete dorado, le deja sobre un canapé de terciopelo, cierra la puerta y se marcha. Cándido creía soñar, y miraba su vida entera como un sueño funesto y el momento presente como un sueño delicioso.

Pronto volvió la vieja, sustentando con dificultad del brazo a una trémula mujer, de majestuosa estatura, cubierta de piedras preciosas y cubierta con un velo. Alza ese velo, dijo a Cándido la vieja. Arrímase el mozo y alza con mano tímida el velo. ¡Qué instante! ¡Qué sorpresa! Cree estar viendo a la señorita Cunegunda, y así era. Fáltale el aliento, no puede articular palabra y cae a sus pies. Cunegunda se deja caer sobre el canapé; la vieja los inunda con vinagre aromático; vuelven en sí, se hablan; primero son palabras entrecortadas, preguntas y respuestas que se cruzan, suspiros, lágrimas, gritos. La vieja, recomendándoles que hagan menos bulla, los deja libres. ¡Conque es usted!, dice Cándido. ¡Conque usted vive y yo la encuentro en Portugal! ¿No ha sido, pues, violada? ¿No le han abierto el vientre, como me había asegurado el filósofo Pangloss? Sí, replicó la hermosa Cunegunda, pero no siempre son mortales esos accidentes. ¿Y mataron a su padre y a su madre? Por desgracia, respondió llorando Cunegunda. ¿Y su hermano? También mataron a mi hermano. Pues ¿por qué está usted en Portugal? ¿Cómo ha sabido que también yo lo estaba? ¿Por qué me ha hecho venir a esta casa? Se lo diré, replicó la dama; pero antes es necesario que usted me cuente todo aquello que le ha sucedido desde el inocente beso que me dio y las patadas con que se lo hicieron pagar.

Obedeció Cándido con profundo respeto, y como estaba confuso, tenía débil y trémula la voz, y aunque aún le dolía no poco el espinazo, contó con la mayor ingenuidad todo lo que había padecido desde el momento de su separación. Alzaba Cunegunda los ojos al cielo; lloraba tiernas lágrimas por la muerte del buen anabaptista y de Pangloss; habló después como sigue a Cándido, quien no perdía una palabra y se la devoraba con los ojos.

VIII. Historia de Cunegunda

Dormía profundamente en mi cama, cuando plugo al cielo que entraron los búlgaros en nuestro hermoso Castillo de Thunder-ten-tronckh; degollaron a mi padre y a mi hermano e hicieron tajadas a mi madre. Un búlgaro, de seis pies de altura, viendo que me había desmayado con esta escena, se puso a violarme; con lo cual volví en mí, y empecé a debatirme, a morderlo, arañarlo y a intentar

sacarle los ojos, no sabiendo que era cosa de estilo cuanto sucedía en el castillo de mi padre: pero el belitre me dio una cuchillada en el costado izquierdo, de la cual conservo todavía la señal. ¡Ah! Espero verla, dijo el ingenuo Cándido. Ya la verá usted, dijo Cunegunda; pero continuemos. Continúe usted, dijo Cándido.

Cunegunda volvió a tomar el hilo de su historia: Entró un capitán búlgaro; me vio llena de sangre, debajo del soldado, que no se incomodaba. El capitán se indignó por el poco respeto que le demostraba ese bárbaro y lo mató sobre mi cuerpo; hizome luego vendar la herida y me llevó prisionera de guerra a su guarnición. Allí lavaba las pocas camisas que él tenía y le guisaba la comida; él decía que era muy bonita y también he de confesar que era muy lindo mozo, que tenía la piel suave y blanca, pero poco entendimiento y menos filosofía; pronto se echaba de ver que no lo había educado el doctor Pangloss. Al cabo de tres meses perdió todo su dinero y, harto de mí, me vendió a un judío llamado don Isacar, que comerciaba en Holanda y en Portugal y amaba apasionadamente a las mujeres. Prendóse mucho de mí el tal judío; pero nada pudo conseguir, que me he resistido a él mejor que al soldado búlgaro; porque una mujer decente bien puede ser violada una vez; pero eso mismo fortalece su virtud. El judío, para domesticarme, me ha traído a la casa de campo que usted ve. Hasta ahora había creído que no había nada en la tierra más hermoso que el castillo de Thunder-ten-tronckh, pero he salido de mi error.

El gran inquisidor me vio un día en misa; no me quitó los ojos de encima y me hizo decir que tenía que hablar de un asunto secreto. Lleváronme a su palacio y yo le dije quiénes eran mis padres. Representóme entonces cuán indigno de mi jerarquía era pertenecer a un israelita. Su Ilustrísima propuso a don Isacar que le hiciera cesión de mí, y éste, que es banquero de palacio y hombre de mucho poder, no quiso consentirlo. El inquisidor le amenazó con un auto de fe. Al fin atemorizóse mi judío e hizo un ajuste en virtud del cual la casa y yo habíamos de ser de ambos en condominio; el judío se reservó los lunes, los miércoles, y los sábados, y el inquisidor los demás días de la semana. Seis meses ha que subsiste este convenio, aunque no sin frecuentes contiendas, porque muchas veces han disputado sobre si la noche de sábado a domingo pertenecía a la ley antigua o a la nueva. Hasta ahora me he resistido a los dos; y por este motivo pienso que me quieren tanto.

Finalmente, por conjurar la plaga de los terremotos e intimidar a don Isacar, le plugo al ilustrísimo señor inquisidor celebrar un auto de fe. Honróme convidándome a la fiesta; me dieron uno de los mejores asientos, y se sirvieron refrescos a las señoras en el intervalo de la misa y la ejecución. Confieso que estaba sobrecogida de horror al ver quemar a los dos judíos y al honrado vizcaíno casado con su comadre; pero ¡cuál no fue mi sorpresa, mi espanto, mi turbación cuando vi cubierto por un sambenito y bajo una mitra un rostro parecido al de Pangloss! Restreguéme los ojos, miré con atención, le vi ahorcar y me desmayé. Apenas había vuelto en mí, cuando le vi a usted desnudo; allí mi horror, mi consternación, mi desconsuelo y mi desesperación. La piel de usted, lo digo de veras, es más blanca y más encarnada que la de mi capitán de búlgaros, y eso redobló los sentimientos que me abrumaban, que me devoraban. Iba a decir a gritos: Deteneos, bárbaros; pero me faltó la voz, y habría sido inútil. Mientras azotaban a usted, yo me decía: ¿Cómo es posible que se encuentren en Lisboa el amable Cándido y el sabio Pangloss, uno para recibir doscientos azotes y el otro para ser ahorcado por orden del ilustrísimo señor inquisidor que tanto me ama? ¡Qué cruelmente me engañaba Pangloss cuando me decía que todo es perfecto en el mundo!

Agitada, desesperada, fuera de mí unas veces y muriéndome otras de pesar, pensaba en la matanza de mi padre, mi madre y mi hermano, en la insolencia de aquel soez soldado búlgaro que me dio una cuchillada, en mi oficio de lavandera y cocinera, en mi capitán búlgaro, en mi ruin don Isacar, en mi abominable inquisidor, en el ahorcamiento del doctor Pangloss, en ese gran *miserere* con salmodias durante el cual le dieron a usted doscientos azotes y sobre todo en el beso que di a usted detrás del biombo la última vez que nos vimos. Agradecí a Dios que nos volvía a reunir por medio de tantas pruebas, y encargué a mi criada vieja que cuidara de usted y me le trajera cuando fuese posible. Ha desempeñado muy bien mi encargo y he disfrutado el imponderable gusto de ver a usted nuevamente, de oírle, de hablarle. Debe de tener un hambre devoradora; yo también tengo apetito; empecemos por cenar.

Sentáronse, pues, ambos a la mesa, y después de cenar volvieron al hermoso canapé de que ya he hablado. Sobre él estaban, cuando llegó el *signor* don Isacar, uno de los amos de casa; que era sábado y venía a gozar de sus derechos y a explicar su tierno amor.

IX. Qué fue de Cunegunda, de Cándido, del Gran Inquisidor y de un judío

Isacar era el hebreo más colérico que se haya visto en Israel desde la cautividad de Babilonia. ¿Qué es esto, dijo, perra galilea? ¿Conque no te basta con el señor inquisidor? ¿También ese pícaro debe compartirtelo? Al decir esto saca un largo puñal que siempre llevaba en el cinto, y creyendo que su contrario no traía armas, se lanza sobre él. Pero la vieja había dado a nuestro buen westfaliano una espada con el vestido completo de que hablamos; desenvainóla Cándido, a pesar de su mansedumbre, y mató al israelita, que cayó a los pies de la bella Cunegunda.

¡Virgen Santísima!, exclamó ésta; ¿qué será de nosotros? ¡Un hombre muerto en mi casa! Si viene la justicia, estamos perdidos. Si no hubieran ahorcado a Pangloss, dijo Cándido, él nos daría un consejo en este apuro, porque era gran filósofo, pero, a falta de Pangloss, consultemos a la vieja. Era ésta muy discreta, y empezaba a dar su parecer, cuando abrieron otra puertecilla. Era la una de la madrugada; había ya principiado el domingo, día que pertenecía al gran inquisidor. Al entrar éste ve al azotado Cándido con la espada en la mano, un muerto en el suelo, Cunegunda, asustada y la vieja dando consejos.

En este instante se le ocurrieron a Cándido las siguientes ideas y discurrió así: Si pido auxilio, este santo varón me hará quemar infaliblemente, y otro tanto podrá hacer a Cunegunda; me ha hecho azotar sin misericordia, es mi rival y yo estoy en vena de matar: no hay que detenerse. Este discurso fue tan bien hilado como pronto, y sin dar tiempo a que se recobrase el inquisidor de su sorpresa, lo atravesó de parte a parte de una estocada, y lo dejó tendido junto al israelita. Buena la tenemos, dijo Cunegunda; ya no hay remisión: estamos excomulgados y ha llegado nuestra última hora. ¿Cómo ha hecho usted, siendo de tan mansa condición, para matar en dos minutos a un prelado y a un judío? Hermosa señorita, respondió Cándido, cuando uno está enamorado, celoso y azotado por la Inquisición, no sabe lo que hace.

Rompió entonces la vieja el silencio, y dijo: En la caballeriza hay tres caballos andaluces con sus sillas y frenos; ensíllelos el esforzado Cándido; esta señora tiene doblones y diamantes, montemos a caballo y vamos a Cádiz, aunque yo sólo puedo sentarme sobre una nalga. El tiempo está hermosísimo y da contento viajar con el fresco de la noche.

Cándido ensilló volando los tres caballos, y Cunegunda, él y la vieja anduvieron dieciséis leguas sin parar. Mientras iban andando, vino a la casa de Cunegunda la Santa Hermandad, enterraron a Su Ilustrísima en una suntuosa iglesia y a Isacar lo tiraron a un muladar.

Ya estaban Cándido, Cunegunda y la vieja en la aldea de Aracena, en mitad de los montes de Sierra Morena, y decían lo que sigue en un mesón.

X. De la triste situación en que Cándido, Cunegunda y la vieja llegaron a Cádiz y de cómo se embarcaron para América

¿Quién me habrá robado mis doblones y mis diamantes?, decía llorando Cunegunda; ¿cómo hemos de vivir? ¿Qué hemos de hacer? ¿Dónde he de hallar inquisidores y judíos que me den otros? ¡Ay!, dijo la vieja, mucho me sospecho de un reverendo padre franciscano que ayer durmió en Badajoz en nuestra posada. Líbreme Dios de hacer juicios temerarios; pero dos veces entró en nuestro cuarto y se fue mucho antes que nosotros. ¡Ah!, dijo Cándido, muchas veces me ha probado el buen Pangloss que los bienes de la tierra son comunes a todos y que cada uno tiene igual derecho a su posesión. Conforme a estos principios, el franciscano nos había de haber dejado con qué acabar nuestro camino. ¿Conque nada te queda, hermosa Cunegunda? Ni un maravedí, respondió ésta. ¿Y

qué haremos?, exclamó Cándido. Vendamos uno de los caballos, dijo la vieja; yo montaré a la grupa del de la Señorita, aunque sólo puedo tenerme sobre una nalga, y así llegaremos a Cádiz.

En el mismo mesón había un prior de los benedictinos, que compró barato el caballo. Cándido, Cunegunda y la vieja atravesaron Lucena, Chilla, Lebrija, y llegaron por fin a Cádiz, donde estaban equipando una escuadra para poner en razón a los reverendos padres jesuitas del Paraguay, que habían excitado a una de sus rancherías de indios contra los reyes de España y Portugal, cerca de la colonia del Sacramento. Cándido, que había servido en la tropa búlgara, hizo el ejercicio a la búlgara con tanto donaire, ligereza, maña, agilidad y desembarazo, ante el general del pequeño ejército, que éste le dio el mando de una compañía de infantería. Helo, pues, capitán; con esta graduación se embarcó en compañía de su señorita Cunegunda, de la vieja, de dos criados y de los dos caballos andaluces que habían pertenecido al Gran Inquisidor de Portugal.

Durante todo el viaje discurrieron largamente sobre la filosofía del pobre Pangloss. Vamos a otro mundo, decía Cándido, y es en él, sin duda, donde todo está bien; porque debemos confesar que este nuestro mundo tiene sus defectillos físicos y morales. Te quiero con toda mi alma, decía Cunegunda; pero todavía llevo el corazón traspasado con lo que he visto y padecido. Todo irá bien, replicó Cándido; ya el mar de este nuevo mundo vale más que nuestros mares de Europa; es más tranquilo y los vientos son más constantes; no cabe duda de que el Nuevo Mundo es el mejor de los mundos posibles. ¡Dios lo quiera!, dijo Cunegunda; pero tan horrendas catástrofes he sufrido en el mío, que apenas si me queda en el corazón resquicio de esperanza. Ustedes se quejan, les dijo la vieja; pues sepan que no han pasado por infortunios como los míos. Sonrióse Cunegunda del disparate de la buena mujer, que se alababa de ser más desgraciada que ella. ¡Ay!, le dijo, a menos que usted haya sido violada por dos búlgaros, que le hayan dado dos cuchilladas en el vientre, que hayan demolido dos de sus castillos, que hayan degollado en su presencia a dos padres y a dos madres y que haya visto a dos de sus amantes azotados en un auto de fe, no sé cómo pueda ganarme; sin contar que he nacido baronesa con setenta y dos cuarteles en mi escudo de armas y después he descendido a cocinera. Señorita, replicó la vieja, usted no sabe cuál ha sido mi cuna; y si le enseñara mi trasero, no hablaría del modo que habla y suspendería su juicio. Este discurso provocó una gran curiosidad en Cándido y Cunegunda; la vieja la satisfizo con las palabras siguientes.

XI. Historia de la vieja

No siempre he tenido los ojos legañosos y ribeteados de escarlata; no siempre la nariz me ha tocado el mentón, ni he sido siempre fregona. Soy hija del papa Urbano X y de la princesa de Palestrina.⁴⁰ Hasta que tuve catorce años me criaron en un palacio, al cual no hubieran podido servir de caballeriza todos los castillos de vuestros barones tudescos, y era más rico uno de mis trajes que todas las magnificencias de la Westfalia. Crecía en gracia, en talento y beldad, en medio de placeres, respetos y esperanzas, y ya inspiraba amor. Formábase mi pecho; pero, ¡qué pecho! Blanco, firme, tallado como el de la Venus de Médicis; ¡y qué ojos! ¡Qué párpados! ¡Qué negras cejas! ¡Qué llamas salían de mis pupilas y borrraban el centelleo de los astros, según decían los poetas del barrio! Las doncellas que me desnudaban y me vestían se quedaban absortas cuando me contemplaban por detrás y por delante, y todos los hombres hubieran querido estar en su lugar.

Celebráronse mis desposorios con un príncipe soberano de Masa Carrara. Dios mío, ¡qué príncipe! Tan hermoso como yo, lleno de dulzura y atractivos, brillante el ingenio, ardiente de amor: yo lo amaba como quien quiere por vez primera, con idolatría, con arrebatos. Dispusiéronse las bodas con pompa y magnificencia nunca vistas: todo era fiestas, torneos, óperas bufas, y en toda Italia se hicieron sonetos en mi elogio, de los cuales ni siquiera hubo uno pasable. Ya rayaba la aurora de mi felicidad, cuando una marquesa vieja, a quien había cortejado mi príncipe, lo convidó a tomar chocolate con ella y el desventurado murió al cabo de dos horas, presa de horribles convulsiones; pero esto es friolera para lo que falta. Mi madre, desesperada, pero mucho menos afligida que yo, quiso perder de vista por algún tiempo esta funesta mansión. Teníamos una hacienda muy pingüe en las inmediaciones de Gaeta y nos embarcamos para este puerto en una

galera del país, dorada como el altar de San Pedro en Roma. He aquí que un pirata de Salé nos da caza y nos aborda; nuestros soldados se defendieron como buenos soldados del Papa: tiraron las armas y se hincaron de rodillas, pidiendo al pirata la absolución *in articulo mortis*.

En breve los desnudaron como monos, y lo mismo hicieron con mi madre, con nuestras doncellas, conmigo. Es portentosa la presteza con que estos caballeros desnudan a la gente; pero lo que más me extrañó fue que a todos nos metieron el dedo en un sitio donde nosotras, las mujeres, no estamos acostumbradas a meter sino cánulas. Parecióme muy rara esta ceremonia: así juzga de todo el que no ha salido de su país; muy pronto supe que era para ver si en aquel sitio habíamos escondido algunos diamantes; es una costumbre establecida de tiempo inmemorial en las naciones civilizadas que vigilan los mares; los religiosos caballeros de Malta nunca lo omiten cuando apresan a turcos y a turcas, porque es ley del derecho de gentes que nunca ha sido derogada.

No diré si fue cosa dura para una joven princesa que la llevaran cautiva a Marruecos con su madre; bien pueden ustedes figurarse cuanto padeceríamos en el navío pirata. Mi madre todavía era muy hermosa; nuestras camareras, y hasta simples criadas, eran más lindas que cuantas mujeres pueden hallarse en toda África; yo era un embeleso, la beldad, la gracia misma, y era doncella; pero no lo fui mucho tiempo, pues el capitán corsario me robó la flor que estaba destinada al hermoso príncipe de Masa Carrara. Tratábase de un negro abominable, que creía que me honraba con sus caricias. Sin duda la princesa de Palestrina y yo debíamos de ser muy robustas cuando resistimos a todo cuanto pasamos hasta llegar a Marruecos. Pero, ¡adelante!, son cosas tan comunes, que no merecen mentarse siquiera.

Cuando llegamos corrían ríos de sangre por Marruecos; cada uno de los cincuenta hijos del emperador Muley–Ismael tenía su partido, lo que producía cincuenta guerras civiles de negros contra negros, de negros contra moros, de moros contra moros, de mulatos contra mulatos, y todo el ámbito del imperio era una continua carnicería.

Apenas hubimos desembarcado, acudieron unos negros de una facción enemiga de la de mi pirata para quitarle el botín. Después del oro y los diamantes, la cosa de más precio que había éramos nosotras, y presencié un combate como nunca se ve en nuestros climas europeos, porque los pueblos septentrionales no tienen la sangre tan ardiente, ni es en ellos la pasión por las mujeres lo que es entre africanos. Parece que los europeos tienen leche en las venas; vitriolo, fuego, parece correr por las de los habitantes del monte Atlante y de los países vecinos. Pelearon con la furia de los leones, los tigres y las sierpes de la comarca para saber quién había de ser nuestro dueño. Agarró un moro a mi madre por el brazo derecho, el asistente de mi capitán retúvola por el izquierdo; un soldado moro la cogió de una pierna y uno de nuestros piratas se asía de la otra, y casi todas nuestras doncellas se encontraron en un momento tiradas por cuatro soldados. Mi capitán se había puesto delante de mí, y blandiendo la cimitarra daba muerte a cuantos se oponían a su furor. Finalmente, vi a todas nuestras italianas y a mi madre desgarradas, acribilladas de heridas y hechas pedazos; mis compañeros cautivos, aquellos que los habían cautivado, soldados, marineros, negros, moros, blancos, mulatos, y mi capitán por último, todos murieron, y yo quedé agonizando sobre un montón de cadáveres. Las mismas escenas se repetían, como es sabido, en un espacio de más de trescientas leguas, sin que nadie faltase a las cinco oraciones diarias que ordena Mahoma.

Zaféme con mucho trabajo de tanta multitud de sangrientos cadáveres amontonados, y llegué arrastrándome al pie de un gran naranjo que había a orillas de un arroyo; allí caí, rendida del susto, del cansancio, del horror, de la desesperación y del hambre. Muy pronto mis sentidos postrados se entregaron a un sueño que más que sosiego era letargo. En este estado de insensibilidad y flaqueza estaba entre la vida y la muerte, cuando me sentí comprimida por una cosa que bullía sobre mi cuerpo; y abriendo los ojos vi a un hombre blanco y de buena traza, que suspirando decía entre dientes: *Oh che sciagura d'essere senza cogl...*

XII. Prosiguen las desgracias de la vieja

Atónita y alborozada de oír el idioma de mi patria y no menos sorprendida de las palabras que decía aquel hombre, le respondí que mayores desgracias había que el desmán de que se lamentaba, informándole en pocas palabras de los horrores que había sufrido; después de esto volví a desmayarme. Llevóme a una casa vecina, hizo que me metieran en la cama, y me dieran de comer, me sirvió, me consoló, me halagó, me dijo que no había visto nunca en su vida criatura más hermosa ni había sentido nunca más que ahora la falta de aquello que nadie podía devolverle. Nací en Nápoles, me dijo, donde castran todos los años a dos o tres mil chiquillos; unos se mueren, otros adquieren mejor voz que las mujeres y otros van a gobernar Estados. Me hicieron esta operación con suma felicidad, y he sido músico de la capilla de la señora princesa de Palestrina. ¡De mi madre!, exclamé. ¡De su madre!, exclamó llorando. ¡Conque es usted aquella princesita que crié yo hasta que tuvo seis años y daba muestras de ser tan hermosa como es usted! Ésa misma soy, y mi madre está a cuatrocientos pasos de aquí, hecha tajadas, bajo un montón de cadáveres...

Contéle entonces cuanto me había sucedido, y él también me narró sus aventuras, y me dijo que era ministro plenipotenciario de una potencia cristiana ante el rey de Marruecos, para firmar un tratado con este monarca, en virtud del cual se le suministrarían navíos, cañones y pólvora para ayudarle a exterminar el comercio de los demás cristianos. Ya he terminado mi misión, añadió el honrado eunuco, y me voy a embarcar a Ceuta, de donde la llevaré a usted a Italia. *Ma che sciagura d'essere senza cogl...*

Dile las gracias vertiendo tiernas lágrimas, y en vez de llevarme a Italia me condujo a Argel, y me vendió al Dey. Apenas me había vendido, se manifestó en la ciudad con toda su furia aquella peste que ha dado la vuelta por África, Europa y Asia. Señorita, usted ha visto temblores de tierra; pero ¿ha padecido la peste? Nunca, respondió la baronesa.

Si la hubiera padecido confesaría usted que con ella no tienen comparación los terremotos. Es muy frecuente en África, y yo la he padecido. Figúrese usted qué situación para la hija de un papa, de quince años de edad, que en el espacio de tres meses había sufrido pobreza y esclavitud, había sido violada casi todos los días, había visto hacer cuatro pedazos a su madre, había padecido las plagas de la guerra y del hambre y se moría de la peste en Argel. Verdad es que no morí; pero pereció mi eunuco, el Dey y casi todo el serrallo.

Cuando calmó un poco la desolación de esta espantosa peste, vendieron a los esclavos del Dey. Compróme un mercader que me llevó a Túnez, donde me vendió a otro mercader, el cual me revendió en Trípoli; de Trípoli me revendieron en Alejandría, de Alejandría en Esmirna y de Esmirna en Constantinopla: al cabo vine a parar a manos de un agá de los genízaros que en breve recibió orden de ir a defender a Azof contra los rusos, que la tenían sitiada.

El agá, hombre muy elegante, llevó consigo a todo su serrallo, y nos alojó en un fortín sobre la laguna Meótides, guardado por dos eunucos negros y veinte soldados. Fueron muertos millares de rusos, pero nos pagaron con creces: entraron en Azof a sangre y fuego y no se perdonó edad ni sexo; sólo quedó nuestro fortín, que los enemigos quisieron tomar por hambre. Los veinte genízaros juraron no rendirse; los apuros del hambre a que se vieron reducidos los forzaron a comerse a los dos eunucos por no faltar al juramento, y al cabo de pocos días resolvieron comerse a las mujeres.

Teníamos un imán, muy piadoso y caritativo, que les predicó un sermón elocuente, exhortándolos a que no nos mataran del todo. Cortad, dijo, una nalga a cada una de estas señoras, con la cual os regalaréis a vuestro paladar; si es menester, les cortaréis la otra dentro de algunos días: el cielo remunerará obra tan caritativa y recibiréis socorro.

Como era tan elocuente, los persuadió y nos hicieron tan horrorosa operación. Púsonos el imán el mismo unguento que se pone a las criaturas recién circuncidadas: todas estábamos a punto de morir.

Apenas habían comido los genízaros la carne que nos habían quitado, desembarcaron los rusos en unos barcos chatos, y no se escapó con vida ni siquiera un genízaro: los rusos no tuvieron

consideración por el estado en que nos hallábamos. En todas partes se encuentran cirujanos franceses; uno que era muy hábil nos tomó a su cargo y nos curó, y toda mi vida recordaré que, así que se cerraron mis llagas, me requirió de amores. Nos exhortó luego a tener paciencia, afirmándonos que lo mismo había sucedido en otros muchos sitios y que era ésa la ley de la guerra.

Luego que pudieron andar mis compañeras, las condujeron a Moscú, y yo cupe en suerte a un boyardo que me hizo su hortelana y me daba veinte zurrazos diarios. Al cabo de dos años fue descuartizado este señor, con una treintena de boyardos, por no sé qué enredo de palacio; aprovechándome de la ocasión me escapé, atravesé la Rusia entera y serví mucho tiempo en los mesones, primero de Riga y luego de Rostock, de Vismar, de Lipsia, de Casel, de Utrech, de Leyden, de La Haya y de Rotterdam. Así he envejecido en el oprobio y la miseria, con no más que la mitad del trasero, siempre acordándome de que era hija de un papa. Cien veces he querido suicidarme; mas me sentía con apego a la vida. Acaso esta ridícula flaqueza es una de nuestras propensiones más funestas; ¿hay mayor necedad que empeñarse en llevar continuamente encima una carga que siempre anhela uno tirar por tierra; horrorizarse de su existencia y querer existir, acariciar la serpiente que nos devora hasta que nos haya comido el corazón?

En los países a donde me ha llevado mi suerte, y en los mesones donde he servido, he visto infinita cantidad de personas que execraban su existencia; pero sólo he visto doce que pusieron fin voluntariamente a sus cuitas: tres negros, cuatro ingleses, cuatro ginebrinos y un alemán llamado Robek. Al fin me tomó por criada el judío don Isacar, y me llevó junto a usted, hermosa señorita, donde sólo he pensado en su felicidad, interesándome más en sus aventuras que en las mías; y nunca hubiera mentado mis desgracias si no me hubiera usted picado un poco, y si no fuese costumbre de los que viajan contar cuentos para matar el tiempo. Señorita, tengo experiencia y sé lo que es el mundo; vaya usted preguntando a cada pasajero, uno por uno, la historia de su vida, y mande que me arrojen de cabeza al mar si encuentra uno solo que no haya maldecido cien veces de la existencia y que no se haya creído el más desventurado de los mortales.

XIII. De cómo Cándido tuvo que separarse de la hermosa Cunegunda y de la vieja

Oída la historia de la vieja, la hermosa Cunegunda la trató con toda la urbanidad y el decoro que se merecía una persona de tan alta jerarquía y de tanto mérito, y admitió su propuesta. Rogó a todos los pasajeros que le contaran sus aventuras, uno después de otro, y Cándido y ella confesaron que tenía razón la vieja. ¡Lástima es, decía Cándido, que hayan ahorcado, contra lo que es práctica, al sabio Pangloss en un auto de fe! Cosas maravillosas nos diría acerca del mal físico y del mal moral que cubren mares y tierras, y yo me sentiría con valor para hacerle algunas objeciones.

Mientras contaba cada uno su historia, iba andando el navío, y al fin llegó a Buenos Aires. Cunegunda, el capitán Cándido y la vieja se presentaron ante el gobernador don Fernando de Ibarra Figueroa Mascareñas Lampurdos y Souza, cuya arrogancia era propia de un hombre poseedor de tantos apellidos. Hablaba a los otros hombres con la más noble altivez, levantando la nariz y alzando implacablemente la voz, en un tono tan imponente, afectando ademanes tan orgullosos, que cuantos lo saludaban sentían tentaciones de abofetearlo. Amaba furiosamente a las mujeres, y Cunegunda le pareció la más hermosa criatura del mundo. Lo primero que hizo fue preguntar si era mujer del capitán. Sobresaltóse Cándido del tono con que acompañó esta pregunta y no se atrevió a decir que fuese su mujer, porque verdaderamente no lo era, ni menos que fuese su hermana, porque no lo era tampoco, y aunque esta mentira oficiosa era muy frecuentemente usada por los antiguos y hubiera podido ser de utilidad a los modernos, el alma de Cándido era demasiado pura para traicionar la verdad. Esta señorita, dijo, me ha de favorecer con su mano y suplicamos ambos a su excelencia que se digne ser nuestro padrino. Oyendo esto, don Fernando de Ibarra Figueroa Mascareñas Lampurdos y Souza, se atusó con la izquierda el bigote, rió amargamente y ordenó al Capitán Cándido que fuera a pasar revista a su compañía. Obedeció éste y se quedó el gobernador a solas con la señorita Cunegunda; le declaró su amor, previniéndole que al día siguiente sería su

esposo por delante o por detrás de la iglesia, como más placiera a Cunegunda. Pidióle ésta un cuarto de hora para pensarlo bien, consultarlo con la vieja y resolverse.

La vieja dijo a Cunegunda: señorita, usted tiene setenta y dos cuarteles y ni un ochavo, y está en su mano ser la mujer del señor más principal de la América meridional, que tiene unos bigotes estupendos, ¿es del caso mostrar una fidelidad a toda prueba? Los búlgaros la violaron a usted, un inquisidor y un judío han disfrutado sus favores; la desdicha da legítimos derechos. Si yo fuera usted, confieso que no tendría reparo ninguno en casarme con el señor gobernador, y hacer rico al señor capitán Cándido. Mientras así hablaba la vieja, con la autoridad que su prudencia y sus canas le daban, vieron entrar al puerto un barquito que traía un alcalde y dos alguaciles; y era ésta la causa de su arribo.

No se había equivocado la vieja en sospechar que el ladrón del dinero y las joyas de Cunegunda, en Badajoz, cuando venía huyendo con Cándido, era un franciscano de manga ancha. El fraile quiso vender a un joyero algunas de las piedras preciosas robadas, y éste advirtió que eran las mismas que él le había vendido al gran inquisidor. El franciscano, antes de que lo ahorcaran confesó a quién y cómo las había robado y el camino que llevaban Cándido y Cunegunda. Ya se sabía la fuga de ambos: fueron, pues, en su seguimiento hasta Cádiz, y sin perder tiempo salió un navío en su demanda. Ya estaba la embarcación al ancla en el puerto de Buenos Aires, y corrió la voz de que iba a desembarcar un alcalde del crimen, que venía en busca de los asesinos del ilustrísimo gran inquisidor. Al punto comprendió la discreta vieja lo que había que hacer. Usted no puede escaparse, dijo a Cunegunda, ni tiene nada que temer, que no fue usted quien mató a Su Ilustrísima; y fuera de eso, el gobernador enamorado no consentirá que la maltraten; con que no hay que afligirse. Va luego corriendo a Cándido y le dice: Escápate, hijo mío, si no quieres que dentro de una hora te quemem vivo. No quedaba un momento que perder; pero, ¿cómo se había de apartar de Cunegunda? ¿Y dónde hallaría asilo?

XIV. De cómo recibieron a Cándido y a Cacambo los jesuitas del Paraguay

Cándido había traído consigo de Cádiz un criado, como se encuentran muchos en los puertos de mar de España. Era un cuarterón, hijo de un mestizo de Tucumán, y había sido monaguillo, sacristán, marinero, monje, comisionista, soldado, lacayo. Llamábase Cacambo y quería mucho a su amo, porque su amo era muy bueno. Ensilló en un abrir y cerrar de ojos los dos caballos andaluces, y dijo a Cándido: Vamos, señor, sigamos el consejo de la vieja y echemos a correr sin mirar siquiera hacia atrás. Cándido lloraba: ¡Oh, mi amada Cunegunda! ¿Conque es fuerza que te abandone cuando iba el señor gobernador a ser padrino de nuestras bodas? ¿Qué será de mi Cunegunda, que traje de tan lejos? Será lo que Dios quiera, dijo Cacambo: las mujeres para todo encuentran salida; Dios las protege, vámonos. ¿Adónde me llevas? ¿Adónde vamos? ¿Qué nos haremos sin Cunegunda?, decía Cándido. Voto a Santiago de Compostela, replicó Cacambo; usted venía con ánimo de pelear contra los jesuitas, pues vamos a pelear en su favor. Yo sé el camino y le llevaré a usted a su reino; y tendrán mucha complacencia en poseer un capitán que hace el ejercicio a la búlgara. Usted hará una fortuna prodigiosa; que cuando no tiene uno lo que ha menester en un mundo, lo busca en el otro, y es gran satisfacción ver y hacer cosas nuevas.

¿Conque tú ya has estado en el Paraguay?, le preguntó Cándido. Por cierto, replicó Cacambo; he sido fámulo en el colegio de la Asunción y conozco el reino de los padres lo mismo que las calles de Cádiz. Es un reino admirable. Ya tiene más de trescientas leguas de diámetro, y se divide en treinta provincias. Los padres son dueños de todo y los pueblos no tienen nada; es la obra maestra de la razón y la justicia. No sé de nada más divino que esos padres, que aquí hacen la guerra a los reyes de España y Portugal y los confiesan en Europa; aquí matan a los españoles y en Madrid les abren el cielo; vaya, es cosa que me encanta. Vamos a prisa, que va usted a ser el más afortunado de los hombres. ¡Qué gusto para los padres cuando sepan que les llega un capitán que sabe el ejercicio búlgaro!

Así que llegaron a la primera barrera, dijo Cacambo a la guardia avanzada que un capitán quería hablar con el señor comandante. Avisaron a la gran guardia y un oficial paraguayo fue corriendo a echarse a los pies del comandante para darle parte de esta nueva. Desarmaron primero a Cándido y a Cacambo, y les cogieron sus caballos andaluces; introdujéronlos luego entre dos filas de soldados, al cabo de los cuales estaba el comandante, con su tricornio, la espada ceñida, la sotana remangada, y una alabarda en la mano: hizo una seña y al punto, veinticuatro soldados rodearon a los recién venidos. Díjoles un sargento que esperasen, porque no les podía hablar el comandante, habiendo mandado el padre provincial que ningún español abriera la boca como no fuese en su presencia, ni se detuviera arriba de tres horas en el país. ¿Y dónde está el reverendo padre provincial?, dijo Cacambo. En la parada, desde que dijo misa, y no podrán ustedes besarle las espuelas hasta de aquí a tres horas. Pero el señor capitán, que se está muriendo de hambre lo mismo que yo, dijo Cacambo, no es español: es alemán, y me parece que podríamos almorzar mientras llega Su Ilustrísima.

Fuese incontinenti el sargento a dar cuenta al comandante. Bendito sea Dios, dijo este señor; si es alemán, bien podemos hablar; llévenle a mi enramada. Llevaron al punto a Cándido a un gabinete de verdura, ornado de una muy bonita columnata de mármol verde y oro, y de jaulas con papagayos, picaflores, pájaros—moscas, gallinas de Guinea y otros pájaros extraños. Los esperaba un excelente almuerzo servido en vajilla de oro y, mientras los paraguayos comían maíz en escudillas de madera, y en campo raso, al calor del sol, el reverendo padre comandante entró en la enramada. Era un hermoso joven, blanco y rosado, las cejas arqueadas, los ojos despiertos, encarnadas las orejas, rojos los labios, el ademán altivo, pero con una altivez que no era la de un español ni la de un jesuita. Fueron restituidas a Cándido y a Cacambo las armas que les habían quitado, y con ellas los dos caballos andaluces; Cacambo les echó un pienso cerca de la enramada, sin perderlos de vista, temiendo que le jugaran alguna treta.

Besó Cándido la sotana del comandante y se sentaron ambos a la mesa. ¿Conque es usted alemán?, le dijo el jesuita en este idioma. Sí, padre reverendísimo, dijo Cándido. Miráronse uno y otro, al pronunciar estas palabras, con una sorpresa y una emoción que no podían contener en el pecho. ¿De qué país de Alemania es usted?, dijo el jesuita. De la sucia provincia de Westfalia, replicó Cándido; he nacido en el castillo de Thunder—ten—tronckh. ¡Dios mío! ¿Es posible?, exclamó el comandante. ¡Qué milagro!, gritaba Cándido. ¿Es usted?, decía el comandante. No puede ser, replicaba Cándido. Se lanzan uno sobre otro, se abrazan, derraman un mar de lágrimas. ¿Conque es usted mi reverendo padre?, ¡usted, el hermano de la hermosa Cunegunda, usted, que fue muerto por los búlgaros: usted, hijo del señor barón; usted, jesuita en el Paraguay! Vaya que en este mundo se ven cosas extrañas. ¡Oh Pangloss, Pangloss, qué júbilo fuera el tuyo si no te hubieran ahorcado!

Hizo retirar el comandante a los esclavos negros y a los paraguayos, que le escanciaban vino en vasos de cristal de roca y dio mil veces gracias a Dios y a San Ignacio, estrechando en sus brazos a Cándido, mientras que por los rostros de ambos corrían las lágrimas. Más se enternecerá usted, se asombrará y perderá el juicio, continuó Cándido, cuando sepa que la señorita Cunegunda, su hermana, a quien cree destripada, goza de buena salud. ¿En dónde? Aquí cerca, en casa del señor gobernador de Buenos Aires, y yo he venido con ella a la guerra. Cada palabra que en esta larga conversación decían era un prodigio nuevo: toda su alma la tenían pendiente de la lengua, atenta en los oídos y brillándoles en los ojos. A fuer de alemanes, estuvieron largo rato sentados a la mesa, mientras venía el reverendo padre provincial, y el comandante habló así a su amado Cándido.

XV. De cómo Cándido mató al hermano de su querida Cunegunda

Toda mi vida recordaré aquel espantoso día en que vi matar a mi padre y a mi madre y violar a mi hermana. Cuando se retiraron los búlgaros, nadie pudo dar razón de esta adorable hermana, y echaron en una carreta a mi madre, a mi padre, y a mí, a dos criados y a tres muchachos degollados, para enterrarnos en una iglesia de jesuitas que dista dos leguas del castillo de mi padre. Un jesuita nos roció con agua bendita, que estaba muy salada; me entraron una gotas en los ojos, y advirtió el

padre que hacían mis párpados un movimiento de contracción: púsome la mano en el corazón, y lo sintió latir: me socorrieron y al cabo de tres semanas me hallé sano. Ya sabe usted, querido Cándido, que era yo muy bonito; creció mi hermosura con la edad, de suerte que el reverendo padre Croust, rector de la casa, me tomó mucho cariño, y me dio el hábito de novicio: poco después me enviaron a Roma. El padre general necesitaba una leva de jóvenes jesuitas alemanes. Los soberanos del Paraguay reciben la menor cantidad posible de jesuitas españoles, y prefieren a los extranjeros, de quien se tienen por más seguros. El reverendo padre general me creyó bueno para el cultivo de esta viña, y vinimos juntos un polaco, un tirolés y yo. Así que llegué, me ordenaron de subdiácono, y me dieron una tenencia: y ya soy coronel y sacerdote. Las tropas del rey de España serán recibidas con brío, y yo salgo fiador de que se han de volver excomulgadas y vencidas. La Providencia le ha traído a usted aquí para secundarnos. Pero, ¿es cierto que mi querida Cunegunda está muy cerca, en casa del gobernador de Buenos Aires? Cándido juró que nada era más cierto, y de nuevo se echaron a llorar.

No se hartaba el barón de abrazar a Cándido, llamándolo su hermano y su libertador. Acaso podremos, querido Cándido, le dijo, entrar vencedores los dos juntos en Buenos Aires, y recuperar a mi hermana Cunegunda. No deseo otra cosa, respondió Cándido, porque me iba a casar con ella y todavía espero ser su esposo. ¡Insolente!, replicó el barón: ¡Pretender casarte con mi hermana, que tiene setenta y dos cuarteles!, ¡y tienes el descaro de hablarme de tan temerario pensamiento! Confuso Cándido al oír estas razones, le respondió: Reverendo padre, importan un bledo todos los cuarteles de este mundo; yo he sacado a la hermana de vuestra reverencia de los brazos de un judío y un inquisidor; ella me está agradecida y quiere ser mi mujer; el maestro Pangloss me ha dicho que todos los hombres somos iguales, y Cunegunda ha de ser mía. Eso lo veremos, bribón, dijo el jesuita barón de Thunder-ten-tronckh, desenvainando la espada y pegándole un planazo en la mejilla. Cándido desenvaina la suya y la hunde hasta el mango en el vientre del barón jesuita; pero al sacarla humeando en sangre, se echó a llorar. ¡Ah, Dios mío, dijo, he quitado la vida a mi antiguo amo, mi amigo, mi cuñado! Soy el mejor hombre del mundo, y ya llevo muertos tres hombres, y de estos tres, dos son clérigos.

Acudió Cacambo, que estaba de centinela a la puerta de la enramada. Tenemos que vender caras nuestras vidas, le dijo su amo; sin duda van a entrar en la enramada: muramos con las armas en la mano. Cacambo sin inmutarse, cogió la sotana del barón, se la echó a Cándido por encima, le puso el tricornio del cadáver y lo hizo montar a caballo; todo esto se ejecutó en un momento. Galopemos, señor; creerán que es usted un jesuita que lleva órdenes, y antes que vengan tras de nosotros habremos ya pasado la frontera. Volaba ya al pronunciar estas palabras, gritando en español: ¡Sitio, sitio para el reverendo padre coronel!

XVI. Qué fue de los dos viajeros con dos muchachas, dos monos y los salvajes llamados orejones

Ya habían pasado las barreras Cándido y su criado, y todavía ninguno en el campo sabía la muerte del jesuita tudesco. El vigilante Cacambo no se había olvidado de hacer buena provisión de pan, chocolate, jamón, fruta y botas de vino, y así se metieron con sus caballos andaluces en un país desconocido, donde no descubrieron ningún sendero trillado: al cabo se ofreció a su vista una hermosa pradera regada de arroyuelos, y nuestros dos caminantes dejaron pacer sus caballerías. Cacambo propuso a su amo que comiese, dándole con el consejo el ejemplo. ¿Cómo quieres, le dijo Cándido, que coma jamón, después de haber muerto al hijo del señor barón, y viéndome condenado a no mirar nunca más a la bella Cunegunda? ¿Qué me valdrá alargar mis desventurados años, debiendo pasarlos lejos de ella, en el remordimiento y la desesperación? ¿Qué dirá el Diario de Trevoux?

Y mientras hablaba, no dejaba de comer. El sol iba a ponerse, cuando los dos extraviados caminantes oyen unos blandos quejidos como de mujeres; pero no sabían si eran de dolor o de alegría: levantáronse, empero, a toda prisa con el susto y la inquietud que cualquiera cosa infunde

en un país desconocido. Daban estos gritos dos muchachas desnudas, que corrían con mucha ligereza por la pradera, y en su seguimiento iban dos monos mordiéndoles las nalgas. Moviése Cándido a compasión; había aprendido a tirar con los búlgaros, y era tan diestro que derribaba una avellana del árbol sin tocar hojas; cogió, pues, su escopeta madrileña de dos caños, tiró y mató ambos monos. Bendito sea Dios, querido Cacambo, dijo, que de tamaño peligro he librado a esas dos pobres criaturas; si cometí un pecado en matar a un inquisidor y a un jesuita, ya he satisfecho a Dios librando de la muerte a dos muchachas, que acaso son dos señoritas de gran condición; y esta aventura no puede menos de granjearnos mucho provecho en el país.

Iba a decir más, pero se le heló la sangre y el habla cuando vio que las dos muchachas abrazaban amorosamente a los monos, inundaban de llanto los cadáveres y henchían el viento con los más dolientes gritos. No esperaba yo tanta bondad, dijo a Cacambo, el cual replicó: Buena la hemos hecho, señor. Los que usted ha matado eran los amantes de estas dos señoritas ¡Amantes! ¿Cómo es posible? Cacambo, tú te estás burlando. ¿Cómo quieres que te crea? Amado señor, replicó Cacambo, usted de todo se asombra. ¿Por qué extraña tanto que en algunos países sean los monos favorecidos de las damas, si son cuarterones de hombre, lo mismo que yo soy cuarterón de español? ¡Ah!, repuso Cándido, bien me acuerdo haber oído decir a mi maestro Pangloss que antiguamente sucedían esos casos, y que de estas mezclas procedieron los egipanes, los faunos, los sátiros que vieron muchos principales personajes de la antigüedad; pero yo lo tenía por fábulas. Ya puede usted convencerse ahora, dijo Cacambo, de que son verdades, y ya ve cómo procede la gente que no ha tenido cierta educación; lo que me temo es que estas damas nos metan en algún atolladero.

Persuadido Cándido por tan sólidas reflexiones, se desvió de la pradera y se metió en una selva donde cenó con Cacambo; y después que hubieron ambos echado sendas maldiciones al inquisidor de Portugal, al gobernador de Buenos Aires y al barón, se quedaron dormidos sobre la hierba. Al despertar sintieron que no se podían mover y era la causa que, por la noche, los orejones, moradores del país, a quienes los habían denunciado las dos damas, los habían atado con cuerdas hechas de cortezas de árboles. Cercábanlos unos cincuenta orejones desnudos y armados con flechas, mazas y hachas de pedernal: unos hacían hervir un grandísimo caldero, otros aguzaban asadores, y todos clamaban: Un jesuita, un jesuita; ahora nos vengaremos y nos regalaremos; a comer jesuita, a comer jesuita.

Bien se lo había dicho a usted, dijo con triste voz Cacambo, que las muchachas aquellas nos jugarían una mala pasada. Cándido mirando los asadores y el caldero, dijo: sin duda que van a cocernos o asarnos. ¡Ah! ¿Qué diría el doctor Pangloss si viera lo que es la pura naturaleza? Todo está bien, enhorabuena; pero confesemos que es muy triste haber perdido a la señorita Cunegunda y ser ensartado en un asador por los orejones. Cacambo, que nunca se alteraba por nada, dijo al desconsolado Cándido: No se aflija usted, que yo entiendo algo la jerga de estos pueblos y les voy a hablar. No dejes de recordarles, dijo Cándido, que es una atroz inhumanidad cocer a la gente en agua hirviendo, y muy poco cristiano.

Señores, dijo alzando la voz Cacambo: ustedes piensan que se van a comer a un jesuita, y fuera muy bien hecho, que no hay cosa más conforme a la justicia que tratar así a sus enemigos. Efectivamente, el derecho natural enseña a matar al prójimo, y así es costumbre en todo el mundo: nosotros no ejercitamos el derecho de comérnoslo porque tenemos otros manjares con que regalarnos; pero ustedes no están en el mismo caso, y más vale comerse a sus enemigos que abandonar a los cuervos y a las cornejas el fruto de la victoria: Mas ustedes, señores, no se querrán comer a sus amigos. Ustedes creen que van a ensartar a un jesuita en el asador, pero asarán al defensor de ustedes, al enemigo de sus enemigos. Yo he nacido en vuestro mismo país, este señor que estáis viendo es mi amo, y lejos de ser jesuita, acaba de matar a un jesuita y se ha traído los despojos: éste es el motivo de vuestro error. Para verificar lo que os digo, coged su sotana, llevadla a la primera barrera del reino de los Padres, e informaos si es cierto que mi amo ha matado a un jesuita. Poco tiempo será necesario, y luego nos podéis comer si averiguáis que es mentira; pero si

os he dicho la verdad, harto bien sabéis los principios de derecho público, la moral y las leyes, para que no seamos absueltos.

Pareció justa la proposición a los orejones, y comisionaron a dos prohombres para que con la mayor presteza se informaran de la verdad: los diputados desempeñaron su comisión con mucha sagacidad, y volvieron con buenas noticias. Desataron, pues, los orejones a los dos presos, les hicieron mil agasajos, les dieron víveres y los condujeron hasta los confines de su Estado, gritando muy alegremente: No es jesuita, no es jesuita.

No se hartaba Cándido de admirar el motivo por que le habían puesto en libertad. ¡Qué pueblo, decía, qué gente, qué costumbres! Si no hubiera tenido la fortuna de atravesar de una estocada de parte a parte al hermano de la señorita Cunegunda, me comían sin remisión. Verdad es que la naturaleza pura es buena, cuando en vez de comerme me han agasajado tanto estas gentes desde que supieron que no era yo jesuita.

XVII. Llegada de Cándido con su sirviente a El Dorado y lo que vieron allí

Cuando estuvieron en la frontera de los orejones, ya ve usted, dijo Cacambo a Cándido, que este hemisferio vale tan poco como el otro; créame, y volvámonos a Europa por el camino más corto. ¿Cómo volver, respondió Cándido, y adónde ir? Si me vuelvo a mi país, los ávaros y los búlgaros arrasan todo a sangre y fuego; si a Portugal, me queman; si nos quedamos en este país, correremos peligro de que nos asen vivos. Y ¿cómo abandonar esta parte del mundo donde habita Cunegunda?

Encaminémonos a Cayena, dijo Cacambo; allí encontraremos franceses que andan por todo el mundo y que podrán auxiliarnos. Acaso Dios tenga misericordia de nosotros.

No era fácil ir a Cayena; bien sabían, poco más o menos, hacia qué parte se habían de dirigir; pero las montañas, los ríos, los precipicios, los salteadores y los salvajes eran obstáculos terribles. Los caballos se murieron de cansancio, las provisiones se acabaron y Cándido y Cacambo se mantuvieron por espacio de un mes con frutas silvestres. Al cabo llegaron a orillas de un riachuelo poblado de cocoteros, que les conservaron la vida y la esperanza. Cacambo, que era de tan buen consejo como la vieja, dijo a Cándido: Ya no podemos ir más tiempo a pie, sobrado hemos andado; una canoa vacía estoy viendo a la orilla del río, llenémosla de cocos, metámonos dentro y dejémonos llevar de la corriente; un río va a parar siempre a algún lugar habitado, y si no vemos cosas gratas, a lo menos veremos cosas nuevas. Vamos allá, dijo Cándido, y encomendémonos a la Providencia.

Navegaron por espacio de algunas leguas entre riberas, unas veces amenas, otras áridas, aquí llanas y allá escarpadas. El río iba continuamente ensanchando, y al cabo se perdió bajo una bóveda de atroces peñascos que casi llegaban al río. Tuvieron ambos caminantes la osadía de dejarse arrastrar por las olas debajo de esta bóveda, y el río, que en ese sitio se estrechaba, los llevó con horroroso estrépito y nunca vista velocidad. Al cabo de veinticuatro horas vieron de nuevo la luz; pero la canoa se hizo añicos en los escollos y tuvieron que andar a gatas de uno en otro peñasco una legua entera; finalmente avistaron un inmenso horizonte cercado de inaccesibles montañas. Todo el país estaba cultivado, no menos para recrear el gusto que para satisfacer las necesidades; en todas partes lo útil se unía con lo agradable; veíanse los caminos reales cubiertos, o mejor dicho, ornados de carruajes de forma elegante y de luciente material, llevando mujeres y hombres de peregrina hermosura, y tirados rápidamente por grandes carneros encarnados, más ligeros que los mejores caballos de Andalucía, Tetuán y Mequínez.

Mejor tierra es ésta, dijo Cándido, que la Westfalia; y se apeó con Cacambo en el primer pueblo que halló. Algunos muchachos de la aldea, vestidos de tisú de oro hecho pedazos, estaban jugando al tejo a la entrada del lugar; nuestros dos hombres del viejo mundo se divertían en mirarlos. Eran los tejos unas piezas redondas muy anchas, amarillas, encarnadas y verdes, que lanzaban brillo singular: cogieron algunas y eran oro, esmeraldas, rubíes, de tanto valor, que el de menos precio

hubiera sido la más rica joya del trono del Gran Mongol. Estos muchachos, dijo Cacambo, son sin duda los hijos del rey que están jugando al tejo. En esto se asomó el maestro de primeras letras del lugar, y dijo a los muchachos que ya era hora de entrar en la escuela. Ése es, dijo Cándido, el preceptor de la familia real.

Los chicos del lugar abandonaron al punto el juego, y tiraron los tejos y cuanto para divertirse les había servido. Cogiólos Cándido, y acercándose a todo correr al preceptor, se los presentó con mucha humildad, diciéndole por señas que sus Altezas Reales se habían dejado olvidado aquel oro y aquellas piedras preciosas. Echóse a reír el maestro, y los tiró al suelo; miró luego atentamente a Cándido, y siguió su camino.

Los caminantes se dieron prisa en coger el oro, los rubíes y las esmeraldas. ¿Dónde estamos?, decía Cándido; es necesario que los hijos del rey de este país hayan sido bien educados, pues les enseñan a no hacer caso del oro ni de las piedras preciosas.

No estaba Cacambo menos atónito que Cándido. Al fin llegaron a la primera casa del lugar, construida como un palacio de Europa; a la puerta había agolpada una muchedumbre de gente, de dentro oíase resonar una música melodiosa, y se respiraba un delicioso olor de manjares. Arrimóse Cacambo a la puerta y oyó hablar peruano, que era su lengua materna, pues ya sabe todo el mundo que Cacambo había nacido en Tucumán, en un pueblo donde no se conoce otro idioma. Yo le serviré a usted de intérprete, dijo a Cándido; entremos, que éste es un mesón.

Al punto dos mozos y dos criadas del mesón, vestidos de tela de oro, y los cabellos prendidos con lazos de seda, los convidaron a que se sentaran a la mesa. Sirvieron en ella cuatro sopas con dos papagayos cada una, un cóndor cocido que pesaba doscientas libras, dos monos asados, de un sabor muy delicado, trescientos picaflones en un plato, y seiscientos pájaros—moscas en otro, exquisitas frutas y pastelería deliciosa, todo en platos de cristal de roca; los mozos y sirvientas del mesón escanciaban varios licores hechos con caña de azúcar.

Casi todos los comensales eran mercaderes y cocheros, de una imponderable urbanidad, que con la discreción más circunspecta hicieron a Cacambo algunas preguntas y respondieron a las de éste, dejándole muy satisfecho con sus respuestas. Cuando se acabó la comida, Cacambo y Cándido creyeron que pagaban muy bien el gasto tirando en la mesa dos de aquellas grandes piezas de oro que habían cogido; pero soltaron la carcajada el huésped y la huésped, y no pudieron durante largo rato contener la risa: al fin se serenaron y el huésped les dijo: Bien vemos, señores, que son ustedes extranjeros; y como no estamos acostumbrados a ver ninguno, ustedes perdonen si nos hemos echado a reír cuando nos han querido pagar con las piedras de nuestros caminos reales. Sin duda usted no tiene moneda del país; pero tampoco se necesita para comer aquí, porque todas las posadas, establecidas para comodidad del comercio, las paga el gobierno. Aquí han comido ustedes mal, porque están en una pobre aldea; pero en las demás partes los recibirán como se merecen. Explicaba Cacambo a Cándido todo cuanto decía el huésped, y lo escuchaba Cándido con tanto asombro y maravilla como Cacambo ponía en hablarle. ¿Qué país es éste, decían ambos, ignorado por los otros de la tierra, donde la naturaleza difiere tanto de la nuestra? Probablemente, es el país donde todo está bien, añadía Cándido, que alguno ha de haber de esa especie; y, diga lo que quiera mi maestro Pangloss, muchas veces he advertido que todo andaba bastante mal en Westfalia.

XVIII. Lo que vieron en El Dorado

Cacambo manifestó su curiosidad al huésped, y éste le dijo: Yo soy un ignorante, y no me arrepiento de serlo; pero en el pueblo tenemos a un anciano retirado de la corte, que es el hombre más docto del reino, y el más comunicativo. Dicho esto, llevó a Cacambo a casa del anciano. Cándido, desempeñando un papel secundario, acompañaba a su criado. Entraron ambos en una casa sin pompa, porque las puertas no eran más que de plata y los techos de los aposentos de oro, pero estaban labrados con tan fino gusto, que los más ricos techos no eran superiores a ellos; la antesala sólo estaba incrustada de rubíes y esmeraldas, pero el orden con que todo estaba arreglado reparaba esta excesiva simplicidad.

Recibió el anciano a los dos extranjeros en un sofá de plumas de picaflor y les ofreció varios licores en vasos de diamante; luego satisfizo su curiosidad en estos términos: Yo tengo ciento sesenta y dos años, y mi difunto padre, caballero del rey, me contó las asombrosas revoluciones del Perú que él había presenciado. El reino donde estamos es la antigua patria de los Incas, que cometieron el disparate de abandonarla por ir a sojuzgar parte del mundo, y que al fin fueron destruidos por los españoles.

Más prudentes fueron los príncipes de su familia que permanecieron en su patria y por consentimiento de la nación dispusieron que no saliera nunca ningún habitante de nuestro pequeño reino, por lo cual se ha mantenido intacta nuestra inocencia y felicidad. Los españoles han tenido una confusa idea de este país, que han llamado *El Dorado*, y un inglés, el caballero Raleigh, llegó aquí hace unos cien años; pero como estamos rodeados de peñascos inabordables y de precipicios, siempre hemos vivido exentos de la rapacidad de los europeos, que aman con furor inconcebible los pedruscos y el lodo de nuestra tierra y que, para apoderarse de ellos hubieran acabado con todos nosotros sin dejar uno vivo.

Fue larga la conversación, y se trató en ella de la forma de gobierno, de las costumbres, de las mujeres, de los teatros y de las artes; finalmente, Cándido, que era muy aficionado a la metafísica, preguntó, por medio de Cacambo, si tenían religión los moradores.

Sonrojóse un poco el anciano y respondió: Pues ¿cómo lo dudáis? ¿Creéis que tan ingratos somos? Preguntó Cacambo con mucha humildad qué religión era la de El Dorado. Otra vez se abochornó el anciano y le replicó: ¿Acaso puede haber dos religiones? Nuestra religión es la de todo el mundo: adoramos a Dios noche y día. ¿Y no adoráis más que un solo Dios?, repuso Cacambo, sirviendo de intérprete a las dudas de Cándido. ¡Como si hubiera dos, o tres, o cuatro!, dijo el anciano. ¡Vaya, que las personas de vuestro mundo hacen preguntas muy raras! No se hartaba Cándido de preguntar al buen viejo, y quería saber qué era lo que pedían a Dios en El Dorado. No le pedimos nada, dijo el respetable y buen sabio, y nada tenemos que pedirle, pues nos ha dado todo cuanto necesitamos; pero le tributamos sin cesar acción de gracias. Cándido tuvo curiosidad de ver a los sacerdotes y preguntó dónde estaban; el venerable anciano le dijo sonriéndose: Amigo mío, aquí todos somos sacerdotes; el rey y todos los jefes de familia cantan todas las mañanas solemnes cánticos de acción de gracias, que acompañan cinco o seis músicos. ¿No tenéis frailes que enseñen, disputen, gobiernen, enreden y quemén a los que no son de su parecer? Menester sería que estuviéramos locos, respondió el anciano; aquí todos somos de un mismo parecer y no entendemos qué significan vuestros frailes. Estaba Cándido como extático oyendo estas razones y decía para sí: Muy distinto país es éste de Westfalia y del castillo del señor barón; si nuestro amigo Pangloss hubiera visto El Dorado, no diría que el castillo de Thunder-ten-tronckh era lo mejor que había en la tierra. Es necesario viajar.

Acabada esta larga conversación, hizo el buen anciano preparar un coche tirado por seis carneros, y dio a los dos caminantes doce de sus criados para que los llevaran a la corte. Perdonad, les dijo, si me priva mi edad de la honra de acompañaros; pero el rey os agasajará de modo que quedéis gustosos, y sin duda disculparéis las costumbres del país, si alguna de ellas os desagrada.

Montaron en coche Cándido y Cacambo; los seis carneros iban volando, y en menos de cuatro horas llegaron al palacio del rey, situado en un extremo de la capital. La puerta principal tenía doscientos veinte pies de alto y cien de ancho, y no es dable decir de qué materia era; harto se ve qué superioridad prodigiosa necesitaba tener sobre esos pedruscos y esa arena que nosotros llamamos oro y piedras preciosas.

Al apearse Cándido y Cacambo del coche, fueron recibidos por veinte hermosas doncellas de la guardia real, que los llevaron al baño y los vistieron con un ropaje de plumón de picaflor; luego los principales oficiales y oficialas de palacio los condujeron al aposento de Su Majestad, entre dos filas de mil músicos cada una. Cuando estuvieron cerca de la sala del trono, preguntó Cacambo a uno de los oficiales principales cómo habían de saludar a Su Majestad, si hincados de rodillas o arrastrándose por el suelo; si habían de poner las manos en la cabeza o en el trasero; si habían de

lamer el polvo de la sala; en resumen: cuáles eran las ceremonias. La práctica, dijo el oficial, es dar un abrazo al rey y besarle en ambas mejillas. Abalanzáronse, pues, Cándido y Cacambo al cuello de Su Majestad, el cual correspondió con la mayor afabilidad, y los convidó cortésmente a cenar. Entre tanto les enseñaron la ciudad, los edificios públicos que escalaban las nubes, las plazas del mercado, ornadas de mil columnas, las fuentes de agua clara, las de agua rosada, las de licores de caña, que sin parar corrían en vastas plazas empedradas con una especie de piedras preciosas que esparcían un olor parecido al del clavo y la canela. Quiso Cándido ver la sala del crimen y el tribunal, y le dijeron que no los había, porque ninguno litigaba; se informó si había cárcel y le fue dicho que no; pero lo que más sorpresa y satisfacción le causó fue el palacio de las Ciencias, donde vio una galería de dos mil pasos, llena toda de instrumentos de física y matemáticas.

Habiendo recorrido aquella tarde como la milésima parte de la ciudad, los trajeron de vuelta a palacio. Cándido se sentó a la mesa entre Su Majestad, su criado Cacambo y muchas señoras, y no se puede ponderar la delicadeza de los manjares, ni los dichos agudos que de boca del monarca se oían. Cacambo le explicaba a Cándido las frases ingeniosas del rey, y, aunque traducidas, parecían siempre ingeniosas; de todo cuanto asombraba a Cándido, no fue esto lo que menos lo asombró.

Un mes estuvieron en este hospicio, Cándido decía continuamente a Cacambo: Es cierto, amigo mío, que el castillo donde nací no puede compararse con el país donde estamos; pero la señorita Cunegunda no habita en él, y sin duda que a ti tampoco te falta en Europa una mujer que quieras. Si nos quedamos aquí seremos uno de tantos, pero si volvemos a nuestro mundo con sólo una docena de carneros cargados de piedras de El Dorado, seremos más ricos que todos los monarcas juntos, no tendremos que temer a los inquisidores, y con facilidad podremos recobrar a la señorita Cunegunda.

Este razonamiento plació a Cacambo: tal es la manía de correr mundo, de ser considerado entre los suyos, de hacer alarde de lo que ha visto uno en sus viajes, que los dos afortunados resolvieron dejar de serlo, y se despidieron de Su Majestad.

Cometéis un disparate, les dijo el rey. Bien sé que mi país vale poco; mas cuando se halla uno medianamente bien en un lugar debe quedarse en él. Yo no tengo, por cierto, derecho para detener a los extranjeros, tiranía tan opuesta a nuestra práctica como a nuestras leyes. Todo hombre es libre, y os podéis ir cuando queráis; pero es muy ardua empresa salir de este país: no es posible subir al raudo río por el cual habéis llegado milagrosamente, y que corre bajo bóvedas de peñascos: las montañas que cercan mis dominios tienen cuatro mil varas de altura, y son derechas como torres; su anchura abarca un espacio de diez leguas, y no es posible bajarlas como no sea despeñándose. Pero si estáis resueltos a ir, voy a dar orden a los intendentes de máquinas para que hagan una que os transporte con comodidad; y cuando os hayan conducido al otro lado de las montañas, nadie os podrá acompañar, porque tienen hecho voto mis vasallos de no pasar nunca su recinto, y no son tan imprudentes que lo quebranten: en cuanto a lo demás, pedidme lo que más os acomode. No pedimos que Vuestra Majestad nos dé otra cosa, dijo Cacambo, que algunos carneros cargados de víveres, de piedras y barro del país. Rióse el rey, y dijo: No sé qué pasión sienten los europeos por nuestro barro amarillo; pero llevaos todo el que podáis, y buen provecho os haga.

Inmediatamente dio orden a sus ingenieros de que hicieran una máquina para izar fuera del reino a estos dos hombres extraordinarios: tres mil buenos físicos trabajaron en ella, y se concluyó al cabo de quince días, sin costar arriba de cien millones de duros, moneda del país. Metieron en la máquina a Cándido y a Cacambo: dos carneros grandes encarnados tenían puesta la silla y el freno para que montasen en ellos así que hubiesen pasado los montes, y los seguían otros veinte cargados de víveres, treinta con preseas de las cosas más curiosas que en el país había y cincuenta con oro, diamantes y otras piedras preciosas. El rey dio un cariñoso abrazo a los dos vagabundos. Fue cosa de ver su partida, y el ingenioso modo con que los izaron a ellos y a sus carneros hasta la cumbre de las montañas. Habiéndolos dejado en paraje seguro, se despidieron de ellos los físicos, y Cándido no tuvo otro deseo ni otra idea que ir a presentar sus carneros a la señorita Cunegunda. Llevamos, decía, con qué pagar al gobernador de Buenos Aires, si es dable poner precio a mi Cunegunda; vamos a la isla de Cayena, embarquémonos y en seguida veremos qué reino podremos comprar.

XIX. Lo que les ocurrió en Surinam y de cómo Cándido conoció a Martín

La primera jornada de nuestros dos caminantes fue bastante agradable, alentados por la idea de encontrarse poseedores de mayores tesoros que cuantos en Asia, Europa y África se podían reunir. El enamorado Cándido grabó el nombre de Cunegunda en las cortezas de los árboles. En la segunda jornada se hundieron en pantanos dos carneros y perecieron con la carga que llevaban, otros dos se murieron de cansancio algunos días después; luego perecieron de hambre de siete a ocho en un desierto; de allí a algunos días se cayeron otros en unos precipicios; por fin, a los cien días de viaje no les quedaron más que dos carneros. Cándido dijo a Cacambo: Ya ves, amigo, qué deleznables son las riquezas de este mundo; nada hay sólido, como no sea la virtud y la dicha de ver nuevamente a la señorita Cunegunda. Confiésolo así, dijo Cacambo; pero todavía tenemos dos carneros con más tesoros que cuantos podrá poseer el rey de España, y desde aquí diviso una ciudad que presumo ha de ser Surinám, colonia holandesa. Al término de nuestras miserias tocamos y al principio de nuestra ventura.

En las inmediaciones del pueblo encontraron a un negro tendido en el suelo, que no tenía más que la mitad de su vestido, esto es, unos calzoncillos de lienzo azul; al pobre le faltaba la pierna izquierda y la mano derecha. ¡Dios mío!, le dijo Cándido, ¿qué haces ahí, amigo, en la terrible situación en que te veo? Estoy aguardando a mi amo el señor de Vanderdendur, famoso negociante, respondió el negro. ¿Ha sido, por ventura, el señor Vanderdendur quien tal te ha parado?, dijo Cándido. Sí, señor, respondió el negro; así es de práctica: nos dan un par de calzoncillos de lienzo dos veces al año para que nos vistamos; cuando trabajamos en los ingenios de azúcar, y nos coge un dedo la piedra del molino, nos cortan la mano; cuando nos queremos escapar, nos cortan una pierna; yo me he visto en ambos casos, y a ese precio se come azúcar en Europa. Sin embargo, cuando mi madre me vendió en la costa de Guinea, por dos escudos patagones, me dijo: Hijo mío, da gracias a nuestros fetiches y adóralos sin cesar para que vivas feliz; ya logras de ellos la gracia de ser esclavo de nuestros señores los blancos y de hacer afortunados a tu padre y a tu madre. Yo no sé, ¡ay!, si los he hecho afortunados; lo que sé es que ellos me han hecho muy desdichado, y que los perros, los monos y los papagayos lo son mil veces menos que nosotros. Los fetiches holandeses que me han convertido, dicen que los blancos y los negros somos hijos de Adán. Yo no soy genealogista: pero si los predicadores dicen la verdad, todos somos primos hermanos; y no es posible portarse de un modo más horroroso con sus propios parientes.

¡Oh, Pangloss!, exclamó Cándido, esta abominación no la habías adivinado: se acabó, será fuerza que abjure de tu optimismo. ¿Qué es el optimismo?, dijo Cacambo. ¡Ah!, respondió Cándido, es la manía de sustentar que todo está bien cuando está uno muy mal. Vertía lágrimas al decirlo, contemplando al negro, y entró llorando en Surinám.

Lo primero que preguntaron fue si había en el puerto algún navío que se pudiera fletar a Buenos Aires. El hombre a quien se lo preguntaron era justamente un patrón español, que se ofreció a negociar honradamente con ellos, y les dio cita en una hostería, adonde Cándido y Cacambo le fueron a esperar con sus carneros.

Cándido, que llevaba siempre el corazón en las manos, contó todas sus aventuras al español y le confesó que quería raptar a la señorita Cunegunda. Ya me guardaré yo, le respondió aquél, de pasarles a ustedes a Buenos Aires, porque sería irremisiblemente ahorcado, y ustedes ni más ni menos; la hermosa Cunegunda es la favorita de Monseñor. Este dicho fue una puñalada en el corazón de Cándido; lloró amargamente, y después de su llanto, llamando aparte a Cacambo, le dijo: Escucha, querido amigo, lo que tienes que hacer: cada uno de nosotros lleva en el bolsillo uno o dos millones de pesos en diamantes, y tú eres más astuto que yo; vete a Buenos Aires en busca de Cunegunda. Si pone el gobernador alguna dificultad, dale cien mil duros; si no basta, dale doscientos mil: tú no has muerto a inquisidor ninguno y nadie te perseguirá. Yo fletaré otro navío y te iré a esperar a Venecia, que es país libre, donde no hay ni búlgaros, ni ávaros, ni judíos, ni inquisidores que temer. Parecióle bien a Cacambo tan prudente determinación. Lo afligía separarse

de un amo tan bueno; pero la satisfacción de servirle pudo más que el sentimiento de dejarle. Abrazáronse derramando muchas lágrimas, Cándido le encomendó que no se olvidara de la buena vieja, y Cacambo partió aquel mismo día; el tal Cacambo era un excelente individuo.

Detúvose algún tiempo Cándido en Surinám, esperando a que hubiese otro patrón que lo llevase a Italia con los dos carneros que le habían quedado. Tomó criados para su servicio, y compró todo cuanto era necesario para un largo viaje; finalmente, se le presentó el señor Vanderdendur, armador de una gruesa embarcación. ¿Cuánto pide usted, le preguntó, por llevarme directamente a Venecia, con mis criados, mi bagaje y los dos carneros que usted ve? El patrón pidió diez mil duros y Cándido se los ofreció sin rebaja. ¡Hola, hola!, dijo entre sí el prudente Vanderdendur. ¿Conque este extranjero da diez mil duros sin regatear? Menester es que sea muy rico. Volvió de allí a un rato y dijo que no podía hacer el viaje por menos de veinte mil. Veinte mil le daré a usted, dijo Cándido. Toma, dijo en voz baja el mercader, ¿conque da veinte mil duros con la misma facilidad que diez mil? Otra vez volvió, y dijo que no le podía llevar a Venecia si no le daba treinta mil duros. Pues treinta mil serán, respondió Cándido. ¡Ah!, ¡ah!, murmuró el holandés; treinta mil duros no le cuestan nada a este hombre; sin duda que en los dos carneros lleva inmensos tesoros; no insistamos más; hagamos que nos pague los treinta mil duros, y luego veremos. Vendió Cándido los diamantes, que el más chico valía más que todo cuanto dinero le había pedido el patrón, y le pagó adelantado. Estaban ya embarcados los dos carneros, y seguía Cándido de lejos en una lancha para ir al navío que estaba en la rada; el patrón se aprovecha de la ocasión, leva anclas y sesga el mar llevando el viento en popa. En breve lo pierde de vista Cándido, confuso y estupefacto. ¡Ay!, exclamaba, esta picardía es digna del antiguo hemisferio. Vuélvese a la playa anegado en su dolor, y habiendo perdido lo que bastaba para hacer ricos a veinte monarcas. Fuera de sí, se va a dar parte al juez holandés, y en el arrebató de su turbación llama muy recio a la puerta; entra, cuenta su cuita, y alza la voz algo más de lo que era regular. Lo primero que hizo el juez fue condenarle a pagar diez mil duros por la bulla que había metido: oyóle luego con mucha pachorra, le prometió que examinaría el asunto así que volviera el mercader, y exigió otros diez mil duros por los derechos de audiencia.

Esta conducta acabó de desesperar a Cándido; y aunque a la verdad había padecido otras desgracias mil veces más crueles, la calma del juez y del patrón que le había robado le exaltaron la cólera y le ocasionaron una negra melancolía. Presentábase a su mente la maldad humana en toda su fealdad, y sólo pensamientos tristes revolvía. Por fin, estando dispuesto a salir para Burdeos un navío francés, y no quedándole carneros cargados de diamantes que embarcar, ajustó en lo que valía un camarote del navío, y mandó pregonar en la ciudad que pagaba el viaje, la manutención y daba dos mil duros a un hombre de bien que le quisiera acompañar, con la condición de que fuese el más descontento de su suerte y el más desdichado de la provincia.

Presentóse una cáfila tal de pretendientes, que no hubieran podido caber en una escuadra. Queriendo Cándido escoger los que mejor educados parecían, señaló hasta unos veinte que le parecieron más sociables, y todos pretendían que merecían la preferencia. Reuniólos en su posada y los convidó a cenar, poniendo por condición que hiciese cada uno de ellos juramento de contar con sinceridad su propia historia, y prometiendo escoger al que más digno de compasión y, a justo título, más descontento de su suerte le pareciese, y dar a los demás una gratificación. Duró la sesión hasta las cuatro de la madrugada; y al oír sus aventuras o desventuras se acordaba Cándido de lo que le había dicho la vieja cuando iban a Buenos Aires y de la apuesta que había hecho de que no había uno en el navío a quien no hubiesen acontecido gravísimas desdichas. A cada desgracia que contaban, pensaba en Pangloss y decía: el tal Pangloss apurado se había de ver para demostrar su sistema: yo quisiera que se hallase aquí. Es cierto que si todo está bien es en El Dorado, pero no en el resto del mundo. Finalmente, se determinó en favor de un hombre docto y pobre, que había trabajado diez años para los libreros de Amsterdam. Cándido pensó que no había en el mundo otro oficio más lamentable.

Este sabio, que era hombre de muy buena pasta, había sido robado por su mujer, aporreado por su hijo, y su hija le había abandonado para escaparse con un portugués. Le acababan de quitar un

miserable empleo del cual vivía y lo perseguían los predicadores de Surinám porque lo tachaban de sociniano. Hase de confesar que los demás eran por lo menos tan desventurados como él; pero Cándido esperaba que con el sabio se aburriría menos en el viaje. Todos sus competidores se quejaron de la injusticia manifiesta de Cándido; mas éste los calmó repartiendo cien duros a cada uno.

XX. De lo que sucedió a Cándido y a Martín en alta mar

Embarcóse, pues, para Burdeos con Cándido, el docto anciano, cuyo nombre era Martín. Ambos habían visto y habían padecido mucho; y aun cuando el navío hubiera ido de Surinám al Japón por el cabo de Buena Esperanza, no les hubiera en todo el viaje faltado materia para discurrir acerca del mal físico y el mal moral.

Verdad es que Cándido le sacaba muchas ventajas a Martín, porque éste no tenía cosa ninguna que esperar, y aquél llevaba la esperanza de ver nuevamente a la señorita Cunegunda y le quedaban oro y diamantes; de suerte que si bien había perdido cien carneros cargados de las mayores riquezas de la tierra, y le roía continuamente la bribonada del patrón holandés, cuando pensaba en lo que aún llevaba en su bolsillo, y hablaba de Cunegunda, sobre todo después de comer, se inclinaba hacia el sistema de Pangloss. Y usted, señor Martín, le dijo al sabio, ¿qué piensa de todo esto? ¿Qué opina del mal físico y el mal moral? Señor, respondió Martín, los clérigos me han acusado de ser sociniano; pero la verdad es que soy maniqueo. Usted se burla, replicó Cándido, ya no hay maniqueos en el mundo. Pues yo en el mundo estoy, dijo Martín, y no creo en otra cosa. Menester es que tenga usted el diablo en el cuerpo, repuso Cándido. Tanto se mezcla en los asuntos de este mundo, dijo Martín, que bien puede ser que esté en mi cuerpo lo mismo que en todas partes. Confieso que cuando tiendo la vista por este globo o glóbulo, se me figura que Dios le ha dejado a disposición de un ser maléfico, exceptuando siempre a El Dorado. Aún no he visto un pueblo que no desee la ruina del pueblo vecino, ni una familia que no quiera exterminar otra familia. En todas partes los débiles execran a los poderosos y se postran a sus plantas, y los poderosos los tratan como rebaños, desollándolos y comiéndoselos. Un millón de asesinos en regimientos recorren Europa entera, saqueando y matando con disciplina, porque no saben oficio más honroso; en las ciudades que en apariencia disfrutaban paz y en que florecen las artes, están roídos los hombres de más envidia, inquietudes y afanes que cuantas plagas padece una ciudad sitiada. Todavía son más crueles los pesares secretos que las miserias públicas; en resumen: he visto tanto y he padecido tanto, que soy maniqueo.

Cosas buenas hay, no obstante, replicó Cándido. Podrá ser, decía Martín, mas no las conozco.

En esta disputa estaban cuando se oyeron descargas de artillería. De uno en otro instante crecía el estruendo y todos se armaron de un anteojito. Veíanse como a distancia de tres millas dos navíos que combatían, y los trajo el viento tan cerca del navío francés a uno y a otro, que tuvieron el gusto de mirar el combate muy a su sabor. Al cabo uno de los navíos descargó una andanada con tanto tino y acierto, y tan a flor de agua, que echó a pique a su contrario. Martín y Cándido distinguieron con mucha claridad la cubierta de la nave donde zozobraban unos cien hombres; todos alzaban las manos al cielo dando espantosos gritos; al momento fueron tragados por el mar.

Vea usted, dijo Martín, pues así se tratan los hombres unos a otros. Verdad es, dijo Cándido, que anda aquí la mano del diablo. Diciendo esto advirtió algo de un encarnado muy subido, que nadaba junto al navío; echaron la lancha para ver qué era, y resultó ser uno de sus carneros. Más se alegró Cándido por haber recobrado este carnero, que lo que había sentido la pérdida de los otros cien cargados con gruesos diamantes de El Dorado.

En breve reconoció el capitán del navío francés que el del navío sumergidor era español, y el del navío sumergido un pirata holandés, el mismo que había robado a Cándido. Con el pirata se hundieron en el mar las inmensas riquezas de que se había apoderado el infame y sólo se libertó un carnero. Ya ve usted, dijo Cándido a Martín, que a veces llevan los delitos su merecido: este pícaro holandés ha sufrido una pena digna de sus maldades. Está bien, dijo Martín, mas ¿por qué han

muerto los pasajeros que venían en su navío?; Dios ha castigado al malo y el diablo ha ahogado a los buenos.

Seguían en tanto su ruta el navío francés y el español, y Cándido continuaba sus conversaciones con Martín. Quince días sin parar disputaron, y tan adelantados estaban el último día como el primero; pero hablaban, se comunicaban sus ideas y se consolaban. Cándido, pasando la mano por el lomo a su carnero, le decía: Si he podido hallarte a ti, también podré hallar a Cunegunda.

XXI. De la plática que sostuvieron Cándido y Martín al acercarse a las costas de Francia

Avistáronse al fin las costas de Francia. ¿Ha estado usted en Francia, señor Martín?, dijo Cándido. Sí, señor, respondió Martín, y he recorrido muchas provincias: en unas la mitad de los habitantes son locos, en otras, demasiado astutos; en éstas, bastante buenazos y bastante tontos; en aquéllas se dan de inteligentes. En todas la ocupación principal es el amor, murmurar la segunda, decir majaderías la tercera. ¿Y conoce usted París, señor Martín? Conozco París; allí hay de todas clases, es un caos, un gentío donde todos anhelan placeres y casi nadie los halla, a lo menos según me ha parecido. Estuve poco tiempo; al llegar me robaron cuanto traía unos rateros en la feria de San Germán; luego me tomaron a mí por ladrón y me tuvieron ocho días en la cárcel, y al salir libre entré como corrector en una imprenta para ganar con qué volverme a pie a Holanda. He conocido la gentuza escritora, la gentuza enredadora y la gentuza religiosa. Dicen que hay algunas personas muy cultas en esa ciudad: quiero creerlo.

Por mí no tengo ninguna curiosidad por ver Francia, dijo Cándido; bien puede usted considerar que quien ha vivido un mes en El Dorado no se preocupa de ver nada en este mundo, como no sea la señorita Cunegunda. Voy a esperarla a Venecia y atravesaremos Francia para ir a Italia. ¿Me acompañará usted? Con mil amores, respondió Martín; dicen que Venecia sólo es buena para los nobles venecianos, pero que agasajan mucho a los extranjeros que llevan dinero; yo no lo tengo, pero usted, sí, y le seguiré adondequiera que fuere. Hablando de otra cosa, dijo Cándido, ¿cree usted que la tierra haya sido antiguamente mar, como lo afirma ese libraco que pertenece al capitán del buque? No, por cierto, replicó Martín, ni tampoco los demás adefesios que nos quieren hacer tragar de un tiempo a esta parte. Pues ¿para qué piensa usted que fue creado el mundo?, continuó Cándido. Para hacernos rabiar, respondió Martín. ¿No se asombra usted, siguió Cándido, del amor de dos muchachas del país de los orejones por los dos monos cuya aventura le conté? Muy lejos de eso, repuso Martín; no veo que tenga nada de extraño esa pasión, y he visto tantas cosas extraordinarias, que nada me parece extraordinario. ¿Cree usted, le dijo Cándido, que en todo tiempo se hayan degollado los hombres como hacen hoy, y que siempre hayan sido embusteros, alevos, pérfidos, ingratos, bribones, flacos, volubles, cobardes, envidiosos, glotones, borrachos, codiciosos, ambiciosos, sanguinarios, calumniadores, disolutos, fanáticos, hipócritas y necios? ¿Cree usted, replicó Martín, que los milanos se hayan siempre engullido las palomas cuando han podido dar con ellas? Sin duda, dijo Cándido. Pues bien, continuó Martín, si los milanos siempre han tenido las mismas inclinaciones, ¿por qué quiere usted que las de los hombres hayan variado? ¡Oh, dijo Cándido, eso es muy diferente, porque el libre albedrío!... Así discurrían cuando arribaron a Burdeos.

XXII. De lo que sucedió en Francia a Cándido y a Martín

No se detuvo Cándido en Burdeos más tiempo que el que le fue necesario para vender algunos pedruscos de El Dorado y comprar una buena silla de posta de dos asientos, porque no podía ya vivir sin su filósofo Martín. Lo único que sintió fue tenerse que separar de la Academia de Ciencias de Burdeos, la cual propuso por asunto del premio de aquel año determinar por qué la lana de aquel carnero era encarnada, y se le adjudicó a un sabio del Norte, que demostró por A más B, menos C dividido por Z, que era forzoso que aquel carnero fuera encarnado y que se muriera de la morriña.

Cuantos caminantes encontraba Cándido en los mesones le decían: Vamos a París. Este general prurito le inspiró al fin deseos de ver esta capital, con lo cual no se desviaba mucho de Venecia. Entró por el arrabal de San Marcelo, y creyó que estaba en la más sucia aldea de Westfalia. Apenas llegó a la posada, le acometió una ligera enfermedad originada por sus fatigas; y como llevaba al dedo un enorme diamante, y habían advertido en su coche una caja muy pesada, al punto se le acercaron dos doctores médicos que no había mandado llamar, varios íntimos amigos que no se apartaban de él, y dos devotas que le hacían caldos. Decía Martín: Bien me acuerdo de haber estado yo malo en París, cuando mi primer viaje; pero era muy pobre: por eso no tuve amigos, ni devotas, ni médicos, y sané muy pronto.

A fuerza de sangrías, recetas y médicos, se agravó la enfermedad de Cándido. Un cura del barrio le ofreció, con mucha dulzura, una entrada para el otro mundo pagadera al portador. Cándido no la quiso. Las devotas le aseguraron que era una moda nueva. Cándido respondió que él no era hombre a la moda. Martín quiso tirar al cura por la ventana. El cura juró que no se enterraría a Cándido. Martín juró que enterraría al cura si éste continuaba importunándolos. La pelea subió de tono: Martín tomó al cura por los hombros y lo echó groseramente; por esto, que causó gran escándalo, se hizo un proceso verbal. Al fin sanó Cándido, y mientras estaba convaleciente, le visitaron muchos sujetos de fino trato, que cenaban con él. Había juego fuerte y Cándido se asombraba de que nunca le venían buenos naipes; pero Martín no se asombraba.

Entre los que más concurrían a su casa había un abate que era de aquellos hombres diligentes, siempre listos para todo cuanto les mandan, serviciales, entremetidos, halagadores, descarados, buenos para todo, que atisbaban a los forasteros, les cuentan los sucesos más escandalosos de la ciudad y les ofrecen placeres a cualquier precio. Lo primero que hizo fue llevar a la Comedia a Martín y a Cándido. Representaban una tragedia nueva, y Cándido se encontró al lado de unos cuantos hipercríticos, lo cual no le impidió llorar al ver algunas escenas representadas a la perfección. Uno de los hipercríticos que junto a él estaban, le dijo en un entreacto: Hace usted muy mal en llorar; esa actriz es malísima, y el que representa con ella es peor actor todavía y peor la tragedia que los actores; el autor no sabe palabra de árabe, y, sin embargo, la escena ocurre en Arabia; sin contar con que es hombre que no cree en las ideas innatas; mañana le traeré a usted veinte folletos contra él. Caballero, ¿cuántas composiciones dramáticas tienen ustedes en Francia?, dijo Cándido al abate; y éste respondió: Cinco o seis mil. Mucho es, dijo Cándido; ¿y cuántas buenas hay? Quince o dieciséis, replicó el otro. Mucho es, dijo Martín.

Salió Cándido muy satisfecho con una cómica que hacía el papel de la reina Isabel de Inglaterra en una tragedia muy insulsa que algunas veces se representa.⁴¹ Mucho me gusta esta actriz, le dijo a Martín, porque se parece a la señorita Cunegunda; quisiera saludarla. El abate le ofreció presentársela. Cándido, educado en Alemania, preguntó qué ceremonias se estilaban en Francia para tratar con las reinas de Inglaterra. Hay que distinguir, dijo el abate: en las provincias las llevan a comer a los mesones, en París las respetan cuando son bonitas y las tiran al muladar después de muertas. ¿Al muladar las reinas?, dijo Cándido. Verdad es, dijo Martín; razón tiene el señor abate: en París estaba yo cuando la señora Mónica⁴² pasó, como dicen, a mejor vida, y le negaron lo que esta gente llama *los honores de la sepultura*, lo cual significa podrirse con toda la pobreza de la parroquia en un hediondo cementerio, y la enterraron sola en una esquina de la calle de Borgoña, lo cual le causó, sin duda, muchísima pesadumbre, porque era de natural muy noble. Acción de mala crianza fue, en efecto, dijo Cándido. ¿Qué quiere usted, dijo Martín, si estas gentes son así? Imagínese usted todas las contradicciones y todas las incompatibilidades posibles, y las hallará reunidas en el gobierno, en los tribunales, en las iglesias y en los espectáculos de esta extraña nación. ¿Y es cierto que en París se ríe la gente de todo? Verdad es, dijo el abate; pero se ríen rabiando; se lamentan de todo a carcajadas y riéndose se cometen las más detestables acciones.

¿Quién es, dijo Cándido, aquel marrano que tan mal hablaba de la tragedia que tanto me ha hecho llorar, y de los actores que tanto placer me han dado? Un malandrín, respondió el abate, que se gana la vida hablando mal de todas las composiciones dramáticas y de todos los libros que salen; que aborrece a todo aquel que es aplaudido, como aborrecen los eunucos a los que gozan; una sierpe

de la literatura, que vive de ponzoña y cieno; un folletista. ¿Qué llama usted folletista?, dijo Cándido. Un autor de folletos, dijo el abate, un Fréron.

Así discurrían Cándido, Martín y el abate en la escalera del Coliseo, mientras iba saliendo la gente, concluida la comedia. Aunque tengo muchos deseos de ver a la señorita Cunegunda, dijo Cándido, bien quisiera cenar con la primera actriz, la señorita Clairon, que me ha parecido un portento.

No era hombre el abate que tuviese entrada en casa de la señorita Clairon, que sólo recibía personas de calidad. Está ocupada esta noche, respondió; pero tendré la honra de llevar a usted a casa de una señora muy distinguida, y conocerá a París como si hubiera vivido en él cuatro años.

Cándido, que naturalmente era amigo de saber, se dejó llevar a casa de tal señora; estaban ocupados los tertulianos en jugar al faraón, y doce tristes apuntes tenían cada uno en la mano un juego de naipes, archivo de su mala ventura. Reinaba un profundo silencio, teñido estaba el semblante de los apuntes de una macilenta amarillez y se leía la zozobra en el del banquero; y la señora de la casa, sentada junto al despiadado banquero, anotaba con ojos de lince todos los párolis y todos los sietelevares con que doblaba cada jugador sus naipes, haciéndoselos desdoblar con un cuidado muy escrupuloso, pero con cortesía y sin enfadarse, por temor de perder sus parroquianos. Hacíase llamar la marquesa de Parolignac; su hija, una muchacha de quince años, era uno de los apuntes y con un guiñar de ojos advertía a su madre las trampas de los pobres apuntes, que procuraban enmendar los rigores de la suerte. Entraron el abate, Cándido y Martín, y nadie se levantó a darles las buenas noches ni los saludó, ni los miró siquiera; tan ocupados estaban todos en sus naipes. Más cortés era la señora baronesa de Thunder-ten-tronckh, pensó Cándido.

Acercóse en esto el abate al oído de la marquesa, la cual se levantó a medias de la silla, honró a Cándido con una graciosa sonrisa y saludó a Martín con aire majestuoso; mandó luego que trajeran a Cándido asiento y una baraja, y éste perdió cincuenta mil francos en dos tallas. Cenaron luego con mucha jovialidad, y todos estaban atónitos de que Cándido no sintiese más lo que perdió. Los lacayos, en su idioma de lacayos, se decían unos a otros: preciso es que sea un milord inglés.

La cena se parecía a casi todas las cenas de París; primero mucho silencio, luego un estrépito de palabras que no se entendían, luego chistes, casi todos muy insulsos, noticias falsas, malos razonamientos, algo de política y mucha murmuración; después hablaron de libros nuevos. ¿Han leído ustedes, preguntó el abate, la novela del señor Gauchat, doctor en teología? Sí, respondió uno de los convidados, pero no he podido acabarla. Tenemos una multitud de obras insulsas, pero todas juntas no llegan a la del señor Gauchat, doctor en teología;43 estoy tan hastiado de la inmensidad de libros malos que nos inundan, que me he dedicado a jugar al faraón. ¿Y qué me dice usted de las *Misceláneas* del arcediano Trublet?, dijo el abate. ¡Valiente majadero!, dijo madama de Parolignac. ¡Con qué minuciosidad dice lo que todo el mundo sabe! ¡Con qué pesadez discute lo que no merece indicarse someramente! ¡Con qué falta de ingenio se aprovecha del de los demás! Y ¡cómo echa a perder cuanto toca! ¡Cómo me fatiga! Pero ya nunca volverá a fatigarme. Me basta haber leído algunas páginas suyas.

Había en la mesa un hombre de fino gusto que asintió a cuanto decía la marquesa. Pasaron luego a tratar de teatros, y la dueña de casa preguntó por qué había ciertas tragedias que se representaban con frecuencia y que nadie podía leer. El hombre de fino gusto explicó con mucha claridad cómo podía interesar una tragedia que tuviera poquísimo mérito, probando con breves razones que no bastaba traer por los cabellos una o dos situaciones de aquellas que tan frecuentes son en las novelas y siempre embelesan a los oyentes, sino que es menester ser original sin ser extravagante, a menudo sublime y siempre natural; conocer el corazón humano y saber expresarlo; ser gran poeta, sin que parezca poeta ninguno de los personajes; saber con perfección su idioma, hablarlo con pureza y con armonía continua, sin sacrificar nunca el sentido a la rima. Todo aquel que no observara estas reglas, añadió, podrá componer una o dos tragedias que sean aplaudidas en el teatro, mas nunca sentará plaza de buen escritor. Poquísimas tragedias hay buenas: unas son idilios en diálogos bien escritos y bien versificados; otras, disertaciones de política que infunden

sueño, o ampliaciones que cansan; otras, ensueños de energúmenos en estilo bárbaro, razones deshilvanadas, apóstrofes interminables a los dioses, porque no se sabe qué decir a los hombres, falsas máximas y ampulosos lugares comunes.

Escuchaba con mucha atención Cándido este razonamiento y formóse por él altísima idea del orador; y como la marquesa había tenido la atención de colocarle a su lado, se tomó la licencia de preguntarle al oído quién era un hombre que con tanta justedad hablaba. Es un docto, dijo la dama, que nunca juega y que me trae a cenar algunas veces el abate, que entiende perfectamente de tragedias y libros, y que ha compuesto una tragedia que silbaron, y un libro del cual un solo ejemplar que me dedicó ha salido de la tienda de su librero. ¡Qué varón tan eminente!, dijo Cándido, es otro Pangloss; y volviéndose hacia él, le dijo: ¿Sin duda, caballero, que para usted todo está perfectamente en el mundo físico y en el moral y nada puede suceder de otra manera? ¡Yo, caballero!, le respondió el docto; pienso lo contrario. Todo me parece que va al revés en nuestro país y que nadie sabe ni cuál es su estado ni cuál su cargo ni lo que hace, ni lo que debiera hacer, y que, excepto la cena, que es bastante jovial, y donde la gente está bastante acorde, todo el resto del tiempo se consume en impertinentes contiendas de jansenistas con molinistas, de parlamentarios con eclesiásticos, de literatos con literatos, de Palaciegos con Palaciegos, de financieros con el pueblo, de mujeres con maridos y de parientes con parientes; es una guerra interminable.

Replicó Cándido: Cosas peores he visto yo; pero un sabio que después tuvo la desgracia de ser ahorcado, me enseñó que todas esas cosas son un dechado de perfecciones; son las sombras de una hermosa pintura. Ese ahorcado se reía de la gente, dijo Martín, y esas sombras son manchas horrorosas. Los hombres son los que echan esas manchas, dijo Cándido, y no pueden menos. ¿Conque no es culpa de ellos?, replicó Martín. Bebían en tanto la mayor parte de los apuntes, que no entendían una palabra de la materia; Martín discurría con el hombre docto y Cándido contaba parte de sus aventuras al ama de casa.

Después de cenar llevó la marquesa a su gabinete a Cándido y le sentó en un canapé. ¿Conque está usted enamorado perdido de la señorita Cunegunda, de Thunder-ten-tronckh? Sí, señora, respondió Cándido. Replicóle la marquesa con una tierna sonrisa: Usted responde como un mozo de Westfalia; un francés me hubiera dicho: Verdad es, señora, que he querido a la señorita Cunegunda; pero cuando la miro a usted me temo no quererla. Yo, señora, dijo Cándido, responderé como usted quiera. La pasión de usted, dijo la marquesa, empezó alzando un pañuelo, y yo quiero que usted alce mi liga. Con toda mi alma, dijo Cándido, y la levantó del suelo. Ahora quiero que me la ponga, continuó la dama, y Cándido se la puso. Mire usted, repuso la dama, usted es extranjero; a mis amantes de París los hago yo penar a veces quince días seguidos, pero a usted me rindo desde la primera noche porque es menester tratar cortésmente a un buen mozo de Westfalia. La hermosa había reparado en dos diamantes enormes de dos sortijas de su joven extranjero, y tanto se los alabó, que de los dedos de Cándido pasaron a los de la marquesa.

Al volver Cándido a su casa con el abate, sintió algunos remordimientos por haber cometido una infidelidad a la señorita Cunegunda, y el señor abate tomó en parte su sentimiento, porque le había cabido una muy pequeña parte en los diez mil duros perdidos por Cándido en el juego y en el valor de los dos brillantes medio dados y medio estafados, y era su ánimo aprovecharse todo cuanto pudiera de lo que el trato de Cándido le podía valer. Hablábale sin cesar de Cunegunda, y Cándido le dijo que cuando la viera en Venecia le pediría perdón de la infidelidad que acababa de cometer.

Cada día estaba el abate más cortés y más atento, interesándole todo cuanto decía Cándido, todo cuanto hacía y cuanto quería hacer. ¿Conque tiene usted una cita en Venecia?, le dijo. Sí, señor abate, respondió Cándido, tengo urgencia de reunirme con la señorita Cunegunda. Llevado entonces del gusto de hablar de su amada, le contó, como era su costumbre, parte de sus venturas con esta ilustre westfaliana. Bien creo, dijo el abate, que esa señorita tiene mucho talento, y escribe muy bonitas cartas. Nunca me ha escrito, dijo Cándido; figúrese usted que cuando me echaron del castillo por amor a ella, no le pude escribir; después la creí muerta, después me la encontré, y la volví a perder, y le he despachado un mensajero a dos mil y quinientas leguas de aquí, que aguardo con su respuesta.

Escuchóle con mucha atención el abate, pareció algo pensativo y se despidió luego de ambos extranjeros, abrazándolos tiernamente. Al otro día, antes de levantarse de la cama, dieron a Cándido la esquila siguiente: «Muy señor mío y querido amante: Ocho días hace que estoy mala en esta ciudad, y acabo de saber que se encuentra usted en ella. Hubiera ido volando a echarme en sus brazos si me pudiera mover. He sabido que había usted pasado por Burdeos, donde se ha quedado el fiel Cacambo y la vieja, que llegarán muy en breve. El gobernador de Buenos Aires se ha quedado con todo cuanto Cacambo llevaba; pero el corazón de usted me queda. Venga usted a verme; su presencia me dará la vida o hará que me muera de placer.»

Una carta tan tierna y tan inesperada, puso a Cándido en una indecible alegría, pero la enfermedad de su amada Cunegunda le traspasaba de dolor. Fluctuante entre estos dos sentimientos, agarra a puñados el oro y los diamantes y hace que le lleven con Martín a la posada donde estaba Cunegunda alojada; entra temblando, con la ternura latiéndole el corazón y el habla interrumpida con sollozos; quiere descorrer las cortinas de la cama y manda que traigan luz. No haga usted tal, le dijo la criada, la luz le hace mal; y volvió a correr la cortina. Amada Cunegunda, dijo llorando Cándido, ¿cómo te hallas? No puede hablar, dijo la criada. Entonces la enferma sacó fuera de la cama una mano muy suave que bañó Cándido un largo rato con lágrimas, y que luego llenó de diamantes, dejando un saco de oro encima del taburete.

En medio de sus arrebatos aparece un alguacil acompañado del abate y de seis corchetes. ¿Conque éstos son, dijo, los dos extranjeros sospechosos?, y mandó incontinenti que los ataran y los llevaran a la cárcel. No tratan de esta manera en El Dorado a los extranjeros, dijo Cándido. Más maniqueo soy que nunca, replicó Martín. Pero, señor, ¿adónde nos lleva usted?, dijo Cándido. A un calabozo, respondió el alguacil.

Martín, que se había recobrado del primer sobresalto, sospechó que la señora que se decía Cunegunda era una bribona, el señor abate un bribón que había abusado de Cándido, y el alguacil otro bribón de quien no era difícil desprenderse. Por no exponerse a tener que lidiar con la justicia, y con la impaciencia que tenía de ver a la verdadera Cunegunda, Cándido, por consejo de Martín, ofreció al alguacil tres diamantillos de tres mil duros cada uno. ¡Ah!, señor, le dijo el alguacil, aunque hubiere usted cometido todos los delitos imaginables, sería el hombre más honrado del mundo. ¡Tres diamantes de tres mil duros cada uno! La vida perdería yo por usted, antes que enviarlo a un calabozo. Todos los extranjeros son arrestados, pero déjelo de mi cuenta, que yo tengo un hermano en Dieppe, en la Normandía, y le llevaré allá, y si tiene usted algunos diamantes que darle, le tratará como yo. ¿Y por qué arrestan a todos los extranjeros?, dijo Cándido. El abate, tomando entonces la palabra, respondió: Porque un miserable andrajoso del país de Atrebadia,⁴⁴ que había oído decir disparates, ha cometido un parricidio, no como el del mes de mayo de 1610,⁴⁵ sino como el del mes de diciembre de 1594,⁴⁶ y como otros muchos cometidos otros años y otros meses por andrajosos que habían oído decir disparates.

Entonces explicó el alguacil lo que había dicho el abate. ¡Qué monstruos!, exclamó Cándido. ¿Cómo se cometen tamañas atrocidades en un pueblo que canta y baila? ¿Cuándo saldré yo de este país donde los monos irritan a los tigres? En mi país he visto osos; sólo en El Dorado he visto hombres. En nombre de Dios, señor alguacil, lléveme usted a Venecia, donde aguardo a la señorita Cunegunda. Donde yo puedo llevar a usted es a Normandía, dijo el cabo de ronda. Hízole luego quitar los grillos, dijo que se había equivocado, despidió a sus corchetes, y se llevó a Cándido y a Martín a Dieppe, entregándolos a su hermano. Había un buque holandés pequeño en la rada, y el normando, que con el cebo de otros tres diamantes era el más servicial de los mortales, embarcó a Cándido y a su acompañante en el tal navío, que iba a dar a la vela para Portsmouth en Inglaterra. No era el camino de Venecia; pero Cándido creyó que salía del infierno, y estaba resuelto a dirigirse a Venecia cuando se le presentase la ocasión.

XXIII. Llegada de Cándido y Martín a las costas de Inglaterra. Lo que allí vieron

¡Ah, Pangloss, Pangloss! ¡Ah, Martín, Martín! ¡Ah, mi querida Cunegunda! ¡Lo que es este mundo!, decía Cándido en el navío holandés. Cosa muy desatinada y muy abominable, respondió Martín. Usted ha estado en Inglaterra: ¿son tan locos como en Francia? Es locura de otra especie, dijo Martín; ya sabe usted que ambas naciones están en guerra por algunas aranzadas de nieve en el Canadá, y por tan discreta guerra gastan mucho más que lo que vale todo el Canadá. Decir a usted a punto fijo en cuál de los dos países hay más locos de atar, mis cortas luces no alcanzan; lo que sí sé es que en el país que vamos a ver son locos atrabiliarios.

Diciendo esto abordaron Portsmouth; la orilla del mar estaba cubierta de gente que miraba con atención a un hombre gordo,⁴⁷ hincado de rodillas y vendados los ojos, en el combés de uno de los navíos de la escuadra. Cuatro soldados, apostados frente a él le tiraron cada uno tres balas en el cráneo con el mayor sosiego, y toda la asamblea se fue muy satisfecha. ¿Qué quiere decir esto?, dijo Cándido. ¿Qué perverso demonio reina en todas partes? Preguntó quién era aquel hombre gordo que acababan de matar con tanta solemnidad. Un almirante, le dijeron. ¿Y por qué han muerto a ese almirante? Porque no ha hecho matar bastante gente; ha dado batalla a un almirante francés y han considerado que no estaba bastante cerca del enemigo. Pues el almirante francés tan lejos estaba del inglés como éste del francés, replicó Cándido. Sin duda, le dijeron; pero en esta tierra es conveniente matar de cuando en cuando algún almirante para dar más ánimo a los otros. Tanto se irritó y se asombró Cándido con lo que oía y veía, que no quiso siquiera poner pie en tierra, y arregló trato con el patrón holandés, a riesgo de que lo robara como el de Surinam, para que lo condujera sin más tardanza a Venecia. Al cabo de dos días estuvo listo el patrón. Costearon la Francia, pasaron a vista de Lisboa y se estremeció Cándido; desembocaron por el Estrecho en el Mediterráneo y finalmente llegaron a Venecia. Bendito sea Dios, dijo Cándido dando un abrazo a Martín, que aquí veré a la hermosa Cunegunda. Con Cacambo cuento igual que con mí mismo. Todo está bien, todo va bien, todo va lo mejor posible.

XXIV. Que trata de fray Hilarión y de Paquita

Cuando llegó a Venecia, hizo buscar a Cacambo en todas las posadas, en todos los cafés y en casa de todas las mozas de vida alegre; pero no le fue posible dar con él. Todos los días iba a informarse de todos los navíos y barcos y nadie sabía de Cacambo. ¡Conque he tenido yo tiempo, le decía a Martín, para pasar de Surinám a Burdeos, para ir de Burdeos a París, de París a Dieppe, de Dieppe a Portsmouth, para costear Portugal y España, para atravesar todo el Mediterráneo y pasar algunos meses en Venecia, y aún no ha llegado la hermosa Cunegunda, y en su lugar he topado con una buscona y un abate! Sin duda ha muerto Cunegunda y a mí no me queda más remedio que morir. ¡Ah, cuánto más me hubiera valido quedarme en aquel paraíso terrenal de El Dorado, que volver a esta maldita Europa! Razón tiene usted, amado Martín, todo es ilusión y calamidad.

Acometióle una negra melancolía y no fue ni a la ópera *alla moda*, ni a las demás diversiones del carnaval, ni hubo dama que le causara la más leve tentación. Díjole Martín: Qué sencillo es usted si se figura que un criado mestizo, que lleva cinco o seis millones en la faltriquera, irá a buscar a su amada al fin del mundo para traérsela a Venecia; la guardará para sí, si la encuentra, y, si no, tomará otra; aconsejo a usted que olvide a Cacambo y a Cunegunda. Martín no era hombre que daba consuelos. Crecía la melancolía de Cándido, y Martín no se hartaba de probarle que eran muy raras la virtud y la felicidad sobre la tierra, excepto acaso en El Dorado, donde nadie podía entrar.

Sobre esta importante materia disputaban, esperando a Cunegunda, cuando reparó Cándido en un joven fraile teatino que se paseaba por la plaza de San Marcos, llevando del brazo a una moza. El teatino era robusto, fuerte y de buenos colores, los ojos brillantes, la cabeza erguida, el continente reposado y el paso sereno; la moza, que era muy linda, iba cantando y miraba con enamorados ojos a su teatino, y de cuando en cuando le pellizcaba las mejillas. Me confesaré a lo

menos, dijo Cándido a Martín, que estos dos son dichosos. Excepto en El Dorado, no he encontrado hasta ahora en el mundo habitable más que desventurados; pero apuesto a que esa moza y ese fraile son felicísimas criaturas. Yo apuesto a que no, dijo Martín. Convidémoslos a comer, dijo Cándido, y veremos si me equivoco.

Acercóse a ellos, hizoles una reverencia y los convidó a su posada a comer macarrones, perdices de Lombardía, huevos de sollo, y a beber vino de Montepulciano, *Lacrima Christi*, Chipre y Samos. Sonrojóse la mozuela; aceptó el teatino el convite, y le siguió la muchacha mirando a Cándido pasmada y confusa, y vertiendo algunas lágrimas. Apenas entró la mozuela en el aposento de Cándido, le dijo: Pues qué ¿ya no conoce el Cándido a Paquita? Cándido, que oyó estas palabras, y que hasta entonces no la había mirado con atención, porque sólo en Cunegunda pensaba, le dijo: ¡Ah, pobre chica! ¿Conque tú eres la que puso al doctor Pangloss en el lindo estado en que le vi? ¡Ay, señor!, soy yo en persona, dijo Paquita; ya veo que está usted informado de todo. Supe las horribles desgracias que sucedieron a la señora baronesa y a la hermosa Cunegunda, y júrole a usted que no ha sido menos adversa mi estrella. Cuando usted me vio era yo una inocente, y un capuchino, que era mi confesor, me engañó con mucha facilidad; las resultas fueron horribles, y me vi precisada a salir del castillo, poco después que le echó a usted el señor barón a patadas en el trasero. Si no hubiera tenido lástima de mí un médico famoso, me hubiera muerto; por agradecerse, fui poco después la querida del tal médico, y su mujer, endiablada de celos, me aporreaba sin misericordia todos los días. Era ella una furia; él, el más feo de los hombres, y yo, la más desventurada de las mujeres, aporreada sin cesar por un hombre a quien no podía ver. Bien sabe usted, señor, los peligros que corre una mujer desapacible que se ha casado con un médico: aburrido el mío de los rompimientos de cabeza que le daba su mujer, un día, para curarla de un resfriado, le administró un remedio tan eficaz que murió en dos horas, presa de horrendas convulsiones. Los parientes de la difunta formaron causa criminal al doctor, el cual se escapó, y a mí me metieron en la cárcel; y si no hubiera sido algo bonita, no me hubiera salvado mi inocencia. El juez me declaró libre, con la condición de ser el sucesor del médico, y muy en breve me sustituyó por otra; me despidió sin darme un cuarto, y tuve que proseguir en este abominable oficio que a vosotros los hombres os parece tan gustoso y que para nosotras es un piélagos de desventuras. Víneme a ejercitar mi profesión a Venecia. ¡Ah, señor, si se figurara usted qué cosa tan inaguantable es halagar sin diferencia al negociante viejo, al letrado, al gondolero y al abate; estar expuesta a tanto insulto, a tantos malos tratamientos; verse a cada paso obligada a pedir prestada una falda para hacérsela remangar por un hombre asqueroso; robada por éste de lo que ha ganado con aquél, estafada por los alguaciles y sin tener otra perspectiva que una horrible vejez, un hospital y un muladar, confesaría que soy la más desgraciada criatura de este mundo! Así descubría Paquita su corazón al buen Cándido, en su gabinete, en presencia de Martín, quien dijo: Ya llevo ganada, como usted ve, la mitad de la apuesta.

Habíase quedado fray Hilarión en el comedor, bebiendo un trago mientras servían la comida. Cándido le dijo a Paquita: Pero si parecías tan alegre y tan contenta cuando te encontré; si cantabas y halagabas al teatino con tanta naturalidad, que te tuve por tan feliz, ¿cómo dices que eres desdichada? ¡Ah, señor, respondió Paquita, ésa es otra de las lacras de nuestro oficio! Ayer me robó y me aporreó un oficial, y hoy tengo que fingir que estoy alegre para agradar a un fraile.

No quiso Cándido oír más, y confesó que Martín tenía razón. Sentáronse luego a la mesa con Paquita y el teatino; fue bastante alegre la comida, y de sobremesa hablaron con alguna confianza. Díjole Cándido al fraile: Paréceme, padre, que disfruta vuestra reverencia de una suerte envidiable. En su semblante brilla la salud y la robustez, su fisonomía indica el bienestar, tiene una muy linda moza para su recreo y me parece muy satisfecho con su hábito de teatino. ¡Por Dios santo, caballero, respondió fray Hilarión, que quisiera que todos los teatinos estuvieran en el fondo del mar y que mil veces me han dado tentaciones de pegar fuego al convento y de hacerme turco! Cuando tenía quince años, mis padres, por dejar más caudal a un maldito hermano mayor (condenado sea), me obligaron a tomar este execrable hábito. El convento es un nido de celos, de rencillas y de desesperación. Verdad es que por algunas misiones de cuaresma que he predicado me

han dado algunos cuartos, que la mitad me ha robado el padre guardián; el resto me sirve para mantener mozas; pero cuando por la noche entro en mi celda me dan ganas de romperme la cabeza contra las paredes, y lo mismo sucede a todos los demás religiosos.

Volviéndose entonces Martín a Cándido, con su acostumbrada impasibilidad, le dijo: ¿Qué tal? ¿He ganado o no la apuesta? Cándido regaló dos mil duros a Paquita y mil a fray Hilarión. Confío, dijo, que con este dinero serán felices. No lo creo, dijo Martín; con esos miles los hará usted más infelices todavía. Sea lo que fuere, dijo Cándido, un consuelo tengo, y es que a veces encuentra uno gentes que creía no encontrar nunca; y muy bien podrá suceder que después de haber topado con mi carnero encarnado y con Paquita, me halle un día de manos a boca con Cunegunda. Mucho deseo, dijo Martín, que sea para la mayor felicidad de usted; pero lo dudo. Es usted escéptico, replicó Cándido. Porque he vivido, dijo Martín. Pues ¿no ve usted esos gondoleros, dijo Cándido, que no cesan de cantar? Pero no los ve usted en su casa con sus mujeres y sus chiquillos, repuso Martín. Sus pesadumbres tiene el Dux, y los gondoleros las suyas. Verdad es que, pesándolo todo, más feliz suerte que la del Dux es la del gondolero; pero es tan poca la diferencia, que no merece la pena de un detenido examen. Me han hablado, dijo Cándido, del señor Pococurante, que vive en ese suntuoso palacio situado sobre el Brenta, y que agasaja mucho a los forasteros, y dicen que es un hombre que nunca ha sabido qué cosa es tener pesadumbre. Mucho me diera por ver un ente tan raro, dijo Martín. Sin más dilación mandó Cándido a pedir licencia al señor Pococurante para hacerle una visita al día siguiente.

XXV. Visita al señor Pococurante, noble veneciano

Embarcáronse Cándido y Martín en una góndola y fueron por el Brenta al palacio del noble Pococurante. Los jardines eran amenos y ornados con hermosas estatuas de mármol, el palacio de una bella arquitectura y el dueño un hombre como de sesenta años y muy rico. Recibió a los dos curiosos forasteros con urbanidad, pero sin mucho cumplimiento, cosa que intimidó a Cándido y no le pareció mal a Martín.

Al instante dos muchachas bonitas y muy aseadas sirvieron el chocolate: Cándido no pudo menos de elogiar sus gracias y su hermosura. No son malas chicas, dijo el senador; algunas veces mando que duerman conmigo, porque estoy aburrido de las señoras del pueblo, de sus coqueterías, sus celos, sus contiendas, su mal genio, sus pequeñeces, su orgullo, sus tonterías, y más aun de los sonetos que tiene uno que hacer o mandar hacer en elogio suyo; mas con todo ya empiezan a fastidiarme estas muchachas.

Después de almorzar se fueron a pasear a una espaciosa galería, y Cándido, asombrado de la hermosura de las pinturas, preguntó de qué maestro eran las dos primeras. Son de Rafael, dijo el senador, y las compré muy caras por vanidad algunos años ha; dicen que son las más hermosas que tiene Italia, pero a mí no me gustan; los colores son muy oscuros, las figuras no están bien perfiladas, ni tienen bastante relieve; los ropajes no se parecen en nada al paño; y en una palabra, digan lo que quisieran, yo no alcanzo a ver aquí una feliz imitación de la naturaleza, y no daré mi aprobación a un cuadro hasta que me parezca ver en él a la propia naturaleza; mas no los hay de esta especie. Yo tengo muchos, pero ya no los miro.

Pococurante, antes de comer, mandó que dieran un concierto; la música le pareció deliciosa a Cándido. Bien puede este estruendo, dijo Pococurante, divertir media hora, pero cuando dura más, a todo el mundo cansa, aunque nadie se atreve a confesarlo. La música del día no es otra cosa que el arte de ejecutar cosas dificultosas, y lo que sólo es difícil no gusta mucho tiempo. Más me agradaría la ópera, si no hubieran descubierto el secreto de convertirla en un monstruo que me repugna. Vaya quien quisiere a ver malas tragedias en música, cuyas escenas no paran en más que en traer dos o tres ridículas coplas donde luce sus gorjeos una cantarina; saboréese otro en oír a un castrado tararear el papel de César o Catón, pasarse torpemente por las tablas; yo, por mí, muchos años hace que no veo semejantes majaderías de que tanto se ufana hoy Italia y que tan caras pagan los soberanos extranjeros. Cándido contradijo un poco, pero con prudencia, y Martín fue enteramente del parecer del senador.

Sentáronse a la mesa, y después de una opípara comida entraron en la biblioteca. Cándido, que vio un Homero magníficamente encuadernado, alabó mucho el fino gusto de Su Ilustrísima. Éste es el libro, dijo, que hacía las delicias de Pangloss, el mejor filósofo de Alemania. Pues no hace las mías, dijo con mucha frialdad Pococurante; en otro tiempo me hicieron creer que sentía placer en leerle, pero esa constante repetición de batallas que todas son parecidas, esos dioses siempre en acción, y que nunca hacen nada decisivo; esa Elena, causa de la guerra, y que apenas tiene acción en el poema; esa Troya siempre sitiada, y nunca tomada; todo esto me causaba fastidio mortal. Algunas veces he preguntado a varios hombres doctos si les aburría esta lectura tanto como a mí, y todos los que hablaban sinceramente me han confesado que se les caía el libro de las manos, pero que era indispensable tenerle en su biblioteca como un monumento de la antigüedad o como una medalla enmohecida que no es materia de comercio.

No piensa así Su Excelencia de Virgilio, dijo Cándido. Convengo, dijo Pococurante, en que el segundo, el cuarto y el sexto libro de su *Eneida* son excelentes; mas por lo que hace a su piadoso Eneas, al fuerte Cloanto, al amigo Acates, al niño Ascanio, al tonto del rey Latino, a la zafia Amata y a la insulsa Lavinia, creo que no hay cosa más fría ni más desagradable, y más me gusta el Tasso y los cuentos, para arrullar criaturas, del Ariosto.

¿Me hará Su Excelencia el gusto de decirme, repuso Cándido, si no le causa gran placer la lectura de Horacio? Máximas hay en él, dijo Pococurante, que pueden ser útiles a un hombre de mundo, y que reducidas a enérgicos versos se graban con facilidad en la memoria; pero no me interesa su viaje a Brindis, ni su descripción de una mala comida, ni la disputa, digna de unos ganapanes, entre no sé qué Pupilo cuyas razones, dice, *estaban llenas de podre*, y las de su contrincante *llenas de vinagre*. He leído con asco sus groseros versos contra viejas y hechiceras, y no veo qué mérito tiene decir a su amigo Mecenas que si lo pone en la categoría de los poetas líricos, tocará los astros con su erguida frente. A los tontos todo les maravilla en un autor apreciado; pero yo, que leo para mí, sólo apruebo lo que me gusta. Cándido, que le habían enseñado a no juzgar nada por sí mismo, estaba muy atónito con todo cuanto oía, y a Martín le parecía el modo de pensar de Pococurante muy conforme a la razón.

¡Ah! Aquí hay un Cicerón, dijo Cándido; sin duda no se cansa Su Excelencia de leerle. Nunca lo creo, respondió el veneciano. ¿Qué me importa que haya defendido a Rabirio o a Cluencio? Sobrados pleitos tengo yo sin esos que fallar. Más me hubieran agradado sus obras filosóficas; pero cuando he visto que de todo dudaba, he inferido que lo mismo sabía yo que él, y que para ser ignorante no precisaba de nadie.

¡Hola! ¡Ochenta tomos de la Academia de Ciencias! Algo bueno podrá haber en ellos, exclamó Martín. Sí que lo habría, dijo Pococurante, si uno de los autores de ese fárrago hubiese inventado siquiera el arte de hacer alfileres; pero en todos esos libros no se hallan más que sistemas vanos y ninguna cosa útil.

¡Cuántas composiciones estoy viendo, dijo Cándido, en italiano, en castellano y en francés! Es verdad, dijo el senador; de tres mil pasan y no hay treinta buenas. En cuanto a esas recopilaciones de sermones, que todos juntos no equivalen a una página de Séneca, estos librotos de teología, ya presumirán ustedes que no los abro nunca, ni yo ni nadie.

Reparó Martín en unos estantes cargados de libros ingleses. Creo, dijo, que un republicano se complacerá con la mayor parte de estas obras con tanta libertad escritas. Sí, respondió Pococurante, bella cosa es escribir lo que se siente, que es la prerrogativa del hombre. En nuestra Italia sólo se escribe lo que no se siente, y los moradores de la patria de los Césares y los Antoninos no se atreven a concebir una idea sin la venia de un dominico. Mucho me contentaría la libertad que inspira a los ingenios ingleses, si no estragaran la pasión y el espíritu de partido cuantas dotes apreciables aquélla tiene.

Reparando Cándido en un Milton, le preguntó si tenía por un hombre sublime a este autor. ¿A quién?, dijo Pococurante. ¿A ese bárbaro que en diez libros de duros versos ha hecho un prolijo comentario del Génesis? ¿A ese zafio imitador de los griegos, que desfigura la creación, y mientras

que Moisés pinta al Ser Eterno creando el mundo por su palabra, hace que el Mesías coja en un armario del cielo un inmenso compás para trazar su obra? ¡Yo estimar a quien ha echado a perder el infierno y el diablo del Tasso, a quien disfraza a Lucifer, unas veces de sapo, otras de pigmeo, le hace repetir cien veces el mismo discurso y disputar sobre teología; a quien imitando seriamente la cómica invención de las armas de fuego de Ariosto, representa a los diablos tirando cañonazos en el cielo! Ni yo ni nadie en Italia ha podido gustar de todas esas tristes extravagancias. Las *Bodas del pecado y de la muerte*, y las culebras que pare el pecado, hacen vomitar a todo hombre de gusto algo delicado, y su prolija descripción de un hospital, sólo para un enterrador es buena. Este poema oscuro, estrambótico y repugnante fue despreciado en su cuna, y yo le trato hoy como le trataron en su patria sus contemporáneos. Por lo demás, digo lo que pienso sin curarme de si los demás piensan como yo. Cándido estaba muy afligido con estas razones, porque respetaba a Homero y no le desagradaba Milton. ¡Ay!, dijo en voz baja a Martín, mucho me temo que profese este hombre un profundo desprecio por nuestros poetas alemanes. Poco inconveniente sería, replicó Martín. ¡Oh, qué hombre tan superior, decía entre dientes Cándido, qué genio tan divino este Pococurante! Nada le agrada.

Después de pasar revista a todos los libros, bajaron al jardín, y Cándido alabó mucho sus preciosidades. No hay cosa de peor gusto, dijo Pococurante; aquí no tenemos otra cosa que fruslerías; bien es verdad que mañana voy a disponer que planten otro de un estilo más noble.

Despidiéronse, en fin, ambos de su excelencia, y al volverse a su casa, dijo Cándido a Martín: Confiese usted que el señor Pococurante es el más feliz de los humanos, porque es un hombre superior a todo cuanto tiene. Pues ¿no considera usted, dijo Martín, que está aburrido de todo cuanto tiene? Mucho tiempo ha que dijo Platón que no son los mejores estómagos los que vomitan todos los alimentos. Pero ¿no es un gusto, respondió Cándido, criticarlo todo, y hallar defectos donde los demás sólo perfecciones encuentran? Eso es lo mismo, replicó Martín, que decir que da mucho placer no sentir placer. Según eso, dijo Cándido, no hay otro hombre más feliz que yo cuando vea de nuevo a la señorita Cunegunda. Buena cosa es la esperanza, respondió Martín.

Corrían en tanto los días y las semanas, y Cacambo no aparecía, y estaba Cándido tan sumido en su pesadumbre, que ni siquiera notó que no habían venido a darle las gracias fray Hilarión y Paquita.

XXVI. De cómo Cándido y Martín cenaron con unos extranjeros y quiénes eran éstos

Un día, yendo Cándido y Martín a sentarse a la mesa con los forasteros alojados en su misma posada, se acercó por detrás al primero uno que tenía la cara de color de hollín de chimenea, y, agarrándole del brazo, le dijo: Dispóngase usted a venir con nosotros y no se descuide. Vuelve Cándido el rostro y reconoce a Cacambo; sólo la vista de Cacambo podía causarle tanta extrañeza y contento. Poco le faltó para volverse loco de alegría; y dando mil abrazos a su caro amigo, le dijo: ¿Conque sin duda está contigo Cunegunda? ¿Dónde está? Llévame a verla y a morir de gozo a sus plantas. Cunegunda no está aquí, dijo Cacambo; está en Constantinopla. ¡Dios mío, en Constantinopla! Pero aunque estuviera en la China, voy allá volando: vamos. Después de cenar nos iremos, respondió Cacambo; soy esclavo y me está esperando mi amo, y así es menester que le vaya a servir a la mesa; no diga usted una palabra; cene y estése pronto.

Preocupado Cándido de júbilo y sentimiento, gozoso por haber vuelto a ver a su fiel agente, atónito de verle esclavo, rebotando de la alegría de encontrar a su amada, palpitándole el pecho y vacilante su razón, se sentó a la mesa con Martín, el cual, sin inmutarse, contemplaba todas estas aventuras, y con otros seis extranjeros que habían venido a pasar el carnaval a Venecia.

Cacambo, que era el copero de uno de los extranjeros, arrojándose a su amo, al fin de la comida, le dijo al oído: Vuestra Majestad puede irse cuando quiera: el buque está pronto; y se fue. Atónitos los convidados se miraban sin chistar, cuando llegando otro sirviente a su amo, le dijo: Señor, el coche de Vuestra Majestad está en Padua y el barco listo. El amo hizo una seña, y se fue el

criado. Otra vez se miraron a la cara los convidados y creció el asombro. Arrimándose luego el tercer criado a otro extranjero, le dijo: Señor, créame Vuestra Majestad que no se debe detener más aquí; yo voy a disponerlo todo, y desapareció.

Entonces no dudaron Cándido ni Martín de que era mojiganga de carnaval. El cuarto criado dijo al cuarto amo: Vuestra Majestad se podrá ir cuando quiera, y se fue lo mismo que los demás. Otro tanto dijo el criado quinto al amo; pero el sexto se explicó de muy diferente modo con el sexto forastero, que estaba al lado de Cándido, y le dijo: A fe, señor, que nadie quiere fiar un ochavo a Vuestra Majestad, ni a mí tampoco, y que esta misma noche pudiera ser muy bien que nos metieran en la cárcel, y así voy a ponerme en salvo: quédese con Dios Vuestra Majestad.

Habiéndose marchado todos los criados, se quedaron en silencio Cándido, Martín y los seis forasteros. Rompió al fin Cándido, diciendo: Cierto, señores, que es donosa la burla; ¿por qué todos ustedes son reyes? Yo por mí declaro que ni el señor Martín ni yo lo somos. Respondiendo entonces con mucha dignidad el amo de Cacambo, dijo en italiano: Yo no soy un bufón; mi nombre es Acmet III; he sido gran sultán por espacio de muchos años; había destronado a mi hermano, y mi sobrino me ha destronado a mí; a mis visires les han cortado la cabeza y yo acabo mis días en el viejo serrallo. Mi sobrino, el gran sultán Mahamud, me da licencia para viajar de cuando en cuando para restablecer mi salud, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Después de Acmet habló un mancebo que junto a él estaba, y dijo: Yo me llamo Iván, he sido emperador de Rusia, y destronado en la cuna. Mi padre y mi madre fueron encarcelados, y a mí me criaron en una cárcel. Algunas veces me dan licencia para viajar en compañía de mis guardianes, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dijo luego el tercero: Yo soy Carlos Eduardo, rey de Inglaterra, habiéndome cedido mi padre sus derechos a la corona. He peleado por sustentarlos; a ochocientos partidarios míos les han arrancado el corazón y les han sacudido con él en la cara: a mí me han tenido preso, y ahora voy a ver al rey mi padre a Roma, el cual ha sido destronado, así como mi abuelo, y así como yo, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Habló entonces el cuarto, y dijo: Yo soy rey de los polacos; la suerte de la guerra me ha privado de mis Estados hereditarios; los mismos contratiempos ha sufrido mi padre; me resigno a los decretos de la Providencia, como hacen el sultán Acmet, el emperador Iván, y el rey Carlos Eduardo, que Dios guarde dilatados años, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dijo después el quinto: También yo soy rey de los polacos,⁴⁸ y dos veces he perdido mi reino; pero la Providencia me ha dado otro Estado, en el cual he hecho más bienes que cuantos han podido hacer en las riberas del Vístula todos los reyes de la Samarcia juntos; también me resigno a los designios de la Providencia, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Habló por último el sexto monarca, y dijo: Caballeros, yo no soy tan gran señor como ustedes, mas al cabo rey he sido como el más pintado; mi nombre es Teodoro; fui electo rey en Córcega, me llamaban *Majestad*, y ahora apenas se dignan decirme *Monseñor*: he hecho acuñar moneda y no tengo un maravedí; tenía dos secretarios de Estado, y apenas me queda un lacayo; me he visto en un trono y he estado mucho tiempo en Londres en una cárcel acostado sobre paja, y recelo que me suceda aquí lo mismo, aunque he venido, como Vuestras Majestades, a pasar el carnaval a Venecia.

Escucharon con magnánima compasión los otros cinco monarcas este razonamiento, y dio cada uno veinte cequíes al rey Teodoro para que comprara vestidos y ropa blanca. Cándido le regaló un brillante de dos mil cequíes. ¿Quién es este particular, dijeron los cinco reyes, que puede hacer una dádiva cien veces más cuantiosa que cualquiera de nosotros, y que efectivamente la hace?

Al levantarse de la mesa, llegaron a la misma posada cuatro Altezas Serenísimas, que también habían perdido sus Estados por la suerte de la guerra, y que venían a pasar el carnaval a Venecia; pero no se informó siquiera Cándido de las aventuras de los recién venidos, no pensando sino en ir a buscar a su amada Cunegunda a Constantinopla.

XXVII. Del viaje de Cándido a Constantinopla

Ya el fiel Cacambo había concertado con el capitán turco, que había de llevar a Constantinopla al sultán Acmet, que recibiera a bordo a Cándido y a Martín, y ambos se embarcaron, habiéndose prosternado el primero ante su miserable Alteza. Cándido, en el camino, decía a Martín: ¡Conque hemos cenado con seis reyes destronados, y, de los seis, a uno he tenido que darle una limosna! Acaso hay otros muchos príncipes más desgraciados. Yo, a la verdad, no he perdido más que cien carneros y voy a descansar de mis fatigas en brazos de Cunegunda. Razón tenía Pangloss, amado Martín, todo está bien. Sea enhorabuena, dijo Martín. Increíble aventura es, empero, continuó Cándido, la que en Venecia nos ha sucedido; porque nunca se ha visto ni oído cosa tal en la misma posada seis monarcas destronados. No es eso más extraordinario, replicó Martín, que otras muchas cosas que nos han sucedido. Con frecuencia ocurre que un rey sea destronado; y por lo que respecta a la honra que hemos tenido de cenar con ellos es una friolera que ni siquiera merece mentarse.

Apenas estaba Cándido en el navío, se arrojó en brazos de su antiguo criado y amigo Cacambo. ¿Y qué hace Cunegunda?, le dijo. ¿Es todavía un portento de beldad? ¿Me quiere aún? ¿Cómo está? Sin duda que le has comprado un palacio en Constantinopla. Señor mi amo, le respondió Cacambo, Cunegunda está fregando platos a orillas del Propóntide, en casa de un príncipe que tiene poquísimos platos, porque es esclava de un antiguo soberano llamado Ragotski, a quien da el Gran Turco tres duros diarios en un asilo; y lo peor es que ha perdido su hermosura y que está atrocemente fea. ¡Ay!, fea o hermosa, dijo Cándido, yo soy hombre de bien, y mi obligación es quererla siempre. Pero ¿cómo se puede encontrar en tan miserable estado con el millón de duros que tú le llevaste? Bueno está eso, respondió Cacambo; ¿pues no tuve que dar doscientos mil al señor don Fernando de Ibarra Figueroa Mascareñas Lampurdos y Souza, gobernador de Buenos Aires, para obtener el permiso de traer a Cunegunda? ¿Y no nos ha robado un pirata todo cuanto nos había quedado? ¿No nos ha conducido dicho pirata al cabo de Matapán, a Milo, a Nicaria, a Samos, a Petri, a los Dardanelos, a Mármara y a Escútari? Cunegunda y la vieja están sirviendo al príncipe y yo soy esclavo del sultán destronado. ¡Cuán espantosas calamidades!, dijo Cándido. Sin embargo, aún me quedan algunos diamantes, y con facilidad rescataré a Cunegunda. ¡Lástima que esté tan fea! Volviéndose luego a Martín, le dijo: ¿Quién piensa usted que es más digno de compasión, el sultán Acmet, el emperador Iván, el rey Carlos Eduardo o yo? No lo sé, dijo Martín, y menester fuera hallarme dentro del pecho de ustedes para saberlo. ¡Ah!, dijo Cándido, si estuviera aquí Pangloss, él lo sabría, y nos lo diría. Yo no poseo, respondió Martín, la balanza con que pesaba ese señor Pangloss las miserias y valuaba las cuitas humanas; mas presumo que hay en la tierra millones de hombres más dignos de lástima que el rey Carlos Eduardo, el emperador Iván, y el sultán Acmet. Bien puede ser, dijo Cándido.

Pocos días después llegaron al canal del Mar Negro. Cándido rescató a precio muy subido a Cacambo, y sin perder un instante se metió con sus compañeros en una galera para ir a orillas del Propóntido en demanda de Cunegunda, por más fea que estuviese.

Había entre la chusma dos galeotes que remaban muy mal, y a quienes el arráez levantino aplicaba de cuando en cuando sendos latigazos en las espaldas con el rebenque. Por un movimiento natural los miró Cándido con más atención que a los demás forzados, arrimándose a ellos con lástima; y en algunos rasgos de sus caras desfiguradas creyó reconocer cierto parecido con Pangloss y con el desventurado jesuita, el barón, hermano de Cunegunda. Enternecido y movido a compasión con esta idea, los contempló con mayor atención, y dijo a Cacambo: Por mi vida que si no hubiera visto ahorcar al maestro Pangloss, y no hubiera tenido la desgracia de matar al barón, creería que son esos que van remando en la galera.

Oyendo los nombres del barón y de Pangloss, dieron un agudo grito ambos galeotes, se pararon en el banco, y dejaron caer los remos. Al punto se lanzó sobre ellos el arráez, menudeando los latigazos con el rebenque. Deténgase, deténgase, señor, exclamó Cándido, que le daré el dinero que me pidiere. ¿Conque es Cándido?, decía uno de los forzados. ¿Conque es Cándido?, repetía el otro. ¿Es sueño?, decía Cándido; ¿estoy en esta galera? ¿Estoy despierto? ¿Es el señor barón a quien yo

maté? ¿Es el maestro Pangloss a quien vi ahorcar? Nosotros somos, nosotros somos, respondían a la par. ¿Conque éste es aquel insigne filósofo?, decía Martín. ¡Ah!, señor arráez levantino, ¿cuánto quiere por el rescate del señor barón de Thunder-ten-tronckh, uno de los primeros barones del imperio, y del señor Pangloss, el metafísico más profundo de Alemania? Perro cristiano, respondió el arráez, ya que esos dos perros de galeotes cristianos son barones y metafísicos, lo cual es, sin duda, un cargo muy alto en su país, me has de dar por ellos cincuenta mil cequíes. Yo se los daré, señor; lléveme de un vuelo a Constantinopla, y al punto será satisfecho; pero no, lléveme a casa de la señorita Cunegunda. El arráez, así que oyó la oferta de Cándido, puso la proa a la ciudad e hizo que remaran con más ligereza que un pájaro sesga el aire.

Dio Cándido cien abrazos a Pangloss y al barón. Pues ¿cómo no he matado a usted, mi amado barón? Y usted, mi amado Pangloss, ¿cómo está vivo habiendo sido ahorcado? ¿Y por qué están ambos en galeras en Turquía? ¿Es cierto que mi querida hermana se encuentra en esta tierra?, dijo el barón. Sí, señor; respondió Cacambo. Al fin vuelvo a ver a mi querido Cándido, exclamaba Pangloss. Cándido le presentaba a Martín y a Cacambo: todos se abrazaban, todos hablaban a la par; bogaba la galera y estaban ya dentro del puerto. Llamaron a un judío, a quien vendió Cándido por cincuenta mil cequíes un diamante que valía cien mil, y el judío le juró por Abrahán, que no podía dar un ochavo más. Incontinenti pagó el rescate del barón y Pangloss: éste se arrojó a las plantas de su libertador, bañándolas en lágrimas; aquél le dio las gracias bajando la cabeza, y le prometió pagarle su dinero así que tuviese con qué. Pero ¿es posible, decía, que esté en Turquía mi hermana? Tan posible, replicó Cacambo, que está fregando platos en casa de un príncipe de Transilvania. Llamaron al punto a otros judíos, vendió Cándido otros diamantes y partieron todos en otra galera para ir a librar a Cunegunda.

XXVIII. De lo que sucedió a Cándido, Cunegunda, Pangloss, Martín, etc.

Mil perdones pido a usted, dijo Cándido al barón, mil perdones, padre reverendísimo, de haberlo traspasado de una estocada. No tratemos más de eso, dijo el barón; yo confieso que me excedí un poco. Pero una vez que desea usted saber cómo me he visto en galeras, le contaré que después que me hubo sanado de mi herida el hermano boticario del colegio, me acometió y me hizo prisionero una partida española, y me pusieron en la cárcel de Buenos Aires cuando acababa mi hermana de embarcarse para Europa. Pedí que me enviaran a Roma al padre general, y me nombraron para ir a Constantinopla de capellán de la embajada de Francia. Hacía apenas ocho días que estaba desempeñando las obligaciones de mi empleo, cuando encontré una noche a un icoglán muy joven y muy lindo; y como hacía mucho calor quiso el mozo bañarse, y yo también me metí con él en el baño, no sabiendo que era delito capital en un cristiano que le hallaran desnudo con un mancebo musulmán. Un cadí me mandó dar cien palos en la planta de los pies, y me condenó a galeras; y pienso que jamás se ha cometido injusticia más horrorosa. Ahora querría saber por qué se halla mi hermana de fregona de un príncipe de Transilvania refugiado en Turquía.

Y usted, mi amado Pangloss, ¿cómo es posible que lo vuelva a ver? Verdad es, dijo Pangloss, que me viste ahorcar; iban a quemarme, pero ya te acuerdas que llovía a chaparrones cuando me habían de echar a la hoguera, y que no fue posible encender el fuego; así que me ahorcaron sencillamente: y un cirujano, que compró mi cuerpo, me llevó a su casa, y me disecó; primero me hizo una incisión crucial desde el ombligo hasta la clavícula. Yo estaba muy mal ahorcado: el ejecutor de las sentencias de la Santa Inquisición, que era subdiácono, quemaba las personas con la mayor habilidad, pero no tenía práctica en materia de ahorcar: la soga, que estaba mojada, apretó poco; en fin, todavía estaba vivo. La incisión crucial me hizo dar un grito tan desaforado, que el cirujano, atemorizado, se cayó de espaldas; y creyendo que estaba disecando a Lucifer se escapó muerto de miedo, y volvió a caer escalera abajo. Al estrépito acudió su mujer de un cuarto inmediato, y viéndome tendido en la mesa, con la incisión crucial, se asustó más que su marido, y cayó encima de él. Cuando volvieron en sí, oí que decía la cirujana a su marido: ¿Quién te metió a disecar a un hereje? ¿Acaso no sabes que todos ellos tienen metido el diablo en el cuerpo? Me voy

corriendo a llamar a un clérigo que le exorcice. Asustado con estas palabras junté las pocas fuerzas que me quedaban, y me puse a gritar: ¡Tengan lástima de mí! Al fin cobró ánimo el barbero portugués, me dio unos cuantos puntos en la incisión, su mujer me cuidó y al cabo de quince días estaba ya bueno. El barbero me acomodó de lacayo de un caballero de Malta que iba a Venecia; pero, no teniendo mi amo con qué mantenerme, me puse a servir a un mercader veneciano, y le acompañé a Constantinopla.

Ocurrióme un día la idea de entrar en una mezquita, donde no había más que un imán viejo y una joven beata muy bonita, que rezaba sus padrenuestros; tenía descubiertos los pechos y entre las dos tetas un ramillete muy hermoso de tulipanes, rosas, anémonas, ranúnculos, jacintos y aurículas. Cayósele el ramillete, y yo lo cogí, y se lo puse con tanta cortesía como respeto. Tanto tardaba en ponérselo, que se enfadó el imán; y advirtiéndome que era yo cristiano, llamó gente. Lleváronme a casa del cadí, que me mandó dar cien varazos en los pies y me envió a galeras, amarrándome justamente en la misma galera y al mismo banco que el señor barón. En ella había cuatro mozos de Marsella, cinco clérigos napolitanos, y dos frailes de Corfú, que nos aseguraron que casi todos los días sucedían aventuras como las nuestras. Pretendía el señor barón que le habían hecho más injusticia que a mí, y yo defendía que mucho más permitido era volver a poner un ramillete al pecho de una moza que ser hallado desnudo con un icoglán; disputábamos continuamente y nos sacudían cien latigazos al día con la penca, cuando te condujo a nuestra galera la cadena de los sucesos de este universo, y nos rescataste. Y, pues, amado Pangloss, le dijo Cándido, cuando se vio usted ahorcado, disecado, molido a palos y remando en galeras, ¿pensaba que todo iba perfectamente? Siempre me estoy en mis trece, respondió Pangloss; que al fin soy filósofo, y un filósofo no se ha de desdecir, porque no se puede engañar Leibniz, aparte que la armonía preestablecida es la cosa más bella del mundo, no menos que el lleno y la materia sutil.

XXIX. De cómo encontró Cándido a Cunegunda y a la vieja

Mientras se contaban sus aventuras Cándido, el barón, Pangloss, Martín y Cacambo; mientras discurrían acerca de los sucesos contingentes o no contingentes de este mundo, disputaban sobre los efectos y las causas, sobre el mal moral y el físico, sobre la libertad y la necesidad, sobre los consuelos que puede recibir quien está en galeras en Turquía, llegaron a las playas de la Propóntida, junto a la morada del príncipe de Transilvania. Lo primero que se les presentó fue Cunegunda y la vieja, que estaban tendiendo al sol unas servilletas. Al ver esta escena, se puso amarillo el barón, y el tierno y enamorado Cándido, contemplando a Cunegunda ennegrecida, los ojos legañosos, enjutos los pechos, la cara arrugada y los brazos amoratados, retrocedió tres pasos y luego avanzó con buena crianza. Abrazó Cunegunda a Cándido y a su hermano, todos abrazaron a la vieja, y Cándido las rescató a ambas.

Había un cortijillo en las inmediaciones, y propuso la vieja a Cándido que lo comprase, hasta que toda la compañía hallara mejor acomodo. Cunegunda, que no sabía que estaba fea, no habiéndoselo dicho nadie, recordó sus promesas a Cándido en tono tan resuelto, que no se atrevió el pobre a replicar. Declaró, pues, al barón, que se iba a casar con su hermana; pero éste dijo: Nunca consentiré yo semejante vileza de su parte, y tamaña osadía de la tuya, ni nunca me podrán echar en cara tal ignominia. ¿Conque los hijos de mi hermana no podrán entrar en los cabildos de Alemania? No, mi hermana no se ha de casar como no sea con un barón del imperio. Cunegunda se postró a sus plantas y las bañó en llanto; pero fue en balde. ¡Insensato y fatuo, le dijo Cándido, te he librado de galeras, he pagado tu rescate y el de tu hermana, que estaba fregando platos y que es fea; soy tan bueno que quiero que sea mi mujer, y todavía quieres tú estorbármelo! Si me dejara llevar de la ira te mataría por segunda vez. Otras ciento me puedes matar, respondió el barón, pero no te has de casar con mi hermana mientras yo viva.

XXX. Conclusión

En el fondo de su corazón, no tenía Cándido ganas ningunas de casarse con Cunegunda; pero la mucha insolencia del barón lo determinó a acelerar las bodas, sin contar que Cunegunda insistía

tanto, que no las podía dilatar más. Consultó, pues a Pangloss, a Martín y al fiel Cacambo. Pangloss compuso una erudita memoria probando que no tenía el barón derecho ninguno sobre su hermana, y que según todas las leyes del imperio podía Cunegunda casarse con Cándido dándole la mano izquierda; Martín fue de parecer de que tiraran al barón al mar, y Cacambo de que lo entregaran al arráez levantino, el cual le volvería a poner a remar en la galera, ínterin le enviaban al padre general por la primera embarcación que diese a la vela para Roma. Pareció bien esta idea; aprobó la vieja, y sin decir palabra a Cunegunda se puso en ejecución mediante algún dinero, teniendo así la satisfacción de engañar a un jesuita y escarmentar la vanidad de un barón alemán.

Cosa natural era pensar que después de tantas desgracias, Cándido, casado con su amada, viviendo en compañía del filósofo Pangloss, del filósofo Martín, del prudente Cacambo y de la vieja, y habiendo traído tantos diamantes de la patria de los antiguos Incas, disfrutaría la vida más feliz; pero tanto lo estafaron los judíos, que no le quedaron más bienes que su pobre cortijo. Su mujer, que cada día era más fea, se hizo desapacible e inaguantable, y la vieja cayó enferma, y era más regañona todavía que Cunegunda. Cacambo, que cavaba el huerto y llevaba a vender las hortalizas a Constantinopla, estaba rendido de faena y maldecía su suerte. Pangloss se desesperaba porque no lucía su saber en alguna Universidad de Alemania; sólo Martín, firmemente convencido de que en todas partes el hombre se encuentra mal, llevaba las cosas con paciencia. Algunas veces disputaban Cándido, Martín y Pangloss sobre metafísica y moral. Por las ventanas del cortijo se veían pasar con mucha frecuencia barcos cargados de efendis, bajáes y cadíes que iban desterrados a Lemnos, Mitilene y Erzerum, y llegar otros bajáes y otros efendis, que ocupaban el lugar de los depuestos y que lo eran ellos luego; y se veían cabezas rellenas adecuadamente con paja que se llevaban de regalo a la Sublime Puerta. Estas escenas daban materia a nuevas disertaciones, y cuando no disputaban se aburrían tanto, que la vieja se aventuró a decirles un día: Quisiera yo saber qué es peor, ¿ser violada cien veces al día por piratas negros, verse cortar una nalga, pasar por baquetas entre los búlgaros, ser azotado y ahorcado en un auto de fe, ser disecado, remar en galeras, y finalmente padecer cuantas desventuras hemos pasado, o estar aquí sin hacer nada? Ardua es la cuestión, dijo Cándido.

Suscitó este razonamiento nuevas reflexiones, y coligió Martín que el destino del hombre era vivir en las convulsiones de la angustia o en el letargo del tedio; Cándido no se lo concedía, pero no afirmaba nada; Pangloss confesaba que toda su vida había sido una serie de horrorosos infortunios; pero como una vez había sustentado que todo estaba perfecto, seguía sustentándolo sin creerlo. Lo que acabó de cimentar los detestables principios de Martín, de hacer titubear más que nunca a Cándido y de poner en confusión a Pangloss, fue que un día vieron llegar a su cortijo a Paquita y a fray Hilarión en la más horrenda miseria. En breve tiempo se habían comido los tres mil duros, se habían dejado, vuelto a juntar y vuelto a reñir, habían sido puestos en la cárcel, se habían escapado, y finalmente fray Hilarión se había hecho turco. Paquita seguía ejerciendo su oficio, pero ya no ganaba con él para comer. Bien había yo pronosticado, dijo Martín a Cándido, que en breve disiparían las dádivas de usted, y serían más miserables. Usted y Cacambo han rebotado en millones de pesos y no son más afortunados que fray Hilarión y Paquita. ¡Ah, dijo Pangloss a Paquita, conque te ha traído el cielo con nosotros! ¿Sabes, pobre muchacha, que me has costado la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¡Qué mudada estás! Válgame Dios, lo que es este mundo! Esta nueva aventura les dio margen a que filosofaran más que nunca.

En la vecindad vivía un derviche que gozaba la reputación del mejor filósofo de Turquía. Fueron a consultarle; habló Pangloss por los demás y le dijo: Maestro, venimos a rogarte que nos digas para qué fue creado un animal tan extraño como el hombre. ¿Quién te mete en eso?, le dijo el derviche; ¿te importa para algo? Pero, reverendo padre, horribles males hay en la tierra. ¿Qué hace al caso que haya bienes o que haya males? Cuando envía Su Alteza un navío a Egipto ¿se informa de si se hallan bien o mal los ratones que van en él? Pues ¿qué se ha de hacer?, dijo Pangloss. Que te calles, respondió el derviche. Yo esperaba, dijo Pangloss, discurrir con vos acerca de las causas y los efectos del mejor de los mundos, del origen del mal, de la naturaleza del alma y de la armonía preestablecida. En respuesta les dio el derviche con la puerta en las narices.

Mientras estaban en esta conversación, se esparció la voz de que acababan de ahorcar en Constantinopla a dos visires del banco y al muftí y de empalar a varios de sus amigos, catástrofe que metió mucha bulla por espacio de algunas horas. Al volverse Pangloss, Cándido y Martín a su cortijo encontraron a un buen anciano que estaba tomando el fresco a la puerta de su casa, bajo un emparrado de naranjos. Pangloss, que no era menos curioso que razonador le preguntó cómo se llamaba el muftí que acababan de ahorcar. No lo sé, respondió el buen hombre, ni nunca he sabido el nombre de muftí ni de visir alguno. Ignoro absolutamente la aventura de que me habláis; presumo, sí, que generalmente los que manejan los negocios públicos parecen a veces miserablemente, y que bien se lo merecen; pero jamás me informo de los sucesos de Constantinopla, contentándome con enviar a vender allá las frutas del huerto que labro. Dicho esto, convidó a los extranjeros a entrar en su casa; y sus dos hijas y dos hijos les presentaron muchas especies de sorbetes que ellos mismos fabricaban, de kaimak, guarnecido de cáscaras de azamboa confitadas, de naranjas, limones, limas, piñas, alfóncigos y café de Moka, que no estaba mezclado con los malos cafés de Batavia y las islas de América; y luego las dos hijas del buen musulmán sahumaron las barbas de Cándido, Pangloss y Martín. Sin duda que tenéis, dijo Cándido al turco, una vasta y magnífica posesión. Nada más que veinte fanegas de tierra, respondió el turco, que labro con mis hijos; y el trabajo nos libra de tres insufribles calamidades: el aburrimiento, el vicio y la necesidad.

Mientras se volvía Cándido a su cortijo iba haciendo profundas reflexiones en las razones del turco, y le dijo a Pangloss y a Martín: Se me figura que se ha sabido este buen viejo labrar una suerte muy más feliz que la de los seis monarcas con quien tuvimos la honra de cenar en Venecia. Las grandezas, dijo Pangloss, son muy peligrosas, según opinan todos los filósofos: Eglón, rey de los moabitas, fue asesinado por Ahod; Absalón colgado de los cabellos y atravesado con tres saetas; el rey Nadab, hijo de Jeroboam, muerto por Baza; el rey Ela por Zambri; Ocosías por Jehú; Atalía por Joyada; y los reyes Joaquín, Jeconías y Sedecías fueron esclavos. Sabido es de qué modo murieron Creso, Astiago, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Aníbal, Yugurta, Ariovisto, César, Pompeyo, Nerón, Otón, Vitelio, Domiciano, Ricardo II de Inglaterra, Eduardo II, Enrique VI, Ricardo III, María Estuardo, Carlos I, los tres Enriques de Francia, el emperador Enrique IV; y nadie ignora... Tampoco ignoro yo, dijo Cándido, que es menester cultivar nuestra huerta. Razón tienes, dijo Pangloss; porque cuando fue colocado el hombre en el paraíso del Edén, fue para labrarle, *ut operaretur eum*, lo cual prueba que no nació para el sosiego. Trabajemos, pues, sin argumentar, dijo Martín, que es el único medio de que sea la vida tolerable.

Toda la compañía aprobó tan loable determinación. Empezó cada uno a ejercitar su habilidad, y el cortijo rindió mucho. Verdad es que Cunegunda era muy fea, pero hacía excelentes pasteles; Paquita bordaba y la vieja cuidaba de la ropa blanca. Hasta fray Hilarión sirvió, pues aprendió a la perfección el oficio de carpintero y paró en ser hombre de bien. Pangloss decía algunas veces a Cándido: Todos los sucesos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque si no te hubieran echado a patadas en el trasero de un magnífico castillo por el amor de Cunegunda, si no te hubieran metido en la Inquisición, si no hubieras andado a pie por las soledades de la América, si no hubieras pegado una buena estocada al barón y si no hubieras perdido todos tus carneros del buen país de El Dorado, no estarías aquí ahora comiendo azamboas en dulce y alfóncigos. Bien dice usted, respondió Cándido; pero es necesario cultivar nuestra huerta.

Zadig o el destino, historia oriental

Dedicatoria de Zadig a la Sultana Cheraah, por Sadi.

A 18 del mes de Cheval, año 837 de la hégira.

Embeleso de las niñas de los ojos, tormento del corazón, luz del ánimo, no beso yo el polvo de tus pies, porque o no andas a pié, o si andas, pisas o rosas o tapetes de Irán. Ofrézcode la versión de un libro de un sabio de la antigüedad, que siendo tan feliz que nada tenia que hacer, gozó la dicha mayor de divertirse con escribir la historia de Zadig, libro que dice más de lo que parece. Ruégote que le leas y le aprecies en lo que valiere; pues aunque todavía está tu vida en su primavera, aunque te embisten de rondón los pasatiempos todos, aunque eres hermosa, y tu talento da a tu hermosura mayor realce, aunque te elogian de día y de noche, motivos concomitantes que son mas que suficientes para que no tengas pizca de sentido común, con todo eso tienes agudeza, discreción, y finísimo gusto, y te he oído discurrir con mas tino que ciertos derviches viejos de luenga barba, y gorra piramidal. Eres prudente sin ser desconfiada, piadosa sin flaqueza, benéfica con acierto, amiga de tus amigos, sin colrar enemigos. Nunca cifras en decir pullas el chiste de tus agudezas, ni dices mal de nadie, ni a nadie se le haces, puesto que tan fácil cosa te seria lo uno y lo otro. Tu alma siempre me ha parecido tan perfecta como tu hermosura. Ni te falta cierto caudalejo de filosofia, que me ha persuadido a que te agradaría más que a otra este escrito de un sabio.

Escribióse primero en el antiguo caldeo, que ni tú ni yo sabemos, y fue traducido en árabe para recreación del nombrado sultán Ulugbeg, en los tiempos que Árabes y Persianos se daban a escribir las Mil y una Noches, los Mil y un Días, etc. Ulug más gustaba de leer a Zadig, pero las sultanas se divertían más con los Mil y uno. Decíales el sabio Ulug, que como podían llevar en paciencia unos cuentos sin pies ni cabeza, que nada querían decir. Pues por eso mismo son de nuestro gusto, respondieron las sultanas.

Espero que tú no te parezcas a ellas, y que seas un verdadero Ulug; y no desconfío de que cuando te halles fatigada de conversaciones tan instructivas como los Mil y uno, aunque mucho menos recreativas, podré yo tener la honra de que te ocupes algunos minutos de vagar en oírme cosas dichas en razón.

Si en tiempo de Scander, hijo de Filipo, hubieras sido Talestris, o la reina de Sabea en tiempo de Solimán, estos reyes hubieran sido los que hubieran peregrinado por verte.

Ruego a las virtudes celestiales que tus deleites no lleven acíbar, que sea duradera tu hermosura, y tu ventura perpetua.

SADI.

I.— El tuerto.

Reinando el rey Moabdar, vivía en Babilonia un mozo llamado Zadig, de buena índole, que con la educación se había mejorado. Sabía enfrenar sus pasiones, aunque mozo y rico; ni gastaba afectación, ni se empeñaba en que le dieran siempre la razón, y respetaba la flaqueza humana. Pasmábanse todos viendo que puesto que le sobraba agudeza, nunca se mofaba con chufletas de los desconciertos mal hilados, de las murmuraciones sin fundamento, de los disparatados fallos, de las burlas de juglares, que llamaban conversación los Babilonios. En el libro primero de Zoroastro había visto que es el amor propio una pelota llena de viento, y que salen de ella borrascas así, que la pican. No se alababa Zadig de que no hacia aprecio de las mujeres, y de que las dominaba. Era liberal, sin que le arredrase el temor de hacer bien a desagradecidos, cumpliendo con aquel gran mandamiento de Zoroastro, que dice: "Da de comer a los perros" cuando tú comieres, aunque te muerdan "luego." Era sabio cuanto puede serlo el hombre, pues procuraba vivir en compañía de los sabios: había aprendido las ciencias de los Caldeos, y estaba instruido en cuanto acerca de los principios físicos de la naturaleza en su tiempo se conocía; y de metafísica sabía todo cuanto en todos tiempos se ha sabido, que es decir muy poca cosa. Creía firmísimamente que un año tiene trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, contra lo que enseñaba la moderna filosofía de su tiempo, y que estaba el sol en el centro del mundo; y cuando los principales magos le decían en tono de impropio, y mirándole de reojo, que sustentaba principios sapientes haeresim, y que solo un enemigo de Dios y del estado podía decir que giraba el sol sobre su eje, y que era el año de doce meses, se callaba Zadig, sin fruncir las cejas ni encogerse de hombros.

Opulento, y por tanto no faltándole amigos, disfrutando salud, siendo buen mozo, prudente y moderado, con pecho ingenuo, y elevado ánimo, creyó que podía aspirar a ser feliz. Estaba apalabrado su matrimonio con Semira, que por su hermosura, su dote, y su cuna, era el mejor casamiento de Babilonia. Profesábale Zadig un sincero y virtuoso cariño, y Semira le amaba con pasión. Rayaba ya el venturoso día que a enlazarlos iba, cuando paseándose ambos amantes fuera de las puertas de Babilonia, bajo unas palmas que daban sombra a las riberas del Eúfrates, vieron acercarse unos hombres armados con alfanjes y flechas. Eran estos unos sayones del mancebo Orcan, sobrino de un ministro, y en calidad de tal los aduladores de su tío le habían persuadido a que podía hacer cuanto se le antojase. Ninguna de las prendas y virtudes de Zadig poseía; pero creído que se le aventajaba mucho, estaba desesperado por no ser el preferido. Estos celos, meros hijos de su vanidad, le hicieron creer que estaba enamorado de Semira, y quiso robarla. Habíanla cogido los robadores, y con el arrebató de su violencia la habían herido, vertiendo la sangre de una persona que con su presencia los tigres del monte Imao habría amansado. Traspasaba Semira el cielo con sus lamentos, gritando: ¡Querido esposo, que me llevan de aquel a quien adoro! No la movía el peligro en que se veía, que solo en su caro Zadig pensaba. Defendíala este con todo el denuedo del amor y la valentía, y con ayuda de solos dos esclavos ahuyentó a los robadores, y se trajo a Semira ensangrentada y desmayada, que al abrir los ojos conoció à su libertador. ¡O Zadig! le dijo, os quería como a mi esposo, y ahora os quiero como aquel a quien de vida y honra soy deudora. Nunca rebotó un pecho en más tiernos afectos que el de Semira, nunca tan linda boca pronunció con tanta viveza de aquellas inflamadas expresiones que de la gratitud del más alto beneficio y de los más tiernos raptos del cariño más legítimo son hijas. Era leve su herida, y sanó en breve. Zadig estaba herido de más peligro, porque una flecha le había hecho una honda llaga junto al ojo. Semira importunaba a los Dioses por la cura de su amante: día y noche bañados los ojos en llanto, aguardaba con impaciencia el instante que los de Zadig se pudieran gozar en mirarla; pero una apostema que se formó en el ojo herido causó el mayor temor. Enviaron a llamar a Menfis al célebre médico Hermes, que vino con una crecida comitiva; y habiendo visitado al enfermo declaró que irremediamente perdía el ojo, pronosticando hasta el día y la hora que había de suceder tan fatal desmán. Si hubiera sido, dijo, el ojo derecho, yo le curaría; pero las heridas del izquierdo no tienen cura. Toda Babilonia se dolió de la suerte de Zadig, al paso que quedó asombrada con la profunda ciencia de Hermes. Dos días después reventó naturalmente la apostema, y sanó Zadig. Hermes escribió un libro, probándole que no debía haber sanado, el cual Zadig no leyó; pero luego

que pudo salir, fue a ver a aquella de quien esperaba su felicidad, y por quien únicamente quería tener ojos, Hallábase Semira en su quinta, tres días hacia, y supo Zadig en el camino, que después de declarar resueltamente que tenía una invencible antipatía a los tuertos, la hermosa dama se había casado con Orcan aquella misma noche. Desmayóse al oír esta nueva, y estuvo en poco que su dolor le condujera al sepulcro; mas después de una larga enfermedad pudo mas la razón que el sentimiento, y fue no poca parte de su consuelo la misma atrocidad del agravio. Pues he sido víctima, dijo, de tan cruel antojo de una mujer criada en palacio, me casaré con una hija de un honrado vecino. Escogió pues por mujer a Azora, doncella muy cuerda y de la mejor índole, en quien no notó mas defecto que alguna insustancialidad, y no poca inclinación a creer que los mozos mas lindos eran siempre los mas cuerdos y virtuosos.

II.— Las narices.

Un día que volvía del paseo Azora toda inmutada, y haciendo descompuestos ademanes: ¿Qué tienes, querida? le dijo Zadig; ¿qué es lo que tan fuera de ti te ha puesto? ¡Ay! le respondió Azora, lo mismo hicieras tú, si hubieses visto la escena que acabo yo de presenciar, había ido a consolar a Cosrúa, la viuda joven que ha erigido, dos días ha, un mausoleo al difunto mancebo, marido suyo, cabe el arroyo que baña esta pradera, jurando a los Dioses, en su dolor, que no se apartaría de las inmediaciones de este sepulcro, mientras el arroyo no mudara su corriente. Bien está, dijo Zadig; eso es señal de que es una mujer de bien, que amaba de veras a su marido. Ha, replico Azora, si tú supieras cual era su ocupación cuando entré a verla. —¿Cuál era, hermosa Azora? —Dar otro cauce al arroyo. Añadió luego Azora tantas invectivas, prorumpió en tan agrias acusaciones contra la viuda moza, que disgustó mucho a Zadig virtud tan jactanciosa. Un amigo suyo, llamado Cador, era uno de los mozos que reputaba Azora por de mayor mérito y probidad que otros; Zadig le fió su secreto, afianzando, en cuanto le fue posible, su fidelidad con cuantiosas dádivas. Después de haber pasado Azora dos días en una quinta de una amiga suya, se volvió a su casa al tercero. Los criados le anunciaron llorando que aquella misma noche se había caído muerto de repente su marido, que no se habían atrevido a llevarle tan mala noticia, y que acababan de enterrar a Zadig en el sepulcro de sus padres al cabo del jardín. Lloraba Azora, mesábase los cabellos, y juraba que no quería vivir. Aquella noche pidió Cador licencia para hablar con ella, y lloraron, ambos. El siguiente día lloraron menos, y comieron juntos. Fióle Cador que le había dejado su amigo la mayor parte de su caudal, y le dio a entender que su mayor dicha seria poder partírselo con ella. Lloró con esto la dama, enojóse, y se apaciguó luego; y como la cena fue mas larga que la comida, hablaron ambos con mas confianza. Hizo Azora el panegírico del difunto, confesando empero que adolecía de ciertos defectillos que en Cador no se hallaban.

En mitad de la cena se quejó Cador de un vehemente dolor en el bazo, y la dama inquieta y asustada mandó le trajeran todas las esencias con que se sahumaba, para probar si alguna era un remedio contra los dolores de bazo; sintiendo mucho que se hubiera ido ya de Babilonia el sapientísimo Hermes, y dignándose hasta de tocar el lado donde sentía Cador tan fuertes dolores. ¿Suele daros este dolor tan cruel? le dijo compasiva. A dos dedos de la sepultura me pone a veces, le respondió Cador, y no hay más que un remedio para aliviarme, que es aplicarme al costado las narices de un hombre que haya muerto el día antes. ¡Raro remedio! dijo Azora. No es mas raro, respondió Cador, que los cuernos de ciervo que ponen a los niños para preservarlos del mal de ojos. Esta última razón con el mucho mérito del mozo determinaron al cabo a la Señora. Por fin, dijo, si las narices de mi marido son un poco mas cortas en la segunda vida que en la primera, no por eso le ha de impedir el paso el ángel Asrael, cuando atraviese el puente Sebinavar, para transitar del mundo de ayer al de mañana. Diciendo esto, cogió una navaja, llegóse al sepulcro de su esposo bañándole en llanto, y se bajó para cortarle las narices; pero Zadig que estaba tendido en el sepulcro, agarrando con una mano sus narices, y desviando la navaja con la otra, se alzó de repente exclamando; Otra vez no digas tanto mal de Cosrúa, que la idea de cortarme las narices bien se las puede apostar a la de mudar la corriente de un arroyo.

III.— El perro y el caballo.

En breve experimentó Zadig que, como dice el libro de Zenda—Vesta, si el primer mes de matrimonio es la luna de miel, el segundo es la de acíbar. Vióse muy presto precisado a repudiar a Azora, que se había tornado inaguantable, y procuró ser feliz estudiando la naturaleza. No hay ser mas venturoso, decía, que el filósofo que estudia el gran libro abierto por Dios a los ojos de los hombres. Las verdades que descubre son propiedad suya: sustenta y enaltece su ánimo, y vive con sosiego, sin temor de los demás, y sin que venga su tierna esposa a cortarle las narices.

Empapado en estas ideas, se retiró a una quinta a orillas del Eúfrates, donde no se ocupaba en calcular cuantas pulgadas de agua pasan cada segundo bajo los arcos de un puente, ni si el mes del ratón llueve una línea cúbica de agua mas que el del carnero; ni ideaba hacer seda con telarañas, o porcelana con botellas quebradas; estudiaba, sí, las propiedades de los animales y las plantas, y en poco tiempo granjeó una sagacidad que le hacía tocar millares de diferencias donde los otros solo uniformidad veían.

Paseándose un día junto a un bosquecillo, vio venir corriendo un eunuco de la reina, acompañado de varios empleados de palacio: todos parecían llenos de zozobra, y corrían a todas partes como locos que andan buscando lo más precioso que han perdido. Mancebo, le dijo el principal eunuco, ¿visteis al perro de la reina? Respondióle Zadig con modestia: Es perra que no perro. Tenéis razón, replicó el primer eunuco. Es una perra fina muy chiquita, continuó Zadig, que ha parido poco ha, coja del pié izquierdo delantero, y que tiene las orejas muy largas. ¿Con que la habéis visto? dijo el primer eunuco fuera de sí. No por cierto, respondió Zadig; ni la he visto, ni sabia que la reina tuviese perra ninguna.

Aconteció que por un capricho del acaso se hubiese escapado al mismo tiempo de manos de un palafrenero del rey el mejor caballo de las caballerizas reales, y andaba corriendo por la vega de Babilonia. Iban tras de él el caballero mayor y todos sus subalternos con no menos premura que el primer eunuco tras de la perra, Dirigióse el caballero a Zadig, preguntándole si había visto el caballo del rey. Ese es un caballo, dijo Zadig, que tiene el mejor galope, dos varas de alto, la pezuña muy pequeña, la cola de vara y cuarta de largo; el bocado del freno es de oro de veinte y tres quilates, y las herraduras de plata de once dineros. ¿Y por donde ha ido? ¿dónde está? preguntó el caballero mayor. Ni le he visto, repuso Zadig, ni he oído nunca hablar de él.

Ni al caballero mayor ni al primer eunuco les quedó duda de que había robado Zadig el caballo del rey y la perra de la reina; condujeronle pues a la asamblea del gran Desterham, que le condenó a doscientos azotes y seis años de presidio. No bien hubieron dado la sentencia, cuando parecieron el caballo y la perra, de suerte que se vieron los jueces en la dolorosa precisión de anular su sentencia; condenaron empero a Zadig a una multa de cuatrocientas onzas de oro, porque había dicho que no había visto habiendo visto. Primero pagó la multa, y luego se le permitió defender su pleito ante el consejo del gran Desterham, donde dijo así:

Astros de justicia, pozos de ciencia, espejos de la verdad, que con la gravedad del plomo unís la dureza del hierro, el brillo del diamante, y no poca afinidad con el oro, siéndome permitido hablar ante esta augusta asamblea, juro por Orosmales, que nunca vi ni la respetable perra de la reina, ni el sagrado caballo del rey de reyes. El suceso ha sido como voy a contar. Andaba paseando por el bosquecillo donde luego encontré al venerable eunuco, y al ilustrísimo caballero mayor. Observé en la arena las huellas de un animal, y fácilmente conocí que era un perro chico. Unos surcos largos y ligeros, impresos en montoncillos de arena entre las huellas de las patas, me dieron a conocer que era una perra, y que le colgaban las tetas, de donde colegí que había parido pocos días hacia. Otros vestigios en otra dirección, que se dejaban ver siempre al ras de la arena al lado de los pies delanteros, me demostraron que tenía las orejas largas; y como las pisadas del un pié eran menos hondas en la arena que las de los otros tres, saqué por consecuencia que era, si soy osado a decirlo, algo coja la perra de nuestra augusta reina.

En cuanto al caballo del rey de reyes, la verdad es que paseándome por las veredas de dicho bosque, noté las señales de las herraduras de un caballo, que estaban todas a igual distancia. Este caballo, dije, tiene el galope perfecto. En una senda angosta que no tiene más de dos varas y media

de ancho, estaba a izquierda y a derecha barrido el polvo en algunos parajes. El caballo, conjeturé yo, tiene una cola de vara y cuarta, que con sus movimientos a derecha y a izquierda ha barrido este polvo. Debajo de los árboles que formaban una enramada de dos varas de alto, estaban recién caídas las hojas de las ramas, y conocí que las había dejado caer el caballo, que por tanto tenía dos varas. Su freno ha de ser de oro de veinte y tres quilates, porque habiendo estregado la cabeza del bocado contra una piedra que he visto que era de toque, hice la prueba. Por fin, las marcas que han dejado las herraduras en piedras de otra especie me han probado que eran de plata de once dineros.

Quedáronse pasmados todos los jueces con el profundo y sagaz tino de Zadig, y llegó la noticia al rey y la reina. En antecámaras, salas, y gabinetes no se hablaba más que de Zadig, y el rey mandó que se le restituyese la multa de cuatrocientas onzas de oro a que había sido sentenciado, puesto que no pocos magos eran de dictamen de quemarle como hechicero. Fuéron con mucho aparato a su casa el escribano de la causa, los alguaciles y los procuradores, a llevarle sus cuatrocientas onzas, sin guardar por las costas más que trescientas noventa y ocho; verdad es que los escribientes pidieron una gratificación.

Viendo Zadig que era cosa muy peligrosa el saber en demasía, hizo propósito firme de no decir en otra ocasión lo que hubiese visto, y la ocasión no tardó en presentarse. Un reo de estado se escapó, y pasó por debajo de los balcones de Zadig. Tomáronle declaración a este, no declaró nada; y habiéndole probado que se había asomado al balcón, por tamaño delito fue condenado a pagar quinientas onzas de oro, y dio las gracias a los jueces por su mucha benignidad, que así era costumbre en Babilonia, ¡Gran Dios, decía Zadig entre sí, qué desgraciado es quien se pasea en un bosque por donde haya pasado el caballo del rey, o la perrita de la reina! ¡Qué de peligros corre quien a su balcón se asoma! ¡Qué cosa tan difícil es ser dichoso en esta vida!

IV.— El envidioso.

Apeló Zadig a la amistad y a la filosofía para consolarse de los males que le había hecho la fortuna. En un arrabal de Babilonia tenía una casa alhajada con mucho gusto, y allí reunía las artes y las recreaciones dignas de un hombre fino. Por la mañana estaba su biblioteca abierta para todos los sabios, y por la tarde su mesa a personas de buena educación. Pero muy presto echó de ver que era muy peligroso tratar con sabios. Suscitóse una fuerte disputa acerca de una ley de Zoroastro, que prohíbe comer grifo. ¿Como está prohibido el grifo, decían unos, si no hay tal animal? Fuerza es que le haya, decían otros, cuando no quiere Zoroastro que le comamos. Zadig, por ponerlos conformes, les dijo: Pues no comamos grifo, si grifos hay; y si no los hay, menos los comeremos, y así obedeceremos a Zoroastro.

Había un sabio escritor que había compuesto una obra en trece tomos en folio acerca de las propiedades de los grifos, gran teurgista, que a toda prisa se fue a presentar ante el archimago Drastanés, el más necio, y a consecuencia el más fanático de los Caldeos de aquellos remotos tiempos. En honra y gloria del Sol, habría este mandado empalar a Zadig, y rezado luego el breviario de Zoroastro con mas devota compunción. Su amigo Cador (que un amigo vale mas que un ciento de clérigos) fue a ver al viejo Drastanés, y le dijo así: Gloria al Sol y a los grifos; nadie toque al pelo a Zadig, que es un santo, y mantiene grifos en su corral, sin comérselos: su acusador sí, que es hereje. ¿Pues no ha sustentado que no son ni solípedos ni inmundos los conejos? Bien, bien, dijo Drastanés, meneando la temblona cabeza: a Zadig se le ha de empalar, porque tiene ideas erróneas sobre los glifos; y al otro, porque ha hablado sin miramiento de los conejos. Apaciguólo Cador todo por medio de una moza de retrete de palacio, a quien había hecho un chiquillo, la cual tenía mucho influjo con el colegio de los magos, y no empalaron a nadie; cosa que la murmuraron muchos doctores, y por ello pronosticaron la próxima decadencia de Babilonia. Decía Zadig: ¿En qué se cifra la felicidad? Todo me persigue en la tierra, hasta los seres imaginarios; y maldiciendo de los sabios, resolvió ceñirse a vivir con la gente fina.

Reuníanse en su casa los sujetos de mas fino trato de Babilonia, y las mas amables damas; servíanse exquisitas cenas, precedidas las mas veces de academias, y que animaban conversaciones amables, en que nadie aspiraba a echarlo de agudo, que es medio certísimo de ser un majadero, y deslustrar la mas brillante tertulia. Los platos y los amigos no eran los que escogía la vanagloria,

que en todo prefería a la apariencia la realidad, y así se granjeaba una estimación sólida, por eso mismo que menos a ella aspiraba.

Vivía en frente de su casa un tal Arimazo, sujeto que llevaba la perversidad de su ánimo en la fisonomía grabada: corroíale la envidia, y reventaba de vanidad, desando aparte que era un presumido de saber fastidioso. Como las personas finas se burlaban de él, él se vengaba hablando mal de ellas. Con dificultad reunía en su casa aduladores, puesto que era rico. Importunábale el ruido de los coches que entraban de noche en casa de Zadig, pero mas le enfadaba el de las alabanzas que de él oía. Iba algunas veces a su casa, y se sentaba a la mesa sin que le convidaran, corrompiendo el júbilo de la compañía entera, como dicen que inficionan las arpías los manjares que tocan. Sucedióle un día que quiso dar un banquete a una dama, que, en vez de admitirle, se fue a cenar con Zadig; y otra vez, estando ambos hablando en palacio, se llegó un ministro que convidó a Zadig a cenar, y no le dijo nada a Arimazo. En tan flacos cimientos estriban a veces las más crueles enemigas. Este hombre, que apellidaba Babilonia el envidioso, quiso dar al traste con Zadig, porque le llamaban el dichoso. Cien veces al día, dice Zoroastro, se halla ocasión para hacer daño, y para hacer bien apenas una vez al año.

Fuése el envidioso a casa de Zadig, el cual se estaba paseando por sus jardines con dos amigos, y una señora a quien decía algunas flores, sin otro ánimo que decirlas. Tratábase de una guerra que acababa de concluir con felicidad el rey contra el príncipe de Hircania, feudatario suyo. Zadig que en esta corta guerra había dado repetidas pruebas de valor, hacia muchos elogios del rey, y más todavía de la dama. Cogió su libro de memoria, y escribió en él cuatro versos de repente, que dio a leer a su hermosa huésped; pero aunque sus amigos le suplicaron que se los leyese, por modestia, o acaso por un amor propio muy discreto, no quiso hacerlo: que bien sabía que los versos de repente hechos solo son buenos para aquella para quien se hacen. Rasgó pues en dos la hoja del librito de memoria en que los había escrito, y tiró los dos pedazos a una enramada de rosales, donde fue en balde buscarlos. Empezó en breve a lloviznar, y se volvieron todos a los salones; pero el envidioso que se había quedado en el jardín, tanto registró que dio con una mitad de la hoja, la cual de tal manera estaba rasgada, que la mitad de cada verso que llenaba un renglón formaba sentido, y aun un verso corto; y lo mas extraño es que, por un acaso todavía mas extraordinario, el sentido que formaban los tales versos cortos era una atroz infectiva contra el rey. Léiase en ellos:

Un monstruo detestable Hoy rige la Caldea; Su trono incontrastable El poder mismo afea,

Por la vez primera de su vida se creyó feliz el envidioso, teniendo con que perder a un hombre de bien y amable. Embriagado en tan horrible júbilo, dirigió al mismo rey esta sátira escrita de pluma de Zadig, el cual, con sus dos amigos y la dama, fue llevado a la cárcel, y se le formó causa, sin que se dignaran de oírle. Púsose el envidioso, cuando le hubieron sentenciado, en el camino por donde había de pasar, y le dijo que no valían nada sus versos. No lo echaba Zadig de poeta; sentía empero en el alma verse condenado como reo de lesa majestad, y dejar dos amigos y una hermosa dama en la cárcel por un delito que no había cometido. No lo permitieron alegar nada en su defensa, porque el libro de memoria estaba claro, y que así era estilo en Babilonia. Caminaba pues al cadalso, atravesando inmensas filas de gentes curiosas; ninguno se atrevía a condolerse de él, pero sí se agolpaban para examinar qué cara ponía, y si iba a morir con aliento. Sus parientes eran los únicos afligidos, porque no heredaban, habiéndose confiscado las tres cuartas partes de su caudal a beneficio del erario, y la restante al del envidioso.

Mientras que se estaba disponiendo a morir, se voló del balcón el loro del rey, y fue a posarse en los rosales del jardín de Zadig. Había derribado el viento un melocotón de un árbol inmediato, que había caído sobre un pedazo de un librito de memoria escrito, y se le había pegado. Agarró el loro el melocotón con lo escrito, y se lo llevó todo a las rodillas del rey. Curioso esta leyó unas palabras que no significaban nada, y parecían fines de verso. Como era aficionado a la poesía, y que siempre se puede sacar algo con los príncipes que gustan de coplas, le dio en que pensar la aventura del papagayo. Acordándose entonces la reina de lo que había en el trozo del libro de memoria de Zadig, mandó que se le trajesen, y confrontando ambos trozos se vio que venia uno con otro; y los versos de Zadig, leídos como él los había escrito, eran los siguientes:

Un monstruo detestable es la sangrienta guerra; Hoy rige la Caldea en paz el rey sin sustos: Su

trono incontrastable amor tiene en la tierra; El poder mismo afea quien no goza sus gustos.

Al punto mandó el rey que trajeran a Zadig a su presencia, y que sacaran de la cárcel a sus dos amigos y la hermosa dama. Postróse el rostro por el suelo Zadig a las plantas del rey y la reina; pidióles rendidamente perdón por los malos versos que había compuesto, y habló con tal donaire, tino y agudeza, que los monarcas quisieron volver a verle: volvió, y gustó más. Le adjudicaron los bienes del envidioso que injustamente le había acusado: Zadig se los restituyó todos, y el único afecto del corazón de su acusador fue el gozo de no perder lo que tenía. De día en día se aumentaba el aprecio que el rey de Zadig hacia: convidábale a todas sus recreaciones, y le consultaba en todos asuntos. Desde entonces la reina empezó a mirarle con una complacencia que podía acarrear graves peligros a ella, a su augusto esposo, a Zadig y al reino entero, y Zadig a creer que no es cosa tan dificultosa vivir feliz.

V.— El generoso.

Vino la época de la celebridad de una solemne fiesta que se hacia cada cinco años, porque era estilo en Babilonia declarar con solemnidad, al cabo de cinco años, cual de los ciudadanos había hecho la mas generosa acción. Los jueces eran los grandes y los magos. Exponía el primer sátrapa encargado del gobierno de la ciudad, las acciones mas ilustres hechas en el tiempo de su gobierno; los jueces votaban, y el rey pronunciaba la decisión. De los extremos de la tierra acudían espectadores a esta solemnidad. Recibía el vencedor de mano del monarca una copa de oro guarnecida de piedras preciosas, y le decía el rey estas palabras: "Recibid este premio de la generosidad, y ojalá me concedan los Dioses muchos vasallos que a vos se parezcan."

Llegado este memorable día, se dejó ver el rey en su trono, rodeado de grandes, magos y diputados de todas las naciones, que venían, a unos juegos donde no con la ligereza de los caballos, ni con la fuerza corporal, sino con la virtud se granjeaba la gloria. Recitó en voz alta el sátrapa las acciones por las cuales podían sus autores merecer el inestimable premio, y no habló siquiera de la magnanimidad con que había restituido Zadig todo su caudal al envidioso: que no era esta acción que mereciera disputar el premio.

Primero presentó a un juez que habiendo, en virtud de una equivocación de que no era responsable, fallado un pleito importante contra un ciudadano, le había dado todo su caudal, que era lo equivalente de la perdida del litigante.

Luego produjo un mancebo que perdido de amor por una doncella con quien se iba a casar, se la cedió no obstante a un amigo suyo, que estaba a la muerte por amores de la misma, y además dotó la doncella.

Hizo luego comparecer a un militar que en la guerra de Hircania había dado ejemplo todavía de mayor generosidad. Llevábanse a su amada unos soldados enemigos, y mientras la estaba defendiendo contra ellos, le vinieron a decir que otros Hircanos se llevaban de allí cerca a su madre; y abandonó llorando a su querida, por libertar a la madre. Cuando volvió a tomar la defensa de su dama, la encontró expirando, y se quiso dar la muerte; pero le representó su madre que no tenía más apoyo que él, y tuvo ánimo para sufrir la vida.

Inclinábanse los jueces por este soldado; pero el rey tomando la palabra, dijo: acción es noble la suya, y también lo son las de los otros, pero no me pasman; y ayer hizo Zadig una que me ha pasmado. Pocos días ha que ha caído de mi gracia Coreb, mi ministro y valido. Quejábame de él con vehemencia, y todos los palaciegos me decían que era yo demasíadamente misericordioso; todos decían a porfía mal de Coreb. Pregunté su dictamen a Zadig, y se atrevió a alaharle. Confieso que en nuestras historias he visto ejemplos de haber pagado un yerro con su caudal, cedido su dama, o antepuesto su madre al objeto de su amor; pero nunca he leído que un palaciego haya dicho bien de un ministro caído con quien estaba enojado su soberano. A cada uno de aquellos cuyas acciones se han recitado le doy veinte mil monedas de oro; pero la copa se la doy a Zadig.

Señor, replicó este, vuestra majestad es el único que la merece, y quien ha hecho la mas inaudita acción, pues siendo rey no se ha indignado contra su esclavo que contradecía su pasión. Todos celebraron admirados al rey y a Zadig. Recibieron las dádivas del monarca el juez que había dado su caudal, el amante que había casado a su amada con su amigo, y el soldado que antes quiso

librar a su madre que a su dama; y Zadig obtuvo la copa. Granjeóse el rey la reputación de buen príncipe, que no conservó mucho tiempo; y se consagró el día con fiestas que duraron mas de lo que prescribía la ley, conservándose aun su memoria en el Asia. Decía Zadig: ¡con que en fin soy feliz! pero Zadig se engañaba.

VI.— El ministro.

Habiendo perdido el rey a su primer ministro, escogió a Zadig para desempeñar este cargo. Todas las hermosas damas de Babilonia aplaudieron esta elección, porque nunca había habido ministro tan mozo desde la fundación del imperio: todos los palaciegos la sintieron; al envidioso le dio un vómito de sangre, y se le hincharon extraordinariamente las narices. Dio Zadig las gracias al rey y a la reina, y fue luego a dárselas al loro. Precioso pájaro, le dijo, tú has sido quien me has librado la vida, y quien me has hecho primer ministro. Mucho mal me habían hecho la perra y el caballo de sus majestades, pero tú me has hecho mucho bien. ¡En qué cosas estriba la suerte de los humanos! Pero puede ser que mi dicha se desvanezca dentro de pocos instantes. El loro respondió: antes. Dio golpe a Zadig esta palabra; puesto que a fuer de buen físico que no creía que fuesen los loros profetas, se sosegó luego, y empezó a servir su cargo lo mejor que supo.

Hizo que a todo el mundo alcanzara el sagrado poder de las leyes, y que a ninguno abrumara el peso de su dignidad. No impidió la libertad de votos en el diván, y cada visir podía, sin disgustarle, exponer su dictamen. Cuando fallaba de un asunto, la ley, no él, era quien fallaba; pero cuando esta era muy severa, la suavizaba; y cuando faltaba ley, la hacía su equidad tal, que se hubiera podido atribuir a Zoroastro. El fue quien dejó vinculado en las naciones el gran principio de que vale mas libertar un reo, que condenar un inocente. Pensaba que era destino de las leyes no menos socorrer a los ciudadanos que amedrentarlos. Cifrábase su principal habilidad en desenmarañar la verdad que procuran todos obscurecer. Sirvióse de esta habilidad desde los primeros días de su administración. Había muerto en las Indias un comerciante muy nombrado de Babilonia: y habiendo dejado su caudal por iguales partes a sus dos hijos, después de dotar a su hija, dejaba además un legado de treinta mil monedas de oro a aquel de sus hijos que se decidiese que le había querido más. El mayor le erigió un sepulcro, y el menor dio a su hermana parte de su herencia en aumento de su dote. La gente decía: El mayor quería más a su padre, y el menor quiere más a su hermana: las treinta mil monedas se deben dar al mayor. Llamó Zadig sucesivamente a los dos, y le dijo al mayor: No ha muerto vuestro padre, que ha sanado de su última enfermedad, y vuelve a Babilonia. Loado sea Dios, respondió el mancebo; pero su sepulcro me había costado harto caro. Lo mismo dijo luego Zadig al menor. Loado sea Dios, respondió, voy a restituir a mi padre todo cuanto tengo, pero quisiera que desase a mi hermana lo que le he dado. No restituiréis nada, dijo Zadig, y se os darán las treinta mil monedas, que vos sois el que mas a vuestro padre queríais.

Había dado una doncella muy rica palabra de matrimonio a dos magos, y después de haber recibido algunos meses instrucciones de ambos, se encontró en cinta. Ambos querían casarse con ella. La doncella dijo que seria su marido el que la había puesto en estado de dar un ciudadano al imperio. Uno decía: Yo he sido quien he hecho esta buena obra; el otro: No, que soy yo quien he tenido tanta dicha. Está bien, respondió la doncella, reconozco por padre de la criatura el que le pueda dar mejor educación. Parió un chico, y quiso educarle uno y otro mago. Llevada la instancia ante Zadig, los llamó a entrambos, y dijo al primero: ¿Qué has de enseñar a tu alumno? Enseñaréle, respondió el doctor, las ocho partes de la oración, la dialéctica, la astrología, la demonología, qué cosa es la sustancia y el accidente, lo abstracto y lo concreto, las monadas y la armonía preestablecida. Pues yo, dijo el segundo, procuraré hacerle justo y digno de tener amigos. Zadig falló: Ora seas o no su padre, tú te casarás con su madre.

Todos los días venían quejas a la corte contra el Itimadulet de Media, llamado Irak, gran potentado, que no era de perversa índole, pero que la vanidad y el deleite le habían estragado. Raras veces permitía que le hablasen, y nunca que se atreviesen a contradecirle. No son tan vanos los pavones, ni mas voluptuosas las palomas, ni menos perezosos los galápagos; solo respiraba vanagloria y deleites vanos.

Probóse Zadig a corregirle, y le envió de parte del rey un maestro de música, con doce cantores

y veinte y cuatro violines, un mayordomo con seis cocineros y cuatro gentiles-hombres, que no le dejaban nunca. Decía la orden del rey que se siguiese puntualísimamente el siguiente ceremonial, como aquí se pone.

El día primero, así que se despertó el voluptuoso Iras, entró el maestro de música acompañado de los cantores y violines, y cantaron una cantata que duró dos horas, y de tres en tres minutos era el estribillo:

¡Cuanto merecimiento! ¡Qué gracia, qué nobleza! ¡Que ufano, que contento Debe estar de sí propio su grandeza!

Concluida la cantata, le recitó un gentil-hombre una arenga que duró tres cuartos de hora, pintándole como un dechado perfecto de cuantas prendas le faltaban; y acabada, le llevaron a la mesa al toque de los instrumentos. Duró tres horas la comida; y así que abría la boca para decir algo, exclamaba el gentil-hombre: Su Excelencia tendrá razón. Apenas decía cuatro palabras; interrumpía el segundo gentil-hombre, diciendo: Su Excelencia tiene razón. Los otros dos soltaban la carcajada en aplauso de los chistes que había dicho o debido decir Iras. Servidos que fueron los postres, se repitió la cantata.

Parecióle delicioso el primer día, y quedó persuadido de que le honraba el rey de reyes conforme a su mérito. El segundo le fue algo menos grato; el tercero estuvo incomodado; el cuarto no le pudo aguantar; el quinto fue un tormento; finalmente, aburrido de oír cantar sin cesar: ¡qué ufano, qué contento déle estar de sí propio su grandeza! de que siempre le dijeran que tenía razón, y de que le repitieran la misma arenga todos los días a la propia hora, escribió a la corte suplicando al rey que fuese dignado de llamar a sus gentiles-hombres, sus músicos y su mayordomo, prometiendo tener mas aplicación y menos vanidad. Luego gustó menos de aduladores, dio menos fiestas, y fue más feliz; porque, como dice el Sader, sin cesar placeres no son placeres.

VII.– Disputas y audiencias.

De este modo acreditaba Zadig cada día su agudo ingenio y su buen corazón; todos le miraban con admiración, y le amaban empero. Era reputado el mas venturoso de los hombres; lleno estaba todo el imperio de su nombre; guiñábanle a hurtadillas todas las mujeres; ensalzaban su justificación los ciudadanos todos; los sabios le miraban como un oráculo, y hasta los mismos magos confesaban que sabia punto mas que el viejo archimago Siara, tan lejos entonces de formarle cansa acerca de los grifos, que solo se creía lo que a él le parecía creíble.

Reinaba de mil y quinientos años atrás una gran contienda en Babilonia, que tenía dividido el imperio en dos irreconciliables sectas: la una sustentaba que siempre se debía entrar en el templo de Mitras el pié izquierdo por delante; y la otra miraba con abominación semejante estilo, y llevaba siempre el pié derecho delantero. Todo el mundo aguardaba con ansia el día de la fiesta solemne del fuego sagrado, para saber qué secta favorecía Zadig: todos tenían clavados los ojos en sus dos pies; toda la ciudad estaba suspensa y agitada. Entró Zadig en el templo saltando a pie juntillas, y luego en un elocuente discurso hizo ver que el Dios del cielo y la tierra, que no mira con privilegio a nadie, el mismo caso hace del pié izquierdo que del derecho. Dijo el envidioso y su mujer que no había suficientes figuras en su arenga, donde no se veían bailar las montañas ni las colinas. Decían que no había en ella ni jugo ni talento, que no se vía la mar ahuyentada, las estrellas por tierra, y el sol derretido como cera virgen; por fin, que no estaba en buen estilo oriental. Zadig no aspiraba más que a que fuese su estilo el de la razón. Todo el mundo se declaró en su favor, no porque estaba en el camino de la verdad, ni porque era discreto, ni porque era amable, sino porque era primer visir.

No dio menos feliz cima a otro intrincadísimo pleito de los magos blancos con los negros. Los blancos decían que era impiedad dirigirse al oriente del invierno, cuando los fieles oraban a Dios; y los negros afirmaban que miraba Dios con horror a los hombres que se dirigían al poniente del verano. Zadig mandó que se volviera cada uno hacia donde quisiese.

Encontró medio para despachar por la mañana los asuntos particulares y generales, y lo demás del día se ocupaba en hermohear a Babilonia. Hacía representar tragedias para llorar, y comedias para reír; cosa que había dejado de estilarse mucho tiempo hacia, y que él restableció, porque era sujeto de gusto fino. No tenía la manía de querer entender más que los pentos en las artes, los cuales

los remuneraba con dádivas y condecoraciones, sin envidiar en secreto su habilidad. Por la noche divertía mucho al rey, y más a la reina. Decía el rey: ¡Qué gran ministro! y la reina: ¡Qué amable ministro! y ambos añadían: Lástima fuera que le hubieran ahorcado.

Nunca otro en tan alto cargo se vio precisado a dar tantas audiencias a las damas: las más venían a hablarle de algún negocio que no les importaba, para probarse a hacerle con él. Una de las primeras que se presentó fue la mujer del envidioso, jurándole por Mitras, por Zenda— Vesta, y por el fuego sagrado, que siempre había mirado con detección la conducta de su marido. Luego le fió que era el tal marido celoso y mal criado, y le dio a entender que le castigaban los Dioses privándole de los preciosos efectos de aquel sacro fuego, el único que hace a los hombres semejantes a los inmortales; por fin dejó caer una liga. Cogióla Zadig con su acostumbrada cortesanía, pero no se la ató a la dama a la pierna; y este leve yerro, si por tal puede tenerse, fue origen de las desventuras mas horrendas. Zadig no pensó en ello, pero la mujer del envidioso pensó más de lo que decirse puede.

Cada día se le presentaban nuevas damas. Aseguran los anales secretos de Babilonia, que cayó una vez en la tentación, pero que quedó pasmado de gozar sin deleite, y de tener su dama en sus brazos distraído. Era aquella a quien sin pensar dio pruebas de su protección, una camarista de la reina Astarte. Por consolarse decía para sí esta enamorada Babilonia: Menester es que tenga este hombre atestada la cabeza de negocios, pues aun en el lance de gozar de su amor piensa en ellos. Escapósele a Zadig en aquellos instantes en que los mas no dicen palabra, o solo dicen palabras sagradas, clamar de repente: LA REYNA; y creyó la Babilonia, que vuelto en sí en un instante delicioso le había dicho REYNA MIA. Mas Zadig, distraído siempre, pronunció el nombre de Astarte; y la dama, que en tan feliz situación todo lo interpretaba a su favor, se figuró que quería decir que era más hermosa que la reina Astarte. Salió del serrallo de Zadig habiendo recibido espléndidos regalos, y fue a contar esta aventura a la envidiosa, que era su íntima amiga, la cual quedó penetrada de dolor por la preferencia. Ni siquiera se ha dignado, decía, de atarme esta malhadada liga, que no quiero que me vuelva a servir, ¡Ha, ha! dijo la afortunada a la envidiosa, las mismas ligas lleváis que la reina: ¿las tomáis en la misma tienda? Sumióse en sus ideas la envidiosa, no respondió, y se fue a consultar con el envidioso su marido.

Entretanto Zadig conocía que estaba distraído cuando daba audiencia, y cuando juzgaba; y no sabía a qué atribuirlo: esta era su única pesadumbre. Soñó una noche que estaba acostado primero encima de unas yerbas secas, entre las cuales había algunas punzantes que le incomodaban; que luego reposaba blandamente sobre un lecho de rosas, del cual salía una sierpe que con su venenosa y acerada lengua le hería el corazón. ¡Ay! decía, mucho tiempo he estado acostado encima de las secas y punzantes yerbas; ahora lo estoy en el lecho de rosas: ¿mas cual será la serpiente?

VIII.— Los celos.

De su misma dicha vino la desgracia de Zadig, pero más aun de su mérito. Todos los días conversaba con el rey, y con su augusta esposa Astarte, y aumentaba el embeleso de su conversación aquel deseo de gustar, que, con respecto al entendimiento, es como el arreo a la hermosura; y poco a poco hicieron su mocedad y sus gracias una impresión en Astarte, que a los principios no conoció ella propia. Crecía esta pasión en el regazo de la inocencia, abandonándose Astarte sin escrúpulo ni recelo al gusto de ver y de oír a un hombre amado de su esposo y del reino entero. Alabábasele sin cesar al rey, hablaba de él con sus damas, que ponderaban más aun sus prendas, y todo así ahondaba en su pecho la flecha que no sentía. Hacia regalos a Zadig, en que tenia mas parte el amor de lo que ella se pensaba; y muchas veces, cuando se figuraba que le hablaba como reina, satisfecha se expresaba como mujer enamorada.

Mucho más hermosa era Astarte que la Semira que tanta ojeriza tenia con los tuertos, y que la otra que había querido cortar a su esposo las narices. Con la llaneza de Astarte, con sus tiernas razones de que empezaba a sonrojarse, con sus miradas que procuraba apartar de él, y que en las suyas se clavaban, se encendió en el pecho de Zadig un fuego que a él propio le pasmaba. Combatió, llamo a su auxilio la filosofía que siempre le había socorrido; pero esta ni alumbró su entendimiento, ni alivió su ánimo. Ofrecíanse ante él, como otros tantos dioses vengadores, la

obligación, la gratitud, la majestad suprema violadas: combatía y vencía; pero una victoria a cada instante disputada, le costaba lágrimas y suspiros. Ya no se atrevía a conversar con la reina con aquella serena libertad que tanto a entrambos había embelesado; cúbranse de una nube sus ojos; eran sus razones confusas y mal hiladas; bajaba los ojos; y cuando involuntariamente en Astarte los ponía, encontraba los suyos bañados en lágrimas, de donde salían inflamados rayos. Parece que se decían uno a otro: Nos adoramos, y tememos amarnos; ambos ardemos en un fuego que condenamos. De la conversación de la reina salía Zadig fuera de sí, desatentado, y como abrumado con una caiga con la cual no podía. En medio de la violencia de su agitación, dejó que su amigo Cador columbrara su secreto, como uno que habiendo largo tiempo aguantado las punzadas de un vehemente dolor, descubre al fin su dolencia por un grito lastimero que vencido de sus tormentos levanta, y por el sudor frío que por su semblante corre.

Díjole Cador: Ya había yo distinguido los afectos que de vos mismo os esforzabais a ocultar: que tienen las pasiones señales infalibles; y si yo he leído en vuestro corazón, contemplad, amado Zadig, si descubrirá el rey un amor que le agravia; él que no tiene otro defecto que ser el mas celoso de los mortales. Vos resistís a vuestra pasión con más vigor que combate Astarte la suya, porque sois filósofo y sois Zadig. Astarte es mujer, y eso más deja que se expliquen sus ojos con imprudencia que no piensa ser culpada: satisfecha por desgracia con su inocencia, no se cura de las apariencias necesarias. Mientras que no le remuerda en nada la conciencia, tendré miedo de que se pierda. Si ambos estuviéseis acordes, frustraríais los ojos más lince: una pasión en su cuna y contrarestada rompe afuera; el amor satisfecho se sabe ocultar. Estremecióse Zadig con la propuesta de engañar al monarca su bienhechor, y nunca fue mas fiel a su príncipe que cuando culpado de un involuntario delito. En tanto la reina repetía con tal frecuencia el nombre de Zadig; colorábanse de manera sus mejillas al pronunciarle; cuando le hablaba delante del rey, estaba unas veces tan animada y otras tan confusa; parábase tan pensativa cuando se iba, que turbado el rey creyó todo cuanto vía, y se figuró lo que no vía. Observó sobre todo que las babuchas de su mujer eran azules, y azules las de Zadig; que los lazos de su mujer eran pajizos, y pajizo el turbante de Zadig: tremendos indicios para un príncipe delicado. En breve se tornaron en su ánimo exasperado en certeza las sospechas.

Los esclavos de los reyes y las reinas son otras tantas espías de sus más escondidos afectos, y en breve descubrieron que estaba Astarte enamorada, y Moabdar celoso. Persuadió el envidioso a la envidiosa a que enviara al rey su liga que se parecía a la de la reina; y para mayor desgracia, era azul dicha liga. El monarca solo pensó entonces en el modo de vengarse. Una noche se resolvió a dar un veneno a la reina, y a enviar un lazo a Zadig al rayar del alba, y dio esta orden a un despiadado eunuco, ejecutor de sus venganzas. Hallábase a la sazón en el aposento del rey un enanillo mudo, pero no sordo, que dejaban allí como un animalejo doméstico, y era testigo de los mas recónditos secretos. Era el tal mudo muy afecto a la reina y a Zadig, y escuchó con no menos asombro que horror dar la orden de matarlos ambos. ¿Mas cómo haría para precaver la ejecución de tan espantosa orden, que se iba a cumplir dentro de pocas horas? No sabía escribir, pero sí pintar, y especialmente retratar al vivo los objetos. Una parte de la noche la pasó dibujando lo que quería que supiera la reina: representaba su dibujo, en un rincón del cuadro, al rey enfurecido dando órdenes a su eunuco; en otro rincón una cuerda azul y un vaso sobre una mesa, con unas ligas azules, y unas cintas pajizas; y en medio del cuadro la reina moribunda en brazos de sus damas, y a sus plantas Zadig ahorcado. Figuraba el horizonte el nacimiento del sol, como para denotar que esta horrenda catástrofe debía ejecutarse al rayar de la aurora. Luego que hubo acabado, se fue corriendo al aposento de una dama de Astarte, la despertó, y le dijo por señas que era menester que llevara al instante aquel cuadro a la reina.

Hete pues que a media noche llaman a la puerta de Zadig, le despiertan, y le entregan una esquila de la reina: dudando Zadig si es sueño, rompe el nema con trémula mano. ¡Qué pasmo no fue el suyo, ni quien puede pintar la consternación y el horror que le sobrecogieron, cuando leyó las siguientes palabras! "Huid sin tardanza, o van a quitaros la vida. Huid, Zadig, que yo os lo mando en nombre de nuestro amor, y de mis cintas pajizas. No era culpada, pero veo que voy a morir delincuente."

Apenas tuyo Zadig fuerza para articular una palabra. Mandó llamar a Cador, y sin decirle nada le dio la esquela; y Cador le forzó a que obedeciese, y a que tomase sin detenerse el camino de Menfis. Si os aventuráis a ir a ver a la reina, le dijo, aceleráis su muerte; y si habláis con el rey, también es perdida. Yo me encargo de su suerte, seguid vos la vuestra: esparciré la voz de que os habéis encaminado hacia la India, iré pronto a buscaros, y os diré lo que hubiere sucedido en Babilonia.

Sin perder un minuto, hizo Cador llevar a una salida excusada de palacio dos dromedarios ensillados de los más andariegos; en uno montó Zadig, que no se podía tener, y estaba a punto de muerte, y en otro el único criado que le acompañaba. A poco rato Cador sumido en dolor y asombro hubo perdido a su amigo de vista.

Llegó el ilustre prófugo a la cima de un collado de donde se descubría a Babilonia, y clavando los ojos en el palacio de la reina se cayó desmayado. Cuando recobró el sentido, vertió abundante llanto, invocando la muerte. Al fin después de haber lamentado la deplorable estrella de la más amable de las mujeres, y la primera reina del mundo, reflexionando un instante en su propia suerte, dijo: ¡Válgame Dios; y lo que es la vida humana! ¡O virtud, para que me has valido! Indignamente me han engañado dos mujeres; y la tercera, que no es culpada, y es más hermosa que las otras, va a morir. Todo cuanto bien he hecho ha sido un manantial de maldiciones para mí; y si me he visto exaltado al ápice de la grandeza, ha sido para despeñarme en la más honda sima de la desventura. Si como tantos hubiera sido malo, sería, como ellos, dichoso. Abrumado con tan fatales ideas, cubiertos los ojos de un velo de dolor, pálido de color de muerte el semblante, y sumido el ánimo en el abismo de una tenebrosa desesperación, siguió su viaje hacia el Egipto.

IX.— La mujer aporreada.

Encaminabase Zadig en la dirección de las estrellas, y le guiaban la constelación de Orión y el luciente astro de Sirio hacia el polo de Canopo. Contemplaba admirado estos vastos globos de luz que parecen imperceptibles chispas a nuestra vista, al paso que la tierra que realmente es un punto infinitamente pequeño en la naturaleza, la mira nuestra codicia como tan grande y tan noble. Representábase entonces a los hombres como realmente son, unos insectos que unos a otros se devoran sobre un mezuquino átomo de cieno; imagen verdadera que acallaba al parecer sus cuitas, retratándole la nada de su ser y de Babilonia misma. Lanzábase su ánimo en lo infinito, y desprendido de sus sentidos contemplaba el inmutable orden, del universo. Mas cuando luego tornando en sí, y entrando dentro de su corazón, pensaba en Astarte, muerta acaso a causa de él, todo el universo desaparecía, y no vía mas que a la moribunda Astarte y al malhadado Zadig. Agitado de este flujo y reflujo de sublime filosofía y de acerbo duelo, caminaba hacia las fronteras de Egipto, y ya había llegado su fiel criado al primer pueblo, y le buscaba alojamiento. Paseábase en tanto Zadig por los jardines que ornaban las inmediaciones del lugar, cuando a corta distancia del camino real vio una mujer llorando, que invocaba cielos y tierra en su auxilio, y un hombre enfurecido en seguimiento suyo. Alcanzábala ya; abrazaba ella sus rodillas, y el hombre la cargaba de golpes y denuestos. Por la saña del Egipcio, y los reiterados perdones que le pedía la dama, coligió que él era celoso y ella infiel; pero habiendo contemplado a la mujer, que era una beldad peregrina, y que además se parecía algo a la desventurada Astarte, se sintió movido de compasión en favor de ella, y de horror contra el Egipcio. Socorredme, exclamó la dama a Zadig entre sollozos, y sacadme de poder del más inhumano de los mortales; libradme la vida. Oyendo estas voces, fue Zadig a interponerse entre ella y este cruel. Entendía algo la lengua egipcia, y le dijo en este idioma: Si tenéis humanidad, ruégoos que respetéis la flaqueza y la hermosura. ¿Cómo agraviáis un dechado de perfecciones de la naturaleza, postrado a vuestras plantas, sin más defensa que sus lágrimas? Ha, ha, le dijo el hombre colérico: ¿con que también tú la quieres? pues en ti me voy a vengar. Dichas estas razones, deja a la dama que tenia asida por los cabellos, y cogiendo la lanza va a pasársela por el pecho al extranjero. Este que estaba sosegado paró con facilidad el encuentro de aquel frenético, agarrando la lanza por junto al hierro de que estaba armada. Forcejando uno por retirarla, y otro por quitársela, se hizo pedazos. Saca entonces el Egipcio su espada, ármase Zadig con la suya, y se embisten uno y otro. Da aquel mil precipitados golpes; páralos este con maña: y la dama sentada

sobre el césped los mira, y compone su vestido y su tocado. Era el Egipcio más forzado que su contrario, Zadig era más mañoso: este peleaba como un hombre que guiaba el brazo por su inteligencia, y aquel como un loco que ciego con los arrebatos de su saña le movía a la aventura. Va Zadig a él, le desarma; y cuando más enfurecido el Egipcio se quiere tirar a él, le agarra, le aprieta entre sus brazos, le derriba por tierra, y poniéndole la espada al pecho, le quiere dejar la vida. Desatinado el Egipcio saca un puñal, y hiere a Zadig, cuando vencedor este le perdonaba; y Zadig indignado le pasa con su espada el corazón. Lanza el Egipcio un horrendo grito, y muere convulso y desesperado, Volvióse entonces Zadig a la dama, y con voz rendida le dijo: Me ha forzado a que le mate; ya estáis vengada, y libre del hombre mas furibundo que he visto: ¿qué queréis, Señora, que haga? Que mueras, infame, replicó ella, que has quitado la vida a mi amante: ¡ojalá pudiera yo despedazarte el corazón! Por cierto, Señora, respondió Zadig, que era raro sujeto vuestro amante; os aporreaba con todas sus fuerzas, y me quería dar la muerte, porque me habíais suplicado que os socorriese. ¡Pluguiera al cielo, repuso la dama en descompasados gritos, que me estuviera aporreando todavía, que bien me lo tenia merecido, por haberle dado celos! ¡Pluguiera al cielo, repito, que él me aporreara, y que estuvieras tú como él! Más pasmado y más enojado Zadig que nunca en toda, su vida, le dijo: Bien merecierais, puesto que sois linda, que os aporreara yo como él hacia, tanta es vuestra locura; pero no me tomaré ese trabajo. Subió luego en su camello, y se encaminó al pueblo. Pocos pasos había andado, cuando volvió la cara al ruido que metían cuatro correos de Babilonia, que a carrera tendida venían. Dijo uno de ellos al ver a la mujer: Esta misma es, que se parece a las señas que nos han dado; y sin curarse del muerto, echaron mano de la dama. Daba esta gritos a Zadig diciendo: Socorredme, generoso extranjero; perdonadme si os he agraviado: socorredme, y soy vuestra hasta el sepulcro. Pero a Zadig se le había pasado la manía de pelear otra vez por favorecerla. Para el tonto, respondió, que se descare engañar. Además estaba herido, iba perdiendo la sangre, necesitaba que le diesen socorro; y le asustaba la vista de los cuatro Babilonios despachados, según toda apariencia, por el rey Moabdar. Aguijó pues el paso hacia el lugar, no pudiendo al mar porque venían cuatro corricos de Babilonia a prender a esta Egipcia, pero mas pasmado todavía de la condición de la tal dama.

X.— La esclavitud.

Entrando en la aldea egipcia, se vio cercado de gente que decía a gritos: Este es el robador de la hermosa Misuf, y el que acaba de asesinar a Cletofis. Señores, les respondió, líbreme Dios de robar en mi vida a vuestra hermosa Misuf, que es antojadiza en demasía; y a ese Cletofis no le he asesinado, sino que me he defendido de él, porque me quería matar, por haberle rendidamente suplicado que perdonase a la hermosa Misuf, a quien daba desaforados golpes. Yo soy extranjero, vengo a refugiarme en Egipto; y no es presumible que uno que viene a pedir vuestro amparo, empiece robando a una mujer y asesinando a un hombre.

Eran en aquel tiempo los Egipcios justos y humanos. Condujo la gente a Zadig a la casa de cabildo, donde primero le curaron la herida, y luego tomaron separadamente declaración a él y a su criado para averiguar la verdad, de la cual resultó notorio que no era asesino; pero habiendo derramado la sangre de un hombre, le condenaba la ley a ser esclavo. Vendieronse en beneficio del pueblo los dos camellos, y se repartió entre los vecinos todo el oro que traía; él mismo fue puesto a pública subasta en la plaza del mercado, junto con su compañero de viaje, y se remató la venta en un mercader árabe, llamado Setoc; pero como el criado era mas apto para la faena que el amo, fue vendido mucho mas caro, porque no había comparación entre uno y otro. Fue pues esclavo Zadig, y subordinado a su propio criado: atáronlos juntos con un grillete, y en este estado siguieron a su casa al mercader árabe. En el camino consolaba Zadig a su criado exhortándole a tener paciencia, y haciendo, según acostumbraba, reflexiones sobre las humanas vicisitudes. Bien veo que la fatalidad de mi estrella se ha comunicado a la tuya. Hasta ahora todas mis cosas han tomado raro giro: me han condenado a una multa por haber visto pasar una perra; ha estado en poco que me empalaran por un grifo; he sido condenado a muerte por haber compuesto unos versos en alabanza del rey; me he huido a uña de caballo de la horca, porque gastaba la reina cintas amarillas; y ahora soy esclavo contigo, porque un zafio ha aporreado a su dama. Vamos, no perdamos ánimo, que acaso todo esto

tendrá fin: fuerza es que los mercaderes árabes tengan esclavos; ¿y por qué no lo he de ser yo lo mismo que otro, siendo hombre lo mismo que otro? No ha de ser ningún inhumano este mercader; y si quiere sacar fruto de las faenas de sus esclavos, menester es que los trate bien. Así decía, y en lo interior de su corazón no pensaba más que en el destino de la reina de Babilonia.

Dos días después se partió el mercader Setoc con sus esclavos y sus camellos a la Arabia desierta. Residía su tribu en el desierto de Oreb, y era arduo y largo el camino. Durante la marcha hacia Setoc mucho mas aprecio del criado que del amo, y le daba mucho mejor trato porque sabia cargar mas bien los camellos.

Dos jornadas de Oreb murió un camello, y la carga se repartió sobre los hombros de los esclavos, cabiéndole su parte a Zadig. Echóse a reír Setoc, al ver que todos iban encorvados; y se tomó Zadig la libertad de explicarle la razón, enseñándole las leyes del equilibrio. Pasmado el mercader le empozó a tratar con mas miramiento; y viendo Zadig que había despertado su curiosidad, se la aumentó instruyéndole de varias cosas que no eran ajenas de su comercio; de la gravedad específica de los metales y otras materias en igual volumen, de las propiedades de muchos animales útiles, y de los medios de sacar fruto de los que no lo eran: por fin, le pareció un sabio, y en adelante le apreció en mas que a su camarada que tanto había estimado, le dio buen trato, y le salió bien la cuenta.

Así que llegó Setoc a su tribu, reclamó de un hebreo quinientas onzas de plata que le había prestado a presencia de dos testigos; pero habían muerto ambos, y el hebreo que no podía ser convencido, se guardaba la plata del mercader, dando gracias a Dios porque le había proporcionado modo de engañar a un árabe. Comunicó Setoc el negocio con Zadig de quien había hecho su consejero. ¿Qué condición tiene vuestro deudor? le dijo Zadig. La condición de un bribón, replicó Setoc. Lo que yo pregunto es si es vivo o flemático, imprudente o discreto. De cuantos malos pagadores conozco, dijo Setoc, es el más vivo. Está bien, repuso Zadig, permitidme que abogue yo en vuestra demanda ante el juez. Con efecto citó al tribunal al hebreo, y habló al juez en estos términos: Almohada del trono de equidad, yo soy venido para reclamar, en nombre de mi amo, quinientas onzas de plata que prestó a este hombre, y que no le quiere pagar. ¿Tenéis testigos? dijo el juez. No, porque se han muerto; mas queda una ancha piedra sobre la cual se contó el dinero; y si gusta vuestra grandeza mandar que vayan a buscar la piedra, espero que ella dará testimonio de la verdad. Aquí nos quedaremos el hebreo y yo, hasta que llegue la piedra, que enviaré a buscar a costa de mi amo Setoc. Me place, dijo el juez; y pasó a despachar otros asuntos.

Al fin de la audiencia dijo a Zadig: ¿Con que no ha llegado esa piedra todavía? Respondió el hebreo soltando la risa: Aquí se estaría vuestra grandeza hasta mañana, esperando la piedra, porque está más de seis millas de aquí, y son necesarios quince hombres para menearla. Bueno está, exclamó Zadig, ¿no había dicho yo que la piedra daría testimonio? una vez que sabe ese hombre donde está, confiesa que se contó el dinero sobre ella. Confuso el hebreo se vio precisado a declarar la verdad, y el juez mandó que le pusiesen atado a la piedra, sin comer ni beber, hasta que restituyese las quinientas onzas de plata que pagó al instante; y el esclavo Zadig y la piedra se granjearon mucha reputación en toda la Arabia.

XI.— La hoguera.

Embelesado Setoc hizo de su esclavo su más íntimo amigo, y no podía vivir sin él, como había sucedido al rey de Babilonia: fue la fortuna de Zadig que Setoc no era casado. Descubrió este en su amo excelente índole, mucha rectitud y una sana razón, y sentía ver que adorase el ejército celestial, quiero decir el sol, la luna y las estrellas, como era costumbre antigua en la Arabia; y le hablaba a veces de este culto, aunque con mucha reserva. Un día por fin le dijo que eran unos cuerpos como los demás, y no más acreedores a su veneración que un árbol o un peñasco. Sí tal, replicó Setoc, que son seres eternos que nos hacen mil bienes, animan la naturaleza, arreglan las estaciones; aparte de que distan tanto de nosotros que no es posible menos de reverenciarlos. Mas provecho sacáis, respondió Zadig, de las ondas del mar Rojo, que conduce vuestros géneros a la India: ¿y por qué no ha de ser tan antiguo como las estrellas? Si adoráis lo que dista de vos, también habéis de adorar la tierra de los Gangaridas, que está al cabo del mundo. No, decía Setoc; mas el brillo de las estrellas

es tanto, que es menester adorarlas. Aquella noche encendió Zadig muchas hachas en la tienda donde cenaba con Setoc; y luego que se presentó su amo, se hincó de rodillas ante los cirios que ardían, diciéndoles: Eternas y brillantes lumbreras, sedme propicias. Pronunciadas estas palabras, se sentó a la mesa sin mirar a Setoc. ¿Qué hacéis? le dijo este admirado. Lo que vos, respondió Zadig; adoro esas luces, y no hago caso de su amo y mío. Setoc entendió lo profundo del apólogo, albergó en su alma la sabiduría de su esclavo, dejó de tributar homenaje a las criaturas, y adoró el Ser eterno que las ha formado.

Reinaba entonces en la Arabia un horroroso estilo, cuyo origen venia de la Escitia, y establecido luego en las Indias a influjo de los bracmanes, amenazaba todo el Oriente. Cuando moría un casado, y quería ser santa su cara esposa, se quemaba públicamente sobre el cadáver de su marido, en una solemne fiesta, que llamaban la hoguera de la viudez; y la tribu más estimada era aquella en que más mujeres se quemaban. Murió un árabe de la tribu de Setoc, y la viuda, por nombre Almona, persona muy devota, anunció el día y la hora que se había de tirar al fuego, al son de tambores y trompetas. Representó Zadig a Setoc cuan opuesto era tan horrible estilo al bien del humano linaje; que cada día dejaban quemar a viudas mozas que podían dar hijos al estado, o criar a lo menos los que tenían; y convino Setoc en que era preciso hacer cuanto para abolir tan inhumano estilo fuese posible. Pero añadió luego: Mas de mil años ha que están las mujeres en posesión de quemarse vivas. ¿Quién se ha de atrever a mudar una ley consagrada por el tiempo? ¿Ni qué cosa hay más respetable que un abuso antiguo? Mas antigua es todavía la razón, replicó Zadig; hablad vos con los caudillos de las tribus, mientras yo voy a verme con la viuda moza.

Presentóse a ella; y después de hacerse buen lugar encareciendo su hermosura, y de haberle dicho cuan lastimosa cosa era que tantas perfecciones fuesen pasto de las llamas, también exaltó su constancia y su esfuerzo. ¿Tanto queríais a vuestro marido? le dijo. ¿Quererle? no por cierto, respondió la dama árabe: si era un zafio, un celoso, hombre inaguantable; pero tongo hecho propósito firme de tirarme a su hoguera. Sin duda, dijo Zadig, que debe ser un gusto exquisito esto de quemarse viva. Ha, la naturaleza se estremece, dijo la dama, pero no tiene remedio. Soy devota, y perdería la reputación que por tal he granjeado, y todos se reirían de mí si no me quemara. Habiéndola hecho confesar Zadig que se quemaba por el que dirán y por mera vanidad, conversó largo rato con ella, de modo que le inspiró algún apego a la vida, y cierta buena voluntad a quien con ella razonaba, ¿Qué hicierais, le dijo en fin, si no estuvierais poseída de la vanidad de quemaros? Ha, dijo la dama, creo que os brindaría con mi mano. Lleno Zadig de la idea de Astarte, no respondió a esta declaración, pero fue al punto a ver a los caudillos de las tribus, y les contó lo sucedido, aconsejándoles que promulgaran una ley por la cual no seria permitido a ninguna viuda quemarse antes de haber hablado a solas con un mancebo por espacio de una hora entera; y desde entonces ninguna dama se quemó en toda Arabia, debiéndose así a Zadig la obligación de ver abolido en solo un día estilo tan cruel, que reinaba tantos siglos había: por donde merece ser nombrado el bienhechor de la Arabia.

XII.— La cena.

No pudiendo Setoc apartarse de este hombre en quien residía la sabiduría, le llevó consigo a la gran feria de Basora, donde se juntaban los principales traficantes del globo habitable. Zadig se alegró mucho viendo en un mismo sitio juntos tantos hombres de tan varios países, y le pareció que era el universo una vasta familia que se hallaba reunida en Basora. Comió el segundo día a la misma mesa con un Egipcio, un Indio gangarida, un morador del Catay, un Griego, un Celta, y otra muchedumbre de extranjeros, que en sus viajes frecuentes al seno Arábigo habían aprendido el suficiente árabe para darse a entender. El Egipcio no cabía en sí de enojo. ¡Qué abominable país es Basora! mil onzas de oro no me han querido dar sobre la alhaja mas preciosa del mundo. ¿Cómo así? dijo Setoc; ¿sobre qué alhaja? Sobre el cuerpo de mi tía, respondió el Egipcio, la más honrada mujer de Egipto, que siempre me acompañaba, y se ha muerto en el camino; he hecho de ella una de las más hermosas momias que pueden verse, y en mi tierra encontraría todo cuanto dinero pidiese sobre esta prenda. Buena cosa es que no me quieran dar siquiera mil onzas de oro, empeñando un efecto de tanto precio. Lleno de furor todavía iba a comerse la pechuga de un excelente pollo

guisado, cuando cogiéndole el Indio de la mano, le dijo en tono compungido: Ha ¿qué vais a hacer? A comer de ese pollo, le respondió el hombre de la momia. No hagáis tal, replicó el Gangarida, que pudiera ser que hubiese pasado el alma de la difunta al cuerpo de este pollo, y no os habéis de aventurar a comer a vuestra tía. Guisar los pollos es un agravio manifiesto contra la naturaleza. ¿Qué nos traéis aquí con vuestra naturaleza, y vuestros pollos? repuso el iracundo Egipcio: nosotros adoramos un buey, y comemos vaca. ¡Un buey adoráis! ¿Es posible? dijo el hombre del Ganges. ¿Y cómo si es posible? continuó el otro: ciento treinta y cinco mil años ha que así lo hacemos, y nadie entre nosotros lo lleva a mal. Ha, en eso de ciento treinta y cinco mil, dijo el Indio, hay su poco de ponderación, porque no ha mas de ochenta mil que está poblada la India, y nosotros somos los mas antiguos; y Brama nos había prohibido que nos comiéramos a los bueyes, antes que vosotros los pusierais en los altares y en las parrillas. Valiente animal es vuestro Brama comparado con Apis, dijo el Egipcio; ¿qué cosas tan portentosas ha hecho ese Brama? El brahmán le replicó: ha enseñado a los hombres a leer y escribir, y la tierra le debe el juego de ajedrez. Estáis equivocado, dijo un Caldeo que a su lado estaba; el pez Oanes es el autor de tan señalados beneficios, y a él solo se le debe de justicia tributar homenaje. Todo el mundo sabe que era un ser divino, que tenia la cola de oro, y una cabeza humana muy hermosa, y salía del mar para predicar en la tierra tres horas al día. Tuvo muchos hijos, que todos fueron reyes, como es notorio. En mi casa tengo su imagen, y la adoro como es debido. Lícito es comer vaca hasta no querer más, pero es acción impía sobre manera guisar pescado. Dejando esto aparte, ambos sois de origen muy bastardo y reciente, y no podéis disputar conmigo. La nación egipcia no pasa de ciento treinta y cinco mil años, y los Indios no se dan arriba de ochenta mil, mientras que conservamos nosotros calendarios de cuatro mil siglos. Creedme, y dejaos de desatinos, y os daré a cada uno una efigie muy hermosa de Oanes. Tomando entonces la palabra el hombre de Cambalu, dijo: Mucho respeto a los Egipcios, a los Caldeos, a los Griegos, a los Celtas, a Brama, al buey Apis, y al hermoso pez Oanes; pero el Li o el Tien, como le quieran llamar [P. D.: Voces chinas, que quieren decir Li, la luz natural, la razón; y Tien, el cielo; y también significan a Dios.], no valen menos acaso que los bueyes y los peces. No mentaré mi país, que es tamaño como el Egipto, la Caldea y las Indias juntas, ni disputare acerca de su antigüedad, porque lo que importa es ser feliz, y sirve de poco ser antiguo; pero si se trata de almanaques, diré que en toda el Asia corren los nuestros, y que los poseíamos aventajados, antes que supieran los Caldeos la aritmética.

Todos sois unos ignorantes, todos sin excepción, exclamó el Griego. ¿Pues qué, no sabéis que el padre de todo es el caos, y que el estado en que vemos el mundo es obra de la forma y la materia? Habló el tal Griego largo rato, hasta que le interrumpió el Celta, el cual había bebido mientras que altercaban los demás, y que creyéndose entonces mas instruido que todos, dijo echando por vidas, que solo Teutates y las agallas de roble merecían mentarse; que él llevaba siempre agallas en el bolsillo; que sus ascendientes los Escitas eran los únicos sujetos honrados que había habido en el universo, puesto que de verdad comían a veces carne humana, pero que eso no quitaba que fuesen una nación muy respetable; por fin, que si alguien decía mal de Teutates, él le enseñaría a no ser mal hablado. Encendiöse entonces la contienda, y vio Setoc la hora en que se iba a ensangrentar la mesa. Zadig, que no había desplegado los labios durante la altercación, se levantó, y dirigiéndose primero al Celta, que era el más furioso, le dijo que tenía mucha razón, y le pidió agallas; alabó luego la elocuencia del Griego, y calmó todos los ánimos irritados. Poco dijo al del Catay, que había hablado con más juicio que los demás; y al cabo se explicó así: Amigos míos, ibais a enojaros sin motivo, porque todos sois del mismo dictamen. Todos se alborotaron al oír tal. ¿No es verdad, dijo al Celta, que no adoráis esta agalla, mas sí al que crió el roble y las agallas? Así es la verdad, respondió el Celta. Y vos, Señor Egipcio, de presumir es que en un buey tributáis homenaje al que os ha dado los bueyes. Eso es, dijo el Egipcio. El pez Oanes, continuó, le debe ceder a aquel que formó la mar y los peces. Estamos conformes, dijo el Caldeo. El Indio y el Catayés reconocen igualmente que vosotros, añadió, un principio primitivo. No he entendido muy bien las maravillosas lindezas que ha dicho el Griego, pero estoy cierto de que también admite un ser superior del cual depende la forma y la materia. El Griego, que se vía celebrado, dijo que Zadig había comprendido perfectamente su idea. Con que todos estáis conformes, repuso Zadig, y no hay motivo de

contienda. Abrazóle todo el mundo; y Setoc, después de haber vendido muy caros sus géneros, se volvió con su amigo Zadig a su tribu. Así que llegó, supo Zadig que se le había formado causa en su ausencia, y que le iban a quemar vivo.

XIII.— Las citas.

Mientras este viaje a Basora, concertaron los sacerdotes de las estrellas el castigo de Zadig. Perteneíanles por derecho divino las piedras preciosas y demás joyas de las viudas mozas que morían en la hoguera; y lo menos que podían hacer con Zadig era quemarle por el flaco servicio que les había hecho. Acusáronle por tanto de que llevaba opiniones erróneas acerca del ejército celestial, y declararon con juramento solemne que le habían oído decir que las estrellas no se ponían en la mar. Estremeciéronse los jueces de tan horrenda blasfemia; poco faltó para que rasgaran sus vestiduras al oír palabras tan impías, y las hubieran rasgado sin duda, si hubiera tenido Zadig con que pagarlas; mas se moderaron en la violencia de su dolor, y se ciñeron a condenar al reo a ser quemado vivo. Desesperado Setoc usó todo su crédito para librar a su amigo, pero en breve le impusieron silencio. Almona, la viuda moza que había cobrado mucha afición a la vida, y se la debía a Zadig, se resolvió a sacarle de la hoguera, que como tan abusiva se la había él presentado; y formando su plan en su cabeza, no dio parte de él a nadie. Al otro día iba a ser ajusticiado Zadig: solamente aquella noche le quedaba para libertarle, y la aprovechó como mujer caritativa y discreta.

Sahumóse, atildóse, aumentó el lucimiento de su hermosura con el mas bizarro y pomposo traje, y pidió audiencia secreta al sumo sacerdote de las estrellas. Así que se halló en presencia de este venerable anciano, le habló de esta manera: Hijo primogénito de la Osa mayor, hermano del toro, primo del can celeste (que tales eran los dictados de este pontífice), os vengo a fiar mis escrúpulos. Mucho temo haber cometido un gravísimo pecado no quemándome en la hoguera de mi amado marido. Y en efecto, ¿qué es lo que he conservado? una carne percedera, y ya marchita. Al decir esto, sacó de unos luengos mitones de seda unos brazos de maravillosa forma, y de la blancura del más puro alabastro. Ya veis, dijo, cuan poco vale todo esto. Al pontífice se le figuró que esto valía mucho: aseguráronlo sus ojos, y lo confirmó su lengua, haciendo mil juramentos de que no había en toda su vida visto tan hermosos brazos. ¡Ay! dijo la viuda, acaso los brazos no son tan malos; pero confesad que el pecho no merece ser mirado. Diciendo esto, desabrochó el más lindo seno que pudo formar naturaleza; un capullo de rosa sobre una bola de marfil parecía junto a él un poco de rubia que colora un palo de box, y la lana de los albos corderos que salen de la alberca era amarilla a su lado. Este pecho, dos ojos negros rasgados que suaves y muelles de amoroso fuego brillaban, las mejillas animadas en púrpura con la mas cándida leche mezclada, una nariz que no se semejaba a la torre del monte Líbano, sus labios que así se parecían como dos hilos de coral que las mas bellas perlas de la mar de Arabia ensartaban; todo este conjunto en fin persuadió al viejo a que se había vuelto a sus veinte años. Tartamudo declaró su amor; y viéndole Almona inflamado, le pidió el perdón de Zadig. ¡Ay! respondió él, hermosa dama, con toda mi ánima se le concediera, mas para nada valdría mi indulgencia, porque es menester que firmen otros tres de mis colegas. Firmad vos una por una, dijo Almona, Con mucho gusto, respondió el sacerdote, con la condición de que sean vuestros favores premio de mi condescendencia. Mucho me honráis, replicó Almona; pero tomaos el trabajo de venir a mi cuarto después de puesto el sol, cuando raye sobre el horizonte la luciente estrella de Scheat; en un sofá color de rosa me hallaréis, y haréis con vuestra sierva lo que fuere de vuestro agrado. Salió sin tardanza con la firma, desando al viejo no menos que enamorado desconfiándose de sus fuerzas; el cual lo restante del día lo gastó en bañarse, y bebió un licor compuesto con canela de Ceylan y con preciosas especias de Tidor y Tornate, aguardando con ansia que saliese la estrella de Scheat.

En tanto la hermosa Almona fue a ver al segundo pontífice, que le dijo que comparados con sus ojos eran fuegos fatuos el sol, la luna, y todos los astros del firmamento. Solicitó ella la misma gracia, y él le propuso el mismo premio. Dejóse vencer Almona, y citó al segundo pontífice para cuando nace la estrella Algenib. Fue de allí a casa del tercero y cuarto sacerdote, llevándose de cada uno su firma, y citándolos de estrella a estrella. Avisó entonces a los jueces que vinieran a su casa para un asunto de la mayor gravedad. Fueron en efecto, y ella les enseñó las cuatro firmas, y les dio

parte del precio a que habían vendido los sacerdotes el perdón de Zadig. Llegó cada uno a la hora señalada, y quedó pasmado de encontrarse con sus colegas, y todavía más con los jueces que fueron testigos de su ignominia. Fue puesto en libertad Zadig, y Setoc tan prendado de la maña de Almona, que la tomó por su mujer propia.

XIV.— El baile.

Tenia que ir Setoc para negocios de su tráfico a la isla de Serendib; pero el primer mes de casados, que, como ya llevamos dicho, es la luna de miel, no le dejó ni separarse de su mujer, ni aun presumir que podría separarse un día de ella. Rogó por tanto a su amigo Zadig que hiciera por el este viaje. ¡Ay! decía Zadig: ¿con que aun he de poner más tierra entre la hermosa Astarte y yo? Pero es fuerza que sirva a mis bienhechores. Así dijo, lloró, y se partió.

A poco tiempo de haber aportado a la isla de Serendib, era tenido por hombre muy superior. Escogieronle los negociantes por su árbitro, los sabios por su amigo, y el corto número de aquellos que piden consejo por su consejero. Quiso el rey verle y oírle, y conoció en breve cuanto valía Zadig; se fió de su discreción, y le hizo amigo suyo. Temblaba Zadig de la llaneza y la estimación con que le trataba el rey, pensando de noche y de día en las desventuras que le había acarreado la amistad de Moabdar. El rey me quiere, decía; ¿seré un hombre perdido? Con todo no se podía zafar de los halagos de su majestad, porque debemos confesar que era uno de los más cumplidos príncipes del Asia Nabuzan, rey de Serendib, hijo de Nuzanah, hijo de Nabuzan, hijo de Sambusna; y era difícil que a quien le trataba, de cerca no le prendase.

Sin cesar elogiaban, engañaban y robaban a este buen príncipe; y cada cual metía la mano como a porfía en el erario. El principal ministro de hacienda de la isla de Serendib daba este precioso ejemplo, y todos los subalternos le imitaban con fervor. El rey, que lo sabía, había mudado varias veces de ministro, pero nunca había podido mudar el estilo admitido de dividir las rentas reales en dos partes desiguales; la más pequeña para su majestad, y la mayor para sus administradores.

Fió el buen rey Nabuzan su cuita del sabio Zadig. Vos que tantas cosas sabéis, le dijo, ¿no sabríais modo para que tope yo con un tesorero que no me robe? Sí por cierto, respondió Zadig; un modo infalible sé de buscaros uno que tenga las manos limpias. Contentísimo el rey le preguntó, dándole un abrazo, como haría. No hay mas, replicó Zadig, que hacer bailar a cuantos pretenden la dignidad de tesorero; y el que con más ligereza bailare, será infaliblemente el más hombre de bien. Os estáis burlando, dijo el rey: ¡donoso modo por cierto de elegir un ministro de hacienda! ¿Con que el que mas listo fuere para dar cabriolas en el aire ha de ser el mas integro y mas hábil administrador? No digo yo que haya de ser el más hábil, replicó Zadig, pero lo que sí aseguro es que indubitablemente ha de ser el más honrado. Tanta era la confianza con que lo decía Zadig, que se persuadió el rey a que poseía algún secreto sobrenatural para conocer a los administradores. Yo no gusto de cosas sobrenaturales, dijo Zadig, ni he podido nunca llevar en paciencia ni los hombres que hacen milagros, ni los libros que los mentan: y si quiere vuestra majestad permitir que haga la prueba, quedará convencido de que mi secreto es tan fácil como sencillo. Más se asombró Nabuzan, rey de Serendib, al oír que era sencillo el secreto, que si le hubiera dicho que era milagroso. Está bien, le dijo, haced lo que os parezca. Dejadlo estar, que ganaréis con esta prueba más de lo que pensáis. Aquel mismo día mandó pregonar en nombre del rey, que todos cuantos aspiraban al empleo de principal ministro de las rentas de su sacra majestad Nabuzan, hijo de Nuzanab, viniesen con vestidos ligeros de seda a la antecámara del rey, el primer día de la luna del cocodrilo. Acudieron en número de sesenta y cuatro. Estaban los músicos en una sala inmediata, y dispuesto todo para un baile; pero estaba cerrada la puerta de la sala, y para entrar en ella había que atravesar una galería bastante obscura. Vino un hujier a conducir uno tras de otro a cada candidato por este pasadizo, donde le dejaba solo algunos minutos. El rey que estaba avisado, había hecho poner todos sus tesoros en la galería. Cuando llegaron los pretendientes a la sala, mandó su majestad que bailaran, y nunca se habían visto bailarines más topos ni con menos desenvoltura; todos andaban la cabeza baja, las espaldas corvas, y las manos pegadas al cuerpo. ¡Qué bribones! decía en voz baja Zadig. Uno solo hacia con agilidad las mudanzas, levantada la cabeza, sereno el mirar, derecho el cuerpo, y firmes las rodillas. ¡Qué hombre tan de bien, qué honrado sujeto! dijo Zadig. Dio el rey un

abrazo a este buen bailarín, y le nombró su tesorero: todos los demás fueron justamente castigados y multados, porque mientras que habían estado en la galería, había llenado cada uno sus bolsillos, y apenas podía dar pasó. Compadeciéndose el rey de la humana naturaleza, contemplando que de sesenta y cuatro bailarines los sesenta y tres eran ladrones rateros, y se dio a la galería oscura el título de corredor de la tentación. En Persia hubieran empalado a los sesenta y tres magnates; en otros países, hubieran nombrado un juzgado, que hubiera consumido en costas el triple del dinero robado, y no hubiera puesto un maravedí en las arcas reales; en otros, se hubieran justificado plenamente, y hubiera caído de la gracia el ágil bailarín: en Serendib fueron condenados a aumentar el fisco, porque era Nabuzan muy elemento.

No era menos agradecido, y dio a Zadig una suma más cuantiosa que nunca había robado tesorero ninguno al rey su amo. Valióse de este dinero Zadig para enviar a Babilonia expresos que le informaran de la suerte de Astarte. Al dar esta orden le tembló la voz, se le agolpó la sangre hacia el corazón, se cubrieron de un tenebroso velo sus ojos, y se paró a punto de muerte. Partióse el correo, viole embarcar Zadig, y se volvió a palacio, donde sin ver a nadie, y creyendo que estaba en su aposento, pronunció el nombre de amor. Si, el amor, dijo el rey; de eso justamente se trata, y habéis adivinado la causa de mi pena. ¡Qué grande hombre sois! Espero que me enseñéis a conocer una mujer firme, como me habéis hecho hallar un tesorero desinteresado. Volviendo en sí Zadig le prometió servirle en su amor como había hecho en real hacienda, aunque parecía la empresa más ardua todavía.

XV.— Los ojos azules.

Mi cuerpo y mi corazón, dijo el rey a Zadig... Oyendo estas palabras no pudo menos el Babilonio de interrumpir a su majestad, y de decirle: ¡Cuanto celebro que no hayáis dicho mi alma y mi corazón!, porque no oímos mas voces que estas en las conversaciones de Babilonia, ni leemos libros que no traten del corazón y el alma, escritos por autores que ni uno ni otra tienen; pero perdonadme, Señor, y proseguid. Nabuzan continuó: Mi cuerpo y mi corazón son propensos al amor; a la primera de estas dos potencias le sobran satisfacciones, que tengo cien mujeres a mi disposición, hermosas todas, complacientes, obsequiosas, y voluptuosas, o fingiendo que lo son conmigo. No es empero mi corazón tan afortunado, porque tengo sobrada experiencia de que el halagado es el rey de Serendib, y que hacen poquísimos aprecio de Nabuzan. No por eso digo que sean infieles mis mujeres, puesto que quisiera encontrar una que me quisiera por mí propio, y diera por ella las cien beldades que poseo. Decidme si en mis cien sultanas hay una que de veras me quiera.

Respondióle Zadig lo mismo que acerca del ministro de hacienda. Señor, dejadlo a mi cargo; pero permitidme primero que disponga de todas las riquezas que se expusieron en la galería de la tentación, y no dudéis de que os daré buena cuenta de ellas, y no perderéis un ardite. Dióle el rey amplias facultades, y escogió Zadig treinta y tres jorobados de los más feos de Serendib, treinta y tres pajes de los más lindos, y treinta y tres de los más elocuentes y forzudos bonzos. Dejóles a todos facultad de introducirse en los retretes de las sultanas; dio a cada jorobado cuatro mil monedas de oro que regalar, y el primer día fueron todos felices. Los pajes que no tenían otra dádiva que hacer que la de su persona, tardaron dos o tres días en conseguir lo que solicitaban; y tuvieron mas dificultad en salir non la suya los bonzos; pero al cabo se les rindieron treinta y tres devotas. Presenció el rey todas estas pruebas por unas celosías que daban en los aposentos de las sultanas, y se quedó atónito, que de sus cien mujeres las noventa y nueve se rindieron a su presencia. Quedaba una muy joven y muy novicia, a la cual nunca había tocado su majestad: arrimáronse a ella uno, dos y tres jorobados, ofreciéndole hasta veinte mil monedas; pero se mantuvo incorruptible, riéndose de la idea de los jorobados que creían que su dinero los hacía mas bonitos. Presentáronse los dos mas lindos pajes, y les dijo que le parecía el rey mas lindo. Acometióla luego el bonzo más elocuente, y después el más intrépido: al primero le trató de parlanchín, y no pudo entender cual fuese el mérito del segundo. Todo se cifra en el corazón, dijo: yo no he de ceder ni al oro de un jorobado, ni a la hermosura de un paje, ni a las artes de un bonzo; ni he de querer a nadie mas que a Nabuzan; hijo de Nuzanab, esperando a que él me corresponda.

Quedó el rey embargado en júbilo, cariño y admiración. Volvió a tomar todo el dinero con que habían comprado los jorobados su buena ventura, y se le regaló a la hermosa Falida, que así se llamaba esta beldad. Dile con él su corazón, que merecía de sobra, porque nunca se vio juventud más brillante y más florida que la suya, nunca hermosura que mas digna de prender fuese. Verdad es que no calla la historia que hacia mal una cortesía; pero confiesa que bailaba como las hadas, cantaba como las sirenas, y hablaba como las Gracias, y estaba colmada de habilidades y virtud.

Adorábala el amado Nabuzan; pero tenia Falida ojos azules, lo cual causó las mas funestas desgracias. Estaba prohibido por una antigua ley de Serendib, que se enamoraran de una de las mujeres que llamaron luego los Griegos BOOPES; y hacia mas de cinco mil años que había promulgado esta ley el sumo bonzo, por apropiarse para sí la dama del primer rey de la isla de Serendib; de suerte que el anatema de los ojos azules se había hecho ley fundamental del estado. Todas las clases del estado hicieron enérgicas representaciones a Nabuzan; y públicamente se decía que era llegada la fatal catástrofe del reino, que estaba colmada la medida de la abominación, que un siniestro suceso amenazaba la naturaleza; en una palabra, que Nabuzan, hijo de Nuzanab, estaba enamorado de dos ojos azules rasgados. Los jorobados, los bonzos, los asentistas, y las ojinegras inficionaron de malcontentos el reino entero.

El descontento universal animó a los pueblos salvajes que viven al norte de Serendib a invadir los estados del buen Nabuzan. Pidió subsidios a sus vasallos, y los bonzos que eran dueños de la mitad de las rentas del estado, se contentaron con levantar las manos al cielo, y se negaron a llevar su dinero al erario para sacar de ahogo al rey. Cantaron lindas oraciones en música, y dejaron que los bárbaros asolaran el estado.

Querido Zadig, ¿me sacarás de este horrible apuro? le dijo en lastimoso tono Nabuzan. Con mucho gusto, respondió Zadig; los bonzos os darán cuanto dinero queráis. Abandonad las tierras donde tienen levantados sus palacios, y no defendáis mas que las vuestras. Hízolo así Nabuzan; y cuando vinieron los bonzos a echarse a sus plantas, implorando su asistencia, les respondió el rey con una soberbia música cuya letra eran oraciones al cielo, rogando por la conservación de sus tierras. Entonces los bonzos dieron dinero, y se concluyó con felicidad la guerra. De esta suerte por sus prudentes y dichosos consejos, y por los mas señalados servicios, se había acarreado Zadig la irreconciliable enemiga de los mas poderosos del estado: juraron su pérdida los bonzos y las ojinegras, desacreditáronle jorobados y asentistas, y le hicieron sospechoso al buen Nabuzan. Los servicios que el hombre hace se quedan en la antesala, y las sospechas penetran al gabinete, según dice Zoroastro. Todos los días eran acusaciones nuevas; la primera se repele, la segunda hace mella, la tercera hiere, y la cuarta mata.

Asustado Zadig, que había puesto en auge los asuntos de su amigo, y enviándole su dinero, no pensó más que en partirse de la isla, y en ir a saber en persona noticias de Astarte; porque si permanezco en Serendib, decía, me harán empalar los bonzos. ¿Pero adonde iré? en Egipto seré esclavo, en Arabia según las apariencias quemado, y ahorcado en Babilonia. Con todo menester es saber qué ha sido de Astarte: partámonos, y apuremos lo que me destina mi suerte fatal.

XVI.— El bandolero.

Al llegar a las fronteras que separan la Arabia pétrea de la Siria, y al pasar por junto a un fuerte castillo, salieron de él unos Árabes armados. Vióse rodeado de hombres que le gritaban: Ríndete; todo cuanto traes es nuestro, y tu persona pertenece a nuestro amo. En respuesta sacó Zadig la espada; lo mismo hizo su criado que era valiente, y dejaron sin vida a los primeros Árabes que los habían embestido: dobló el número de enemigos, mas ellos no se desalentaron, y se resolvieron a morir en la pelea. Veíanse dos hombres que se defendían contra una muchedumbre; tan desigual contienda poco podía durar. Viendo desde una ventana el dueño del castillo, que se llamaba Arbogad, los portentos de valor que hacia Zadig, le cobró estimación. Bajó por tanto, y vino en persona a contener a los suyos, y librar a los dos caminantes. Cuanto por mis tierras pasa es mío, dijo, no menos que lo que en tierras ajenas encuentro; pero me parecéis tan valeroso, que os eximo de la común ley. Hízole entrar en el castillo, mandando a su tropa que le tratase bien; y aquella noche quiso cenar con Zadig.

Era el amo de este castillo uno de aquellos Árabes que llaman ladrones, el cual entre mil atrocidades solía hacer alguna acción buena; robaba con una furiosa rapacidad, y daba con prodigalidad: intrépido en una acción, de buen genio en el trato de la vida, bebedor en la mesa, de buen humor cuando había bebido, y sobretodo sin solapa ninguna. Gustóle mucho Zadig, y con la conversación que se animó duró mucho el banquete. Díjole en fin Arbogad: Aconsejoos que toméis partido conmigo, no podéis hacer cosa mejor; no es tan malo el oficio, y un día podéis llegar a ser lo que yo soy. ¿Se puede saber, respondió Zadig, desde cuando ejercitáis tan hidalga profesión? Desde niño, replicó el señor. Era criado de un Árabe muy hábil, y no podía acostumbrarme a mi estado, desesperado de ver que perteneciendo igualmente la tierra a todos, no me hubiera cabido a mí la porción correspondiente. Fiéle mi pena a un Árabe viejo, el cual me dijo: Hijo mío, no te desesperes; sábetes que en tiempos antiguos había un grano de arena que se dolía de ser un átomo desconocido en un desierto; andando años, se convirtió en diamante, y es hoy el mas precioso joyel de la corona del rey de las Indias. Dióme tanto golpe esta respuesta, que siendo grano de arena me determiné a volverme diamante. Robé primero dos caballos, me junté con otros compañeros, púseme en breve en estado de robar caravanas poco crecidas; y así fue disminuyéndose la desproporción que de mí a los demás había. Participé de los bienes de este mundo, y me resarcí con usura: tuviéronme en mucho, llegué a ser señor bandolero, y gané este castillo tomándole por fuerza. Quiso quitármele el sátrapa de Siria, pero era ya tan rico que nada tenia que temer: di dinero al sátrapa, y conservé así el castillo, y agrandé mis tierras, añadiendo a ellas el cargo que me confirió el sátrapa de tesorero de los tributos que pagaba la Arabia pétrea al rey de reyes. Yo hice las cobranzas, y me exime de hacer pagos.

Envió aquí el gran Desterham de Babilonia, en nombre del rey Moabdar, a un satrapilla para mandarme ahorcar. Cuando él llegó con la orden, estaba yo informado de todo; hice ahorcar en su presencia las cuatro personas que traía consigo para apretarme el lazo al cuello, y le pregunté luego cuanto le podía valer la comisión de ahorcarme. Respondióme que podría su gratificación subir a trescientas monedas de oro, y yo le hice ver con evidencia que ganaría mas conmigo: le creé bandolero inferior, y hoy es uno de los mejores y mas ricos oficiales que tengo; y si me queréis creer, haréis vos lo mismo. Nunca ha corrido tiempo mejor para robar, desde que ha sido muerto Moabdar, y que anda en Babilonia todo alborotado. ¡Moabdar ha sido muerto! dijo Zadig: ¿y que se ha hecho la reina Astarte? Yo no lo sé, replicó Arbogad; lo que sí sé, es que Moabdar se volvió loco, que fue muerto, que Babilonia esta hecha una cueva de ladrones, todo el imperio en la desolación, que se pueden dar buenos golpes, y que yo por mi parte he dado algunos ballantes. Pero la reina, dijo Zadig, ¿por vida vuestra nada sabéis de la suerte de la reina? De un príncipe de Hircania me han hablado, replicó; es de presumir que sea una de sus concubinas, a menos que en el alboroto la hayan muerto; pero a mí lo que me importa es averiguar donde hay que robar, y no noticias. Muchas mujeres he cogido en mis correrías, pero a ninguna conservo; cuando son bonitas, las vendo caras, sin informarme de lo que son, porque nadie compra la dignidad, y para una reina fea no se encuentra despacho. Posible es que haya yo vendido a la reina Astarte, y posible es que haya muerto; poco me importa, y me parece que tampoco debe de importaros mucho a vos. Diciendo esto bebía con tanto aliento, y de tal manera confundía las ideas todas, que no pudo Zadig sacar de él cosa ninguna mas.

Estaba confuso, pensativo y sin movimiento, mientras que bebía Arbogad y contaba mil historietas, repitiendo sin cesar que era el más venturoso de los hombres, y exhortando a Zadig a que fuera tan dichoso como él era. Finalmente embargados los sentidos con los vapores del vino, se fue a dormir un sosegado sueño. Zadig pasó aquella noche en la más violenta zozobra. ¡Con que se ha vuelto loco el rey, y ha sido muerto! decía; no puedo menos de compadecerle. ¡Está despedazado el imperio, y este bandolero es feliz! ¡O fortuna, o destino! ¡Un bandolero feliz, y la más amable producción de la naturaleza ha muerto acaso de un modo horrible, o vive en peor condición que la misma muerte! ¡O Astarte! ¿Qué te has hecho?

Desde que amaneció el día, hizo preguntas a todos cuantos había en el castillo, pero estaban todos ocupados, y nadie le respondió: aquella noche habían hecho nuevas conquistas, y se estaban repartiendo los despojos. Cuanto en esta tumultuaria confusión pudo conseguir, fue licencia para

irse, que aprovechó sin tardanza, más sumido que nunca en sus tristes pensamientos.

Caminaba Zadig inquieto y agitado, preocupado su ánimo con la malhadada Astarte, con el rey de Babilonia, con su fiel Cador, con el dichoso bandolero Arbogad, con aquella tan antojadiza mujer que habían robado unos Babilonios en la frontera de Egipto, finalmente con todos los contratiempos y azares que había sufrido.

XVII.— El pescador.

A pocas leguas del castillo de Arbogad, se encontró a orillas de un riachuelo, lamentando siempre su suerte, y mirándose como el epílogo de las desdichas humanas. Vio un pescador acostado a la orilla, que con desmayada mano retenía apenas sus redes que iba a dejar escapar, y alzaba los ojos al cielo.

Por cierto que yo soy el más desdichado de todos los hombres, decía el pescador. Por confesión de todo el mundo he sido el más célebre mercader de requesones de toda Babilonia, y lo he perdido todo. Tenía la mujer más linda que pueda poseer hombre, y me ha engañado. Me quedaba una mala casucha, y la he visto talar y derribar, refugiado a una cabaña, sin más recurso que la pesca, no saco ni un pescado. No quiero tirarte al agua, red mía, yo soy quien me he de tirar. Diciendo estas palabras se levantó en postura de un hombre resuelto a dar fin a su vida en el río.

¡Así, dijo Zadig para sí, hay otros hombres tan desdichados como yo! Tan pronto como esta idea fue la de acudir a librar de la muerte al pescador. Corre a él, le detiene, y le hace preguntas en ademán enternecido y consolador. Dicen que es uno menos desdichado cuando no es él solo; pero según Zoroastro no es por malicia, que es por necesidad, porque se siente uno entonces atraído por otro desventurado como por un semejante suyo. La alegría de un dichoso fuera insulto; y son dos desventurados como dos flacos arbolillos que, apoyándose uno en otro, contra la borrasca se fortalecen.

¿Porqué os rendís a vuestra desgracia? dijo Zadig al pescador. Porque no veo remedio a ella, le respondió. He sido el vecino más pudiente de la aldea de Derlback, cerca de Babilonia, y con ayuda de mi mujer hacia los mejores requesones del imperio, que gustaban infinito a la reina Astarte y al célebre ministro Zadig. Habla suministrado para entrambas casas seiscientos requesones: fui un día a Babilonia a que me pagaran, y supe que aquella misma noche se habían desaparecido Zadig y la reina. Fui corriendo a casa del señor Zadig, a quien nunca había visto, y encontré a los alguaciles del gran Desterham, que con un papel del rey en la mano robaban con mucho orden y sosiego toda la casa. Púseme en volandas en la cocina de la reina; algunos de los gentiles—hombres de beca me dijeron que había muerto, otros que estaba presa, y otros afirmaron que se había escapado; pero todos estuvieron contestes en que no se me pagarían mis requesones. Fuíme con mi mujer a casa del señor Orcan, que era uno de mis parroquianos; le pedimos su amparo en nuestra cuita, y se le otorgó a mi mujer, y a mí no. Era mi mujer más blanca que los requesones que fueron el origen de mi desventura, y no brilla más la púrpura de Tyro que el color que su blancura animaba: por eso se la guardó Orcan, y me echó de su casa. Escribí a mi esposa desesperado una carta, y respondió al portador: Sí, ya, ya sé quien me escribe, ya me han hablado de él; dicen que hace requesones excelentes: que me traiga, y que se los paguen.

Quise acudir a la justicia en mi desdicha. Quedábanme seis onzas de oro: fue menester dar dos al jurisperito que consulté, otras dos al procurador que se encargó de mi asunto, y dos al escribiente del primer juez. Hecho esto, aun no se había empezado mi pleito, y ya llevaba más dinero gastado que lo que mis requesones y mi mujer de añadidura valían. Volvíme al pueblo con ánimo de vender mi casa por recobrar a mi mujer. Valía esta unas sesenta onzas de oro; pero me veían pobre, y con premura de vender. El primero a quien me dirigí me ofreció treinta, el segundo veinte, y el tercero diez; y la iba a dar por este precio, según estaba ciego. Vino a la sazón a Babilonia un príncipe de Hircania, asolando todo el país por donde pasaba, el cual saqueó mi casa, y después le puso fuego. Habiendo perdido de esta manera dinero, mujer y casa, me retiré al país donde me veis, procurando ganar mi vida con la pesca. Los peces hacen burla de mí lo mismo que los hombres: no saco ningunos, y me muero de hambre; y sin vos, consolador augusto, iba a tirarme al río.

No contó su historia el pescador sin hacer muchas pausas, y a cada una le decía Zadig,

arrebatado y fuera de sí: ¿Con que nada sabéis de la suerte de la reina? No, señor, respondía el pescador; lo que sé, es que ni la reina ni Zadig me han pagado mis requesones, que me han robado a mi mujer, y que estoy desesperado. Yo espero, dijo Zadig, que no habéis de perder todo vuestro dinero. He oído hablar de ese Zadig, como de un hombre honrado; y si vuelve a Babilonia, mas de lo que os debe os dará; mas por lo que hace a vuestra mujer, que no es tan honrada, aconsejoos que no hagáis diligencias por volver con ella. Tomad mi consejo, id a Babilonia, adonde antes que vos llegaré yo, porque vais a pié y yo voy a caballo; veos con el ilustre Cador, decidle que habéis encontrado a su amigo, y esperadme en su casa: id en paz, que acaso no seréis siempre desdichado.

Poderoso Orosmales, siguió, de mí os habéis valido para consolar a este hombre: ¿de quién os valdréis para darme a mí consuelo? Así decía dando al pescador la mitad de todo el dinero que traía de Arabia; y el pescador atónito y confuso besaba las plantas del amigo de Cador, y le apellidaba su ángel tutelar.

Zadig no cesaba de preguntarle noticias, y de verter llanto. ¿Cómo, señor, exclamó el pescador, también sois desdichado siendo benéfico? Cien veces más infeliz que tú, respondió Zadig. ¿Cómo puede ser, decía el buen hombre, que sea el que da mas digno de lástima que el que recibe? Porque tu mayor desgracia, replicó Zadig, era la necesidad, y la mía pende del coraron. ¿Os ha robado Orcan a vuestra mujer? dijo el pescador. Esta pregunta trajo a la memoria a Zadig todas sus aventuras, y le hizo repasar la lista de todos sus infortunios, empezando por la perra de la reina hasta su arribo a casa del bandolero Arbogad. Ha, dijo al pescador, Orcan es digno de castigo; pero por lo común esos son los hombres que están en privanza del destino. Sea como fuere, vete a casa del señor Cador, y espérame. Separáronse con esto: el pescador se fue dando gracias a su estrella, y Zadig maldiciendo sin cesar la suya.

XVIII.— El basilisco.

Llegó Zadig a un hermoso prado, donde vio una muchedumbre de mujeres que andaban buscando solícitas cosa que parecía que habían perdido. Acercóse a una de ellas, y le preguntó si quería que las ayudara a buscar lo que querían hallar. Dios nos libre, respondió la Siria; lo que nosotras buscamos solo las mujeres pueden tocarlo. Raro es eso, dijo Zadig: ¿me haréis el favor de decirme qué cosa es esa que solo las mujeres pueden tocarla? Un basilisco, respondió ella. ¡Un basilisco, señora! ¿Y por qué motivo buscáis un basilisco? Para nuestro señor y dueño Ogul, cuyo palacio estáis viendo a orillas del río, y al cabo de este prado, que somos sus más humildes esclavas. El señor Ogul está malo, y le ha recetado su médico que coma un basilisco hervido en agua de rosas; y como es animal muy raro, y que solo de las mujeres se deja coger, ha prometido el señor Ogul que escogerá por su querida esposa a la que le lleve un basilisco: con que así dejádmele buscar; que ya veis lo mucho que yo perdería, si una de mis compañeras antes que yo le topara.

Dejó Zadig a esta Siria y a todas las demás que buscaran su basilisco, y siguió su camino por la pradera. Al llegar a la orilla de un arroyuelo, encontró a otra dama acostada sobre los céspedes, que no buscaba nada. Parecía majestuosa su estatura, aunque tenía cubierto el rostro de un velo. Estaba inclinada la cabeza al arroyo; exhalaba de rato en rato hondos sollozos, y tenia en la mano una varita con la cual estaba escribiendo letras en una fina arena que entre los céspedes y el arroyo mediaba. Quiso ver Zadig qué era lo que escribía: arrimóse, y vio una Z, luego una A, y se maravilló: después leyó una D, y le dio un vuelco el corazón; mas nunca fue tanto su pasmo, como cuando leyó las dos postreras letras de su nombre. Permaneció inmóvil un rato; rompiendo al fin el silencio, con voz mal segura, dijo: Generosa dama, perdonad a un extranjero desventurado, que a preguntar se atreve ¿por qué extraño acaso encuentro aquí el nombre de Zadig, por vuestra divina mano escrito? Al oír esta voz y estas palabras, alzó con trémula mano su velo la dama, miró a Zadig, dio un grito de ternura, de asombro y de alborozo, y rindiéndose a los diversos afectos que de consuno embatían su alma, cayó desmayada en sus brazos. Era Astarte, era la reina de Babilonia, la misma que idolatraba Zadig, y de cuyo amor le acusaba su conciencia; aquella cuya suerte tantas lágrimas le había costado. Estuvo un rato privado del uso de sus sentidos; y cuando clavó sus miradas en los ojos de Astarte que lentamente se abrían de nuevo entre desmayados, confusos y amorosos: ¡O potencias inmortales! exclamó, ¿me restituís a mi Astarte? ¿En qué tiempo, en qué

sitio, en qué estado torno a verla? Hincóse de rodillas ante Astarte, inclinando su frente bajo del polvo de sus pies. Alzale la reina de Babilonia, y le sienta cabe sí en la orilla del arroyo, enjugando una y mil veces sus ojos que siempre en frescas lágrimas se bañaban. Veinte veces anudaba un hilo de razones que interrumpían sus gemidos; hacíale preguntas acerca del acaso que los había reunido, y no daba lugar a que respondiese con preguntas nuevas; empezaba a contar sus desventuras, y quería saber las de Zadig. Habiendo finalmente ambos sosegado un poco el alboroto de su pecho, dijo en breves palabras Zadig por qué acaso se encontraba en esta pradera. ¿Pero como os hallo, o reina respetable y desdichada, en este desviado sitio, vestida de esclava, y acompañada de otras esclavas que buscan un basilisco, para hervirle, en virtud de una receta de médico, en agua de rosas?

Mientras que andan buscando su basilisco, voy a informaros, dijo la hermosa Astarte, de todo lo que he padecido, y que perdono al cielo una vez que vuelvo a veros. Ya sabéis que el rey mi esposo llevó a mal que fueseis el mas amable de todos los hombres, y acaso por este motivo tomó una noche la determinación de mandaros ahorcar, y darme un tósigo; y también sabéis que los cielos compasivos dispusieron que me avisara mi enano mudo de las órdenes de su sublime majestad. Apenas os hubo precisado el fiel Cador a obedecerme y partiros, se atrevió a penetrar por una puerta excusada en mi cuarto a media noche, me sacó de palacio, y me llevó al templo de Orosmales, donde me encerró su hermano el mago dentro de una estatua colosal cuya basa se apoya en los cimientos del templo, y la cabeza toca con la bóveda. Aquí quedé como enterrada, puesto que el mago que me servia cuidó de que nada me faltase. Al rayar el día, entró en mi cuarto el boticario de su majestad con una pócima de beleño, opio, cicuta, eléboro negro, y anapelo; y otro oficial se encaminó a vuestra casa con un cordón de seda azul; mas no hallaron a nadie. Por engañar mas al rey, le hizo Cador una falsa denuncia contra nosotros dos, fingiendo que llevabais vos el camino de la India, y yo el de Menfis; y enviaron gente en nuestro seguimiento.

No me conocían los mensajeros que fueron en busca riña, porque casi nunca había mostrado mi semblante, como no fuese a vos, delante de mi marido y por orden suya. Ibanme persiguiendo por las señas que de mi persona les habían dado; y se encontraron a la raya de Egipto con otra de mi estatura misma, y que acaso era mas hermosa. Estaba bañada en llanto, y andaba desatentada, de suerte que no dudaron de que era la reina de Babilonia, y la condujeron a Moabdar. Enojóse violentamente el rey por la equivocación; mas habiendo luego contemplado mas atentamente a esta mujer, vio que era muy hermosa, y se consoló. Llamábase Misuf, nombre que, según después me han dicho, significa en egipcíaco la bella antojadiza, y lo era efectivamente; pero no iban en zaga sus artes a sus antojos, tanto que habiendo gustado a Moabdar, le cautivó de manera que la declaró su legítima esposa. Manifestóse entonces su índole sin rebozo, entregándose sin freno a todas las extravagancias de su imaginación. Quiso precisar al sumo mago, viejo y gotoso, a que bailase en su presencia; y habiéndose negado este, le persiguió de muerte. A su caballerizo mayor le mandó hacer una tarta de dulce; y puesto que representó que no era repostero, todo fue en balde: tuvo que hacer la tarta, y le despidió porque estaba muy tostada. El cargo de caballerizo mayor se le dio a su enano, y a un paje le hizo fiscal del consejo: de esta suerte gobernó a Babilonia. Llorábame todo el mundo; y el rey, que hasta que había mandado ahorcaros y darme veneno había sido bastante bueno, dejó que sus virtudes corriesen naufragio en su amor a la bella antojadiza. El día del fuego sagrado vino al templo, y le vi implorar a los Dioses por Misuf, postrado ante la estatua donde estaba yo metida. Alzando entonces la voz, le dije: "Los Dioses desechan las súplicas de un rey convertido en tirano, y que ha querido quitar la vida a una mujer de juicio, por casarse con una loca." Pusieron estas palabras en tamaña confusión a Moabdar, que se le fue la cabeza. Con el oráculo que había yo pronunciado, y con la tiranía de Misuf sobraba para que perdiera la razón; y con efecto en pocos días se volvió loco.

Esta locura, que se atribuyó a castigo del cielo, fue la señal de rebelión: amotinóse el pueblo, y tomó armas; Babilonia, donde reinaba tanto tiempo hacia una muelle ociosidad, se convirtió en teatro de una horrorosa guerra civil. Sacáronme del hueco de mi estatua; pusiéronme al frente de un partido, y fue Cador corriendo a Menfis, para traeros a Babilonia. Noticioso de tan fatales nuevas acudió el príncipe de Hircania con su ejército a formar tercer partido en la Caldea, y vino a embestir al rey que le salió al encuentro con su desatinada egipcíaca. Murió Moabdar, traspassado de mil

heridas, y cayó Misuf en poder del vencedor. Quiso mi desventura que yo también fuera cogida por una partida de guerrilla hircana, que me condujo a presencia del príncipe, al mismo tiempo que le llevaban a Misuf. Sin duda sabréis con satisfacción que me tuvo este por mas hermosa que la egipcia, pero no será de menos sentimiento para vos qué os diga que me destinó para su serrallo, diciéndome sin andarse con rodeos, que luego que concluyese una expedición militar para la cual iba a partirse, vendría a mí. Figuraos cual fue mi quebranto: rotos los vínculos que con Moabdar me estrechaban, podía ser de Zadig, y caía en los hierros de un bárbaro. Respondíle con toda la altivez que me inspiraban mi alta jerarquía y mis afectos, habiendo oído decir toda mi vida que las personas de mi dignidad las habían dotado los cielos de tal grandeza, que con una palabra y un mirar de ojos confundían en el polvo de la nada a cuantos temerarios eran osados a apartarse un punto del mas reverente acatamiento. Hablé como reina, pero fui tratada como una moza de cántaro: el Hircano, sin dignarse siquiera de responderme, le dijo a su eunuco negro que yo era mal hablada, pero que le parecía linda. Mandóle que me cuidase y me diera el trato que a las que estaban en su privanza, para que me volviesen los colores, y fuese mas digna de sus caricias el día que le pareciese oportuno honrarme con ellas. Díjele que me mataría, y me respondió riéndose que ninguna se mataba por esas cosas, y que estaba acostumbrado a semejantes melindres, y se fue dejándome como un jilguero en jaula. ¡Qué situación para la primera reina del universo, y más para un corazón que era de Zadig!

El cual se hincó de rodillas al oír estas razones, regando con sus lágrimas las plantas de Astarte. Alzóle esta cariñosamente, y prosiguió diciendo: Veíame en poder de un bárbaro, y en competencia con una loca con quien estaba encerrada. Contóme Misuf su aventura de Egipto; y por la pintura que de vos hizo, por el tiempo, por el dromedario en que ibais montado, y por las demás circunstancias vine en conocimiento de que era Zadig quien había peleado en su defensa; y no dudando de que estuvierais en Menfis, me determiné a refugiarme en esta ciudad. Bella Misuf, le dije, vos sois mucho más donosa que yo, y divertiréis más bien al príncipe de Hircania: procuradme medio para escapar; reinaréis vos sola, y me haréis feliz, librándoos de una rival. Misuf me ayudó a efectuar mi fuga, y me partí secretamente con una esclava egipcia.

Ya tocaba con la Arabia, cuando me robó un bandolero muy nombrado, llamado Arbogad, el cual me vendió a unos mercaderes que me trajeron a este palacio, donde reside el señor Ogul, que me compró sin saber quien yo fuese. Es este un glotón, que solo piensa en atracarse bien, y cree que le ha echado Dios al mundo para disfrutar de una buena mesa. Está tan excesivamente gordo, que a cada instante parece que va a reventar. Su médico poco influjo tiene con él cuando hace buena digestión, pero le manda despóticamente cuando tiene ahitera; y ahora le ha hecho creer que le había de sanar con un basilisco hervido en agua de rosas. Ha prometido dar su mano a la esclava que le trajere un basilisco, y ya veis que yo las dejo que se merezcan tan alta honra, no habiendo nunca tenido menos ganas de topar el tal basilisco que desde que han querido los cielos que volviese a veros.

Dijéronse entonces Astarte y Zadig cuanto a los mas generosos y apasionados pechos pudieron inspirar afectos tanto tiempo contrarestados, y tanto amor, y tanta desdicha; y los genios que al amor presiden llevaron las razones de ambos a la esfera de Venus.

Tornáronse a la quinta de Ogul las mujeres sin haber hallado nada. Zadig se presentó a él, y le habló así: Descienda del cielo la inmortal Hygia para dilatar vuestros años. Yo soy médico; he venido habiendo oído hablar de vuestra dolencia, y os traigo un basilisco hervido en agua de rosas; no porque aspire a casarme con vos, que solo os pido la libertad de una esclava joven de Babilonia, que os vendieron pocos días hace; y me allano a permanecer esclavo en su lugar, si no tengo la dicha de sanar al magnífico señor Ogul.

Fue admitida la propuesta, y se partió Astarte para Babilonia en compañía del criado de Zadig, prometiéndole que le despacharía sin tardanza un mensajero, para informarle de cuanto hubiese sucedido. No menos que su reconocimiento fueron amorosos sus vales: porque, como está escrito en el gran libro del Zenda, las dos épocas más solemnes de la vida son el instante en que nos volvemos a ver, y aquel en que nos separamos. Quería Zadig a la reina tanto como se lo juraba, y la reina quería a Zadig mas de lo que decía.

Zadig habló de esta suerte a Ogul: Señor, mi basilisco no se come, que toda su virtud se os ha

de introducir por los poros; yo le he puesto dentro de una odre bien henchida de viento, y cubierta de un cuero muy fino; es menester que empujéis hacia mí dicha odre en el aire con toda vuestra fuerza, y que yo os la tire muchas veces; y con pocos días de dieta y de este ejercicio veréis la eficacia de mi arte. Al primer día se hubo de ahogar Ogul, y creyó que iba a exhalar el alma; al segundo se cansó menos, y durmió más bien: por fin a los ocho días recobró toda la fuerza, la salud, la ligereza, y el buen humor de sus más floridos años. Zadig le dijo: habéis jugado a la pelota, y no os habéis hartado: sabed que no hay tal basilisco en el mundo; que un hombre sobrio y que hace ejercicio siempre vive sano, y que tan imaginado es el arte de amalgamar la gula con la salud como la piedra filosofal, la astrología judiciaria, y la teología de los magos.

Conociendo el primer médico de Ogul cuan peligroso para la medicina era semejante hombre, se coligó con el boticario del gremio para enviarle a buscar basiliscos al otro mundo: de suerte que habiendo sido castigado siempre por sus buenas acciones, iba a morir por haber dado la salud a un señor glotón. Convidáronle a un espléndido banquete, donde le debían dar veneno al segundo servicio; pero estando en el primero, recibió un parte de la hermosa reina, y se levantó de la mesa, partiéndose sin tardanza. El que es amado de una hermosa, dice el gran Zoroastro, de todo sale bien en este mundo.

XIX.— Las justas.

Fue recibida la reina en Babilonia con aquel júbilo con que se recibe siempre una princesa hermosa y desdichada. Entonces Babilonia parecía algo mas quieta: el príncipe de Hircania había perdido la vida en una batalla, y los Babilonios vencedores declararon que Astarte se casaría con el que fuera elegido por soberano. Mas no quisieron que el primer puesto del mundo, que era el de esposo de Astarte y monarca de Babilonia, pendiese de enredos y partidos; y juraron reconocer por rey al mas valiente y discreto. Levantaron a pocas leguas de la ciudad un vasto palenque cercado de anfiteatros magníficamente adornados; los mantenedores se habían de presentar armados de punta en blanco, y se le había señalado a cada uno un aposento separado, donde no podía ver ni hablar a nadie. Se habían de correr cuatro lanzas; y los que tuviesen la dicha de vencer a cuatro caballeros, habían luego de pelear unos con otros: de suerte que el postrero por quien quedara el campo fuese proclamado vencedor del torneo. Cuatro días después había de volver con las mismas armas, y acertar las adivinanzas que propusiesen los magos; y si no las acertase, no había de ser rey, mas se habían de volver a correr lanzas, hasta que se diese con un hombre que saliese con victoria en ambas pruebas; porque estaban resueltos a no reconocer por rey a quien no fuese el mas valiente y mas discreto. En todo este tiempo no se permitía a la reina comunicar con nadie: solo se le daba licencia para que asistiera a los juegos cubierta de un velo; pero no se le consentía hablar con ninguno de los pretendientes, porque no hubiese injusticia ni valimiento.

Este aviso daba Astarte a su amante, esperando que acreditada por ella mas valor y discreción que nadie. Partióse Zadig, suplicando a Venus que fortaleciera su ánimo y alumbrara su entendimiento, y llegó a las riberas del Eúfrates la víspera del solemne día. Hizo asentar luego su mote entre los de los demás combatientes, escondiendo su nombre y su rostro, como mandaba la ley, y se fue a descansar al aposento que le había cabido en suerte. Su amigo Cador que estaba de vuelta en Babilonia, habiéndole buscado en Egipto, mandó llevar a su cuarto una armadura completa que le enviaba la reina, y también con ella el caballo mas lozano de la Persia. Bien vio Zadig que estas dádivas eran de mano de Astarte, y adquirió nuevo vigor, y esperanzas nuevas su amor y su denuedo.

Al día siguiente, sentada la reina bajo un dosel guarnecido de piedras preciosas, y llenos los anfiteatros de todas las damas y de gente de todos estados de Babilonia, se dejaron ver en el circo los mantenedores. Puso cada uno su mote a los pies del sumo mago: sorteáronse, y el de Zadig fue el postrero. Presentóse el primero un señor muy rico, llamado Itobad, tan lleno de vanidad como falto de valor, de habilidad, y de entendimiento. Habíanle persuadido sus sirvientes a que un hombre como el debía de ser rey, y él les había respondido: Un hombre como yo debe reinar. Habíanle armado pues de pies a cabeza: llevaba unas armas de oro con esmaltes verdes, un penacho verde, y la lanza colgada con cintas verdes. Por el modo de gobernar Itobad su caballo, se echó

luego de ver que no había destinado el cetro de Babilonia a un hombre como él el cielo. El primer caballero que corrió lanza le hizo perder los estribos, y el segundo le tiró por las ancas del caballo a tierra, las piernas arriba, y los brazos abiertos. Volvió a montar Itobad, pero haciendo tan triste figura, que todo el anfiteatro soltó la risa. No se dignó el tercero de tocarle con la lanza; sino que al pasar junto a él le agarró por la pierna derecha, y haciéndole dar media vuelta, le derribó en la arena; los escuderos de los juegos acudieron a levantarlo riéndose: el cuarto combatiente le coge por la pierna izquierda, y le tira del otro lado. Condujéronle con mil baldones a su aposento, donde conforme a la ley había de pasar aquella noche: y decía, pudiendo apenas menearse: ¡Qué aventura para un hombre como yo!

Mejor desempeñaron su obligación los demás adalides: hubo algunos que vencieron a dos combatientes, y unos pocos llegaron hasta tres. Solo el príncipe Otames venció a cuatro. Presentóse el postrero Zadig, y con mucho donaire sacó de los estribos a cuatro jinetes uno en pos de otro; con esto empezó la lid entre Zadig y Otames. Este traía armas de azul y oro con un penacho de lo mismo; las de Zadig eran blancas. Los ánimos de los asistentes estaban divididos entre el caballero azul y el blanco: a la reina le palpitaba el corazón, haciendo fervientes ruegos al ciclo por el color blanco.

Dieron ambos campeones repetidas vueltas y revueltas con tanta ligereza, asentáronse y esquivaron tales botes con las lanzas, y tan fuertes se mantenían en sus estribos, que todos, menos la reina, deseaban que hubiese dos reyes en Babilonia. Cansados ya los caballos, y rotas las lanzas, usó Zadig esta treta: pasa por detrás del príncipe azul, se abalanza a las ancas de su caballo, le coge por la mitad del cuerpo, le derriba en tierra: monta en la silla vacía, y empieza a dar vueltas al rededor de Otames tendido en el suelo. Clama todo el anfiteatro: Victoria por el caballero blanco. Alzase enfurecido Otames, saca la espada; da Zadig un salto del caballo el alfanje desnudo. Ambos empiezan en la arena nueva y mas peligrosa batalla; ora triunfa la agilidad, ora la fuerza. Vuelan al viento heridos de menudeados golpes el plumaje de sus yelmos, los clavos de sus brazaletes, la malla de sus armas. De punta y de filo se hieren a izquierda, a derecha, la cabeza, el pecho: retiranse, acométense; se apartan, se agarran de nuevo; dóblanse como serpientes, embístense como leones: a cada instante saltan chispas de los golpes que se pegan. Zadig cobra en fin algún aliento, se para, esquiva un golpe de Otames, no le da vagar, le derriba, le desarma, y Otames exclama: Caballero blanco, a vos es debido el trono de Babilonia. No cabía en sí la reina de alborozo. Llevaron al caballero azul y al caballero blanco, a cada uno a su aposento, como habían hecho con todos los demás, cumpliendo con lo que mandaba la ley. Unos mudos los vinieron a servir, y les trajeron de comer. Bien se puede presumir si seria el mudo de la reina el que sirvió a Zadig. Dejáronlos dormir solos hasta el otro día por la mañana, que era cuando había de llevar el vencedor su mote al sumo mago, para cotejarle y darse a conocer.

Tan cansado estaba Zadig que durmió profundamente, puesto que enamorado; mas no dormía Itobad que estaba acostado en el cuarto inmediato: y levantándose por la noche entró en el de Zadig, cogió sus armas blancas y su mote, y puso las suyas verdes en lugar de ellas. Apenas rayaba el alba, cuando se presentó ufano al sumo mago, declarándole que un hombre como él era el vencedor. Nadie lo esperaba, pero fue proclamado, mientras que aun estaba durmiendo Zadig. Volvióse Astarte a Babilonia atónita y desesperada. Casi vacío estaba todo el anfiteatro cuando despertó Zadig, y buscando sus armas se encontró con las verdes en su lugar. Vióse precisado a revestirse de ellas, no teniendo otra cosa de que echar mano. Armase atónito, indignado y enfurecido, y sale con este arreo. Toda cuanta gente aun había en el anfiteatro y el circo le acogió con mil baldones; todos so le arrimaban, y le daban vaya en su cara: nunca hombre sufrió tan afrentoso desaire. Fáltóle la paciencia, y desvió a sablazos el populacho que se atrevió a denostarle; pero no sabia que hacerse, no pudiendo ni ver a la reina, ni reclamar las armas blancas que esta le había enviado, por no aventurar su reputación: y mientras que estaba Astarte sumida en un piélago de dolor, fluctuaba él entre furores y zozobras. Paseábase por las orillas del Eúfrates, persuadido a que le había destinado su estrella a irremediable desdicha, y recapitulaba en su mente todas sus desgracias, desde la mujer que no podía ver a los tuertos, hasta la de su armadura. Eso he granjeado, decía, con haber despertado tarde; si no hubiera dormido tanto, fuera rey de Babilonia, y poseedor de Astarte. Así el

saber, las buenas costumbres, el esfuerzo nunca para mas que para mi desdicha me han valido. Exhalóse al cabo en murmuraciones contra, la Providencia, y le vino la tentación de creer que todo lo regia un destino cruel que a los buenos oprimía, y hacia que prosperasen los caballeros verdes: que uno de sus mayores sentimientos era verse con aquellas armas verdes que tanta mofa le habían acarreado. Pasó un mercader, a quien se las vendió muy baratas, y le compró una bata y una gorra larga. En este traje iba siguiendo la corriente del Eúfrates, desesperado, y acusando en su corazón a la Providencia que no se cansaba de perseguirle.

XX.– El ermitaño.

Caminando, como hemos dicho, se encontró con un ermitaño cuya lengua barba descendía hasta el estómago. Llevaba este un libro que iba leyendo muy atentamente. Paróse Zadig y le hizo una profunda reverencia, a que correspondió el ermitaño de manera tan afable y tan noble, que a Zadig le vino la curiosidad de razonar con él. Preguntóle qué libro era el que leía. El libro del destino, dijo el ermitaño: ¿queréis leer algún trozo? Pusosele en las manos; mas aunque fuese Zadig versado en muchos idiomas, no pudo conocer ni una letra, con lo cual se aumentó su curiosidad. Muy triste parecéis, le dijo el buen padre. ¡Tanto motivo tengo para estarlo! respondió Zadig. Si me dais licencia para que os acompañe, repuso el anciano, acaso podré serviros en algo; que a veces he hecho bajar el consuelo a las almas de los desventurados. La traza, la barba y el libro del ermitaño infundieron respeto en Zadig, y en su conversación encontró superiores luces. Hablaba el ermitaño del destino, de la justicia, de la moral, del sumo bien, de la humana flaqueza, de las virtudes y los vicios con tan viva y penetrante elocuencia, que Zadig por un irresistible embeleso se sentía atraído hacia él, y le rogó con ahínco que no le dejara hasta que estuviesen de vuelta en Babilonia. Ese mismo favor os pido yo; juradme por Orosmales, que sea lo que fuere lo que me veáis hacer, no os habéis de separar de mí en algunos días. Jurólo Zadig, y siguieron juntos ambos su camino.

Aquella misma tarde llegaron a una magnífica quinta, y pidió el ermitaño hospedaje para sí y para el mozo que le acompañaba. Introdújolos en casa, con ademán de desdeñosa generosidad, un portero que parecía un gran señor, y los presentó a un criado principal, que les enseñó los aposentos de su amo. Sentáronlos al cabo de la mesa, sin que se dignara el dueño de aquel palacio de honrarlos con una mirada; pero los sirvieron, como a todos los demás, con opulencia y delicadeza. Diéronles luego agua a manos en una palangana de oro, guarnecida de esmeraldas y rubíes; lleváronlos a acostar a un suntuoso aposento, y la mañana siguiente trajo el criado a cada uno una moneda de oro, y después los despidieron.

El amo de esta casa, dijo Zadig en el camino, me parece que es hombre generoso, aunque algo altivo, y que ejercita con nobleza la hospitalidad. Al decir estas palabras, advirtió que parecía tieso y henchido una especie de costal muy largo que traía el ermitaño, y vio dentro la palangana de oro guarnecida de piedras preciosas, que había hurtado. No se atrevió a decirle nada, pero estaba confuso y perplejo.

A la hora de mediodía se presentó el ermitaño a la puerta de una casucha muy mezquina, donde vivía un rico avariento, y pidió que le hospedaran por pocas lloras. Recibióle con áspero rostro un criado viejo mal vestido, y llevó a Zadig con el ermitaño a la caballeriza, donde les sirvieron unas aceitunas podridas, un poco de pan bazo, y de vino avinagrado. Comió y bebió el ermitaño con tan buen humor como el día antes; y dirigiéndose luego al criado viejo que no quitaba la vista de uno y otro porque no hurtaran nada, y que les daba prisa para que se fuesen, le dio las dos monedas de oro que había recibido aquella mañana, y agradeciéndole su cortesía, añadió: Ruégoos que me permitáis hablar con vuestro amo. Atónito el criado le presentó los dos caminantes. Magnífico señor, dijo el ermitaño, no puedo menos de daros las más rendidas gracias por el agasajo tan noble con que nos habéis hospedado; dignaos de admitir esta palangana de oro en corta paga de mi gratitud. Poco faltó para desmayarse con el gozo el avariento; y el ermitaño, sin darle tiempo para volver de su asombro, se partió a toda prisa con su compañero joven. Padre mío, le dijo Zadig, ¿qué quiere decir lo que estoy viendo? paréceme que no os semejáis in nada a los demás: ¡robáis una palangana de oro guarnecida de piedras preciosas a un señor que os hospeda con magnificencia, y se la dais a un avariento que indignamente os trata! Hijo, respondió el anciano, el hombre magnífico que solo por

vanidad, y por hacer alarde de sus riquezas, hospeda a los forasteros, se tornará mas cuerdo; y aprenderá el avariento a ejercitar la hospitalidad. No os dé pasmo nada, y seguidme. Todavía no atinaba Zadig si iba con el mas loco o con el mas cuerdo de los hombres; pero tanto era el dominio que se había granjeado en su ánimo el ermitaño, que obligado también por su juramento no pudo menos de seguirle.

Aquella tarde llegaron a una casa aseada, pero sencilla, y donde nada respiraba prodigalidad ni parsimonia. Era su dueño un filósofo retirado del tráfigo del mundo, que cultivaba en paz la sabiduría y la virtud, y que nunca se aburría. Había tenido gusto especial en edificar este retirado albergue, donde recibía a los forasteros con una dignidad que en nada se parecía a la ostentación. El mismo salió al encuentro a los dos caminantes, los hizo descansar en un aposento muy cómodo; y poco después vino él en persona a convidarlos a un banquete aseado y bien servido, durante el cual habló con mucho tino de las últimas revoluciones de Babilonia. Pareció adicto de corazón a la reina, y hubiera deseado que Zadig se hubiera hallado entre los competidores a la corona; pero no merecen los hombres, añadió, tener un rey como Zadig. Abochornado este sentía crecer su dolor. En la conversación estuvieron todos conformes en decir que no siempre iban las cosas de este mundo a gusto de los sabios; pero sustentó el ermitaño que no conocíamos las vías de la Providencia, y que era desacierto en los hombres fallar acerca de un todo, cuando no veían más que una pequeñísima parte.

Tratóse de las pasiones. ¡Cuan fatales son! dijo Zadig. Son, replicó el ermitaño, los vientos que hinchen las velas del navío; algunas veces le sumergen, pero sin ellas no es posible navegar. La bilis hace iracundo, y causa enfermedades; mas sin bilis no pudiera uno vivir. En la tierra todo es peligroso, y todo necesario.

Tratóse del deleite, y probó el ermitaño que era una dádiva de la divinidad; porque el hombre, dijo, por sí propio no puede tener sensaciones ni ideas: todo en él es prestado, y la pena y el deleite le vienen de otro, como su mismo ser.

Pasmábase Zadig de que un hombre que tantos desatinos había cometido, discurriese con tanto acierto. Finalmente después de una conversación no menos grata que instructiva, llevó su huésped a los dos caminantes a un aposento, dando gracias al cielo que le había enviado dos hombres tan sabios y virtuosos. Brindóles con dinero de un modo ingenuo y noble que no podía disgustar: rehusóle el ermitaño, y le dijo que se despedía de él, porque hacia ánimo de partirse para Babilonia antes del amanecer. Fue afectuosa su separación, y con especialidad Zadig se quedó penetrado de estimación y cariño a tan amable huésped.

Cuando estuvo con el ermitaño en su aposento, hicieron ambos un pomposo elogio de su huésped. Al rayar el alba, despertó el anciano a su camarada. Vámonos, le dijo; quiero empero, mientras que duerme todo el mundo, dejar a este buen hombre una prueba de mi estimación y mi cariño. Diciendo esto, cogió una tea, y pegó fuego a la casa. Asustado Zadig dio gritos, y le quiso estorbar que cometiese acción tan horrenda; pero se le llevaba tras sí con superior fuerza el ermitaño. Ardía la casa, y el ermitaño que junto con su compañero ya estaba desviado, la miraba arder con mucho sosiego. Loado sea Dios, dijo, ya está la casa de mi buen huésped quemada hasta los cimientos, ¡Qué hombre tan feliz! Al oír estas palabras le vinieron tentaciones a Zadig de soltar la risa, de decir mil picardías al padre reverendo, de darle de palos, y de escaparse; pero las reprimió todas, siempre dominado por la superioridad del ermitaño, y le siguió hasta la última jornada.

Alojáronse en casa de una caritativa y virtuosa viuda, la cual tenía un sobrino de catorce años, muchacho graciosísimo, y que era su única esperanza. Agasajólos lo mejor que pudo en su casa, y al siguiente día mandó a su sobrino que fuera acompañando a los dos caminantes hasta un puente que se había roto poco tiempo hacia, y era un paso peligroso. Precedíalos muy solícito el muchacho; y cuando hubieron, llegado al puente, le dijo el ermitaño: Ven acá, hijo mío, que quiero manifestar mi agradecimiento a tu tía; y agarrándole de los cabellos le tira al río. Cae el chico, nada un instante encima del agua, y se le lleva la corriente. ¡O monstruo, o hombre el mas perverso de los hombres! exclamó Zadig. De tener mas paciencia me habíais dado palabra, interrumpió el ermitaño: sabed que debajo de los escombros de aquella casa a que ha pegado fuego la Providencia, ha encontrado su dueño un inmenso tesoro; sabed que este mancebo ahogado por la Providencia había de asesinar

a su tía de aquí a un año, y de aquí a dos a vos mismo. ¿Quién te lo ha dicho, inhumano? clamó Zadig; ¿y aun cuando hubieses leído ese suceso en tú libro de los destinos, qué derecho tienes para ahogar a un muchacho que no te ha hecho mal ninguno?

Todavía estaba hablando el Babilonio, cuando advirtió que no tenía ya barba el anciano, y que se remozaba su semblante. Luego desapareció su traje de ermitaño, y cuatro hermosas alas cubrieron un cuerpo majestuoso y resplandeciente. ¡O paraninfo del cielo, o ángel divino, exclamó postrado Zadig, con que has bajado del empíreo para enseñar a un flaco mortal a que se someta a sus eternos decretos! Los humanos, dijo el ángel Jesrad, sin saber de nada fallan de todo: entre todos los mortales tú eras el que mas ser ilustrado merecías. Pidióle Zadig licencia para hablar, y le dijo: No me fio de mi entendimiento; pero si he de ser osado a suplicarte que disipes una duda mía, dime ¿si no valía más haber enmendado a ese muchacho, y héchole virtuoso, que ahogarle? Si hubiese sido virtuoso y vivido, respondió Jesrad, era su suerte ser asesinado con la mujer con quien se había de casar, y el hijo que de este matrimonio había de nacer. ¿Con que es indispensable, dijo Zadig, que haya atrocidades y desventuras, y que estas recaigan en los hombres virtuosos? Los malos, replicó Jesrad, siempre son desdichados, y sirven para probar un corto número de justos sembrado sobre la haz de la tierra, sin que haya mal de donde no resulte un bien. Empero, dijo Zadig, ¿si solo hubiese bienes sin mezcla de males? La tierra entonces, replicó Jesrad, fuera otra tierra; la cadena de los sucesos otro orden de sabiduría; y este orden, que seria perfecto, solo en la mansión del Ser Supremo, donde no puede haber mal ninguno, puede existir. Millones de mundos ha criado, y no hay dos que puedan parecerse uno a otro: que esta variedad inmensa es un atributo de su inmenso poder. No hay en la tierra dos hojas de árbol, ni en los infinitos campos del cielo dos globos enteramente parecidos; y cuanto ves en el pequeñísimo átomo donde has nacido forzosamente, había de existir en su tiempo y lugar determinado, conforme a las inmutables órdenes de aquel que todo lo abraza. Piensan los hombres que este niño que acaba de morir se ha caído por casualidad en el río, y que aquella casa se quemó por casualidad; mas no hay casualidad, que todo es prueba o castigo, remuneración o providencia. Acuérdate de aquel pescador que se tenia por el mas desventurado de los mortales, y Orosmales te envió para mudar su suerte. Deja, flaco mortal, de disputar contra lo que debes adorar. Empero, dijo Zadig... Mientras él decía EMPERO, ya dirigía el ángel su raudo vuelo a la décima esfera. Zadig veneró arrodillado la Providencia, y se sometió. De lo alto de los ciclos le gritó el ángel: Encamínate a Babilonia.

XXI.— Las adivinanzas.

Fuera de sí Zadig, como uno que ha visto caer junto a sí un rayo, caminaba desatentado. Llegó a Babilonia el día que para acertar las adivinanzas, y responder a las preguntas del sumo mago, estaban ya reunidos en el principal atrio del palacio todos cuantos habían combatido en el palenque; y habían llegado todos los mantenedores de la justa, menos el de las armas verdes. Luego que entró Zadig en la ciudad, se agolpó en torno de él la gente, sin que se cansaran sus ojos de mirarle, su lengua de darle bendiciones, ni su corazón de desear que se ciñese la corona. El envidioso que le vio pasar se esquivó despechado, y le llevó en volandas la muchedumbre al sitio de la asamblea. La reina, a quien informaron de su arribo, vacilaba agitada de temor y esperanza; y llena de desasosiego no podía entender porque venia Zadig desarmado, o como llevaba Itobad las armas blancas. Alzóse un confuso murmullo así que columbraron a Zadig: todos estaban pasmados y llenos de alborozo de verle; pero solamente los caballeros que habían peleado tenían derecho a presentarse en la asamblea.—Yo también he peleado, dijo, pero otro ha usurpado mis armas; y hasta que tenga la honra de acreditarlo, pido licencia para presentarme a acertar los enigmas. Votaron; y estaba tan grabada aun en todos los ánimos la reputación de su probidad, que unánimemente fue admitido.

La primera cuestión que propuso el sumo mago fue: ¿cual es la mas larga y mas corta de todas las cosas del mundo, la mas breve y mas lenta, la mas divisible y mas extensa, la que mas se desperdicia y mas se llora haber perdido, sin la que nada se puede hacer, que se traga todo lo mezquino, y da vida a todo lo grande? Tocaba a Itobad responder, y dijo que él no entendía de adivinanzas, y que le bastaba haber sido vencedor lanza en ristre. Unos dijeron que era la fortuna,

otros que la tierra, y otros que la luz. Zadig dijo que era el tiempo. No hay cosa mas larga, añadió, pues mide la eternidad; ni mas corta, pues falta para todos nuestros planes: ni mas lenta para el que espera, ni mas veloz para el que disfruta; se extiende a lo infinitamente grande, y se divide hasta lo infinitamente pequeño; ninguno hace aprecio de él, y todos lloran su pérdida; sin él nada se hace; sepulta en el olvido cuanto es indigno de la posteridad, y hace inmortales las grandes acciones. La asamblea confesó que tenía razón Zadig.

Preguntaron luego: ¿Qué es lo que recibimos sin agradecerlo, disfrutamos sin saber cómo, damos a otros sin saber donde estamos, y perdemos sin echarlo de ver? Cada uno dijo su cosa; solo Zadig adivinó que era la vida, y con la misma facilidad acertó los demás enigmas. Itobad decía al fin que no había cosa más fácil, y que con la mayor facilidad habría él dado con ello, si hubiera querido tomarse el trabajo. Propusieron luego cuestiones acerca de la justicia, del sumo bien, del arte de reinar; y las respuestas de Zadig se reputaron por las más sólidas. Lástima es, decían todos, que sujeto de tanto talento sea tan mal jinete.

Ilustres señores, dijo en fin Zadig, yo he tenido la honra de vencer en el palenque, que soy el que tenía las armas blancas. El señor Itobad se revistió de ellas mientras que yo estaba durmiendo, creyendo que sin duda le sentarían más bien que las verdes. Le reto para probarle delante de todos vosotros, con mi bata y mi espada, contra toda su luciente armadura blanca que me ha quitado, que fui yo quien tuve la honra de vencer al valiente Otames.

Admitió Itobad el duelo con mucha confianza, no dudando de que con su yelmo, su coraza y sus brazaletes, acabaría fácilmente con un campeón que se presentaba en bata y con su gorro de dormir. Desnudó Zadig su espada después de hacer una cortesía a la reina, que agitada de temor y alborozo le miraba; Itobad desenvainó la suya sin saludar a nadie, y acometió a Zadig como quien nada tenía que temer. Ibale a hender la cabeza de una estocada, cuando paró Zadig el golpe, haciendo que la espada de su contrario pegase en falso, y se hiciese pedazos. Abrazándose entonces con su enemigo le derribó al suelo, y poniéndole la punta de la espada por entre la coraza y el espaldar: dejaos desarmar, le dijo, si no queréis perder la vida. Pasmado Itobad, como era su costumbre, de las desgracias que a un hombre como él sucedían, no hizo resistencia a Zadig, que muy a su sabor le quitó su magnífico yelmo, su soberbia coraza, sus hermosos brazaletes, sus lucidas escarcelas, y así armado fue a postrarse a las plantas de Astarte. Sin dificultad probó Cador que pertenecían estas armas a Zadig, el cual por consentimiento unánime fue alzado por rey, con sumo beneplácito de Astarte, que después de tantas desventuras disfrutaba la satisfacción de contemplar a su amante digno de ser su esposo a vista del universo. Fuése Itobad a su casa a que le llamaran Su Excelencia. Zadig fue rey y feliz, no olvidándose de cuanto le había enseñado el ángel Jesrad, y acordándose del grano de arena convertido en diamante: y él y la reina adoraron la Providencia. dejó Zadig correr por el mundo a la bella antojadiza Misuf; envió a llamar al bandolero Arbogad, a quien dio un honroso puesto en el ejército, prometiéndole que le adelantaría hasta las primeras dignidades militares si se portaba como valiente militar, y que le mandaría ahorcar si hacia el oficio de ladrón. Setoc, llamado de lo interior de la Arabia, vino con la hermosa Almona, y fue nombrado superintendente del comercio de Babilonia. Cador, colocado y estimado como merecían sus servicios, fue amigo del rey, y este ha sido el único monarca en la tierra que haya tenido un amigo. No se olvidó Zadig del mudo, ni del pescador, a quien dio una casa muy hermosa. Orcan fue condenado a pagarle una fuerte cantidad de dinero, y a restituirle su mujer; pero el pescador, que se había hecho hombre cuerdo, no quiso más que el dinero.

La hermosa Semira no se podía consolar de haberse persuadido a que hubiese quedado Zadig tuerto, ni se hartaba Azora de llorar por haber querido cortarle las narices. Calmó el rey su dolor con dádivas; pero el envidioso se cayó muerto de pesar y vergüenza. Disfrutó el imperio la paz, la gloria y la abundancia; y este fue el más floreciente siglo del mundo, gobernado por el amor y la justicia. Todos bendecían a Zadig, y Zadig bendecía el cielo.

(Nota.) Aquí se concluye el manuscrito que de la historia de Zadig hemos hallado. Sabemos que le sucedieron luego otras muchas aventuras que se conservan en los anales contemporáneos, y suplicamos a los eruditos intérpretes de lenguas orientales, que nos las comuniquen si a su noticia

llegaren.

El hombre de los cuarenta escudos

Un apacible viejo, que siempre se queja del tiempo presente y alaba el pasado, me decía en una ocasión:

—Amigo, Francia no es tan rica como lo era en tiempo de Enrique IV. ¿Y por qué? Porque no están los campos bien cultivados, porque faltan brazos para la labranza; porque al encarecer los jornales, dejan muchos colonos sus tierras sin labrar.

—¿De dónde procede esa escasez de labriegos?

—De que todo aquel que es inteligente toma el oficio de bordador, de grabador, de relojero, de tejedor de seda, de procurador o teólogo. De que la revocación del edicto de Nantes ha dejado un inmenso vacío en el reino. De que se han multiplicado las monjas y los pordioseros, y en fin, de que cada uno esquivo, en cuanto puede, las penosas faenas de la tierra, para las que Dios nos ha creado, y que tenemos por indignas, de puro lógicos que somos.

Otra causa de nuestra pobreza es la muchedumbre de necesidades nuevas: pagamos a nuestros vecinos 15.000.000 por este artículo, 20 ó 30 por aquél. Metemos en las narices un polvo hediondo que viene de América, y tomar café, té, chocolate y obtener la grana, el añil, y las especias nos cuesta más de 200.000.000 de reales al año. Nada de esto era conocido en tiempo de Enrique IV como no fuesen las especias, que se consumían mucho menos. Gastamos cien veces más cera, y más de la mitad nos viene de país extranjero, porque no cuidamos de aumentar nuestras colmenas. Las mujeres de París y demás grandes ciudades llevan hoy al cuello, en las manos y en las orejas más diamantes que todas las damas de palacio en tiempos de Enrique IV, sin exceptuar la reina. Casi todas estas superfluidades las tenemos que pagar en dinero contante.

Pagamos más de 60.000.000 de réditos a los extranjeros. Cuando subió Enrique IV al trono, encontró una deuda de 2.000.000 que reembolsó en gran parte, para aliviar de esta carga al Estado. Nuestras contiendas civiles, trajeron a Francia los tesoros de Méjico, cuando don Felipe *el Prudente* quiso comprar el reino; pero después las guerras en países extranjeros nos han aligerado de la mitad de nuestro dinero.

Estas son, en parte, las causas de nuestra pobreza, que escondemos bajo hermosos artesonados y entre el primor de nuestras modas; aunque tenemos buen gusto, somos pobres. Asentistas, empresarios y comerciantes hay riquísimos, y muy ricos son sus hijos y sus yernos, pero la nación, en general, es pobre.

Los argumentos, buenos o malos, de este viejo me hicieron mucha impresión, porque el cura de mi parroquia, que siempre me quiso bien, me enseñó algo de historia y geometría, y sé discurrir, cosa muy rara en mi tierra. No sabré decir si llevaba razón; pero como soy muy pobre, no me fue difícil creer que había muchos como yo.

I.— Desgracias del hombre de los cuarenta escudos

Quiero que sepa el universo que tengo una tierra que me valdría cuarenta escudos, si no fuese por los tributos que paga.

Según el preámbulo de unos cuantos decretos lanzados por ciertas personas que gobiernan al Estado, los poderes legislativo y ejecutivo son, por derecho divino, copropietarios de mi tierra, y les debo la mitad, por lo menos, de cuanto como. No puedo menos de persignarme al considerar la capacidad estomacal de los poderes legislativo y ejecutivo. ¿Pues qué sería si esos poderes que presiden *el orden esencial de las sociedades* se llevan mi tierra toda entera? La cosa sería más «divina» todavía.

Su Excelencia, el señor ministro de Hacienda, sabe muy bien que, contándolo todo, no pagaba yo antes más de 44 reales, lo que ya era para mí una carga muy pesada, y que no hubiese podido

sobrellevar si no me hubiere favorecido Dios con la habilidad de hacer cestos de mimbre, con lo cual ganaba para aliviar a mi pobreza. ¿Pues cómo he de poder dar de repente al rey 20 escudos?

En su preámbulo decían también los ministros que el campo es el único que debe pagar; porque todo, hasta las lluvias, provienen de la tierra; y que, por consiguiente, de los frutos de la tierra deben salir los impuestos.

Durante la última guerra vino un alguacil a mi casa, y me pidió como contribución tres fanegas de trigo y un costal de habas, valor en total de 20 escudos, para continuar la guerra que se estaba haciendo, sin que yo sepa por qué, y en la cual guerra, según decían, no iba Francia a ganar nada y en cambio aventuraba perder mucho. Como a la sazón yo no tenía trigo, ni habas, ni un ochavo, el poder legislativo y el ejecutivo me metieron en la cárcel y continuó la guerra como Dios quiso.

Al salir de la prisión, con sólo el pellejo y los huesos, topé de manos a boca con un hombre gordo y colorado, que iba en un coche de seis caballos, con seis lacayos detrás, a cada uno de los cuales le daba de salario doble de lo que yo tenía; su mayordomo, que estaba de tan buen aspecto como él, ganaba 2.000 francos al año, y robaba 20.000. La moza del hombre gordo y colorado no le costaba a éste más de 40.000 escudos cada medio año. Cuando le conocí en otro tiempo era más pobre que yo. Para consolarme me dijo que tenía una renta *de* 400.000 libras.

—Según eso, paga usted doscientos mil al Estado —le dije—, para sostener la ventajosísima guerra que estamos haciendo; porque yo que no tengo más que 40 escudos de renta pago la mitad.

—¿Contribuir yo a las cargas del Estado? —replicó—. Usted se burla, amigo mío. Yo heredé a un tío que había ganado ocho millones en Cádiz y en Surate, y no poseo ni un celémín de tierra. Toda mi fortuna está invertida en créditos sólidos y buenas letras de cambio. De modo que nada debo al Estado. Usted que posee tierras sí debe pagar la mitad de lo que tiene. Todo procede de la tierra; la moneda y los libramientos no son más que instrumentos de cambio.

En vez de jugar a una carta en el faraón 100 sacos de trigo, 100 vacas, 1.000 carneros y 200 fanegas de cebada, pongo yo un montón de oro que representa todos esos miserables géneros. Además, si después de haber pagado por ellos su propietario el impuesto correspondiente, me pidieran a mí más dinero, sería arbitrario. Sería pagar dos veces una misma cosa. Mi tío vendió en Cádiz por valor de 2 millones de trigo de Francia, y otros dos millones de tejidos de lana hechos en nuestras fábricas y en estas dos ventas ganó más de un 100 por 100. Como usted ve esta ganancia la hizo sobre tierras que había pagado ya: lo que mi tío le compra a usted por 2, lo vendía en Méjico por 200. Deduciendo todo gasto ganó 8 millones. Hubiera sido una injusticia enorme cobrarle un solo franco de los 2 que a usted le había pagado. Si veinte sobrinos como yo, cuyos tíos en Méjico, en Buenos Aires, en Lima, en Surate o en Pondichery, hubiesen ganado 8 millones, prestaran al Estado 200.000 francos cada uno en una urgencia de la patria, el tal empréstito ascendería a 4 millones. ¡Qué horror! Pague usted pues, amigo mío, ya que disfruta en paz de una renta de cuarenta escudos limpios de polvo y paja; sirva con celo a la patria y véngase de cuando en cuando a comer con mis criados.

Tan plausible razonamiento me dio mucho que pensar, pero no logró consolarme.

II.— Conversación con un geómetra

Muchas veces sucede que no sabe uno qué responder a un argumento que no convence aunque sea lógico. Un cierto escrúpulo, cierta repugnancia impiden creer lo que está probando. Nos explica un geómetra que entre un círculo y una tangente pueden pasar infinidad de líneas curvas, y que no es posible que pase una recta; los ojos y la razón nos dicen lo contrario; el geómetra afirma que se trata de un infinito de segundo orden. Uno se calla sorprendido, sin entender nada y sin replicarle. Consulta luego con otro geómetra, menos rígido y le oye decir: «Suponemos, lo que no existe en la naturaleza, líneas con longitud y sin grosor; físicamente hablando, es imposible que una línea real corte a otra; ni curva ni recta, ninguna línea real puede pasar por entre otras dos en su punto de contacto. Creer otra cosa es fantasear, es un juego de la inteligencia; la geometría verdadera es el arte de medir las cosas existentes».

Cuando yo oí esta confesión de labios de un matemático, en medio de mi desventura, me eché a reír al considerar que hasta en las ciencias exactas hay mixtificación y engaño.

Era mi geómetra un ciudadano filósofo, que algunas veces se había dignado discutir conmigo en mi pobre vivienda. Decíale yo:

—Caballero, usted ilustra a los papanatas de París acerca de lo que más importa a los hombres, que es la duración de la vida humana; si el gobierno sabe cuánto debe pagar de renta a cada uno de los beneficiarios de su deuda según la edad de ellos, gracias a usted existe un proyecto para llevar a cada casa de París el agua que le hace falta, y librarnos, al fin, del vergonzoso pregón de «¿quién compra agua?» y de ver muchos que suben cubos de ella a un cuarto piso. Ahora bien, dígame por favor, cuántos animales bímanos y bípedos hay en Francia.

El geómetra:

Dicen que hay unos 20.000.000 y yo acepto el cálculo, que es muy probable, mientras se comprueba, cosa que sería muy fácil y que aún no han hecho, porque nunca se piensa en todo.

El hombre de los cuarenta escudos:

¿Cuántas fanegas de tierra tiene Francia?

El geómetra:

Ciento sesenta millones; cerca de la mitad en bosques, lugares, villas y ciudades, páramos, pantanos, arenales, terrenos estériles, conventos inútiles, jardines de recreo, más agradables que útiles, tierras sin cultivar, y tierras muy malas y peor cultivadas. Los campos que dan fruto, se pueden reducir a 100.000.000 de fanegas; pero, pongamos ciento cinco, porque no se diga que somos mezquinos con nuestra patria.

El hombre de los cuarenta escudos:

¿Cuánto cree usted que da cada fanega, un año con otro, término medio, de trigo y de toda especie de semillas, vino, leña, metales, animales, fruta, lana, seda, leche, aceite, etc., deducidos los gastos, y sin contar el impuesto?

El geómetra:

Si una con otra produce 100 reales, será todo lo más, pero contemos hasta diez escudos por no desalentar a nuestros compatriotas: tierras hay que dan hasta 100 por fanega, y otras que no producen arriba de uno; la media proporcional entre uno y ciento es diez, porque bien sabe usted que uno es a diez como diez es a ciento. Bien es verdad que si hubiese muchas fanegas que diesen diez, y muy pocas que diesen ciento, no saldría la cuenta; pero vuelvo a decir que no me quiero parar en menudencias.

El hombre de los cuarenta escudos:

¿Y cuánto producen en dinero los 105.000.000 de fanegas de tierra?

El geómetra:

La cuenta es clara: 1.050.000.000 de escudos, valor actual de la plata.

El hombre de los cuarenta escudos:

He leído, no sé dónde, que el rey Salomón poseía 100.000 millones de reales en dinero efectivo. En Francia no hay arriba de 9.900.000.000 en circulación. Sin embargo, Francia es según me han dicho, un reino mucho mayor y más rico que el de Salomón.

El geómetra:

Eso es una incógnita. Acaso no llega a 4.000.000.000 el dinero que circula en Francia; pero como pasa de mano en mano para pagar todas las mercancías y todo cuanto se trabaja, un mismo escudo puede ir y volver mil veces del bolsillo del labrador al del tabernero y de éste al del recaudador de contribuciones.

El hombre de los cuarenta escudos:

Ya entiendo. Pero usted me ha dicho que éramos 20.000.000 de habitantes entre hombres y mujeres, niños y viejos: ¿cuánto toca a cada uno?

El geómetra:

Cuarenta escudos poco más o menos.

El hombre de los cuarenta escudos:

Esa es cabalmente mi renta; cinco fanegas de tierra tengo, que contando los años de barbecho con los de producto, me valen 550 reales, que es poquísima cosa. Así pues, si cada uno poseyera igual porción de tierra ¿no obtendría más de 27 escudos y medio al año?

El geómetra:

Nada más, según mi cálculo que tal vez he exagerado un poco. La vida y el dinero son cosas limitadísimas. En París se vive en promedio, de veintidós a veintitrés años, y tiene 40 escudos anuales para sus gastos cada francés. Esa cantidad representa lo que usted come, lo que gasta en vestirse, en muebles, en alquiler de casa, etc.

El hombre de los cuarenta escudos:

¿Qué mal le he hecho a usted que así me priva de mi vida y de mi dinero? ¿Conque, no tengo más que veintitrés años de vida, a menos que robe una parte de la de mis prójimos?

El geómetra:

Así ocurre en la buena ciudad de París; pero de esos veintitrés años hay que quitar diez por lo menos de la niñez, porque los niños no gozan de la vida que se preparan a vivir. La infancia es el vestíbulo del edificio, el árbol que todavía no da fruto, el amanecer del día. Quite usted ahora de los trece años que restan la mitad por lo menos de sueño y de aburrimiento, y quedan seis años y medio, que se van en pesares, enfermedades, placeres fugaces y esperanzas baldías.

El hombre de los cuarenta escudos:

¡Dios mío! Según esa cuenta, apenas me quedan tres años de existencia tolerable.

El geómetra:

No es culpa mía. La naturaleza se preocupa muy poco de los individuos. Insectos hay, que no viven arriba de veinticuatro horas, pero su especie dura siempre. La naturaleza es parecida a los príncipes ilustres a quienes no importa la pérdida de 400.000 hombres en una batalla, con tal de llevar a cabo sus ambiciosos designios.

El hombre de los cuarenta escudos:

¡Cuarenta escudos y tres años de vida! ¿Y qué remedio encuentra usted para estos dos males?

El geómetra:

Para alargar la vida sería necesario purificar el aire de París, que fuese la gente menos viciosa, que hiciera más ejercicio, que las madres criasen a sus hijos, que no temiesen la inoculación; todo esto, ya lo he dicho en alguna parte. En cuanto a lo demás, lo más acertado es casarse, y hacer chicos.

El hombre de los cuarenta escudos:

¿Entonces el medio de vivir bien es juntar mi pobreza con la miseria ajena?

El geómetra:

Cinco o seis miserias juntas hacen un mediano bienestar. Con una mujer que trabaje, dos hijos y dos hijas, junta usted 300 escudos para el hogar, suponiendo que la repartición sea igual, y que tenga cada individuo cuarenta escudos de renta. Los hijos en la primera infancia cuestan muy poco, cuando son grandes ayudan; su auxilio le ahorra a usted casi todo gasto, y vive feliz como un filósofo, a menos que los señores que gobiernan el Estado cometan el abuso de imponer a cada uno de ustedes 25 escudos de contribuciones al año. Por desgracia, no estamos en el siglo de oro, en que todos eran iguales, y tenían la misma participación en los pingües beneficios de una tierra que

producía sin que la cultivasen. Hoy estamos muy distantes de que cada animal de dos pies y dos manos sea dueño de una tierra que produzca 40 escudos al año.

El hombre de los cuarenta escudos:

¡Usted nos quita el pan de la boca! Hace poco me decía que en un país con 100.000.000 de fanegas de buena tierra y 20.000.000 de habitantes, le tocaban a cada uno 40 escudos de renta, y ahora nos los quita usted.

El geómetra:

Sí, pero calculaba según los libros de caja del siglo de oro, y es menester contar con arreglo a los del de hierro. Muchos individuos hay que carecen de lo que representa el valor de 25 escudos de renta; otros que no tienen el de cuatro o cinco, y pasan de 6.000.000 los que no poseen nada.

El hombre de los cuarenta escudos:

Pero, esos se morirán de hambre al cabo de tres días.

El geómetra:

No por cierto, los que poseen les dan trabajo y así son pagados el teólogo, el confitero, el boticario, el predicador, el comediante, el procurador y el cochero. Usted se creía digno de compasión porque no tiene más de 450 reales al año, reducidos a 400; pues vea a los soldados que vierten su sangre por la patria; y que a razón de seis cuartos al día no suman arriba de 257 reales con 22 céntimos, y a pesar de ello viven muy satisfechos y juntan sus ranchos.

El hombre de los cuarenta escudos:

Pues según eso, un ex jesuita tiene de pensión más de cinco veces la paga del soldado, aunque los soldados hayan rendido más servicios al Estado, a la vista del rey en Fontenoy, en Lewfelt y en el sitio de Friburgo que cuantos pudiera alegar el reverendo padre La Valette.

El geómetra:

Eso es muy cierto, como lo es también que cada jesuita secularizado tiene más de lo que costaba a su convento, y muchos de ellos han ganado bastante dinero escribiendo folletos contra los parlamentos, como el reverendo padre Patouillet y el reverendo padre Nonotte. En este mundo cada uno se las ingenia como puede; éste dirige una fábrica de tejidos, aquél otra de loza, el otro es empresario de la Opera, uno compone la gaceta eclesiástica, otro una tragicomedia o una novela al estilo inglés, y entre todos mantienen al papelerero, al fabricante de tinta, al librero y al encuadernador, que si no fuera por ellos pedirían limosna. Todo se resume en que la restitución de los 40 escudos a los que nada tienen, hace que viva y florezca el Estado.

El hombre de los cuarenta escudos:

¡Lindo modo de florecer!

El geómetra:

Pues no hay otro; en todo país el rico hace que viva el pobre, y esa es la única razón de ser de la industria. Cuanto más industriosa es una nación más ganancia obtiene de los extranjeros. Si lográsemos de los países extranjeros 40.000.000 de reales al año, en el intercambio comercial, dentro de veinte años dispondría el Estado de 800.000.000 más, que serían 40 reales más por cabeza que repartir; esto es, los negociantes harían ganar a cada pobre 40 reales más con la esperanza de obtener ganancias todavía más considerables. Pero el comercio tiene sus límites, lo mismo que la fertilidad de la tierra; si no se perdería en el infinito; por otra parte, la balanza comercial no nos es siempre favorable; épocas hay en que perdemos.

El hombre de los cuarenta escudos:

Muchas veces he oído hablar del aumento de población. Si se nos ocurriese echar al mundo doble número de chiquillos que ahora, si nuestra patria tuviese doble población, y hubiese 40.000.000 en vez de 20, ¿qué sucedería?

El geómetra:

Que cada uno tendría 25 escudos menos, o bien, la tierra debería producir el doble de lo que produce, o que habría doble número de pobres, o que sería preciso duplicar la industria, y ganar doble en el comercio exterior, o enviar la mitad de la nación a América, o que la mitad de nación se comiera a la otra.

El hombre de los cuarenta escudos:

Pues contentémonos con nuestros 20.000.000 de hombres y nuestros cuarenta escudos por cabeza, repartidos como Dios quisiera; pero esta situación es muy triste, y el siglo de hierro muy duro.

El geómetra:

Ninguna nación hay que sea más rica, y muchas hay que son más pobres. ¿Cree usted que los países del Norte podrían repartir por valor de 40 escudos a cada individuo? Si hubieran tenido el equivalente los hunos, los godos, los alanos, los vándalos y los francos, no hubieran desertado de su patria para ir a establecerse en otra, arrasándolo todo a sangre y fuego.

El hombre de los cuarenta escudos:

De creerle a usted yo soy un hombre feliz con mis 40 escudos.

El geómetra:

Si cree usted que lo es, lo será sin duda.

El hombre de los cuarenta escudos:

Nadie se puede figurar lo que no es, a menos de estar loco.

El geómetra:

Ya he dicho a usted que para vivir con más holgura y más feliz es preciso que se case; pero añadido que su mujer ha de tener 40 escudos de renta como usted, es decir, 4 fanegas de tierra a 10 escudos la fanega. Los antiguos romanos no tenían tanto. Si sus hijos de usted son laboriosos, podrán ganar otro tanto cada uno trabajando para los demás.

El hombre de los cuarenta escudos:

De modo que ellos han de ganar dinero para que lo pierdan otros.

El geómetra:

Esa es la ley de todas las naciones, y a ese precio vivimos todos.

El hombre de los cuarenta escudos:

¿Y ha de ser forzoso que demos mi mujer y yo cada uno la mitad de nuestra cosecha al Estado y que se lleve el gobierno la mitad de lo que ganemos con nuestro trabajo y el de nuestros hijos, antes de que éstos puedan siquiera bastarse a sí mismos? ¿Cuánto dinero mete el gobierno en las arcas reales?

El geómetra:

Usted paga 25 escudos por cinco fanegas de tierra que rinden 50; el rico que posee 500 fanegas pagará 2,500 escudos, 100.000,000 de fanegas darán al rey 500.000,000 de escudos al año, o sea, 5,500.000,000 de reales.

El hombre de los cuarenta escudos:

No lo creo posible.

El geómetra:

Tiene usted razón; y esa imposibilidad prueba matemáticamente que los cálculos de nuestros ministros adolecen de una falsedad fundamental.

El hombre de los cuarenta escudos:

Y dígame, ¿no es monstruoso quitarme la mitad de mi trigo, de mi cáñamo, de la lana de mis carneros, etc., y no exigir tributo alguno a los que ganan 40, 80 ó 100.000 reales con mi cáñamo,

tejiendo lienzos, con mis lanas, fabricando paños, y con mi trigo, vendiéndolo más caro de lo que lo compraron?

El geómetra:

Tan evidente es la injusticia de semejante administración, como errado su cálculo. Se debe fomentar la industria, pero también los grandes rendimientos de la industria deben tributar al Estado. Cosa es demostrada que los intermediarios le han quitado a usted parte de sus cuarenta escudos, que se han apropiado vendiéndole a usted mismo, sus camisas y sus vestidos veinte veces más caros que le hubieran costado si se los hubiera hecho usted. Confieso que el fabricante que a costa de usted se ha hecho rico, proporcionó un jornal a sus oficiales, que nada propio tenían; pero ha retenido cada año una cantidad para sí, que al cabo le valieron 10,000 escudos de renta. Ganó, pues, este capital, a costa de usted, y usted nunca podrá venderle a él sus productos, tan caros, que se pueda resarcir de lo perdido en lo que él le compró a usted. Y si usted pudiera subir su precio de venta, él los traería del extranjero más baratos. La prueba de que así sucede, es que los 10,000 escudos de renta del intermediario aumentan, mientras los 40 de usted no aumentan, y muchas veces disminuyen. Por tanto, sería necesario y conforme a la equidad, que pagase más el comerciante que el labrador. El mismo principio rige respecto a los intendentes de hacienda. Antes que nuestros grandes ministros le quitasen a usted 20 escudos, pagaba 4, de los cuales el intendente se quedaba con 2 reales para sí; de suerte que si en la provincia de usted hay quinientas mil almas, habrá ganado 1.000,000 de reales al año; y suponiendo que gaste 200,000, es claro que al cabo de diez años tendrá un capital de 8.000.000. Justo sería que él pagase un impuesto sobre sus ganancias.

El hombre de los cuarenta escudos:

Le agradezco mucho que con su teoría tenga también que pagar impuestos el intendente; con eso se alivia mi imaginación. Pero si éste sabe aumentar sus ganancias, ¿no habrá medio para que yo aumentase también mi pobre peculio?

El geómetra:

Ya le he dicho: cácese, trabaje y procure sacar de la tierra algunas espigas más de las que antes producía.

El hombre de los cuarenta escudos:

Supongamos que trabajo mucho, que todo el país hace lo mismo, que el Estado cobró más impuestos, ¿qué provecho obtendrá la nación al cabo del año?

El geómetra:

Ni un ochavo, a menos que sostenga un comercio exterior ventajoso. Pero el individuo habrá vivido mejor, habrá tenido más vestidos, más camisas y más muebles que antes; y la circulación monetaria será mayor. A ello se sigue aumento de jornales casi en proporción al número de sacos de trigo, de vellones de carnero, de pieles de bueyes, venados y cabras que se hayan trabajado, de racimos de uvas llevadas al lagar. El rey tendrá más dinero dentro de sus arcas, pero no habrá un solo escudo sobrante en todo el reino.

El hombre de los cuarenta escudos:

Entonces, ¿qué remanente le queda al Estado?

El geómetra:

Ninguno. Y es bien que así suceda. El Estado ha atendido a sus necesidades y lo mismo han hecho los ciudadanos, cada uno con arreglo a sus medios. No hay atesoramiento. Si lo hace, priva a la circulación de todo el dinero que acumula, y hace tantos miserables como pilas de a 50 escudos guarda en sus arcas.

El hombre de los cuarenta escudos:

Según eso, nuestro gran Enrique IV era un avaro y un estrujador del pueblo, pues tenía en la Bastilla un depósito de 200.000.000 de reales.

El geómetra:

Enrique IV era un monarca tan prudente y bueno como valeroso. Dispuesto a emprender una guerra justa, creó una reserva de 110.000.000 de reales, moneda de entonces, dejando más de otros 80 millones en circulación. Supo ahorrar a su pueblo más de 400 millones que le habría costado, si hubiese procedido de otro modo; el triunfo sobre un enemigo desprevenido, era seguro, según todo cálculo de probabilidades.

El hombre de los cuarenta escudos:

Con razón se ha dicho que proporcionalmente éramos más ricos bajo el gobierno del duque de Sully, que bajo el de los nuevos ministros, autores de la contribución única, y que me quitan 20 escudos de los 40 que tengo. Dígame usted, se lo ruego, si existe alguna nación en el mundo que disfrute del exquisito beneficio de la contribución única.

El geómetra:

Ninguna entre las grandes. Los ingleses, que no son muy propensos a la risa, se han echado a reír al enterarse de que se había propuesto en nuestro país, y por hombres de talento, semejante idea. Verdad es, que los lapones y samoyedos pagan una contribución única en pieles de marta, y que la República de San Marino no paga más que el diezmo, con lo que mantiene el esplendor del Estado.

En nuestra Europa existe una nación célebre por su culto a la justicia y el valor de sus hijos, en la que no hay en realidad impuesto: el pueblo helvético; pero lo que sucede es que este pueblo recibe las antiguas rentas de los duques de Austria y Zeringen. Los cantones chicos son democráticos, y cada habitante paga una pequeñísima suma para las necesidades del Estado. En los cantones ricos, se nutren de los censos que cobraban los archiduques de Austria y los señores de villas y lugares. Los cantones protestantes son más ricos que los católicos, porque el Estado posee los bienes que fueron de los frailes. Así, quienes antes eran vasallos de los archiduques de Austria, de los duques de Zeringen y de los frailes, lo son hoy día de la patria, y pagan a la patria los mismos diezmos, los mismos derechos y el mismo laudemio que pagaban a sus señores antiguamente; y como, en general, los suizos trafican poco, no está sujeto el comercio a impuesto ninguno, como no sean derechos de escasa importancia. Los hombres comercian sus personas propias con las potencias extranjeras, y se venden por algunos años, con lo cual obtiene el país saneados ingresos a costa ajena; y es un ejemplo que no tiene par en las naciones civilizadas, como tampoco lo tiene la contribución única establecida por nuestros legisladores.

El hombre de los cuarenta escudos:

¿Así que, señor, a los suizos no los privan por derecho divino de la mitad de sus bienes, ni da dos vacas al Estado el que no posee más que cuatro?

El geómetra:

Ni por pienso. En un cantón que produzca trece toneladas de vino dan uno, y se beben doce; y en otro pagan la duodécima parte, y se beben once.

El hombre de los cuarenta escudos:

¡Ah! Suizo me vuelvo. ¡Maldita contribución la inicua y única que me conducirá a pedir limosna! ¿Pero, acaso son más justos y más llevaderos otros trescientos o cuatrocientos impuestos que ni aun sus nombres puedo conservar en la memoria. ¿No los hay por el peso del carbón, el aforo del vino, la molienda de la aceituna, la fabricación del jabón? Y todo ello para mantener ejércitos de granujas, más crecidos que el de Alejandro Magno, mandados por generales que entran a saco en un país, alcanzan ilustres victorias, hacen prisioneros, y hasta los ahorcan o degüellan, como hacían los antiguos escitas, según he oído decir al cura de mi parroquia, ¿Era mejor ese sistema, contra el cual se levantaron tantas protestas e hizo verter tantas lágrimas, que el que del primer envite me priva sencillamente de la mitad de mi existencia? Mucho me temo que, si bien se considera, el método antiguo no era peor, pues éste no quita a pellizcos las tres cuartas partes de nuestra hacienda.

El geómetra:

«Iliacos intra muros peccatur, et extra...»

«Est modus in rebus...»

«Caveas ne quid nimis»

El hombre de los cuarenta escudos:

Yo sé algo de historia y de geometría, pero no entiendo el latín.

El geómetra:

Mi latín significa: «ambos criterios se engañan; en todo se ha de guardar moderación; nada en demasía».

El hombre de los cuarenta escudos:

Nada en demasía; sí, señor, en ese caso me encuentro yo, puesto que no tengo lo suficiente.

El geómetra:

Convengo en que se morirá usted de hambre, y yo también, y el Estado también, suponiendo que la nueva administración dure dos años más; esperemos que Dios tenga misericordia de nosotros.

El hombre de los cuarenta escudos:

Esperando se pasa la vida, y esperando se muere uno. Quede usted con Dios; salgo instruido, pero desconsolado.

El geómetra:

Ese es muchas veces el fruto de la ciencia.

III.— Aventuras con un fraile carmelita

Después de dar las más rendidas gracias al sabio de la Academia de Ciencias, volví a mi casa mohino por demás y murmurando entre dientes tristes reflexiones: ¡Sólo 40 escudos para vivir, y nada más que veinte años de vida! ¡Ah, pluguiera al cielo que fuese todavía más corta nuestra vida, pues tan llena está de desventuras! Distraído con mis meditaciones me encontré de pronto frente a un soberbio edificio; me apretaba el hambre, y no poseía ni siquiera la centésima parte de la cantidad que de derecho pertenece a cada individuo. Dijéronme que aquel palacio era la residencia de los reverendos padres carmelitas descalzos, y respiré entonces, diciendo entre mí: puesto que son tan humildes estos santos varones que andan sin zapatos, serán también lo suficientemente caritativos para darme de comer. Toqué, pues, la campanilla, y apareció un carmelita.

—¿Qué quiere, hijo mío?

—Reverendo padre, pan; los nuevos decretos me lo han quitado de la boca.

—Hijo mío, nosotros pedimos limosna, pero no la damos.

—No lo entiendo. Son ustedes tan humildes que van descalzos, viven, sin embargo, en una mansión principesca, son caritativos y no dan de comer.

—Hijo mío, verdad es que no llevamos medias ni zapatos, y eso menos tenemos que gastar; pero creedme, no sentimos más frío en los pies que en las manos, y si nos mandara nuestro santo instituto que fuésemos con el culo al aire, tampoco tendríamos frío en el trasero. En cuanto a nuestra magnífica casa, la hemos construido con mucha facilidad, porque las que alquilamos en esta misma calle nos rentan 400.000 reales al año.

—¡Ah, ah! ¿Dejan ustedes que me muera de hambre, y tienen 400.000 reales de renta? Bien es verdad que pagarán 200.000 al gobierno.

—¡Líbrenos Dios de pagar ni un céntimo! Sólo el fruto de la tierra cultivada por manos laboriosas, encallecidas y bañadas en lágrimas debe ser gravado con impuestos para el Estado. Con las limosnas recibidas edificamos esas casas; pero como provenían dichas limosnas de los productos de la tierra, que ya han pagado su tributo, no vamos nosotros a pagarle otra vez. En cambio, bendecimos a los fieles que se han empobrecido por enriquecernos. Pedimos limosna y damos ocasión a los fieles de barrio de San Germán para bendecirlos más y más.

Diciendo esto, me dio el carmelita con la puerta en las narices.

Marché luego al cuartel de carabineros, conté lo que me había pasado a uno de ellos, y me dieron bien de comer y medio escudo. Uno de los carabineros dijo que había que ir a pegar fuego al convento; pero otro compañero más sensato le hizo ver que aún no era tiempo, y le exhortó a que esperase dos o tres años.

IV.— Audiencia del ministro de Hacienda

Fuíme con mi medio escudo a presentar un memorial al señor ministro de Hacienda, que aquel día daba audiencia. La antecámara estaba llena de toda clase de gentes, y noté que había muchos semblantes rubicundos, barrigas obesas y rostros altivos. No me atrevía a arrimarme a estos personajes; los veía y no me veían.

Un fraile encargado de cobrar los diezmos explotaba a unos ciudadanos que calificaba de *vasallos* suyos. Recibía el fraile más dinero del que tenían la mitad de sus feligreses juntos, y era con eso señor de vasallos. Pretendía que habiendo éstos, después de rudas faenas, convertido en viñas unos matorrales, le eran deudores de la décima parte de su vino; lo cual, teniendo en cuenta el coste del trabajo, de los rodrigones, de las cubas y de las atarazanas, ascendía a más de la cuarta parte del valor de la cosecha.

—Mas como son los diezmos —decía el fraile— de derecho divino solicito, en nombre de Dios, la cuarta parte del producto del trabajo de mis vasallos.

Dijóle el ministro:

—Veo que es usted un hombre caritativo...

Un asentista general, sujeto muy versado en materia de rentas provinciales, dijo entonces:

—Excelentísimo señor: sus vasallos no pueden dar nada a este fraile, porque habiéndoles yo hecho pagar el año pasado 32 impuestos por el vino que habían cosechado, carecen en absoluto de recursos. Les he vendido sus animales de labranza y sus aperos, y aún así no han podido acabarme de pagar. Me opongo, pues, a la solicitud del reverendo.

El ministro le replicó:

—Evidentemente es usted digno competidor suyo; los dos dan iguales pruebas de amor al prójimo, y me tienen, por igual, conmovido por su proceder.

El tercero, que era señor de vasallos, de los que en Francia llaman manos muertas, y también fraile, esperaba una sentencia del Consejo Real, por la que se le adjudicasen los bienes de un pobre parisiense, que había vivido un año y un día en una casa situada en los dominios del eclesiástico. Como el parisiense falleció en ella, el fraile, fundándose en el derecho divino, reclamaba todos los bienes del difunto. Al ministro le pareció que este fraile tenía un corazón tan piadoso y tan noble como los dos primeros.

El cuarto, que era contador de bienes de la Corona, presentó una exposición de derecho, justificándose en ella de haber arruinado a veinte familias, gentes que al heredar bienes de sus tíos o tías, hermanos o primos, tuvieron que presentarse a pagar los correspondientes derechos. El contador les advirtió lealmente que no habían valorado en lo justo sus bienes, y que eran mucho más ricos de lo que creían. Por tanto, les impuso una multa triple del importe del impuesto, y además les condenó a costas. Después de arruinarlos hizo encarcelar a varios de aquellos padres de familia que tuvieron que vender su hacienda. Así había adquirido el contador sus grandes posesiones, sin que le costasen un ochavo.

Díjole el ministro, esta vez con un tono despectivo:

—*Euge, contador bone et fidelis; quia super pauca fuisti fidelis, intendentem de provincia te constituam.*

Y volviéndose a uno de sus empleados, que junto a él estaba, murmuró entre dientes:

—Hay que hacerles vomitar a todas estas sanguijuelas sagradas y profanas la sangre que han chupado. Ya es tiempo de dar algún alivio al pueblo. Si no fuera por nuestro espíritu de justicia y nuestros desvelos, el pueblo no tendría con qué vivir, como no fuera en el otro mundo.

Presentáronse luego unos cuantos arbitristas: uno había imaginado crear un tributo sobre el ingenio. Todo el mundo, decía, se dará prisa a pagarle, porque nadie quiere pasar plaza de tonto.

—Usted estaría exento de pagar esa contribución —le dijo el ministro.

Un digno y discreto ciudadano prometía proporcionar al rey tres veces más rentas que las que recibía, y que la nación pagase tres veces menos tributos. El ministro le envió a la escuela para que aprendiese a contar.

Otro quería probar su adhesión al monarca, aumentando sus ingresos por impuestos de 300.000.000 de reales a 900.000.000.

—Nos hará usted un gran favor —replicó el ministro—, pero antes tendremos que pagar las deudas del Estado.

Llegó, en fin, el agente de ese tratadista que quiere convertir al Estado en copropietario de todas nuestras tierras de derecho divino, para que entren 4.400.000.000 de reales al año en las arcas de S. M. Conoció en él al hombre que me había metido en la cárcel por no haber pagado mis escudos, y me eché a los pies del ministro para pedirle justicia. Su Excelencia prorrumpió en una gran carcajada y me dijo que todo aquello fue una broma. Ordenó que se me entregasen cien escudos en resarcimiento de daño y me eximió de todo pago de impuestos por todo lo que me reste de vida.

—Dios se lo pague a Su Excelencia —le dije, y me despedí de él.

V.— Carta al hombre de los cuarenta escudos

Muy señor mío: Aunque soy tres veces más rico que usted, quiero decir, que poseo 120 escudos de renta, le escribo como si fuera su igual, sin envanecerme por mi superior fortuna.

He leído su historia con todas sus desgracias, y de la justicia que le ha hecho el señor ministro de Hacienda, y le felicito por ello muy de veras; pero acabo de leer, por mi desdicha, *El financiero ciudadano*, no obstante la repugnancia que me había inspirado el título, y que a muchas gentes les parece contradictorio. El tal ciudadano le quita a usted 10 escudos de renta y 30 a mí, calculando nada más 40 escudos de aquélla por individuo; verdad es que otro autor, no menos ilustre, calcula 60 escudos. Su géometra de usted adopta un término medio; se ve que no pertenece al grupo de esos ilustres señores que adjudican a París 1.000.000 de almas, al reino 6.000.000.000 de reales en dinero físico, no obstante todo lo que hemos perdido en las pasadas guerras.

Como es usted aficionado a leer, le prestaré *El financiero ciudadano*, pero no crea todo lo que dice, porque cita el testamento del gran ministro Colbert, sin saber que es una mala falsificación hecha por un tal Gatien de Courtilz; cita el *Diezmo* del mariscal de Vauban ignorando que es de un tal Bousguilbert; cita el testamento del cardenal de Richelieu, y también desconoce que es del abate de Bourzeis; afirma que el cardenal dijo que «cuando se encarece la carne se le da más prest al soldado», cosa que no es cierta, además de que durante el gobierno del cardenal, encareció mucho la carne y no por eso se subió la paga a la tropa. Ese texto de Richelieu fue declarado apócrifo cuando se publicó. En realidad, no es más obra suya que lo son de aquellos en cuyo nombre están escritos los testamentos del mariscal de Belle-Isle y del cardenal Alberoni.

Desconfíe siempre de testamentos políticos y de sistemas: yo he sido víctima de éstos lo mismo que usted, y si se han burlado de usted los Solones y Licurgos modernos, de mí se mofaron los Triptolemos. Yo, sin una pequeña herencia que recibí, me hubiera muerto de hambre.

Ciento cincuenta fanegas de tierra de labor poseo en el país más agradable de la tierra y en el terreno más ingrato; cada fanega, pagados los gastos, no rinde más que un escudo. En una ocasión leí en los periódicos que un prestigioso agrónomo había inventado un método de siembra, por el cual, sembrando menos grano recogía más cosecha; tomé dinero a usura y puse en práctica su

método con lo cual perdí mi tiempo, mi dinero y mi trabajo, no menos que el susodicho agrónomo prestigioso, que ahora siembra como todo el mundo.

Quiso mi mala estrella que leyera luego en el *Diario económico*, que se vende en casa del librero Boudet, en París, el experimento que llevó a cabo cierto parisiense, quien para entretenerse labró quince veces la tierra de su jardín, sembró en ella trigo en vez de plantar tulipanes, y cogió una excelente cosecha. Tomé más dinero a préstamo y labré treinta veces mi tierra diciendo para mí: de esta manera obtendré doble fruto del que consiguió en su jardín el ingenioso parisiense (que seguramente aprendió agricultura en la ópera y en la comedia) y me haré rico gracias a su ejemplo y a sus lecciones. Verdad es que en mi tierra era imposible labrar ni siquiera cuatro veces, porque no lo permite el rigor y la mudanza repentina de las estaciones, sin contar con que la desgracia de mi ensayo anterior me había obligado a vender mi yunta. Hice, pues, arar treinta veces las 150 fanegas por todas las yuntas que había en cuatro leguas a la redonda. Tres labores por fanega cuestan cinco ducados; de suerte que por las treinta tuve que pagar 50 ducados, con lo que las 150 me salieron a 7.500 ducados. La cosecha, que en los años medianos en mi maldito país no da más de 300 fanegas, fue aquel año de 330 a siete ducados; total, 2.310; de suerte que perdí 5.190 ducados, o 57.090 reales, contando como ganancia la paja de la cosecha. Estaba arruinado y mi perdición hubiera sido absoluta a no ser por una tía vieja, a quien un famoso médico expidió al otro mundo, discurriendo sobre medicina con tanto acierto como yo sobre agricultura. ¿Creerá usted que todavía fui bastante necio para dejarme engañar por el diario de Boudet? Leí en su periódico que empleando 1.000 ducados en el cultivo de la alcachofa pueden obtenerse esos mismos 1.000 ducados de renta. ¡Vaya por Dios! —dije—. Boudet me restituirá en alcachofas lo que en trigo me ha hecho perder. Me gasto, pues, 1.000 ducados y los ratones se comen mis alcachofas. Todos mis vecinos se burlan de mí y yo, avergonzado, escribo una carta fulminante a Boudet. Por toda respuesta el muy bribón se dedicó a lanzarme mil cuchufletas en su diario, y hasta me negó que los caribes sean rojos. No pasé por esto y gestioné una declaración jurada del ex procurador del rey en la Guadalupe, en la que constaba que Dios había hecho a los caribes rojos como a los negros tiznados. Pero este triunfo no quita para que haya perdido toda la herencia de mi tía, hasta el último céntimo, a causa de haber confiado ingenuamente en los nuevos sistemas. Insisto en decir a usted que se guarde de embaucadores, y quedo muy suyo, etc.

VI.— Nuevos quebrantos procedentes de los nuevos sistemas (Fragmentos extraídos del manuscrito de un viejo solitario)

Así como hay sujetos que se entretienen en buscar substitutos a los reyes para gobernar los Estados y otros se creen ellos mismos Césares y Triptolemos, otros, aún más soberbios, colocan a Dios en segundo término y crean el universo con su pluma, como al principio lo creó Dios con su palabra.

Uno de éstos, de los primeros que conocí, presunto descendiente de Tales, llamado Telliamed, me dijo que las montañas y los hombres habían nacido de las aguas del mar; el hombre era un animal marino que luego se volvió anfibio, hasta convertir su hermosa cola de pez en muslos y piernas. A mí, que tenía llena la cabeza de las metamorfosis de Ovidio, y de un libro que explicaba cómo el linaje humano procedía de los babuinos, tanto me daba descender de un pescado como de un simio.

Con el tiempo me sobrevinieron algunas dudas acerca de esta genealogía, como también acerca de la formación de las montañas.

—Pues que, ¿no sabe usted —me dijo Telliamed— que las corrientes del mar desplazan a uno y otro lado la arena que encuentran a su paso, lo cual va formando montoncitos, que al cabo de infinitos siglos son montañas de 20.000 pies de alto, en las que, por cierto, no hay arena? Sepa usted que el mar ha cubierto el globo entero, y la prueba es que se han encontrado anclas de navío en la montaña de San Bernardo, que estaban allí desde muchos siglos antes de que los hombres tuvieran navíos. La tierra es como un globo de vidrio, el cual estuvo largos siglos cubierto de agua.

Cuanto más me explicaba su doctrina mayor era mi incredulidad.

—¿No ha visto usted —insistió—, las capas de concha de la Turena, a 36 leguas de distancia del mar? Son restos de conchas de ostras y con ellos los labradores abonan la tierra como con estiércol. El mar ha depositado, a través del tiempo, una mina entera de conchas a 36 leguas del océano.

Respondíle yo:

—Señor Telliamed: yo no puedo creer que sea de vidrio mi jardín, y en cuanto a su capa de conchas, dudo mucho que sea de conchas marinas; muy bien pudieran ser piedrecillas calizas que con facilidad parecen fragmentos de conchas, como hay piedras que tienen forma de lengua y no son lenguas; de estrellas sin ser astros; de culebras enroscadas, y no son culebras; de partes naturales del bello sexo, y no por eso son restos de mujeres. Vemos también rocas que semejan árboles y casas, sin que hayan sido nunca encinas ni edificios. Si tantos estratos de conchas ha depositado el mar en la Turena, ¿por qué no ha hecho lo mismo en la Bretaña, la Normandía, la Picardía y los demás terrenos costeros? Mucho es que tan decantado filón de conchas proceda del mar como proceden los hombres; pero dado caso que hubiese penetrado el mar a 36 leguas tierra adentro, no quiere decir que avanzase 300 y hasta 3.000, y que todas las montañas hayan emergido de las aguas. Tanto vale decir que el Cáucaso fue formado por el mar, como afirmar que lo fue el mar por el Cáucaso.

—¿Pues qué responderá usted, señor incrédulo, respecto a las ostras petrificadas que se han encontrado en las cumbres de los Alpes?

—Responderé, señor creador, que así he visto otras petrificaciones como anclas de navíos en lo alto del San Bernardo; responderé lo que está contestado: que se encontraron conchas que fácilmente se petrifican, a distancias muy considerables del mar, así como se han descubierto medallas romanas a cien leguas de Roma. Siempre creeré mejor que los peregrinos que iban a Santiago perdieron algunas de las conchas que llevaban, que ha sido formado por el mar el monte San Bernardo. Conchas se encuentran en todas partes. No está probado que procedan del mar en vez de ser caparazones de crustáceos procedentes de los lagos.

—Señor incrédulo, yo le ridiculizaré a usted en el mundo que me propongo crear.

Señor creador, como usted quiera; cada uno es dueño de sus acciones en este mundo; pero nunca me convencerá de que sea de vidrio éste en que vivimos, ni que el hallazgo de unas conchas demuestre que los Alpes y el monte Tauro fuesen formados por el mar. En las montañas de América no hay concha ninguna; habrá que pensar que no es usted el creador del otro hemisferio, y que se ha contentado con crear el viejo mundo. Esto ya basta y sobra.

—Señor mío, si aún no se han descubierto conchas en las montañas de América, ya se descubrirán.

—Señor mío, eso se llama hablar como creador, que sabe lo que hay y lo que ha de ser. Si usted quiere, yo le dejaré su mina de conchas, con tal que me deje mis montañas; y con esto seré el más obediente y seguro servidor de Vuestra Providencia.

Mientras así me instruía Telliamed, un jesuita irlandés, excelente investigador y que tenía un buen microscopio, creó anguilas con harina de trigo. Al punto se tuvo por cosa segura que con la harina del pan candeal podrían crearse hombres, ya que muy pronto se obtendrían moléculas orgánicas. ¿Y por qué no? Puesto que el célebre geómetra Fatio resucitaba muertos en Londres, no había inconveniente en hacer hombres vivos en París con partículas orgánicas; mas la desgracia ordenó que desaparecieran las nuevas anguilas de Needham, y con ellas los sabios que fueron a refugiarse al país de las mónadas, todo él lleno de materia sutil, globulosa y estriada.

No quiero decir que no hayan servido mucho para el adelanto de la física estos inventores de sistemas, ni plegue a Dios que disminuya yo el mérito de sus tareas; pueden compararse con los alquimistas, que trabajan por hacer oro, que nadie hace y han hallado excelentes remedios de botica

o cosas muy curiosas cuando menos. Posible es que sea uno hombre de singular entendimiento y no comprenda ni la formación de los animales, ni la estructura del planeta.

Pero ni los peces convertidos en hombres, ni las aguas en montañas, me hubieran acarreado nunca los perjuicios que me causó el señor Boudet, y eso que yo no hacía sino exponer mis dudas sin enfadarme. Poco después conocí a un lapón, filósofo profundo, que me brindó ayuda. Era hombre que no consentía que nadie le llevase la contraria. Lo primero que hizo fue vaticinar el futuro, lo que me produjo tal exaltación que caí enfermo; pero me curó untándome con trementina de pies a cabeza. Apenas pude andar, me propuso que hiciéramos un viaje a las tierras australes para disecar cabezas de gigantes, con objeto de averiguar qué cosa era el alma. Como a mí me ponen malo los viajes por mar, marcharíamos por tierra, atravesando el globo terráqueo con un agujero que iría a parar a los Patagones. Pero, a la entrada del agujero me rompí una pierna, y costó mucho trabajo componérmela; al fin se formó en la fractura un callo, lo que alivió mi situación. Mi filósofo lapón llamábase señor de Maupertuis, hombre que en sus obras dejará a la posteridad todos los descubrimientos que llevo apuntados.

VII.— Matrimonio del hombre de los cuarenta escudos

Ya bastante instruido, el hombre de los cuarenta escudos, y hecho un caudalejo, se casó con una bonita muchacha que tenía 100 escudos de renta; en breve embarazó a su mujer, por lo que fue a ver a su geómetra, y a preguntarle si el recién nacido sería chico o chica. Respondióle el geómetra que eso lo suelen saber las comadronas y las criadas; pero que no estaban tan adelantados como ellas los astrónomos que predicen los eclipses.

Luego le preguntó si su hijo o su hija tenía ya un alma, a lo que contestó el geómetra que no entendía de eso, y que lo consultase con un teólogo. El hombre de los cuarenta escudos, que era ya hombre de 140, quiso enterarse también en qué sitio estaba su hijo. «En una bolsita», le dijo su amigo, «entre la vejiga y el intestino recto».

—¡Jesús me valga! —exclamó—: ¿El alma inmortal de mi hijo ha nacido y vive entre la orina y otra cosa 'peor?

—Sí, querido vecino, y el alma de un cardenal no tuvo tampoco alojamiento más aseado. A pesar de eso se las echan luego de personajes superiores a todos.

—¿Me podrá usted decir, señor mío, cómo se forman las criaturas?

—No, pero puedo decirle lo que piensan de ello los filósofos. El reverendo padre Sánchez, en su excelente libro *De Matrimonio*, es en todo del dictamen de Hipócrates, y cree como artículo de fe que se atraen y se unen entre sí los dos fluidos del hombre y de la mujer, y de esta unión brota al punto la criatura. Tan seguro se halla el católico doctor de su explicación física, trasladada a la teología, que en el capítulo 21 de su libro afirma: *utrum virgo Maris semen emiserit in copulatione cum Spiritu Sancto*.

—Ya le he dicho a usted que no entiendo el latín: tradúzcame al romance, ese oráculo del padre Sánchez.

El geómetra se lo tradujo y ambos se estremecieron de horror. Pero aunque el padre Sánchez le pareció extraordinariamente ridículo al recién casado, quedó bastante satisfecho con Hipócrates, y con la halagüeña idea de que su mujer había cumplido todos los placenteros requisitos que cita este doctor para hacer un chiquillo.

—Sin embargo —le dijo el geómetra—, muchas mujeres hay que no derraman licor alguno, que reciben con repugnancia las caricias de sus maridos, y no por eso dejan de tener hijos. Este solo hecho desvirtúa lo que afirman Hipócrates y Sánchez. También parece verosímil que en los mismos casos obre siempre la naturaleza por los mismos principios; ahora bien: muchas especies de animales engendran sin coito; por ejemplo, los pescados de escama, las ostras y los pulgones; pero los médicos quieren establecer un mecanismo de generación aplicable a todos los animales. El célebre Harvey, que descubrió la circulación de la sangre, y merecía descubrir el secreto de la

naturaleza, creyó que lo había encontrado en las gallinas por el hecho de que éstas ponen huevos. Así, pues, imaginó que también las mujeres ponían huevos. Los juglares cantaban ya al *gallear* de los mozos cuando empiezan a gustarles las muchachas. La opinión de Harvey prevaleció en Europa y quedó aceptado que provenimos de un huevo.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Pero si dice usted que la naturaleza siempre es semejante a sí propia, y que en casos idénticos obra por los mismos principios, ¿cómo es que las mujeres, las burras, las yeguas y las anguilas no ponen? Se está usted burlando de mí.

El geómetra:

—No ponen fuera, pero ponen dentro. Las mujeres tienen su ovario y se empolla en la matriz. Todos los pescados de escama y las ranas ponen huevos que luego fecunda el macho; las ballenas y los demás cetáceos salen del huevo en la matriz; las arañas, las polillas y los más viles insectos proceden visiblemente de un huevo; todo proviene del huevo, y nuestro globo terráqueo no es más que un huevo inmenso que contiene todos los demás.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Creo que esa hipótesis tiene muchas probabilidades de ser cierta. Es sencilla, clara, evidente en la mayor parte de los animales y a mí me convence. No quiero aceptar otra. Los huevos de mi mujer son indiscutibles para mí.

El geómetra:

—Pero al fin, los sabios se han cansado de esta teoría y ahora quieren que los chicos se hagan de otra manera.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Y por qué, siendo esa tan natural?

El geómetra:

—Porque prefieren que las mujeres no tengan ovario, sino unas glándulas.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Seguramente eso lo dicen algunos teóricos que quieren imponer sus doctrinas y desacreditar la de los huevos.

El geómetra:

—Bien puede ser. Dos holandeses, al examinar al microscopio el licor seminal del hombre y de otros animales, observaron minúsculos seres ya formados que corrían con increíble velocidad. Estos seres los descubrieron hasta en el licor seminal del gallo. De esto deducen que en la procreación todo lo hacen los machos y nada las hembras, las cuales sólo sirvieron de depositarias del tesoro que en ellas coloca el macho.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Cosa muy rara es esa. Yo dudo mucho que todos esos animalillos minúsculos se muevan tanto en un licor y luego permanezcan inmóviles en los huevos de los pájaros, y no menos quietos por espacio de nueve meses en el vientre de una mujer. No me parece posible ni acorde con los procedimientos de la naturaleza. Dígame usted, ¿cómo son esos enanillos que nadan con tanta maestría en el licor que me dice?

El geómetra:

—Son como gusanos. Un médico llamado Andry creía que todo consistía en los gusanos; era enemigo de Harvey y sus doctrinas, y de buena gana hubiera suprimido la circulación de la sangre, porque la había descubierto otro. Este Andry con los otros dos holandeses, después de cometer el pecado de Onan, y mirar el producto con el microscopio, redujeron al nombre a la condición de oruga. Primero somos gusanos como éstas, luego como ellas en nuestro capullo nos convertimos

por espacio de nueve meses en crisálidas, y al fin, lo mismo que cuando la oruga llega a ser mariposa, nosotros pasamos a hombres; tal es nuestra metamorfosis.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Y todo para aquí, o ha habido otra moda nueva?

El geómetra:

—Se aburrieron de tanta oruga. Un filósofo muy gracioso, llamado Maupertuis, ha descubierto que los chicos se hacen por atracción. Vea usted cómo: así que cae el esperma en la matriz, el ojo derecho atrae al izquierdo, el cual en cuanto ojo quiere unirse a él; pero se lo estorban las narices, que encuentra en el camino, y que le obliga a mantenerse a la izquierda; lo mismo sucede con los brazos, los muslos y las piernas que están pegadas a los muslos. Según tal hipótesis no es fácil explicar la situación de las mamas y las nalgas. No admite este gran filósofo otro plan en el Supremo Creador, ni cree que el corazón fue hecho para recibir y reverter la sangre, ni el estómago para digerir, ni los ojos para ver, ni para oír los oídos; todo esto es una vulgaridad; no hay más que una función: la atracción.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Pero ese hombre es un loco rematado y nadie habrá que adopte tan extravagantes ideas.

El geómetra:

—Dieron mucho que reír, pero el loco, parecido a los teólogos, que persiguen a quienes bromean con sus ocurrencias, no dejó en paz a sus contradictores. Otros filósofos sustentan otras diversas teorías, pero no han hecho prosélitos. Ya no es el brazo el que corre tras el brazo, ni el muslo tras el muslo; son moléculas orgánicas, partículas de brazos y piernas las que juegan entre sí. Al cabo nos veremos obligados a recurrir otra vez a los huevos, después de haber perdido mucho tiempo.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Creo que es lo más sensato. ¿Y en qué han terminado todas esas contiendas?

El geómetra:

—En seguir dudando. Si se hubiera controvertido la cuestión entre teólogos, hubiera habido excomuniones y derramamientos de sangre, pero los físicos hacen pronto las paces; cada uno se acuesta con su mujer, sin importarles nada su ovario, ni sus trompas de Falopio; y las mujeres se quedan preñadas sin que siquiera traten de averiguar cómo se efectúa tal misterio, del mismo modo que el sembrador siembra el trigo sin preocuparse de cómo germina éste en la tierra.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¡Oh! Eso sí que me lo enseñaron desde hace mucho tiempo. Brota porque se pudre. Claro que a veces me tienta la risa con esa explicación.

El geómetra:

—Esa tentación revela a un hombre de juicio. Aconsejéle a usted que dude de todo, como no sea de que los tres ángulos del triángulo son iguales a dos rectos; de que los triángulos que tienen la misma base y la misma altura son iguales, y de otras proposiciones semejantes, por ejemplo, de que tres y dos son cinco.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Sí, señor, bien creo que de sabios es dudar, pero siento en mí mucha curiosidad desde que tengo algo de dinero y no trabajo tanto. Cuando mi voluntad mueve mi brazo o mi pierna, quisiera yo saber con qué muelle los mueve, porque es cierto que algún muelle hay. Algunas veces me sorprende el poder alzar y bajar los ojos y no poder alzar las orejas. Yo pienso, y desearía saber... lo que hay aquí... tocar con la mano mi pensamiento. Querría saber si pienso por mí mismo, si Dios me da las ideas, cómo vino mi alma a mi cuerpo cuando tenía éste seis semanas o cuando tenía un día; cómo se halla esa alma aposentada en mi cerebro. Me devano los sesos imaginando cómo influye un cuerpo sobre otro; no menos me maravillan mis sensaciones, y encuentro en ellas un algo

divino, sobre todo en el goce. Algunas veces hago infinitos esfuerzos para entender cómo podría ser un nuevo sentido, y jamás lo he conseguido. Los geómetras saben perfectamente todas estas cosas. Hágame usted el favor de informarme sobre ellas.

El geómetra:

—¡Ah! Tan ignorantes de ellas somos como usted. Acuda a los teólogos de la Sorbona.

VIII.— El hombre de los cuarenta escudos tiene un hijo, y discurre acerca de los frailes

Cuando se vio padre de un niño, el hombre de los cuarenta escudos creyó que eso tenía alguna importancia para la nación y se propuso dar diez vasallos por lo menos, al rey. El hombre sabía tejer canastos y su mujer era excelente costurera. Había nacido ésta en un pueblecillo inmediato a una abadía que daba 50.000 escudos de renta. El hombre preguntó un día al geómetra por qué razón siendo estos señores tan pocos disfrutaban tantas rentas, es decir, se engullían tantas porciones de 50 escudos.

—¿Son acaso más útiles que yo a la patria?

—No, querido vecino.

—¿Contribuyen como yo al aumento de la población del reino?

—No, a lo menos manifiestamente.

—¿Labran la tierra? ¿Defienden al Estado cuando hay guerra?

—No; pero ruegan a Dios por usted.

—Perfectamente, pues yo rogaré a Dios por ellos, y en paz.

—¿Cuántos individuos útiles de uno y otro sexo cree usted que hay en los conventos?

—El siglo pasado, había cerca de 90.000.

—Pues a razón de 40 escudos cada uno, no deben tener más de 4.500.000 escudos.

—¿Y cuánto tienen?

—Cosa de 200.000.000, contando las misas y los ingresos de los frailes mendicantes que reciben verdaderamente una contribución enorme del pueblo. Un fraile de cierto convento de París ha declarado públicamente que sacaba de limosna 1.000 onzas de oro todos los años.

—200.000.000 de escudos, repartidos entre 90.000 frailes y monjas dan 2.222 escudos.

—Fuerte suma es y más para una colectividad en la que los gastos se simplifican; porque gastan mucho menos 10 personas que viven juntas, que si mantuvieran cada una mesa y casa aparte.

—Entonces los ex jesuitas, a quienes se les pasa una pensión de 1.600 reales, ¿han salido perdiendo?

—Creo que no, porque casi todos se han retirado a casa de parientes que los ayudan; muchos cobran por decir misa, cosa que no hacían, antes; otros son preceptores; a otros los mantienen las beatas; todos se las arreglan bien. En fin, pocos habrá a estas horas que después de haber disfrutado del mundo y la libertad, quisieran volver a sus antiguas cadenas. Digan lo que quieran, la vida monástica nada tiene de envidiable; y como afirma el dicho popular, los frailes son hombres que se reúnen sin conocerse, viven sin quererse y mueren sin llorarse.

—¿Cree usted que se les haría un favor desfrailándolos a todos?

—Mucho ganarían, sin duda, y todavía más el Estado. Se restituirían a la patria ciudadanos y ciudadanas que han hecho el temerario sacrificio de su libertad en edad en que no permiten las leyes que disponga uno de un peculio propio. Se sacarían estos cadáveres de la sepultura, como en una verdadera resurrección. Los conventos se convertirían en hospitales, escuelas públicas o fábricas; crecería la población y el cultivo de las artes. Cuando menos disminuiría el número de esas víctimas voluntarias y tendría la patria más servidores útiles y menos desventurados. Tal es la opinión de las personas cultas y el deseo unánime del pueblo, desde que las gentes son más instruidas.

Prueba evidente de la necesidad de esta reforma es el ejemplo de Inglaterra y de muchas otras naciones. ¿Qué haría hoy la Gran Bretaña con 40.000 frailes, en vez de 40.000 marinos? Cuanto más se desarrollan las artes, más se necesitan hombres laboriosos. Es seguro que existen enterrados en los claustros muchos hombres de talento que pierde el país. Para que un reino prospere, necesita tener el menor número posible de eclesiásticos y el mayor número de artesanos. En vez de hacer lo que en su ignorancia hicieron nuestros padres, debemos procurar lo que ellos hubieran hecho si hubiesen vivido cuando nosotros y tenido nuestras luces. No es menester suprimir los frailes por el odio que se les profese, sino por lástima hacia ellos, y por amor a la patria.

—Lo mismo pienso yo. Sentiría tanto que fuese fraile un hijo mío, que si creyese que criaba hijos para el claustro no me acostaría nunca con mi mujer.

—Efectivamente, ¿qué buen padre de familia no se lamenta de ver a su hijo o a su hija perdidos para la sociedad? Hay quien dice que de esa manera se evita el peligro, pero ¿no castigan al soldado que huye de la pelea? Todos somos soldados de la patria; todos nos debemos a la sociedad, y cuando la abandonamos, somos desertores. ¿Qué digo? Los frailes son parricidas que aniquilan a toda una posteridad; 90.000 eclesiásticos que berrean o ganguean en latín, podrían dar dos vasallos uno con otro, al Estado, es decir, 180.000 hombres que perecen en germen. Al cabo de cien años es la pérdida inmensa. Esta es una verdad indiscutible.

—¿Pues cómo ha podido subsistir el monaquismo?

—Porque desde Constantino fueron casi siempre absurdos y detestables los gobiernos; porque después de hacerse cristianos los caudillos de las naciones bárbaras para consolidar su poder ejercieron la más horrorosa tiranía, y las gentes se metían en tropel en los claustros, huyendo de la furia de estos bandidos; aceptaban una esclavitud por evitar otra más dura; porque al multiplicarse las órdenes religiosas, el Papa tenía más súbditos en los estados católicos; porque el labriego prefiere que le llamen reverendo padre y echar bendiciones, a manejar el arado, ignorando que el arado es más digno que el hábito monacal, y porque cree que es más cómodo vivir a costa de los tontos que trabajan honradamente. Además, porque no advierte que la vida del claustro es miserable y colmada de pesares y aburrimiento.

—Vamos, señor, no más frailes, por su dicha y por la nuestra. Un señor de mi pueblo, padre de cuatro hijos y tres hijas, decía que no sabía qué hacer con tanta familia, si no metía a las chicas en un convento.

—Ese argumento, tantas veces repetido, es inhumano, antipatriótico, antisocial. Aquel estado o situación del que pueda decirse que si lo adoptase todo el mundo se acabaría la humanidad, debe condenarse, y, quien lo adopte causa a la especie a que pertenece, el mayor mal que puede hacerle. Es evidente que si todos los mancebos y todas las doncellas, se recluyesen en los conventos, se acabaría el mundo; luego, la frailería por su propia condición y naturaleza, es enemiga de la humanidad.

—¿Y no se puede decir otro tanto de los soldados?

—No, por cierto; porque si toma las armas a su turno cada ciudadano, como antiguamente hacían todas las repúblicas, y particularmente en la de Roma, el soldado resulta luego excelente labrador. El soldado, convertido en ciudadano se casa y se afana por su mujer y por sus hijos. ¡Ojalá hubiesen sido militares todos los labriegos! Pero un fraile, en cuanto fraile, no es bueno sino para vivir a costa de sus compatriotas. Esto es evidente.

—Sin embargo, las doncellas, las hijas de los hidalgos pobres que no se pueden casar ¿qué han de hacer?

—Ya se ha dicho mil veces: lo que hacen en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, en la Suiza, en Holanda, en la mitad de Alemania, en Suecia, en la Noruega, en Dinamarca, en Tartaria, en Turquía, en África y en casi todo el resto del mundo. No es necesario tener dote para ser buena madre de familia. En Alemania, se casan los hombres con mujeres que no tienen dote. Una mujer económica y trabajadora aprovecha más en una casa que la hija de un millonario, que más gasta en cosas superfluas que la dote que a su marido le trajo. En cuanto a los asilos, bien está que haya

instituciones que den albergue a la vejez y a los enfermos y a los deformes; pero por un abuso detestable, en esos establecimientos religiosos no admiten más que a los jóvenes y a las personas bien constituidas. Lo primero que en los conventos hacen es poner en cueros a los novicios de ambos sexos, contra toda ley de decencia y examinarlos atentamente por detrás y por delante. Si se presenta para tomar el hábito una vieja jorobada, la despiden sin la menor consideración, a menos que pague una cuantiosa dote. ¿Qué digo? Toda monja ha de pagar su dote si no quiere ser la criada del convento. Nunca hubo más intolerable abuso.

—Eso es muy cierto. Yo le aseguro que jamás serán mis hijas religiosas, y que aprenderán a hilar, a coser, a hacer punto, a bordar, en una palabra, a ser útiles. Dígame ¿cómo podrá sostener un amigo mío —sin duda por llevar la contraria a todo el mundo— que los frailes son utilísimos para el Estado sin admitir otra razón que la de que sus conventos están muy limpios y bien conservados, más que las casas señoriales y perfectamente cultivados sus huertos?

—¿Quién es ese amigo de usted que sostiene afirmación tan peregrina?

—*El amigo de los hombres*, o por mejor decir, de los frailes.

—Pues se burla, sin duda. Porque no puede ignorar que diez familias que poseen cada una dos mil escudos de renta en tierras, son 100 veces y 1.000 veces más útiles que un monasterio que disfruta de 20.000 escudos, además de poseer su tesoro secreto. El que los frailes edifiquen espléndidos conventos, es precisamente lo que más irrita al pueblo y de lo que se protesta en toda Europa. El voto de pobreza es incompatible con vivir en palacios, como lo es la soberbia con la humildad, y como el hecho de no propagar la especie es contrario a la ley natural.

—Veo que lo mejor es fiarse poco de los libros.

—Hay que saberlos escoger, leerlos y desde luego no creer más que en la evidencia.

IX.— De las contribuciones que se pagan al extranjero

Un mes hace —dice el geómetra— que me vino a ver el hombre de los cuarenta escudos; entró reventando de risa y de tan buena gana reía, que sin saber por qué me eché yo también a reír; que así de imitador ha nacido el hombre y tanto nos domina el instinto y tan contagiosos son los grandes movimientos del ánimo.

Rien con el que ríe los humanos;

con el que llora, lloran.

Cuando se hubo reído muy a su sabor, me dijo que acababa de dar con un hombre que se decía protonotario de la Santa Sede, y que enviaba el tal una gran cantidad de dinero a un italiano que residía a 600 leguas de París, en nombre de un francés a quien había concedido el rey un pequeño feudo, y que nunca podría disfrutar, el tal francés, de su propiedad si no le daba al italiano el primer año de renta.

—Es muy cierto —le dije—, pero no es cosa de risa. En derechos de esta especie, paga Francia más de millón y medio de escudos al año, y en los dos siglos y medio de que data esa costumbre, hemos entregado a Italia más de 365.000.000 de escudos.

—¡Dios de mi alma! —exclamó—. ¡Cuántas veces 40 escudos! ¿De modo que ese italiano nos sojuzgó hace dos siglos y medio y nos impuso ese tributo?

—Exacto —le respondí—. Y antes nos imponía otros más gravosos, porque el de ahora es una friolera en comparación de lo que por espacio de muchos siglos sacaba de nuestra pobre nación y de las otras pobres naciones de Europa.

Contéle entonces de qué modo se habían establecido estas santas usurpaciones, y como sabe algo de historia y tiene buen sentido, vio claro que habíamos sido galeotes y que todavía llevábamos arrastrando un trozo de nuestra cadena. Habló con energía y largamente contra estos abusos. ¡Pero qué respeto profesaba a la religión! ¡Qué reverencia a los obispos! ¡Cómo deseaba que tuviesen muchos miles de escudos para gastarlos en sus diócesis en obras de caridad! También quería que todos los curas de pueblo ganasen 40 escudos, para que pudiesen vivir con holgura.

—Es lamentable —afirmaba— que un cura se vea obligado a pleitear con un feligrés suyo por medio celemín de trigo y que no le pague lo suficiente el Estado; siempre están litigando con los municipios. Estas contiendas eternas, por imaginarios derechos y por los diezmos, quebrantan el respeto que se les debe. El infeliz labrador que ya ha pagado al rey el diezmo, las primicias y el rescate de alojamiento de tropa, sin que le eximan de alojar tropa, etc., etc.; este desventurado, digo, que ve que el cura viene después a llevarse el diezmo de lo que le queda, ya no le mira como a su pastor, sino como a un carnicero que le acaba de desollar el poco pellejo que le resta; si la cosecha de diez celemines, le ha costado el valor de nueve y el derecho divino le lleva lo que vale el otro celemín ¿qué le queda para sí y para su familia? Llanto, hambre, desesperación y morir de fatiga y miseria. Si el Estado pagara bien al cura, consolaría al labrador y nadie miraría al cura como a un enemigo público.

El buen hombre se emocionaba al decir estas cosas porque amaba a su patria y ansiaba verla bien gobernada.

—¡Qué nación la francesa, si quisiera! —decía con frecuencia.

Fuimos a ver a su hijo, a quien la madre, estaba dando el pecho, un seno muy blanco y turgente. La criatura era preciosa.

—¡Ah! —murmuró su padre—. ¡No vivirá más que veintitrés años, ni tendrá más capital que cuarenta escudos!

X.— De las proporciones

El producto de los extremos es igual al producto de los medios, pero dos costales de trigo robados no son, respecto al ladrón, como la pérdida de la vida de éste es al interés de la persona robada.

El prior de... a quien dos de los trabajadores de su huerto, le habían robado dos fanegas de trigo, acaba de hacer ahorcar a los dos delincuentes. La ejecución le ha costado más de lo que valía toda su cosecha y desde entonces, no halla ningún jornalero que quiera trabajar en el convento.

Si hubieran mandado las leyes que los que roban el trigo de su amo labrasen el campo del robado toda su vida con un grillete al pie y una campanilla al cuello atada a una argolla, hubiera ganado mucho el tal prior. Sin duda, es preciso escarmentar al delincuente, pero más que la horca, le intimidan el trabajo forzado y la vergüenza duradera.

Hace algunos meses, un malhechor fue condenado en Londres a trabajar en América, con los negros, en los ingenios de azúcar. En Inglaterra, como en otros muchos países, tienen derecho los delincuentes a presentar un memorial al rey, pidiendo el perdón absoluto o la conmutación de la pena. Este presentó un memorial para que le ahorcasen, diciendo que aborrecía el trabajo y que prefería que le ahorcasen en un minuto a que le obligaran a cortar caña toda su vida. No todos piensan así; los gustos son diferentes; pero ya se ha dicho y nunca se repetirá bastante, que un ahorcado para nada sirve, y que las penas han de servir de ejemplo.

Algunos años hace que en la Tartaria condenaron a empalar a dos mancebos por haber tenido el bonete en la cabeza mientras pasaba una procesión de lamas. El emperador de la China, hombre de mucho talento, dijo que él los hubiera condenado a ir delante de las procesiones con la cabeza descubierta, por espacio de tres meses. «Proporcionad las penas a los delitos», dice el marqués de Beccaria. Pero los que han hecho las leyes no eran géometras.

Si escribe unos libelos miserables el abate Guyon o Cegé, o cualquiera otro ex jesuita o clerizonte, ¿le habremos de ahorcar como ha hecho el prior de... con sus dos gañanes, considerando que los calumniadores son más delincuentes que los ladrones? ¿Hemos de sacar a la vergüenza pública al señor Larcher, porque es un escritor indigesto que acumula errores sobre errores, nunca supo graduar los valores, y afirma que en una grande y antigua ciudad, famosa por su civilización, y por los celos de los maridos, iban las princesas al templo a conceder en público sus favores a los

extranjeros? A este escritor se le podría enviar a esa ciudad a ver si era tan agasajado. Debemos procurar ser ecuanímenes y debemos proporcionar las penas a los delitos.

Las leyes de Dracon, que castigaban por igual los crímenes y las leves faltas, la perversidad y la locura, me parecen odiosas. No trataremos al jesuita Nonotte, que no ha cometido más delito que escribir calumnias y disparates, como trataron a los jesuitas Malagrida, Oldecorne, Garnet, Guignard, Gueret y cómo debieran haber tratado al jesuita Le Tellier, que engañó a su rey y llenó de duelo y confusión a Francia. En todo pleito, en toda contienda, en toda disputa, distingamos el agresor del agraviado y el opresor del oprimido. La guerra ofensiva es infame, pero la defensiva es justa.

Engolfado me hallaba yo —dice el geómetra—, en estas reflexiones, cuando me vino a ver, deshecho en llanto el hombre de los cuarenta escudos. Pregúntele muy alterado si se había muerto su hijo, que debía vivir veintitrés años.

—No —me dijo—, mi hijo está bien, lo mismo que mi mujer; pero me llamaron a declarar contra un molinero al que han impuesto la prueba del tormento, y que es inocente; le he visto desmayarse en las horribles torturas, he oído crujir sus huesos y todavía perduran en mi oído sus aullidos y sus gritos. ¡No lo puedo olvidar, lloro de lástima y tiemblo de horror!

Yo, que soy de un natural muy compasivo, no pude menos de echarme también a llorar y de estremecerme.

Representóseme entonces a la memoria la espantosa aventura de los Calas: una virtuosa madre encarcelada, sus hijas fugitivas y poseídas de la mayor desesperación, saqueada la casa, un honorable padre de familia enloquecido por la tortura, agonizando en una rueda y expirando en una hoguera; su hijo cargado de cadenas, llevado a rastras ante los jueces, y uno de éstos diciéndole: «Hemos destrozado a tu padre y a ti también te destrozaremos.» Recordé la familia de Sirven, que encontró uno de mis amigos en plena montaña, cubiertos de nieve, huyendo de la persecución de un juez tan inicuo como ignorante.

—Este juez —dijo mi amigo—, ha condenado a morir en el cadalso a toda esa inocente familia, suponiendo, sin la más leve apariencia de prueba, que el padre y la madre, con ayuda de sus dos hijas, habían ahogado a la tercera para evitar que fuese a misa. La conducta de semejante juez me mostraba hasta dónde pueden llegar la estupidez, la injusticia y el salvajismo humanos.

El hombre de los cuarenta escudos y yo nos dolíamos de tales crímenes. Llevaba yo en el bolsillo el discurso de un fiscal del Delfinado, que en parte trataba de esta clase de asuntos; lo saqué del bolsillo y leí los siguientes párrafos:

«Los gobiernos deben estar formados por hombres que por hacer felices a los pueblos y a los individuos, acepten como premio la ingratitud y que por querer proporcionar el sosiego a sus gobernados renuncien al suyo propio. Han de colocarse entre la Providencia y los humanos para llevar a éstos una ventura, que aquélla parece negarles...» «Cuando un juez se encuentra solo en su gabinete, ¿no se estremece de horror y lástima al pasar la vista por los legajos que le rodean, monumentos del crimen y de la inocencia? ¿No le parece que oye salir gemidos de estos escritos fatales que le recuerdan lo que fue de un ciudadano, un esposo, un padre, una familia? ¿Qué juez, si no es un desalmado, puede pasar por una cárcel sin ponerse pálido? ¡Soy yo, se dice a sí mismo, quien encierra en este horrible lugar a mis semejantes, acaso a mi igual, a ciudadanos, a hombres, en fin! Yo los encadeno y los sepulto aquí. Muchos desesperados me maldecirán pidiendo al Juez Supremo mi castigo, a esa Providencia que ha de juzgarnos a todos...» «Horroroso espectáculo el que tengo que contemplar. El reo no quiere confesar sus culpas. Él juez, ya fatigado de inútiles requerimientos y acaso irritado por ello, recurre al suplicio. Aparecen cadenas y palancas, teas encendidas y todos los instrumentos que para atormentar fueron inventados. El verdugo acude a cumplir su oficio para arrancar por la violencia, las declaraciones que voluntariamente no fueron hechas. ¡Oh, tú, dulce filosofía!, tú que sólo con paciencia y reflexión indagas la verdad, ¿concibes que en tu siglo se utilicen, para descubrirla, instrumentos semejantes? ¿Es cierto que aprueban nuestras leyes tan incomprensibles métodos y que las costumbres los consagran...?» «Tan viles son

los suplicios de la justicia como los crímenes del delincuente, y no son menos crueles que los actos de sus pasiones los de su sentencia. ¿Cuál es el motivo de esta situación? El desequilibrio entre nuestras viejas supersticiones y nuestro moderno sentido moral; la escasa confianza en las ideas y el mucho apego a la rutina. En realidad, preferimos no detenernos a reflexionar sobre las cosas, y más si ello perturba nuestra tranquilidad y la comodidad de nuestras costumbres, que si no son buenas, son gratas. Somos cultos, pero poco humanos.»

Estos fragmentos, dictados por la bondad y la razón, fueron gran lenitivo para el ánimo de mi amigo. Estaba maravillado y conmovido.

¡Por lo visto, también en provincias se escriben cosas buenas! —decía absorto—. Me había dicho que no había más que un París en el mundo.

—No hay más que un París —repliqué—, donde se hagan óperas cómicas. Pero ¿por qué no ha de haber en provincias personas honorables, magistrados íntegros? Antiguamente los oráculos de la justicia y los de la moral eran igualmente ridículos; el doctor Balonar era farsante en el foro y grotesco en el púlpito. El buen sentido recomienda que no se hable en público más que cuando se tiene algo útil y nuevo que decir. Pero ¿y si no tenemos nada que decir? preguntan los charlatanes. Entonces, guardad silencio, aconseja la razón. La garrulería palabrera es como las hogueras de la noche de San Juan, superfluas porque no hace frío.

Lea Francia libros buenos. En realidad, leemos muy poco, y la mayor parte de los que se quieren instruir leen muy mal. Hay mucha gente entre la cual no faltan personas honradas y aun muchas que se tienen por sensatas que preguntan severamente para qué sirven los libros. Habría que decirles que con libros se gobierna. No otra cosa que libros son las ordenanzas civiles, los códigos y el Evangelio. La lectura fortalece el alma cuanto la conversación la dispersa y el juego la enerva.

—Yo tengo muy poco dinero —me respondió el hombre de los cuarenta escudos—, pero cuando lo consiga compraré muchos libros en casa de Marc Michel Rey, de Amsterdam.

XI.— Del gálico y las bubas

Vivía el hombre de los cuarenta escudos en un pueblo pequeño, donde desde hacía ciento cincuenta años no habían entrado militares, por lo que las costumbres eran tan puras como el aire que respiraba. Nadie sabía que se podía envenenar el amor en sus fuentes mismas, corromperse en su germen las generaciones, negándose a sí propia la naturaleza, el afecto convertirse en odio y en suplicio el deleite. Pero entraron unas tropas en el pueblo y todo varió.

Dos tenientes, el capellán del regimiento, un cabo y un recluta, que acababa de salir del seminario conciliar, bastaron para envenenar ese pueblo y otros doce en menos de tres meses. Dos primas del hombre de los cuarenta escudos se llenaron de costras de pies a cabeza; se les cayeron sus luengos y rubios cabellos; se les enronqueció la voz; hincháronse sus ojos y apenas podían mover brazos y piernas, atenazados por el dolor; los huesos comenzaban a ser roídos por una secreta carcoma, como los del árabe Job, aunque nunca adoleció Job de semejante achaque.

El cirujano mayor del regimiento, hombre de consumada experiencia, se vio obligado a pedir a la Corte que enviaran muchos médicos para curar a todas las mujeres del país, y como el ministro de la Guerra era protector declarado del bello sexo, le envió una leva de practicantes, que con una mano echaban a perder lo que con la otra curaban.

Estaba entonces el hombre de los cuarenta escudos leyendo la historia filosófica de *Cándido*, del doctor Ralph, traducida del alemán, en la cual se prueba que todo ocurre para bien de todos y que el mundo en que vivimos es el mejor de los mundos posibles. Así pues, las bubas, la peste, la estrangurria, los lamparones y la Santa Inquisición son encantos del universo creado únicamente para el hombre, rey de los animales a imagen y semejanza de Dios.

En la verídica historia de *Cándido*, leyó que debido a la enfermedad el doctor Pangloss había perdido un ojo y una oreja.

—¡Ah! ¡Pobres primas mías! —clamaba el hombre de los cuarenta escudos—. Se van a quedar tuertas y desorejadas.

—No, señor —le dijo el mayor consolándole—. Los alemanes son otra cosa. Nosotros sabemos curar y curaremos a esas muchachas pronto, sin grandes molestias y para siempre.

Efectivamente, sus dos lindas primas no sintieron más molestias que la cabeza hinchada como una tinaja durante seis semanas, escupir la mitad de los dientes y muelas con un palmo de lengua fuera, y morirse tísicas al cabo de seis meses. Mientras se trataba de curar a las muchachas, tuvieron el cirujano y el primo la conversación siguiente:

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Es posible, señor, que la naturaleza rodee de tales tormentos un placer tan necesario, de tantos duelos tan suaves glorias, y que sea cosa más peligrosa hacer un chiquillo que matar a un hombre? ¿Es cierto, a lo menos, para nuestro consuelo, que disminuye algo esta plaga en la tierra y cada día es menos peligrosa?

El cirujano mayor:

—Todo lo contrario. Cada día cunde más en toda la Europa cristiana y ya se extiende hasta Siberia. Más de 50 personas he conocido que de ella han muerto, entre otras un bizarro general y un sagaz hombre de Estado. Las personas débiles no resisten la enfermedad ni el remedio. Las bubas y las viruelas se han conjurado, todavía más que los frailes, para acabar con el género humano.

El hombre de los cuarenta escudos:

—He aquí otro motivo para acabar con los frailes o para que, volviendo a su condición de hombres, reparen en algo el daño que causan esas dos enfermedades. Le ruego que me diga si tienen bubas los animales.

El cirujano:

—Ni bubas, ni viruelas, ni frailes.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Pues confesemos que son más felices y más cuerdos que nosotros en este inmejorable mundo.

El cirujano:

—Nunca lo he dudado. Adolecen de menos achaques que nosotros; su instinto es menos falible que nuestra razón, y nunca los atormenta ni el tiempo pasado ni el venidero.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Usted ha sido cirujano de un embajador de Francia en Turquía. Dígame, ¿hay muchas bubas en Constantinopla?

El cirujano:

—Los franceses las llevaron al arrabal de Pera, donde ellos viven. Allí conocí a un capuchino que estaba roído de bubas como Pangloss; pero no han invadido el interior de la ciudad. Casi nunca duermen los franceses en ella, y apenas hay ramerías en esta inmensa capital. Todos los turcos ricos tienen mujeres esclavas de la Circasia, guardadas y vigiladas siempre, y cuya hermosura no puede ser peligrosa. A las bubas las llaman los turcos el *mal cristiano*, y eso contribuye no poco a aumentar el desprecio profundo que sienten por nuestra teología. Para desquitarse disfrutaban de la peste, enfermedad de Egipto, de la cual no hacen caso, y que no se toman el trabajo de precaver.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Y en qué tiempo cree usted que empezó esta plaga en Europa?

El cirujano:

—A la vuelta del primer viaje de Cristóbal Colón a pueblos inocentes que ni la avaricia ni la guerra conocían, el año de 1494. Desde tiempo inmemorial padecían este achaque aquellas buenas gentes, así como existía la lepra en la Arabia y la Judea, y la peste en Egipto. El primer fruto que

sacaron los españoles de la conquista del Nuevo Mundo fueron las bubas, que se esparcieron con mucha más prontitud que la plata de Méjico, la cual no circuló en Europa hasta mucho tiempo después. En todos los países existían entonces magníficos establecimientos, llamados mancebías, autorizados por los soberanos para preservar el honor de las damas. Los españoles envenenaron estas casas privilegiadas, de donde extraían los príncipes y los obispos las mozas que necesitaban. En Constanza había 718 para abasto del clero que con tanta devoción mandó quemar a Juan Hus y a Jerónimo de Praga, y ya se supondrá con cuánta rapidez cundió la enfermedad en todo el país. El primer magnate muerto por ella fue el ilustrísimo y reverendísimo obispo virrey de Hungría, en 1499, a quien no pudo curar Bartolomé Montanagua, célebre médico de Padua. Gualtieri afirma que Bertoldo de Henneberg, arzobispo de Maguncia, acometido de las bubas, entregó su alma a Dios en 1504. Sabido es que nuestro rey Francisco I murió de ellas; Enrique III se contagió en Venecia, pero Jacobo Clemente, fraile dominico, anticipó el efecto del mal.

Siempre celoso del bien público el Parlamento de París dictó severas medidas contra las bubas, prohibiendo, en 1497 a todos los bubosos vivir en París so pena de horca; mas como no era fácil probar el delito, la disposición no fue más eficaz que la que posteriormente tomó contra el emético; y contra la voluntad del Parlamento de París fue aumentando sin cesar el número de reos. Verdad es que, si en vez de mandarlos ahorcar los hubieran exorcizado ninguno andaría hoy por el mundo, pero quiso la mala ventura que no pensarán en ello.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Es cierto lo que en *Cándido* he leído que cuando marchan en orden de batalla dos ejércitos de treinta mil hombres cada uno, puede apostarse que hay veinte mil bubosos de cada parte?

El cirujano:

—Certísimo; y lo mismo sucede con los cursantes de teología de la Sorbona. ¿Qué quiere usted que hagan unos estudiantes mozos, en quien la naturaleza se explica con más vigor y voz más alta que la teología? Puedo jurar a usted que en proporción, más clérigos jóvenes curamos mis colegas y yo que militares.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿No habrá medio para extirpar ese morbo contagioso que destroza a Europa? Ahora que el veneno de las viruelas se atenúa ¿no podría contrarrestarse el otro veneno?

El cirujano:

—Un solo remedio habría, y es que se alien, para ello, todos los príncipes de Europa, como hicieron en tiempo de Godofredo de Bouillon. Cierto que una cruzada contra las bubas sería más razonable que las que antiguamente se hicieron contra Melecsala, Saladino y los albigenses, y que tan funestas fueron. Más valiera concertarse para exterminar al enemigo del linaje humano que no hacerlo para asolar países y cubrir los campos de cadáveres. Hablo aquí contra mis intereses, porque la guerra y las bubas aumentan mis ingresos; pero antes de ser cirujano mayor soy hombre.

De este modo fue aprendiendo el de los cuarenta escudos a discurrir, y a sentir. No sólo heredó a sus dos primas, que murieron en espacio de seis meses, sino también a un pariente lejano que fue abastecedor de los hospitales militares y se hizo rico a costa del hambre de los soldados heridos. Era soltero, tenía un harén, nunca hizo caso de su familia, vivió siempre en plena crápula y murió de un hartazgo. Como se ve, era un ciudadano útil a su patria...

Viose obligado nuestro nuevo filósofo a ir a París a recoger la herencia de su pariente, que le disputaban los asentistas de rentas reales; pero tuvo la dicha de ganar el pleito, y la generosidad de dar a los pobres del lugar, que no tenían su renta de cuarenta escudos, parte de los dineros del ricacho. Después quiso satisfacer el deseo, que siempre había tenido, de poseer una biblioteca.

Por las mañanas leía y por las tardes consultaba a los doctos para saber en qué lengua había hablado la serpiente a nuestra madre Eva; si reside el alma en el cuerpo calloso o en la glándula pineal; si San Pedro había estado veinticinco años en Roma y por qué tienen los negros las narices aplastadas. No quería mezclarse en política ni escribir folletos contra las comedias nuevas.

Llamábanle el señor André, que era su nombre de pila; cuantos le conocían elogiaban su modestia y sus buenas prendas naturales y adventicias. El señor André se mandó construir una casa en su antiguo predio de cinco fanegas; su hijo tendrá, muy en breve, edad para ir al colegio; pero su padre no quiere que vaya al de Mazarino, porque sabe que allí está el profesor Cogé, que escribe libelos, y un profesor no debe escribir libelos.

En cuanto a la señora André dio a luz una muchacha muy linda, a la que andando el tiempo casarán sus padres con un covachuelista de Hacienda, con tal que éste no adolezca del mal que quiere extirpar el cirujano mayor en toda Europa.

XII.– Contienda reñida

Mientras estaba el señor André en París se suscitó una polémica muy importante. Tratábase de saber si Marco Antonio era hombre de bien y si estaba en el infierno, en el purgatorio o en el limbo, mientras llega el día de la resurrección. Todas las personas distinguidas defendían a Marco Antonio; Marco Antonio, decían, fue siempre sobrio, justo, casto, benéfico. Verdad es que no ocupa un lugar tan alto en el cielo como el bendito San Junípero, porque en todo hay categorías; pero, el alma de Marco Antonio no debe estar quemándose en las calderas de Pedro Botero, y si se halla en el purgatorio, no hay más que sacarle de él a fuerza de misas: ahí están los jesuitas que nada tienen que hacer. Ellos pueden decir tres mil misas por el descanso del alma de Marco Antonio, que a tres reales la pieza valdrían 9.000. Marco Antonio no puede estar en el infierno porque a un monarca no se le mete en el infierno así como así.

Los adversarios a estos argumentos decían que no se podía dar cuartel a Marco Antonio; que era un hereje; que había muerto sin confesión; que era necesario hacer un escarmiento; que convenía enviarle al infierno para que supieran a qué atenerse los emperadores de China y del Japón, los de Persia, Turquía y Marruecos, los reyes de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Prusia, el estatuderl de Holanda y la aristocracia de Berna, los cuales así se confiesan como el emperador Marco Antonio; finalmente, que es una satisfacción inefable fulminar decretos contra los soberanos muertos, cuando no puede uno lanzarlos contra los vivos, por miedo a que le corten las orejas. Tan seria llegó a ser la polémica, como antiguamente la de las monjas de Santa Úrsula con las del convento de la Anunciación, acerca de quién de las dos órdenes llevaría más tiempo, entre las nalgas, huevos pasados por agua sin cascarlos. Temióse un cisma, cosa horrible, porque cisma quiere decir diferencia de opinión, y hasta este fatal momento, todos los humanos habían pensado de un mismo modo.

El señor André, excelente ciudadano, convidó a cenar a los directores de ambos partidos. Era un hombre jovial, alegre sin bullicio, y de corazón en la mano, sin afectar nunca aquella especie de ingenio que no deja lucir el de los demás. Sabía hacerse simpático y conciliar en él la autoridad y la confianza. Era un hombre que hubiese logrado que cenaran en paz un genovés y un corso, un muflí y un arzobispo. En la cena a los polemistas el señor André mostró gran habilidad, conduciendo la conversación de modo que no hubiese lugar a la discusión entre los adversarios a quienes hizo reír con sus frases ingeniosas.

Después, cuando el vino comenzó a hacer sus efectos, logró que conviniesen en que el alma del emperador Marco Antonio permanecía *in statu quo*, esto es, entre el cielo y la tierra como los duendes, hasta el día del Juicio Final. Volviéronse luego a sus limbos respectivos los espíritus de los doctores, apenas terminada la cena. Esta reconciliación proporcionó tanto prestigio al hombre de los cuarenta escudos, que más tarde, cuando surgía alguna disputa entre literatos o no, las personas neutrales aconsejaban a los contendientes que fuesen a cenar a casa del señor André.

De dos facciones sé yo, muy encarnizadas, que por no haber cenado en casa del señor André se han causado mutuamente daños inmensos.

XIII.— Pícaro echado a la calle

La reputación de que gozaba el señor André, de reconciliar a los enemigos dándoles bien de cenar, le trajo cierto día una visita muy extraña. Un hombre vestido de negro, de muy mal aspecto, encorvado de espaldas, la cabeza torcida hacia el hombro izquierdo, los ojos aviesos y las manos sucias, fue a suplicarle que le convidase a cenar en unión de sus enemigos.

—¿Pero quiénes son sus enemigos, y quién es usted? —le preguntó el señor André.

—¡Ay! —respondió—. Confieso a usted, señor, que se me tiene por uno de esos bellacos que escriben libelos a cambio de un pedazo de pan, y van gritando por ahí: «¡Dios, Dios! ¡Religión, religión!»), con lo que suelen conseguir alguna prebendilla o beneficio simple. Me acusan de haber calumniado a muchos hombres de bien, sinceramente religiosos. Verdad es, que en el fuego de la inspiración, a los escritores se nos escapan palabras imprudentes, afirmaciones inexactas o apasionadas, que luego califican los demás de injurias y cínicas mentiras. Los autores de mi cuerda solemos pasar por pícaros, y en tanto nos aplauden las viejas beatas, somos objeto del desprecio de cuantos hombres de bien saben leer. Mis enemigos son gentes que pertenecen a las principales academias de Europa, escritores ilustres y ciudadanos honestos. Ahora he publicado una obra titulada *Antifilosofía*. Está hecha con la más sana intención; pero nadie ha querido comprar mi libro; y aquellos a quienes se lo he regalado lo han tirado al fuego, diciéndome que no solamente era antifilosófico, sino antidecente y anticristiano.

—Perfectamente —le dijo el señor André—, pues haga usted lo que esos a quienes ha regalado su obra: tírela al fuego y no se hable más de ello. Celebro su arrepentimiento, pero no le puedo invitar a cenar con personas inteligentes, quienes, por otra parte, nunca han leído ni leerán sus obras.

—¿No podría usted, por lo menos —insistió el libelista—, ponerme a bien con la familia del difunto presidente Montesquieu, cuya memoria agravié para glorificar al reverendo padre Routh? Como usted sabe, el padre Routh amargó los últimos instantes del moribundo y fue arrojado de la casa a puntapiés.

—Sí, lo recuerdo —respondió el señor André—. Ya hace mucho tiempo que murió también el reverendo padre Routh; váyase a cenar con él.

El señor André es hombre que no aguanta a esta clase de granujas tontos; de sobra sabía que lo que quería el visitante era que le presentase a escritores y filósofos conocidos para espiarlos, hacerles hablar y luego disparar sobre ellos injurias y calumnias. Así que prefirió echarlo de su casa, ni más ni menos que a Routh le habían arrojado de la del presidente Montesquieu.

No era fácil engañar al señor André. Todo cuanto tenía de ingenuo y sencillo cuando era el hombre de los cuarenta escudos, lo tuvo después de avisado y despierto, que no en balde conocía ya el mundo.

XIV.— La sana razón del señor André

¡Cuánto se ha vigorizado la sana razón del señor André desde que tiene una biblioteca! Vive con los libros como con los hombres; elige entre ellos y nunca se deja alucinar por los nombres. ¡Qué satisfacción tan grande le produce saber y ampliar los horizontes del espíritu sin salir de su casa!

Se felicita por haber nacido en el siglo en que empieza a adquirir todo su valor la razón humana. ¡Qué desgracia hubiera sido la mía, exclamaba, si hubiera nacido en el siglo del jesuita Garasse, del jesuita Guignard, del doctor Boucher, del doctor Aubri, del doctor Guincestre, o en aquel en que condenaban a galeras a los que escribían contra las categorías de Aristóteles!

La miseria había aflojado los muelles del ánimo del señor André, y la riqueza les restituyó su elasticidad. Muchos hay por el mundo como el señor André, a quienes una vuelta de la rueda de la fortuna bastó para transformarse en hombres de gran mérito. El señor André está al tanto de todos

los asuntos políticos de Europa, pero especialmente se interesa por los progresos del entendimiento humano.

Hace poco decía:

—Me parece que la razón viaja a jornadas cortas, del Norte al Mediodía, con sus dos amigas íntimas, la experiencia y la tolerancia, y en compañía de la agricultura y el comercio. Se presentó en Italia, pero la ha repelido la congregación del *Index*, y no ha podido conseguir otra cosa que despachar allá algunos de sus agentes secretos, lo que no deja de ser útil. Dentro de pocos años el país de los Escipiones no será el de los polichinelas con sayal. De cuando en cuando se suscitan contra ella enemigos encarnizados en Francia; pero tiene tantos amigos, que al fin llegará a ocupar la jefatura del gobierno en este país. Cuando llegó a Baviera y Austria se encontró con dos o tres sujetos de gran peluca que la miraron entontecidos con ojos de asombro: «Señora, aquí nunca hemos oído hablar de usted —la dijeron—, ni sabemos quién es.» «Señores —les respondió—, con el tiempo ustedes me conocerán y sabrán amarme. En Berlín, en Moscú, en Copenhague, en Estocolmo, soy muy bien vista y hace muchos años que Locke, Gordon, Trenchard, milord de Shaftesbury y otros, me establecieron en Inglaterra. Yo soy la hija del tiempo y todo lo espero de mi padre. Cuando pasé por la raya de España y Portugal, di gracias a Dios al ver que no se encendían con tanta frecuencia las hogueras de la Inquisición, y concebí lisonjeras esperanzas cuando vi echar de ambos reinos a los jesuitas.»

Si la razón entra de nuevo en Italia, comenzará seguramente por establecerse en Venecia y luego en el reino de Nápoles, pues que posee un secreto infalible para desprender los cordones de una corona que se halla enredada, sin saber cómo, en los de una tiara, y para impedir que los caballos se sometan a las mulas.

La conversación del señor André me agrada mucho, y cuanto más le trato más le quiero.

XV.— Una buena cena en casa del señor André

Ayer cené en su casa, en compañía de un doctor de la Sorbona; del señor Pinto, judío célebre; del capellán de la capilla reformada; del embajador báltavo; del secretario del señor príncipe de Gallitzin, del rito griego; de un capitán suizo, calvinista; de dos filósofos y algunas señoras de mucho talento. Durante la cena, que fue larga, no se habló nada de religión, ni más ni menos que si ninguno de los comensales la tuviese. ¡Tan corteses nos hemos hecho y tanto tememos incomodar a los que cenan con nosotros! No sucede así con el regente Cogé, ni con el ex jesuita Nonotte, ni con el ex jesuita Patouillet, ni con el ex jesuita Rotallier, ni con todos los animales de esta ralea; que estos bellacos más villanías dicen en un par de hojas, que cosas instructivas y agradables puede decir en cuatro horas la gente de trato más fino de París. Desde luego no se atreverían a decir a nadie cara a cara lo que tienen la vileza de imprimir.

Al principio de la conversación se trató de un chiste de las *Cartas persas*, en el cual, fundándose en la autoridad de varones muy graves, se afirma que no solamente va el mundo a peor, sino que se despuebla, con lo que a los reyes puede llegar a sucederles lo que al guardián del convento que se quedó sin prior por falta de frailes. El doctor de la Sorbona dijo que efectivamente el mundo marcha hacia su fin próximo. Y citó al padre Petau, quien, refiriéndose a los tiempos bíblicos, demostró que uno solo de los hijos de Noé o de Sem o de Jafet había procreado tantos hijos, que en el año 285 después del diluvio universal sus descendientes eran 623.612.358.000. El señor André le preguntó por qué en tiempo de Felipe el Hermoso, esto es, cerca de trescientos años después de Hugo Capeto, no había ya 623.000.000.000. «Porque ha disminuido la fe», contestó el doctor de la Sorbona.

Se habló también de Tebas con sus cien puertas, y del millón de soldados, con 20.000 carros de guerra, que salían por ellas.

—Yo creo —dijo el señor André— que antiguamente se escribía la historia con la misma pluma que nos ha dejado *La Sergas de Esplandián*.

—Lo cierto es —dijo uno de los presentes— que Tebas, Menfis, Babilonia, Nínive, Troya, Seleucia, eran ciudades populosas que ya no existen.

—Así es la verdad —respondió el secretario del príncipe Gallitzin—; pero también eran páramos entonces Moscú, Constantinopla, Londres, París, Amsterdam, Lyon y otras que valen más que Troya, y todas las ciudades de Francia, Alemania, España y el Norte de Europa.

El capitán suizo, sujeto muy ilustrado, nos confesó que cuando quisieron sus ascendientes abandonar sus montañas y precipicios para ir a apoderarse, como era lógico, de otro país más ameno, César, que contó con sus propios ojos a estos emigrantes, halló que ascendían a 368.000, incluyendo ancianos, niños y mujeres.

—Hoy día, en el solo cantón de Berna, que no es la mitad de Suiza, hay otros tantos, y puedo asegurar a ustedes que la población de los trece cantones pasa de 720.000 almas, sin contar con los suizos que se hallan en el extranjero. Luego, ilustres señores, hagan cálculos y establezcan sistemas y verán cuan fácil es caer en error con unos y con otros.

Tratóse después la cuestión de si los vecinos de Roma en tiempo de los Césares eran más ricos que los de París en tiempo de Luis XV.

—A mí me toca responder a eso —dijo el señor André—, que he sido mucho tiempo el hombre de los cuarenta escudos. Creo que los ciudadanos romanos eran más ricos; estos ilustres salteadores de caminos habían saqueado los países más hermosos de África, Asia y Europa, y gozaban con ostentación del fruto de sus robos; no obstante, abundaban los mendigos en Roma. Seguramente entre aquellos vencedores del orbe, había algunos limitados a sus cuarenta escudos de renta como yo lo he estado.

—¿Sabe usted —intervino un doctor de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras— que cada cena que daba Lúculo en su salón de Apolo le costaba 157.489 reales de nuestra moneda, y que Ático, el célebre epicúreo Ático, no gastaba en cambio en su mesa más de 940 reales al mes?

—Sí, así es. También yo he leído en Floro eso que usted dice, pero sin duda Floro nunca cenó en casa de Ático, o los copistas han alterado ese texto como otros muchos. Nunca me convencerá Floro de que no gastaba en comer más de mil reales al mes el amigo de César, Pompeyo, Cicerón y Antonio, quienes muchas veces cenaban en su casa.

XVI.— Es así, cabalmente, como se escribe la Historia

La cena de aquella noche en casa del señor André costó tanto como treinta de las de Ático, y las señoras dudaron mucho de que fuesen más divertidas las de Roma que las de París. Fue muy amena la conversación, aunque algo científica, y no se trató ni de las modas últimas, ni de las ridiculeces del prójimo, ni de los sucesos escandalosos más recientes.

Pero sí del tema del lujo. Preguntaron si fue debida al lujo la caída del Imperio Romano, y se probó que ambos imperios, el de Oriente y el del Occidente, fueron destruidos por la teología y los monjes. Efectivamente, cuando se apoderó Alarico de Roma, no encontró allí más que disputas teológicas, y cuando atacó Constantinopla Mahomet II, defendían los frailes con más energía la eternidad de la luz del Tabor, que en su ombligo veían, que la ciudad de los turcos. Uno de los comensales hizo observar que mientras ambos imperios habían perecido, todavía subsisten los escritos de Horacio, Virgilio y Ovidio.

Del siglo de Augusto pasaron de un vuelo al de Luis XIV. Una señora preguntó por qué los autores del día, aun cuando tengan mucho talento, no producen obras de tanto valor. Respondió el señor André que era porque ya las habían producido los de siglos pasados. Esta idea audaz, pero exacta, dio que pensar a los circunstantes, quienes se burlaron luego cruelmente de un escocés que se ha metido a regulador del buen gusto y a crítico de Racine, sin saber una palabra de francés. Con más rigor todavía fue tratado un italiano llamado Denina, el cual censuró *El espíritu de las leyes*, sin entender la obra, atacando lo mejor que ella tiene. Esto trajo a la memoria de todos, el afectado desdén en que Boileau tenía al Tasso. Alguien manifestó que con todos sus defectos, Tasso era tan

superior a Homero, como con todos los suyos, todavía mayores, es Montesquieu al aburrido Grocio. Se censuraron los prejuicios entre nación y nación y se trató al señor Denina como merecía, y como tratan las personas inteligentes a los pedantes.

También hubo de hacerse la observación sagaz de que son las obras maestras del siglo pasado las que más ocupan la atención de los literatos actuales. Nuestra tarea se reduce a examinar sus méritos. Parecemos hijos desheredados, que hacen la cuenta del caudal de su padre. En lo que todos coincidieron fue en admitir que la filosofía había adelantado mucho, pero que el estilo y el idioma se empobrecían.

Norma es de todas las conversaciones saltar de un asunto a otro. En breve desaparecieron todos estos temas de amenidad, ciencia y gusto, para señalarse el magnífico espectáculo que estaban dando al mundo la emperatriz de Rusia y el rey de Polonia, quienes acababan de enaltecer a la humanidad abatida, estableciendo la libertad de conciencia en territorios mucho más extensos que nunca lo fue el Imperio Romano. Celebróse, como era debido, tamaño servicio hecho al mundo, y ejemplo tal dado a gobiernos que se tienen por ilustrados. Brindóse a la salud de la emperatriz, del rey filósofo y a la de los que los imitasen. Hasta el doctor de la Sorbona les colmó de elogios; porque ha de saberse que en ese gremio se encuentran a veces, sujetos razonables, como se encontraban hombres de talento en la Beocia.

El secretario ruso dejó a todos maravillados al hablarles de los progresos que en Rusia se hacían. Nadie supo decir por qué gustaba más la historia de Carlos XII, que se pasó la vida destruyendo, que la de Pedro *el Grande*, que pasó la suya en crearlo todo. Supusimos que la razón de esta preferencia era nuestra frivolidad y falta de juicio, y convinimos en que Carlos XII fue el Don Quijote, y Pedro, el Solón del Norte; en que los entendimientos superficiales prefieren a fe los grandes planes del legislador, el extravagante heroísmo del soldado, y les agrada menos la narración circunstanciada de la fundación de una ciudad que la temeridad de un capitán que con unos cuantos hombres se enfrenta a diez mil turcos. Ciertamente, la mayor parte de los sectores sólo buscan el pasatiempo, no la instrucción. Por eso, de cada cien mujeres, noventa y nueve leen ridículos novelones y sólo una un capítulo de Condillac.

¡De cuántas cosas se habló en esta cena que no olvidaré en mucho tiempo! Al fin fue indispensable tocar la tecla de los cómicos y cómicas, eterno asunto de las conversaciones de sobremesa en Versalles y en París. Nadie negó que tan raro era un buen autor como un buen poeta, y se concluyó la cena cantando algunas coplas, que un comensal había escrito dedicadas a las damas. Confieso, por lo que a mí toca, que no me hubiera parecido más grato el banquete de Platón que el del señor y la señora André.

Micromegas

(Historia filosófica)

Capítulo 1.— Viaje de un habitante de la estrella Sirio al planeta Saturno

Había en uno de los planetas que giran en torno de la estrella llamada Sirio, un mozo de mucho talento, a quien tuve la honra de conocer en el postrer viaje que hizo a nuestro mezuquino hormiguero. Era su nombre Micromegas. Tenía ocho leguas de alto, quiero decir, veinticuatro mil pasos geométricos de cinco pies cada uno.

Algún matemático, casta de gente muy útil al público, tomará la pluma en este trance de mi historia y calculará que teniendo el señor Micromegas, morador del país de Sirio, veinticuatro mil pasos, desde la cabeza a los pies, que hacen ciento veinte mil pies, y nosotros, ciudadanos de la Tierra, no más por lo común de cinco pies, y midiendo la circunferencia de nuestro globo nueve mil leguas, es absolutamente preciso que el planeta donde nació nuestro héroe tenga cabalmente veintiún millones y seiscientos mil veces más de circunferencia que nuestra minúscula Tierra. Nada más natural. Los Estados de ciertos príncipes de Alemania o de Italia, que pueden andarse en media hora, comparados con Turquía, Rusia o China, son un ejemplo muy pálido de las diferencias que la naturaleza ha establecido en todas las cosas.

Siendo la estatura de Su Excelencia la que llevamos dicha, convendrán todos nuestros pintores y escultores que su cintura podría medir unos cincuenta mil pies de circunferencia, lo que revela una bella figura. Su entendimiento era de los más perspicaces; sabía muchas cosas y otras las inventaba; apenas frisaba en los trescientos cincuenta años y siendo estudiante de un colegio de jesuitas de su planeta, descubrió a fuerza de inteligencia más de cincuenta proposiciones de Euclides, dieciocho más que Blas Pascal el cual, luego de adivinar como quien juega (según dijo su hermana), treinta y dos, llegó a ser, andando los años, un geómetra muy mediocre y un pésimo metafísico.

A la edad de cuatrocientos años, o sea al salir de la infancia, disecó unos insectos diminutos de apenas cien pies de grosor. Publicó un libro muy interesante acerca de esos insectos, lo que le proporcionó bastantes disgustos. El muftí de su país, tan receloso como ignorante, advirtió en su libro proposiciones sospechosas, blasfemas, temerarias, heréticas, o que «olían» a herejía, y le persiguió de muerte. Hubo que discutir si la sustancia formal de las pulgas de Sirio era de la misma naturaleza que la de los caracoles. Defendióse con mucho ingenio Micromegas; se declararon las mujeres en su favor, y después de doscientos veinte años que duró el pleito, hizo el muftí condenar el libro por jueces que no le habían leído, ni sabían leer. En cuanto al autor, fue desterrado de la Corte ochocientos años.

No le afligió mucho abandonar una Corte llena de enredos y chismes. Escribió unas décimas muy graciosas contra el muftí, que a éste le tuvieron sin cuidado, y se dedicó a viajar de planeta en planeta para, como dicen, perfeccionar el juicio y el corazón. Quienes viajamos en diligencias o sillas de posta nos pasmarían los vehículos que allá arriba usan. Nosotros, en la bola de cieno en que vivimos no comprendemos otros procedimientos. Micromegas, conocedor de las leyes de la gravitación y de las fuerzas atractivas y repulsivas, se valía de ellas con tanto acierto que, ora montado en un rayo de sol, ora cabalgando en un cometa, o saltando de globo en globo, lo mismo que revolotea un pajarillo de rama en rama, él y sus sirvientes hacían su camino.

En poco tiempo recorrió la vía láctea. Debo confesar, y lo siento, que nunca logró ver, entre las estrellas que la pueblan, el empírico cielo que vio el ilustre Derhan con su catalejo. No niego que Derhan lo viese, ¡Dios me libre de tamaño error!, pero también Micromegas estaba allí y no tenía mala vista. En fin, yo no quiero contradecir a nadie.

Después de largo viaje, Micromegas llegó un día a Saturno, y aun cuando estaba acostumbrado a contemplar cosas nuevas, le sorprendió la pequeñez de aquel planeta y de sus moradores. No pudo menos de sonreír con ese aire de superioridad que los más discretos no pueden contener a veces. Verdad es que Saturno no es más que novecientas veces mayor que la Tierra, y sus habitantes pobres enanos de unas dos mil varas de estatura, más o menos. Rióse al principio de ellos con sus criados, como se ríe cuando viene a Francia cualquier músico italiano, de la música de Lulli. Pero el siriano era razonable y pronto se dio cuenta de que ningún ser que piensa es ridículo, aunque su estatura no pase de seis mil pies. Acostumbróse a los saturninos, después de haber causado su asombro, y se hizo íntimo amigo del secretario de la Academia de Saturno, hombre de mucho talento. No había inventado nada, pero explicaba muy bien los inventos de los demás, y sabía componer coplas chicas y hacer cálculos grandes. He aquí expuesta, para satisfacción de mis lectores, una extraña conversación que con el señor secretario, tuvo cierto día Micromegas.

Capítulo 2.— Conversación del habitante de Sirio con el de Saturno

Sentóse Su Excelencia, acercóse a él el secretario de la Academia, y dijo Micromegas:

—Confesemos que es muy varia la naturaleza.

—Verdad es —dijo el saturnino—. La naturaleza es como un jardín, cuyas flores...

—¡Ah! —dijo el otro—. Dejaos de floriculturas.

—Pues es —siguió el secretario— como una reunión de rubias y morenas, cuyos encantos...

—¡Dejad a vuestras morenas y a vuestras rubias! —interrumpió el otro.

—O bien como una galería de cuadros cuyas imágenes...

—¡No! No señor, no —replicó el forastero—. Decidme lo primero ¿cuántos sentidos tienen los hombres en vuestro país?

—Nada más que setenta y dos —contestó el académico—. Créame que todos los días nos lamentamos de esta limitación. Nuestra imaginación va más allá de nuestras posibilidades, por lo que nos parece que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro anillo y nuestras cinco lunas, no tenemos bastante; en realidad nos aburrirnos mucho a pesar de nuestros setenta y dos sentidos y de las pasiones que de ellos se derivan.

—Lo creo —dijo Micromegas—, porque nosotros tenemos cerca de mil sentidos y todavía nos quedan no sé qué vagos deseos, no sé qué inquietud, que sin cesar nos advierte que somos muy poca cosa y que hay seres mucho más perfectos. En mis viajes he visto gentes muy inferiores a nosotros, y otras muy superiores; mas no he hallado ninguna que no tenga más deseos que necesidades y más necesidades que satisfacciones. Acaso llegue algún día a un país donde no haya necesidades, pero hasta ahora no tengo la menor noticia de semejante país.

El saturnino y el siriano quedaron meditabundos. Luego se entregaron a ingeniosas reflexiones tan agudas como inconsistentes, hasta que les fue forzoso atenerse a los hechos.

—¿Es muy larga vuestra vida? —preguntó el siriano.

—¡Ah! No. Muy corta —replicó el hombrecillo de Saturno.

—Lo mismo sucede en nuestro país, siempre nos estamos quejando de la brevedad de la vida. Debe ser una ley universal de la naturaleza.

—¡Ay! Nuestra vida —dijo el saturnino— se limita a quinientas revoluciones solares, que vienen a ser unos quince mil años según nuestra aritmética. Esto es casi nacer y morir en un momento. Así, nuestra existencia es un punto, nuestra vida un instante, y el globo en que habitamos un átomo. Apenas empieza uno a saber algo, a instruirse, cuando llega la muerte. Por mi parte no me atrevo a formar proyecto alguno; me siento como una gota de agua en el océano inmenso. Ahora estoy avergonzado en vuestra presencia al considerar lo ridículo de mi figura.

Replicóle Micromegas:

—Si no fuerais filósofo, temería desconsolaros diciéndoos que nuestra vida es setecientas veces más larga que la vuestra; pero ya sabéis que cuando llega el momento de reintegrarse a la naturaleza, para reanimarla bajo distinta forma —que es a lo que llaman morir—, cuando llega ese instante de metamorfosis, lo mismo da haber vivido una eternidad o sólo un día. He conocido países donde viven las gentes mil veces más que en el mío, y he visto que, sin embargo, se quejaban; pero en todas partes hay gentes razonables, que saben resignarse y dar gracias al autor de la naturaleza, que con maravillosa profusión ha esparcido en el universo las variedades más distintas sin olvidar la uniformidad. Así, por ejemplo, todos los seres que piensan son diferentes, y sin embargo, todos se parecen en el don de pensar y desear. La materia es la misma en todas partes, pero en cada mundo manifiesta propiedades distintas. ¿Cuántas propiedades tiene la materia del vuestro?

—Si os referís a las propiedades fundamentales, sin las cuales nuestro planeta no podría existir tal como es —dijo el saturnino—, pasan de trescientas; conviene saber: la extensión, la impenetrabilidad, la movilidad, la gravitación, la divisibilidad, etc.

—Sin duda —replicó el viajero—, que es bastante con eso, con arreglo al plan del Creador para el reducido planeta en que vivís. En todas sus cosas adoro la sabiduría, porque si en todas advierto diferencia, advierto también proporción. Saturno es pequeño y lo son sus moradores; tenéis pocas sensaciones y goza vuestra materia de pocas propiedades. Todo ello lo dispuso así la Providencia. ¿De qué color es vuestro sol?

—Blancuzco, ceniciento —dijo el saturnino—. Al dividir uno de sus rayos, observamos que tiene siete colores.

—El nuestro tira a encarnado —dijo el siriano—, y tenemos treinta y nueve colores fundamentales. He podido estudiar muchos soles y no he hallado dos que se parezcan, de la misma manera que en nuestro planeta no se ve una cara que no se diferencie de las demás.

Tras de hablar de muchas cuestiones análogas, se informó de cuántas sustancias distintas en esencia se conocían en Saturno y se le respondió que unas treinta: Dios, el espacio, la materia, los seres extensos que sienten, los seres extensos que sienten y piensan, los seres que piensan y no son muy extensos, los que se penetran, y los que no se penetran, etc. El siriano, en cuyo planeta había trescientas, y que había descubierto en sus viajes hasta tres mil, dejó asombrado al filósofo de Saturno.

Finalmente, habiéndose comunicado mutuamente casi todo cuanto sabían, y muchas cosas que no sabían, y después de discutir por espacio de toda una revolución solar, acordaron realizar juntos un corto viaje filosófico.

Capítulo 3.— Viaje de los dos habitantes de Sirio y Saturno

Ya estaban para embarcar nuestros dos filósofos en la atmósfera de Saturno con una buena provisión de instrumentos de matemáticas, cuando la querida del saturnino, que lo supo, le vino a dar amargas quejas. Era ésta una morenita muy agraciada, que no tenía más que mil quinientas varas de estatura, pero que con su gentileza compensaba la pequeñez de su cuerpo.

—¡Ah, cruel! —exclamó—. Después de mil quinientos años de haber resistido tus solicitudes amorosas y cuando apenas hace cien años me había entregado a ti, ¡me abandonas para irte a viajar con un gigante de otro mundo! Sólo tuviste un capricho, nunca me amaste. Si fueras saturnino legítimo no serías tan inconstante. ¿A dónde vas? ¿Qué ambicionas? Nuestras cinco lunas son menos erráticas que tú y menos mudable nuestro ánulo.

Abrazóla el filósofo, lloró con ella, aunque filósofo; y su querida, después de haberse desmayado, se fue a consolar con un petimetre.

Partieron sin dilación ambos viajeros, y saltaron primero al anillo, que se le antojó muy aplastado, como lo supuso un ilustre habitante de nuestro minúsculo globo terráqueo, y desde allí anduvieron de luna en luna. De pronto pasó un cometa junto a ellos y a él se tiraron, con sus sirvientes y sus instrumentos. Un poco más adelante (ciento cincuenta millones de leguas) se

toparon con los satélites de Júpiter y luego con este planeta, donde se apearon y permanecieron un año. En él descubrieron algunos secretos muy curiosos, que hubieran dado a la imprenta, a no haber sido por los señores inquisidores, que encontraron proposiciones bastante duras de tragar. Yo pude leer el manuscrito en la biblioteca del ilustrísimo señor arzobispo de..., quien con toda la benevolencia que a tan insigne prelado caracteriza, me permitió husmear en sus libros.

Pero volvamos a nuestros aventureros. Al salir de Júpiter atravesaron un espacio de cerca de cien millones de leguas y costearon el planeta Marte, el cual —como todos saben— es cinco veces más pequeño que la Tierra, donde vieron las dos lunas de que dispone y que no han podido descubrir todavía nuestros astrónomos. Aun cuando sé que el abate Castel rechazará ingeniosamente la existencia de dichas lunas, no ignoro tampoco que me darán la razón quienes saben razonar, aquellos a los que no puede escapárseles el hecho de que no le sería posible a Marte vivir sin dos lunas por lo menos, estando tan distante del Sol.

Sea como fuere, a los viajeros les pareció un mundo tan chico que temieron no hallar alojamiento aceptable y pasaron de largo, como hacen los caminantes cuando topan con una mala venta en despoblado. Hicieron mal y se arrepintieron, pues tardaron mucho en encontrar albergue. Al fin divisaron una lucecilla, que era la Tierra, y que pareció muy mezquina cosa a gentes que venían de Júpiter. No obstante, y a trueque de arrepentirse otra vez, resolvieron desembarcar en ella. Pasaron a la cola del cometa y hallando una aurora boreal a mano, se metieron dentro. Tomaron tierra en la orilla septentrional del mar Báltico, el día 5 de julio de 1737.

Capítulo 4.— Lo que les sucedió en el globo terráqueo

Después de reposar un poco, almorzaron un par de montañas que les guisaron sus criados con mucho aseo. Quisieron luego reconocer el mezquino país donde se hallaban y marcharon de Norte a Sur. Los pasos que daban el siriano y sus acompañantes abarcaban unos treinta mil pies cada uno. Seguiales de lejos el enano de Saturno, que perdía el aliento, porque tenía que dar doce pasos mientras los otros daban una zancada. Iba, si se me permite la comparación, como un perrillo faldero que sigue a un capitán de la Guardia del rey de Prusia.

Como andaban de prisa, dieron la vuelta al globo en veinticuatro horas; verdad es que el Sol, o por mejor decir, la Tierra, hace el mismo viaje en un día; pero hemos de convenir que es cosa más fácil girar sobre su eje que andar a pie. Volvieron al fin al sitio de donde partieron después de haber visto la balsa, casi imperceptible para ellos, denominada mar Mediterráneo y el otro pequeño estanque que llamamos gran Océano y que rodea nuestra madriguera; al enano no le llegaba el agua a media pierna y apenas si se mojaba el otro los talones. Fueron y vinieron arriba y abajo, procurando averiguar si estaba o no habitado este mundo; agachándose, tendiéronse lo más posible palpando por todas partes; pero eran tan enormes sus ojos y sus manos en relación con los seres minúsculos que nos arrastramos aquí abajo, que no lograron captar nuestra presencia, ni siquiera sorprender algún indicio que la revelase.

El enano, que a veces juzgaba con ligereza, manifestó terminantemente que no había habitantes en la Tierra; basado en primer lugar en que él no veía ninguno.

Micromegas le dio a entender cortésmente que su deducción no era fundada, porque —le dijo— ¿es que acaso con esos ojos tan pequeños que tenéis sois capaz de ver las estrellas de quincuagésima magnitud? Yo en cambio las veo perfectamente. ¿Afirmaréis, sin embargo, que esas estrellas no existen?

—Os digo que he buscado y rebuscado por todas partes —dijo el enano.

—¿Y no hay nada?

—Lo único que hay es que este planeta está muy mal hecho —replicó el enano—; irregular y mal dispuesto, resulta no sólo ridículo, sino caótico. ¿No veis esos arroyuelos que ninguno corre derecho; esos estanques que no son redondos ni cuadrados, ni ovalados ni de forma geométrica alguna? Observad esos granos de arena (se refería a las montañas), que por cierto se me han metido en los pies... Ved el achatamiento de los polos de este globo que gira y gira alrededor del Sol y cuyo

régimen climatológico es tan absurdo que las zonas de ambos polos son yertas y estériles. Lo que más me hace creer que no hay habitantes, es considerar que nadie con un poco de sentido común querría vivir en él.

—Eso no importa nada —dijo Micromegas—. Pueden no tener sentido común y habitarle. Todo aquí se os antoja irregular y descompuesto porque no está trazado con tiralíneas como en Júpiter y Saturno. Eso es lo que os confunde. Por mi parte estoy acostumbrado a ver en mis viajes las cosas más distintas y los aspectos más variados.

Replicó el saturnino a estas razones, y no se hubiera concluido esta disputa, si en el calor de ella no hubiese roto Micromegas el hilo de su collar de diamantes y caído éstos, que eran muy hermosos aunque pequeñitos y desiguales. Los más gruesos pesaban cuatrocientas libras y cincuenta los más menudos. Cogió el enano alguno y arrimándose a los ojos observó que tal como estaban tallados resultaban excelentes microscopios. Tomó uno, pequeño, puesto que no tenía más de ciento sesenta pies de diámetro, y se lo aplicó a un ojo mientras que se servía Micromegas de otro de dos mil quinientos pies. Al principio no vieron nada con ellos, pero hechas las rectificaciones oportunas, advirtió el saturnino una cosa imperceptible que se movía entre dos aguas en el mar Báltico: era una ballena; púsose la bonitamente encima de la uña del pulgar y se la enseñó al siriano, que por la segunda vez se echó a reír de la insignificancia de los habitantes de la Tierra.

Creó, pues, el saturnino que nuestro mundo estaba habitado sólo por ballenas y como era muy listo quiso averiguar de qué manera podía moverse un átomo tan ruin, y si tenía ideas, voluntad y libre albedrío.

Micromegas no sabía qué pensar; mas después de examinar con mucha atención al animal, sacó en consecuencia que no podía haber un alma en un cuerpo tan chico. Inclínabanse ya a creer ambos viajeros que en el terráqueo no existía vida racional, cuando, con el auxilio del microscopio descubrieron otro bulto más grande que la ballena flotando en el mar Báltico. Como es sabido, por aquellos días regresaba del círculo polar una banda de filósofos, que habían ido a tomar unas medidas en que nadie hasta entonces había pensado. Se dijo en los papeles públicos que su barco había encallado en las costas de Botnia y que por poco perecen todos. Pero nunca se sabe en este mundo la verdad oculta de las cosas. Contaré con sinceridad lo ocurrido sin quitar ni añadir nada; esfuerzo que por parte de un historiador es meritorio en alto grado.

Capítulo 5.— Experiencias y reflexiones

Tendió Micromegas con mucho tiento la mano al sitio donde se veía aquel objeto, y alargando y encogiendo los dedos, por miedo a equivocarse, y abriéndolos luego y cerrándolos, agarró con mucha maña el navío donde iban aquellos sabios y le puso con mucho cuidado en la uña del pulgar.

—He aquí un animal muy distinto del otro —dijo el enano de Saturno, mientras el siriano colocaba al pretense animal en la palma de la mano.

Los pasajeros y marineros de la tripulación, creyéndose arrebatados por un huracán, y al buque varado en un bajío, se ponen todos en movimiento; cogen los marineros toneles de vino, los tiran a la mano de Micromegas, y ellos se tiran después; sacan los sabios sus cuartos de círculo, sus sectores y sus muchachas lapónicas y se apean en los dedos del siriano, quien por fin siente que se mueve una cosa que le pica el dedo. Era un garrote con un hierro en la punta que le clavaban hasta un pie de profundidad en el dedo índice; esta picazón le hizo creer que había salido algo del cuerpo del animalejo que tenía en la mano; mas no pudo sospechar al principio otra cosa, pues con su microscopio, que apenas bastaba para distinguir un navío de una ballena, no era posible descubrir a un entecillo como el hombre.

No quiero zaherir la vanidad de nadie; pero ruego a las personas soberbias que reflexionen sobre este cálculo: aceptando como estatura media del hombre la de cinco pies, su presencia en la Tierra como individuo no hace más bulto que el que haría en una bola de diez pies de circunferencia un animal de seiscientos milavos de pulgada de alto.

No hay duda de que si algún capitán de granaderos lee esta narración mandará que su tropa se ponga morriones de dos o tres pies más altos que los actuales, pero por más que haga, siempre serán él y sus soldados seres infinitamente pequeños.

El filósofo de Sirio tuvo que proceder con suma habilidad para examinar esos átomos. No fue tan extraordinario el descubrimiento de Leuwenhock y Hartsoeker cuando vieron, o creyeron ver los primeros, la simiente que nos engendra. ¡Qué placer el de Micromegas cuando vio cómo se movían aquellos seres; cuando examinó sus movimientos todos y siguió todas sus acciones! ¡Con qué júbilo alargó a sus compañero de viaje uno de sus microscopios!

—Los veo perfectamente —decían ambos, a la vez—; observad cómo andan y suben y bajan.

Esto decían y les temblaban las manos de gozo al ver objetos tan nuevos y también de miedo a perderlos de vista. Pasando el saturnino de un extremo de desconfianza al opuesto de credulidad, se figuró que algunos estaban ocupados en la propagación de su especie.

—¡Ah! —dijo el saturnino—. Ya tengo en mis manos el secreto de la naturaleza.

Evidentemente las apariencias, cosa que sucede a menudo, engañan, tanto si se usa como si no se usa microscopio.

Capítulo 6.— Lo que les sucedió con los hombres

Mejor observador Micromegas que el enano, advirtió claramente que aquellos átomos se hablaban y así se lo hizo notar a su compañero, el cual, con la vergüenza de haberse engañado acerca del mecanismo de la generación, no quiso creer que semejante especie de bichos pudieran tener y comunicarse sus ideas. Micromegas poseía el don de lenguas, no menos que el siriano, y no entendiendo a nuestros átomos, suponía que no hablaban; y luego ¿cómo habían de tener órganos de la voz unos seres casi imperceptibles, ni qué se habían de decir? Para hablar es indispensable pensar, y si pensaban, llevaban en sí algo que equivalía al alma; y atribuir una cosa equivalente al alma a especie tan ruin, se le antojaba mucho disparate. Díjole el siriano:

—¿Pues no creías, hace poco, que se estaban amando? ¿Pensáis que se hacen ciertas cosas sin pensar y sin hablar, o a lo menos, sin darse a entender? ¿Creéis que es más fácil hacer un chico que un silogismo? A mí, una y otra cosa me parecen impenetrables misterios.

—No me atrevo ya —dijo el enano— a creer ni a negar nada; procedamos a examinar estos insectos y meditemos luego.

—De acuerdo —respondió Micromegas.

Y sacando unas tijeras se cortó la uña de su dedo pulgar con la que hizo una especie de bocina enorme, como un embudo inmenso, y luego se puso el cañón al oído; la circunferencia del embudo abarcaba al navío y toda su tripulación, y la más débil voz se introducía en las fibras circulares de la uña; de suerte que, merced a su ingenio, el filósofo de allá arriba, oyó perfectamente el zumbido de nuestros insectos de acá abajo, y en pocas horas logró distinguir las palabras y entender el idioma francés en que hablaban. Lo mismo hizo el enano, aunque no con tanta facilidad. Crecía el asombro de los dos viajeros al oír hablar con notable discreción y les parecía inexplicable este fenómeno de la naturaleza. Como podemos figurarnos el enano y el siriano se morían de deseos de entablar conversación con aquellos átomos; pero tenían miedo de que su voz atronara a los microbios sin que la oyesen.

Trataron, pues, de amortiguar su intensidad, y para ello se pusieron en la boca unos mondadientes muy menudos, cuya punta muy afilada iba a parar junto al navío. Puso el siriano al enano entre sus rodillas, y encima de una uña, el navío con su tripulación; bajó la cabeza y habló muy quedo, y después de todas estas precauciones, y muchas más, dijo lo siguiente:

—Invisibles insectos que la diestra del Creador se plugo producir en los abismos de lo infinitamente pequeño; yo os bendigo. Acaso luego me desprecien en mi Corte; pero yo a nadie desprecio, y os brindo mi protección.

Si hubo asombros en el mundo, ninguno llegó al de los que estas palabras oyeron, sin poder atinar de dónde salían. Rezó el capellán las preces contra el demonio, blasfemaron los marineros, e inventaron varios sistemas los filósofos del navío; pero a pesar de sus meditaciones, no les fue posible averiguar quién era el que les hablaba.

Fue entonces cuando el enano de Saturno, que tenía la voz más débil que Micromegas, les explicó todo circunstanciadamente; el viaje desde Saturno, y quién era el señor Micromegas. Compadecido de que fueran tan chicos los habitantes de la Tierra les habló con ternura preguntándoles si habían sido siempre tan insignificantes y qué era lo que hacían en un globo que, al parecer, pertenecía a las ballenas. Les preguntó también si eran felices, si tenían alma, si se reproducían y otras mil preguntas por el estilo.

Ofendido de que alguien dudase de si tenían alma, un sabio de la Tierra, más audaz que los demás, observó a su interlocutor con una pínula adaptada a un cuarto de círculo, midió los triángulos y por último dijo así: —¿Creéis, caballero, que porque tengáis una estatura de dos mil metros sois un...?

—¡Dos mil metros? —exclamó el enano—. ¡No se ha equivocado ni en una pulgada! Así pues, este átomo ha podido medirme. Sabe matemáticas y ha determinado mi tamaño. En cambio, yo no le puedo ver sin el auxilio del microscopio y no sé qué dimensiones tiene.

—Sí, supe mediros —dijo el matemático— y podré hacer lo mismo con el gigante que os acompaña.

Admitida la propuesta, se tendió Su Excelencia en el suelo, porque estando en pie, su cabeza se perdía en las nubes, y nuestros filósofos le plantaron un árbol muy grande en cierto sitio que el doctor Swift hubiera designado por su nombre, pero que yo no me atrevo a mencionar por el mucho respeto que tengo a las damas. Luego, mediante una serie de triángulos que trazaron y relacionaron unos con otros, sacaron en consecuencia que la persona que medían era un sujeto de veinte mil pies de estatura.

Micromegas decía:

—¡Cuan cierto es que nunca se deben juzgar las cosas por su apariencia! Seres insignificantes, despreciables, tienen uso de razón, y aun es posible que otros más pequeños todavía posean más inteligencia que esos inmensos animales que he visto en el cielo y que con un solo pie cubrirían el planeta en que me encuentro. Para Dios, en su omnipotencia, no hay dificultad en proveer de entendimiento, lo mismo a los seres infinitamente grandes que a los infinitamente pequeños.

Respondióle uno de los filósofos que bien podía creer, sin duda alguna, que había seres inteligentes mucho más pequeños que el hombre, y para probárselo le contó, no las fábulas de Virgilio sobre las abejas, sino lo que Swammerdam ha descubierto, y lo que ha disecado Reaumur. Díjole también que hay animales que son, con respecto a las abejas, lo que las abejas con respecto al hombre y le hizo notar lo que el propio siriano significaba en relación con aquellos animales enormes a que se había referido; a su vez, estos grandes animales comparados con otros, parecen imperceptibles átomos. Poco a poco fue haciéndose interesante la conversación.

Micromegas se expresó así:

Capítulo 7.—La conversación que tuvieron

—¡Oh átomos inteligentes en quienes quiso el Eterno manifestar su arte y su poder! Decidme, amigo ¿no disfrutáis en vuestro globo terráqueo purísimos deleites? Apenas tenéis materia, sois todo espíritu, lo cual quiere decir que seguramente emplearéis vuestra vida en pensar y amar, que es la vida que corresponde a los espíritus. Yo que no he visto la felicidad en ninguna parte, creo ahora que está entre vosotros.

Encogiéronse de hombros al oír esto los filósofos. Uno de ellos quiso hablar con sinceridad y manifestó que, exceptuando un número reducidísimo, a quienes para nada se tenía en cuenta, todos los demás eran una cáfila de locos, perversos y desdichados.

—Más materia tenemos —dijo— de la que es menester para obrar mal, si procede el mal de la materia, y mucha inteligencia, si proviene de la inteligencia. ¿Sabéis por ejemplo que a estas horas, cien mil locos de nuestra especie, que llevan sombrero, están matando a otros cien mil animales que llevan turbante, o muriendo a sus manos? Tal es la norma en la tierra, desde que el hombre existe.

Horrorizóse el siriano y preguntó cuál era el motivo de tan horribles contiendas entre animales tan ruines.

—Se disputan —dijo el filósofo— unos trochos de tierra del tamaño de vuestros pies; y se los disputan no porque ninguno de los hombres que pelean y mueren o matan quiera para sí un terrón siquiera de aquel pedazo de tierra, sino por si éste ha de pertenecer a cierto individuo que llaman Sultán o a otro que apellidan Zar. Ninguno de los dos ha visto, ni verá nunca, el minúsculo territorio en litigio, así como tampoco ninguno de los animales que recíprocamente se asesinan han visto al animal por quien se asesinan.

—¡Desventurados! —exclamó con indignación el siriano—. ¿Cómo es posible tan absurdo frenesí? Deseos me dan de pisar a ese hormiguero ridículo de asesinos.

—No hace falta que os toméis ese trabajo. Ellos solos se bastan para destruirse. Dentro de cien años habrán quedado reducidos a la décima parte. Aun sin guerras perecen de hambre, de fatiga, o de vicios. Pero no son ellos los que merecen castigo, sino quienes desde la tranquilidad de su gabinete y mientras hacen la digestión de una opípara comida, ordenan el degüello de un millón de hombres y dan luego gracias a Dios en solemnes funciones religiosas.

Sentiase el viajero movido a piedad hacia el ruin linaje humano en el cual tantas contradicciones descubría.

—Puesto que pertenecéis al corto número de los sabios —dijo a sus interlocutores— os ruego me digáis cuáles son vuestras ocupaciones.

—Disecamos moscas —respondió uno de los filósofos—, medimos líneas, coleccionamos nombres, coincidimos acerca de dos o tres puntos que entendemos y discrepamos sobre dos o tres mil que no entendemos.

El siriano y el saturnino se pusieron a hacerles preguntas para saber sobre qué estaban acordes.

—¿Qué distancia hay —dijo el saturnino— desde la Canícula hasta la mayor de Géminis?

Respondiéronle todos a la vez:

—Treinta y dos grados y medio.

—¿Qué distancia hay de aquí a la Luna?

—Setenta semidiámetros de la Tierra.

—¿Cuánto pesa vuestro aire?

No creían que pudiesen responder a esta pregunta; pero todos le dijeron que pesaba novecientas veces menos que el mismo volumen del agua más ligera y diecinueve mil veces menos que el oro.

Atónito el enanillo de Saturno ante la exactitud de las respuestas, estaba tentado a creer que eran magos aquellos mismos a quienes un cuarto de hora antes les había negado la inteligencia.

Por último habló Micromegas:

—Ya que tan perfectamente sabéis lo de fuera de vuestro planeta, sin duda mejor sabréis lo que hay dentro. Decidme, pues, ¿qué es vuestra alma y cómo se forman vuestras ideas?

Los filósofos hablaron todos a la par como antes, pero todos manifestaron distinto parecer.

Citó el más anciano a Aristóteles, otro pronunció el nombre de Descartes, éste el de Malebranche, aquél el de Leibnitz y el de Locke otro.

El viejo peripatético dijo con gran convicción:

—El alma es una entelequia, una razón en virtud de la cual tiene el poder de ser lo que es; así lo dice expresamente Aristóteles, página 633 de la edición del Louvre: 'Ἐντελεχεια εστι etc.

—No entiendo el griego —confesó el gigante.

—Ni yo tampoco —respondió el filósofo.

—Entonces ¿por qué citáis a ese Aristóteles en griego?

—Porque lo que uno no entiende, lo ha de citar en una lengua que no sabe.

Tomó entonces la palabra el cartesiano y dijo:

—El alma es un espíritu puro, que en el vientre de la madre recibe todas las ideas metafísicas y que, en cuanto sale de él, tiene que ir a la escuela para aprender de nuevo lo que tan bien sabía y que nunca volverá a saber.

El animal de ocho leguas opinó que importaba muy poco que el alma supiera mucho en el vientre de su madre si después lo ignora todo.

—Pero decidme, ¿qué entendéis por espíritu?

—¡Valiente pregunta! —contestó el otro—. No tengo idea de él. Dicen que es lo que no es materia.

—¿Y sabéis lo que es materia?

—Eso sí. Esa piedra, por ejemplo, es parda y de tal figura, tiene tres dimensiones y es pesada y divisible.

—Así es —asintió el siriano—; pero esa cosa que te parece divisible, pesada y parda ¿me dirás qué es? Tú sabes de algunos de sus atributos, pero el sostén de esos atributos ¿lo conoces?

—No —dijo el otro.

—Luego no sabes qué cosa sea la materia. Dirigiéndose entonces el señor Micromegas a otro sabio que encima de su dedo pulgar se posaba, le preguntó qué creía que era su alma y de qué se ocupaba él.

—No hago nada —respondió el filósofo malebranchista—; Dios es quien lo hace todo por mí; en El lo veo todo, en El lo hago todo y es El quien todo lo dispone sin cooperación mía.

—Eso es igual que no existir —respondió el filósofo de Sirio—.

Y tú, amigo —le dijo a un leibnitziano que allí estaba—, ¿qué haces? ¿Qué es tu alma?

—Una aguja de reloj —dijo el leibnitziano— que señala las horas mientras suenan musicalmente en mi cuerpo, o bien, si os parece mejor, el alma las suena mientras el cuerpo las señala; o bien, mi alma es el espejo del universo y mi cuerpo el marco del espejo. La cosa no puede ser más clara.

Estábalos oyendo un sectario de Locke, y cuando le tocó hablar dijo:

—Yo no sé cómo pienso; lo que sé es que nunca he pensado como no sea por medio de mis sentidos. Que haya sustancias inmateriales e inteligentes, no lo pongo en duda; pero que no pueda Dios comunicar la inteligencia a la materia, eso no lo creo. Respeto al eterno poder, y sé que no me compete definirle; no afirmo nada y me inclino a creer que hay muchas más cosas posibles de lo que se piensa.

Sonrióse el animal de Sirio y le pareció que no era éste el menos cuerdo. Si no hubiera sido por la enorme desproporción de sus tamaños corpóreos, hubiese dado un abrazo, el enano de Saturno al discípulo de Locke. Por desgracia, se encontraba también allí un bichejo tocado con un birrete, que, interrumpiendo el diálogo, manifestó que él estaba en posesión de la verdad que no era otra que la expuesta en la *Summa* de Santo Tomás; y mirando de pies a cabeza a los dos viajeros celestes les dijo que sus personas, sus mundos, sus soles y sus estrellas, todo había sido creado para el hombre. Al oír los otros tal sandez, se echaron a reír estrepitosamente con aquella inextinguible risa que, según Homero, es atributo de los dioses.

Las convulsiones de tanta hilaridad hicieron caer al navío de la uña del siriano al bolsillo de los calzones del saturnino. Buscáronle ambos mucho tiempo; al cabo toparon con la tripulación y la metieron en el barco lo mejor que pudieron.

Luego el siriano se despidió amablemente de aquellos charlatanes, aunque le tenía algo mohíno ver que unos seres tan infinitamente pequeños, tuvieran una vanidad tan infinitamente grande. Prometióles un libro de filosofía escrito en letra muy menuda, para que pudieran leerle.

—En él veréis —dijo— la razón de todas las cosas.

En efecto, antes de irse les dio el libro prometido que llevaron a la Academia de Ciencias de París. Cuando lo abrió el viejo secretario de la Academia, observó que todas las páginas estaban en blanco.

—¡Ah! —dijo—. Ya me lo figuraba yo.

El blanco y el negro

Todo el mundo en la provincia de Candahar conoce la aventura del joven Rustán. Era hijo único de un mirza de la región; como quien dice un marqués en Francia o un barón en Alemania. Su padre, el mirza, tenía una fortuna considerable. El joven Rustán debía casarse con una doncella o mirzesa de su condición. Las dos familias deseaban apasionadamente. El debía ser el consuelo de sus padres, hacer feliz a su mujer y serlo con ella.

Pero por desgracia había visto a la princesa de Cachemira en la feria de Kabul, que es la feria más importante del mundo, e incomparablemente más frecuentada que las de Basora y Astracán; y he aquí por qué el anciano príncipe de Cachemira había ido a la feria en unión de su hija.

Había perdido las dos piezas más raras de su tesoro: una era un diamante del tamaño del dedo pulgar, en el cual se había grabado el retrato de su hija, gracias a un arte que entonces dominaban los indios y que posteriormente se ha perdido; la otra era un venablo que iba por sí mismo adonde uno deseaba; lo cual no es nada extraordinario entre nosotros, pero que lo era en Cachemira.

Un faquir de Su Alteza le robó esas dos joyas; las llevó a la princesa.

—Guardad cuidadosamente estos dos objetos —le dijo—; vuestro destino depende de ellos.

Luego partió y nunca volvió a saberse de él. El duque de Cachemira, sumido en la desesperación, decidió ir a la feria de Kabul para ver si de todos los mercaderes que allí van de las cuatro partes del mundo, alguno de ellos tuviera su diamante y su arma. En todos sus viajes se hacía acompañar por su hija. Ella llevaba su diamante bien oculto en el cinturón; y en cuanto al venablo, que no podía ocultar tan fácilmente, lo había dejado cuidadosamente encerrado en Cachemira en su gran cofre de la China.

Rustán y ella se vieron en Kabul; se amaron con toda la sinceridad de su edad y todo el fuego de sus países. La princesa, en prenda de su amor, le dio su diamante, y Rustán, antes de separarse, le prometió que iría a verla secretamente a Cachemira.

El joven mirza tenía dos favoritos que le servían de secretarios, de escuderos, de mayordomos y de ayudas de cámara. Uno se llamaba Topacio: era apuesto, bien formado, blanco como una circasiana, dócil y servicial como un armenio, juicioso como un guebro. El otro se llamaba Ebano: era un negro bastante bien parecido, más rápido, más ingenioso que Topacio, y a quien ninguna empresa parecía difícil. El les comunicó el proyecto de su viaje. Topacio trató de disuadirle con el celo circunspecto de un servidor que no quiere contrariar a su amo; le hizo ver todo lo que arriesgaba. ¿Cómo dejar a dos familias en la desesperación? ¿Cómo hundir un puñal en el corazón de sus padres? Rustán vaciló; pero Ebano le confirmó en su idea y disipó todos sus escrúpulos.

El joven carecía de dinero para emprender un viaje tan largo. El prudente Topacio le aconsejaba que no lo tomara a préstamo; Ebano se encargó de ello. Sustrajo hábilmente el diamante a su amo, mandó hacer una imitación en todo semejante a la joya verdadera, que devolvió a su lugar, y empeñó el diamante a un armenio por varios millares de rupias.

Cuando el marqués tuvo sus rupias, todo estuvo a punto para la marcha. Su equipaje fue cargado a lomos de un elefante; ellos iban a caballo. Topacio dijo a su amo:

—Yo me tomé la libertad de poner objeciones a vuestra empresa; pero después de hacer objeciones, hay que obedecer; soy vuestro, os amo, os seguiré hasta el fin del mundo: pero consultemos por el camino al oráculo que está a dos parasangas de aquí.

Rustán consintió. El oráculo respondió: «Si vas hacia Oriente, estarás en Occidente.» Rustán no comprendió nada de esta respuesta. Topacio afirmó que no presagiaba nada bueno. Ebano, siempre complaciente, le convenció de que era muy favorable.

Aún había otro oráculo en Kabul; y allí fueron. El oráculo de Kabul respondió con estas palabras: «Si posees, no poseerás: si vences, no vencerás; si eres Rustán, no lo serás.» Este oráculo pareció todavía más ininteligible que el otro.

—Tened mucho cuidado —decía Topacio.

—No temáis nada —decía Ebano.

Y este último, como ya puede imaginarse, tenía siempre razón ante su amo, cuya pasión y cuya esperanza alentaba.

Al salir de Kabul atravesaron un gran bosque, se sentaron en la hierba para comer y dejaron pacer a los caballos. Cuando se disponían a descargar al elefante que llevaba la comida y el servicio, se dieron cuenta de que Topacio y Ebano habían desaparecido de la pequeña caravana. Les llamaron; en el bosque resonaron los nombres de Ebano y de Topacio. Los criados les buscaron por todas partes y llenaron el bosque con sus gritos; volvieron sin haber visto nada, sin que nadie hubiese respondido.

—Lo único que hemos encontrado —dijeron a Rustán— es un buitre que luchaba con un águila y que le arrancaba todas sus plumas.

La descripción de este combate picó la Curiosidad de Rustán; se dirigió a pie hacia el lugar y allí no vio ni buitre ni águila; pero vio a su elefante, aún completamente cargado con su equipaje, que era atacado por un enorme rinoceronte. El uno embestía con el cuerno, el otro golpeaba con la trompa. El rinoceronte, al ver a Rustán, abandonó la lucha; los criados se hicieron cargo del elefante, pero les fue imposible encontrar los caballos.

—¡Qué cosas tan extrañas ocurren en los bosques cuando uno viaja! —exclamaba Rustán.

Los criados estaban consternados, y el amo desesperado por haber perdido al mismo tiempo sus caballos, a su querido negro y al juicioso Topacio, por quien seguía sintiendo un gran afecto, a pesar de que nunca fuera de su parecer.

La esperanza de estar muy pronto a los pies de la bella princesa de Cachemira le consolaba, cuando tropezó con un gran asno rayado al que un rústico, vigoroso y terrible daba cien bastonazos. Nada más hermoso, ni más raro, ni más ligero en la carrera que los asnos de esta especie. Aquél respondía a la lluvia de estacazos del villano con unas coces capaces de desarraigar un roble. El joven mirza tomó, como era justo, el partido del asno, que era un animal encantador. El rústico huyó diciendo al asno:

—Me las pagarás.

El asno dio las gracias a su libertador en su lenguaje, se acercó, se dejó acariciar y acarició. Rustán, después de haber comido, montó en él y tomó el camino de Cachemira con sus criados, que le seguían, unos a pie y otros montados en el elefante.

Apenas se vio sobre el asno, cuando este animal se dirige hacia Kabul en vez de seguir el camino de Cachemira. Aunque su amo tira de la brida, le da sacudidas, aprieta las rodillas, le clava las espuelas, arroja la brida, tira hacia sí, le azota a derecha y a izquierda, el terco animal sigue corriendo en dirección a Kabul.

Rustán sudaba, se agitaba, se desesperaba, cuando encontró a un mercader de camellos que le dijo:

—Señor, vais montado en un asno muy ladino que os lleva adonde no queréis ir; si queréis cedérmelo, yo os daré a cambio cuatro de mis camellos que vos mismo elegiréis.

Rustán dio gracias a la Providencia por haberle proporcionado un trato tan ventajoso.

—Topacio se equivocaba por completo —dijo— cuando me anunciaba que mi viaje sería desgraciado.

Montó en el más hermoso de los camellos y los otros tres le siguieron; y volvió a reunirse con su caravana, viéndose ya en el camino de su dicha.

Apenas habían andado cuatro parasangas cuando les cortó el paso un torrente profundo, ancho e impetuoso que arrastraba grandes rocas blanqueadas de espuma. Las dos orillas eran horribles precipicios que deslumbraban los ojos y helaban el corazón; ningún medio de cruzar, ninguna manera de ir a la derecha o a la izquierda.

—Empiezo a temer —dijo Rustán— que Topacio estaba en lo cierto al desaconsejarme que hiciera este viaje, y que cometí un grave error al emprenderlo; si al menos le tuviese a mi lado, podría darme algún buen consejo. Si tuviera a Ebano, él me consolaría y encontraría alguna solución; pero todo me faltaba.

La consternación que se había apoderado de sus criados aumentaba su turbación; había oscurecido por completo y pasaron la noche lamentándose. Por fin, la fatiga y el abatimiento cerraron los ojos al viajero enamorado. Se despertó al amanecer y vio un hermoso puente de mármol que cruzaba el torrente uniendo ambas orillas.

Solamente se oían exclamaciones, gritos de sorpresa y de júbilo. «¿Es posible? ¿Estamos soñando? ¡Qué prodigio! ¡Qué encantamiento! ¿Nos atreveremos a pasar?» Toda la expedición caía de rodillas, se levantaba, iba hacia el puente, besaba la tierra, contemplaba el cielo, extendía las manos, apoyaba un pie tembloroso en el puente, iba y venía, estaba en éxtasis; y Rustán decía:

—Por ahora el Cielo me favorece; Topacio no sabía lo que se decía; los oráculos me eran favorables; Ebano tenía razón; pero ¿por qué no está a mi lado?

Apenas todos los hombres hubieron cruzado a la otra orilla, cuando el puente se desplomó en el agua con un horrísono estruendo.

—¡Tanto mejor, tanto mejor! —exclamó Rustán—. ¡Dios sea loado! ¡El Cielo sea bendito! No quiere que vuelva a mi tierra, en la que no hubiese sido más que un simple gentilhomme; quiere que me case con mi amada. Seré príncipe de Cachemira; y así, al poseer a mi amada, no poseeré mi pequeño marquesado de Candahar. Seré Rustán y no lo seré, puesto que me convertiré en un gran príncipe; ya está explicado claramente y en mi favor una gran parte del oráculo, el resto se explicará semejantemente; soy supremamente feliz. Pero ¿por qué Ebano no está junto a mí? Le echo de menos mil veces más que a Topacio.

Recorrió unas cuantas parasangas más con la mayor alegría; pero, a la caída de la tarde, una cadena de montañas más empinadas que una contraescarpa y más altas de lo que hubiera sido la torre de Babel en caso de terminarse, cerró por completo el paso a la caravana, dominada por el temor.

Todo el mundo exclamó:

—¡Dios quiere que perezamos aquí! Si ha hecho que se desmoronase el puente ha sido tan sólo para arrebatarnos toda esperanza de regreso; si ha elevado la montaña ha sido tan sólo para privarnos de todo medio de seguir adelante. ¡Oh, desventurado marqués! Nunca llegaremos a ver Cachemira, nunca volveremos a la tierra de Candahar.

El más intenso dolor, el mayor de los abatimientos sucedían en el alma de Rustán al inmoderado júbilo que había sentido, a las esperanzas con las que se había embriagado. Estaba muy lejos de interpretar las profecías en favor suyo.

—¡Oh, Cielo! ¡Oh, Dios paternal! ¿Por qué habré perdido a mi amigo Topacio?

Mientras pronunciaba estas palabras emitiendo profundos suspiros y vertiendo lágrimas en medio de sus desesperados servidores, vio abrirse la base de la montaña y presentarse ante sus maravillados ojos una larga galería abovedada, iluminada por cien mil antorchas; ante lo cual Rustán prorrumpió en exclamaciones y sus criados cayeron de rodillas o se desplomaron de espaldas por la sorpresa, gritando «¡milagro!» y diciendo:

—Rustán es el favorito de Visnú, el bienamado de Brahma; será el dueño del mundo.

El propio Rustán así lo creía, estaba fuera de sí, como enajenado.

—¡Ah, Ebano, mi querido Ebano! ¿Dónde estás? ¡Cuánto me duele que no seas testigo de todas estas maravillas! ¿Por qué te habré perdido? Bella princesa de Cachemira, ¿cuándo volveré a ver tus encantos?

Se adelanta con sus criados, su elefante, sus camellos, bajo la bóveda de la montaña, al término de la cual sale a una pradera esmaltada de flores y limitada por unos arroyuelos; y al final de la pradera empiezan unas avenidas de árboles hasta perderse de vista; y al extremo de estas avenidas,

un río, a lo largo del cual hay mil quintas de recreo, con jardines deliciosos. Oye por doquier conciertos de voces y de instrumentos; ve bailes; se apresura a cruzar uno de los puentes del río; pregunta al primer hombre al que encuentra cuál es aquel hermoso país.

El hombre a quien se había dirigido le respondió:

—Os encontráis en la provincia de Cachemira; aquí veis a sus habitantes entregados al júbilo y a los placeres; celebramos las bodas de nuestra hermosa princesa, que va a casarse con el señor Barbarú, a quien su padre la ha prometido; ¡que Dios perpetúe su felicidad!

Al oír estas palabras Rustán cayó desvanecido, y el señor cachemiro creyó que era víctima de la epilepsia; le hizo llevar a su casa, en la que estuvo largo rato sin conocimiento. Fueron a llamar a los dos médicos más hábiles de la comarca; éstos tomaron el pulso al enfermo, quien, después de haber recuperado el conocimiento, sollozaba, ponía los ojos en blanco y exclamaba a cada momento:

—¡Topacio, Topacio, qué razón tenias!

Uno de los dos médicos dijo al señor cachemiro:

—Veo por su acento que es un joven de Candahar, a quien el aire de este país no sienta bien; hay que devolverle a su tierra; veo en sus ojos que se ha vuelto loco; confiádmelo, yo le devolveré a su patria y le curaré.

El otro médico aseguró que sólo estaba enfermo de pesar, que había que llevarle a la boda de la princesa y hacerle bailar. Mientras ellos discutían, el enfermo recobró sus fuerzas; los dos médicos fueron despedidos y Rustán se quedó a solas con su huésped.

—Señor —le dijo—, os pido perdón por haberme desvanecido delante de vos, ya sé que esto es muy poco cortés; os suplico que os dignéis aceptar mi elefante como muestra de mi gratitud por las bondades con que me habéis honrado.

Luego le contó todas sus aventuras, guardándose mucho de hablarle del objeto de su viaje.

—Pero en nombre de Visnú y de Brahma —le dijo—, decidme quién es este feliz Barbarú que se casa con la princesa de Cachemira; por qué su padre le ha elegido como yerno y por qué la princesa le ha aceptado como esposo.

—Señor —le dijo el cachemiro—, la princesa está muy lejos de haber aceptado a Barbarú; por el contrario, está deshecha en llanto, mientras toda la provincia celebra con júbilo sus bodas; se ha encerrado en la torre de su palacio; no quiere ver ninguna de las fiestas que se celebran en su honor.

Rustán, al oír estas palabras, se sintió renacer; el brillo de sus colores, que el dolor había apagado, reapareció en su rostro.

—Decidme, os lo ruego —siguió—, ¿por qué el príncipe de Cachemira se obstina en dar su hija a un Barbarú que ella rechaza?

—He aquí lo ocurrido —respondió el cachemiro—. ¿Sabéis que nuestro augusto príncipe había perdido un gran diamante y un venablo por los que sentía gran aprecio?

—¡Ah! Claro que lo sé —dijo Rustán.

—Sabed, pues —dijo su huésped—, que nuestro príncipe, desesperado al no tener noticias de sus dos joyas, después de haberlas hecho buscar mucho tiempo por toda la tierra, prometió su hija a quien le devolviera el uno o el otro. Y se presentó un tal señor Barbarú con el diamante, y mañana se casa con la princesa.

Rustán palideció, farfulló un cumplido, se despidió de su huésped y, después de montar en su dromedario, se apresuró a dirigirse a la capital donde debía celebrarse la ceremonia. Llegó al palacio del príncipe; dijo que tenía algo importante que comunicarle; pidió una audiencia; le respondieron que el príncipe estaba ocupado con los preparativos de la boda.

—Precisamente es de eso de lo que quiero hablarle —dijo.

Tanto insistió, que por fin le dejaron pasar.

—Excelencia —dijo—, ¡que Dios corone todos vuestros días de gloria y de magnificencia! Vuestro yerno es un bribón.

—¿Un bribón? ¿Qué osáis decirme? ¿Es así como se habla a un duque de Cachemira del yerno que él ha elegido?

—Sí., un bribón —repitió Rustán—, y para demostrarlo a Vuestra Alteza, aquí tenéis vuestro diamante, que yo os traigo.

El duque, muy sorprendido, comparó los dos diamantes; y como él no entendía mucho en la materia, fue incapaz de decir cuál era el verdadero.

—Ahora tengo dos diamantes —dijo—, pero sólo tengo una hija; ¡qué situación más singular y embarazosa!

Mandó llamar a Barbarú y le preguntó si no le había engañado. Barbarú juró que había comprado su diamante a un armenio; el otro no decía de dónde había sacado el suyo, pero propuso una solución: rogó a Su Alteza que le permitiera combatir inmediatamente con su rival.

—No basta con que vuestro yerno dé un diamante —decía—; tiene también que dar pruebas de valor; ¿no os parece justo que el que dé muerte al otro se case con la princesa?

—Me parece muy bien —respondió el príncipe—, será un espléndido espectáculo para la corte; batíos los dos inmediatamente; el vencedor tomará las armas del vencido, según la costumbre de Cachemira, y se casará con mi hija.

Los dos pretendientes bajaron acto seguido al patio. En la escalera había una urraca y un cuervo. El cuervo gritaba: «Batíos, batíos; y la urraca: «No os batáis.» Esto hizo reír al príncipe; los dos rivales apenas le prestaron atención: empezaron el combate; todos los cortesanos formaban un círculo en torno a ellos. La princesa, que seguía voluntariamente encerrada en su torre, se negó a asistir a este espectáculo; estaba muy lejos de sospechar que su amado se encontraba en Cachemira, y sentía tanto horror por Barbarú, que no quería ver nada. El combate se desarrolló del mejor modo posible; Barbarú cayó muerto en seguida, y al pueblo le pareció de perlas, porque era feo y Rustán era muy buen mozo: casi siempre es esto lo que decide el favor público.

El vencedor revistió la cota de malla, la banda y el casco del vencido, y se dirigió, seguido de toda la corte y al son de las charangas, hasta el pie de las ventanas de su amada. Todo el mundo gritaba:

—Bella princesa, asomaos para ver a vuestro guapo marido que ha matado a su feo rival.

Sus doncellas le repitieron estas palabras. Por desgracia la princesa se asomó a la ventana, y, al ver la armadura de un hombre al que aborrecía, corrió desesperada a su cofre de China, y sacó de él el venablo fatal y lo lanzó, atravesando a su querido Rustán, que no llevaba la coraza; él profirió un penetrante grito, y por este grito la princesa creyó reconocer la voz de su desventurado amante.

Bajó desmelenada y con la angustia en los ojos y en el corazón. Rustán se había desplomado ensangrentado en los brazos de su padre. Ella le vio: ¡oh, qué momento, oh, qué visión, oh, qué reconocimiento, del que sería imposible expresar ni el dolor, ni el amor, ni el horror! Se arrojó sobre él, besándole:

—Ahora recibes —le dijo— los primeros y los últimos besos de tu amada y de tu asesina.

Retiró el venablo de la herida, se lo hundió en el corazón y murió sobre el amante al que adoraba. El padre, horrorizado, enloquecido, dispuesto a morir como ella, trató en vano de devolverla a la vida; la joven ya no existía; el príncipe maldijo entonces aquel venablo fatal, lo rompió en pedazos, arrojó a lo lejos sus dos diamantes funestos; y mientras preparaban los funerales de su hija, en lugar de su boda, hizo llevar a su palacio al ensangrentado Rustán, que aún conservaba un hálito de vida.

Le depositaron sobre una cama. Lo primero que vio a ambos lados de este lecho mortuorio fue a Topacio y a Ebano. Su sorpresa le devolvió un poco de fuerzas.

—¡Ah, crueles! —dijo—. ¿Por qué me habéis abandonado? Tal vez la princesa aún viviría si hubieseis permanecido junto al desventurado Rustán.

—Yo no os he abandonado ni un momento —dijo Topacio.

— Yo siempre he estado junto a vos —dijo Ebano.

—¡Ah! ¿Qué me decís? ¿Por qué insultar mis últimos momentos? —respondió Rustán con voz desfalleciente.

—Bien podéis creerme —dijo Topacio—; ya sabéis que nunca he aprobado este fatal viaje cuyas horribles consecuencias preveía. Yo era el águila que combatió con el buitre y que fue desplumada por él; yo era el elefante que se llevaba el equipaje para obligaros a volver a vuestra patria; yo era el asno rayado que os devolvía a pesar vuestro a la casa de vuestro padre; fui yo quien perdí vuestros caballos; yo quien formó el torrente que os cortó el paso; yo quien elevó la montaña que os impedía continuar un camino tan funesto; yo era el médico que os aconsejaba volver a respirar el aire natal; yo era la urraca que os gritaba que no combatiérais.

—Y yo —dijo Ebano— era el buitre que desplumó al águila; el rinoceronte que dio cien cornadas al elefante; el rústico que apaleaba al asno rayado; el mercader que os proporcionaba camellos para correr a vuestra perdición; yo construí el puente por el que pasasteis; yo cavé la caverna que atravesasteis; yo era el médico que os alentaba a andar; el cuervo que os gritaba que combatiérais.

—¡Ay de mí! Acuérdate de los oráculos —dijo Topacio—: «Si vas hacia Oriente, estarás en Occidente.»

—Si —dijo Ebano—, aquí sepultan a los muertos con la cara vuelta hacia Occidente: el oráculo era claro, ¿cómo no lo comprendiste? «Has poseído y no poseerás»; porque tenías el diamante, pero era falso y tú no lo sabías. Vences y mueres; eres Rustán y dejas de serlo: todo se ha cumplido.»

Mientras hablaba así, cuatro alas blancas cubrieron el cuerpo de Topacio y cuatro alas negras el de Ebano.

—¿Qué es lo que veo? —exclamó Rustán. Topacio y Ebano respondieron a un tiempo:

—Ves a tus dos genios.

—Pero, vamos a ver, señores —les dijo el desventurado Rustán—, ¿por qué teníais que mezclaros en todo eso? ¿Y por qué dos genios para un pobre hombre?

—Es la ley —dijo Topacio—; cada hombre tiene sus dos genios, Platón fue el primero en decirlo y luego otros lo han repetido; ya ves que nada es más verdad. Yo que te estoy hablando soy tu genio bueno, y mi deber era velar por ti hasta el último momento de tu vida; he cumplido fielmente mi misión.

—Pero —dijo el moribundo— si tu misión era servirme, es que yo soy de una naturaleza muy superior a la tuya; ¿y cómo te atreves a decirme que eres mi genio bueno cuando has dejado que me engañase en todo lo que he emprendido, y me dejas morir, a mí y a mi amada, miserablemente?

—¡Ay! Tal era tu destino —dijo Topacio. —Si es el destino el que lo hace todo —dijo el moribundo—, ¿para qué sirve un genio? Y tú, Ebano, con tus cuatro alas negras, por lo visto te has erigido en mi genio malo.

—Vos lo habéis dicho —respondió Ebano. —Pero entonces, ¿eras también el genio malo de mi princesa?

—No, ella tenía el suyo, y yo le he secundado perfectamente.

—¡Ah, maldito Ebano! Si tan malvado eres, no debes pertenecer al mismo amo que Topacio. ¿Es que los dos habéis sido formados por dos principios diferentes, uno de los cuales es bueno y el otro malo por su naturaleza?

—De una cosa no se deduce la otra —dijo Ebano—, ésta es una gran dificultad.

—No es posible —siguió diciendo el agonizante— que un ser favorable haya hecho un genio tan funesto.

—Posible o no posible —contestó Ebano—, la cosa es tal como te digo.

—¡Ay! —dijo Topacio—. Mi pobre amigo, ¿no ves que este granuja aún tiene la malicia de hacerte discutir para encenderte la sangre y apresurar la hora de tu muerte?

—Pues mira, yo no estoy mucho más contento de ti que de 61 —dijo el triste Rustán—; al menos él reconoce que ha querido perjudicarme; y tú, que pretendías defenderme, no me has servido de nada.

—Lo cual siento muchísimo —dijo el buen genio.

—Y yo también —dijo el moribundo—; hay algo en el fondo de todo eso que no comprendo.

—Ni yo tampoco —dijo el pobre genio bueno.

—Dentro de un momento lo sabré —dijo Rustán.

—Esto es lo que vamos a ver —dijo Topacio.

Entonces todo desapareció. Rustán se encontró en la casa de su padre, de la que no había salido, y en su cama, en la que había dormido una hora.

Se despertó con sobresalto, bañado en sudor, asustado; se palpó el cuerpo, llamó, gritó, agitó la campanilla. Su ayuda de cámara, Topacio, acudió con su gorro de dormir, y bostezando.

—¿Estoy muerto, o vivo? —exclamó Rustán—. ¿Se salvará la bella princesa de Cachemira?

—¿Ha soñado el señor? —respondió fríamente Topacio.

—¡Ah! —exclamó Rustán—. ¿Qué se ha hecho de ese bárbaro de Ebano con sus cuatro alas negras? El es quien me hace morir de una muerte tan cruel.

—Señor, le he dejado arriba, está roncando; ¿queréis que le haga bajar?

—¡El malvado! Hace seis meses enteros que me persigue; él es quien me llevó a aquella feria fatal de Kabul; fue él quien me sustrajo el diamante que me había dado la princesa; él fue la única causa de mi viaje, de la muerte de la princesa y de la herida de venablo de la que muero en la flor de la edad.

—Tranquilizaos —dijo Topacio—; vos nunca habéis estado en Kabul; en Cachemira no hay ninguna princesa; su padre sólo ha tenido dos varones que actualmente están en el colegio. Vos nunca habéis tenido un diamante; la princesa no puede haber muerto, puesto que nunca nació; y vos os encontráis en perfecto estado de salud.

—Pero ¿cómo? ¿No es verdad que tú me asistías en la hora de mi muerte, en la cama del príncipe de Cachemira? ¿No has confesado que para protegerme de tantas desdichas habías sido águila, elefante, asno rayado, médico y urraca?

—El señor ha debido de soñar todo eso: cuando dormimos, nuestras ideas ya no dependen de nosotros como en la vigilia. Dios ha querido que esta sarta de ideas os haya pasado por la cabeza probablemente para daros alguna instrucción que os será provechosa.

—Te estás burlando de mí —le contestó Rustán—. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Señor, habéis dormido menos de una hora.

—Pues bien, maldito disputador, ¿cómo quieres que en una hora haya ido a la feria de Kabul hace seis meses, que haya regresado, que haya hecho el viaje a Cachemira, y que estemos muertos Barbarú, la princesa y yo?

—Señor, nada más fácil ni más ordinario, e igualmente hubierais podido dar la vuelta al mundo y correr muchas más aventuras en mucho menos tiempo. ¿No es cierto que podéis leer en una hora el compendio de la historia de los persas, escrita por Zoroastro? Y sin embargo, este compendio abarca ochocientos mil años. Todos estos acontecimientos desfilan ante vuestros ojos uno tras otro en una hora; ahora bien, tendréis que convenir conmigo en que a Brahma le es tan fácil meterlos todos en el espacio de una hora como extenderlos en el espacio de ochocientos mil años; esto es exactamente la misma cosa. Figuraos que el tiempo gira sobre una rueda cuyo diámetro es infinito. Bajo esta rueda inmensa hay una multitud innumerable de ruedas, unas dentro de otras; la del centro

es imperceptible y da un número infinito de vueltas exactamente en el mismo tiempo que invierte la rueda grande en dar una sola vuelta. Es evidente que todos los hechos, desde el comienzo del mundo hasta su fin, pueden ocurrir sucesivamente en mucho menos tiempo de una cienmilésima parte de segundo; e incluso puede decirse que la cosa es así.

—No comprendo nada —dijo Rustán.

—Si me lo permitís —dijo Topacio—, tengo un loro que os lo hará comprender fácilmente. Nació poco tiempo antes del diluvio y estuvo en el arca de Noé; ha visto muchas cosas; y no obstante solamente tiene un año y medio; él os contará su historia, que es muy interesante.

—Id en seguida a buscar vuestro loro —dijo Rustán—; él me distraerá hasta que pueda volver a conciliar el sueño.

—Lo tiene mi hermana la religiosa dijo Topacio—: voy a buscarlo, estoy seguro de que quedaréis contento; su memoria es fiel, cuenta las cosas con toda sencillez, sin aspirar a lucir su ingenio en todo momento, y sin hacer grandes frases.

—Miel sobre hojuelas —dijo Rustán—, así es como me gustan los cuentos.

Le llevaron el loro, el cual habló del modo siguiente:

N. B. La señorita Catherine Vadé hasta ahora no ha podido encontrar la historia del loro en el cartapacio de su difunto primo Antoine Vadé⁶⁵, autor de este cuento. Es una verdadera lástima, dado el tiempo en que había vivido el tal loro.

⁶⁵ *Personajes inexistentes.*

El mundo tal como va

Visión de Babuc, escrita por el mismo

Entre las deidades que presiden los imperios del mundo, Ituriel es considerada como una de las de rango más elevado y tiene a su cargo todo el territorio de la alta Asia. Una mañana descendió hasta la residencia del escita Babuc, situada en la orilla del Oxus, diciéndole:

—Babuc, las locuras y los excesos de los persas nos han hecho montar en cólera. Ayer nos reunimos en asamblea todos los genios de la alta Asia para dictaminar si se destruiría Persépolis o se castigaría a sus habitantes. Vete rápidamente a esa ciudad, examínalo todo; cuando vuelvas, me darás cuenta exacta de todo.

"Entonces decidiré, según sea tu informe, lo que he de hacer para enmendar la población, o bien destruiré la ciudad.

—Pero, señor —dijo Babuc, con humildad—, nunca he estado en Persia. Además, no conozco a nadie de allí.

—Tanto mejor— dijo el ángel—. Así no pecarás de parcialidad; has recibido del cielo la agudeza del discernimiento y yo añado el don de inspirar confianza; vete, mira y escucha, observa y no temas nada; en todas partes serás bien recibido.

Babuc montó en su camello y partió acompañado de servidumbre. Al cabo de algunos días se encontró en las llanuras de Senaar con el ejército persa, que iba a combatir contra el ejército indio. Entonces se dirigió a un soldado persa que halló separado de sus compañeros y le preguntó el motivo de la guerra.

—Por todos los dioses —dijo el soldado— que no sé nada de ello. No es asunto mío; mi oficio consiste en matar o dejarme matar para ganarme la vida; es indiferente que lo haga a favor de los unos o de los otros. Podría muy bien ser que mañana me pasase al campo de los indios, pues me han dicho que dan más de media dracma de jornal a sus soldados, mucho más de lo que recibimos permaneciendo en este cochino servicio de los persas. Si os interesa saber el porqué nos batimos, hablad con nuestro capitán.

Babuc, después de ofrecer un pequeño obsequio al soldado, entró en el campamento. Bien pronto pudo entablar diálogo con el capitán, al cual preguntó la causa de la guerra.

—¿Cómo queréis que yo lo sepa? —dijo el capitán—. Además, ¿qué me importa ese detalle? Habito a doscientas leguas de Persépolis; oigo decir que se ha declarado la guerra; entonces, abandono rápidamente a mi familia, y, según nuestra costumbre, voy a buscar la fortuna o la muerte, teniendo presente que no hago otro trabajo.

—Pero, ¿vuestros compañeros no estarán un poco más informados que vos? —inquirió Babuc.

—No —dijo el oficial—. El porqué nos degollamos sólo nuestros sátrapas lo sabrán con precisión.

Babuc, asombrado, se introdujo en las tiendas de los generales, para entablar conversación con ellos. Finalmente, uno de éstos le pudo relatar el motivo de la lucha.

—La causa de esta guerra, que devasta el Asia hace veinte años, originariamente proviene de una querrela entre un eunuco de una mujer del gran rey de Persia y un empleado de una oficina del gran rey de la India. Se trataba de un recargo que importaba aproximadamente la trigésima parte de un darico. El primer ministro de la India y el nuestro sostuvieron con dignidad los derechos de sus dueños respectivos. La querrela se enardeció. Cada parte contrincante puso en campaña un ejército compuesto por un millón de soldados. Este ejército tuvo que reclutar anualmente más de cuatrocientos mil hombres. Los asesinatos, incendios, ruinas y devastaciones se multiplicaron; sufrieron los dos lados y aún continúa el encarnizamiento. Nuestro primer ministro y el de la India

no paran de manifestar que todo se hace en beneficio del género humano, y después de cada manifestación, siempre resulta alguna ciudad destruida y varias provincias saqueadas.

Al día siguiente, después de correr el rumor de que se iba a concertar la paz, el general persa y el general indio se apresuraron a entablar batalla; fue una lucha sangrienta. Babuc pudo observar todas las peripecias y todas las abominaciones; fue testigo de las maniobras de los principales sátrapas, que hicieron lo imposible a fin de que su propio jefe fuese derrotado. Vio oficiales muertos por sus mismas tropas; contempló soldados que remataban, arrancándoles jirones de carne sangrienta, a sus propios compañeros moribundos, desgarrados y cubiertos de fango. Entró en hospitales adonde se transportaban los heridos, que expiraban por la negligencia inhumana de los mismos que el rey de Persia pagaba con creces para socorrer: "¿Es que son hombres o bestias feroces? —se decía Babuc—. ¡Ah! Ya veo bien que Persépolis será destruida".

Ocupado con este pensamiento, se personó en el campamento de los indios, donde fue tan bien recibido como lo había sido en el de los persas, según le predijera la deidad; pero también pudo comprobar los mismos excesos que le habían llenado de horror.

"¡Oh, oh! —se dijo a sí mismo—. Si el ángel Ituriel quiere exterminar a los persas, es necesario que la deidad de los indios destruya, al mismo tiempo, a sus creyentes."

Después de haberse informado con más detalle de lo que había ocurrido en los dos ejércitos rivales, pudo comprobar, con asombro y admiración, que se habían realizado acciones de generosidad, de grandeza de alma y de espíritu humanitario.

—Inexplicables seres humanos —exclamaba—. ¿Cómo podéis reunir tanta bajeza y tanta magnanimidad, tantas virtudes y tantos crímenes?

A pesar de todo, se concertó la paz. Los jefes de los dos ejércitos, ninguno de los cuales había obtenido la victoria, aunque sí hecho verter la sangre de tantos hombres sólo para su propio interés, se fueron a intrigar para obtener recompensas en sus respectivas cortes.

Con motivo de celebrarse la paz, se anunció en los escritos públicos que ya volvería a reinar la virtud y la felicidad sobre la tierra.

"¡Alabado sea Dios! —se dijo Babuc—. Persépolis será la morada de la inocencia purificada; ya no será destruida, como querían esos genios perversos; vamos, sin falta, a esa capital asiática."

Llegó a la inmensa ciudad y pasó por la entrada más antigua, que era grosera y tosca, rusticidad que ofendía la vista de todos los que ambulaban por allí. Toda aquella parte de la ciudad se resentía de los defectos de la época en que se había edificado, pues, a pesar de la testarudez de la gente en alabar lo antiguo a expensas de lo moderno, debemos convenir que en todas las obras los primeros ensayos resultan groseros.

Babuc se metió entre un gentío compuesto por lo más sucio y feo de los dos sexos. Aquella multitud se precipitaba con aire atontado hacia un vasto lugar cercado y sombrío. Por el murmullo que escuchaba, por el movimiento y por el dinero que vio que daban unas personas a otras para poder sentarse, creyó encontrarse dentro de un mercado donde vendían sillas de paja; pero al observar que muchas mujeres se arrodillaban, mirando con fijeza enfrente de ellas, y ver los rostros de hombres que tenía a su lado, pronto se dio cuenta de que estaba en un templo. Voces ásperas, roncadas, salvajes y discordantes hacían resonar la bóveda con sonidos mal articulados, que daban una impresión parecida a los rebuznos de los asnos silvestres cuando responden, en las llanuras de los pictavos, a la corneta que los llama. Se obturó los oídos, luego tuvo que cerrar los ojos y taparse la nariz con presteza, cuando vio entrar en el templo a unos obreros con palancas y palas. Estos obreros removieron una gran piedra y echaron, a su derecha y a su izquierda, una tierra que exhalaba un hedor espantoso; luego se colocó un cadáver en aquella abertura, a la que otra vez cubrieron con la piedra.

"¡Vamos! —exclamó para sí Babuc—. ¡Esta gente entierra a sus muertos en el mismo lugar que adora a la Divinidad! ¡Vaya! ¡Sus templos están cubiertos de cadáveres! Ya no me asombra que Persépolis se halle tan a menudo asolada por enfermedades pestilentes... La podredumbre de los

muertos y la de tantos vivos reunidos y apretados en el mismo sitio es capaz de emponzoñar a todo el globo terrestre. ¡Ah, la despreciable ciudad de Persépolis! Parece que los ángeles la quieren destruir para reconstruirla más bella y poblarla de habitantes más limpios y que canten con voz más afinada. Puede que la Providencia tenga sus razones para ello; dejemos que actúe a su manera."

El sol ya se hallaba a la mitad de su carrera. Babuc tenía que ir a comer en la casa de una dama, donde iba recomendado con una carta del marido, un oficial del ejército. Antes de presentarse, dio algunas vueltas por Persépolis; pudo contemplar otros templos mejor construidos y adornados con más gusto, llenos de personas elegantes y en los que resonaba una música armoniosa; observó algunas fuentes públicas, mal situadas, aunque atraían las miradas por su belleza; unas plazas donde parecía que los mejores reyes de Persia respiraban en sus figuras de bronce, y otras plazas donde el pueblo gritaba:

—¿Cuándo veremos aquí la estatua del soberano que tanto amamos?

Admiró los magníficos puentes que cruzaban el río, los muelles soberbios y cómodos, los palacios construidos a derecha e izquierda, un inmenso edificio donde millares de viejos soldados, heridos y vencedores, daban todos los días gracias al Dios de los ejércitos. Finalmente, entró en la casa de la dama, que estaba esperándole para comer en compañía de gente decente. La casa estaba limpia y arreglada con gusto; la comida era deliciosa; la dama, joven, bella, espiritual y atractiva; los comensales, dignos de ella. Y Babuc se decía continuamente: "El ángel Ituriel se está burlando de todo el mundo cuando dice querer destruir a una ciudad tan encantadora".

No obstante, llegó a percibir que la dama, la cual había empezado solicitándole con ternura noticias de su marido, al final de la comida hablaba muy tiernamente a un joven mago. Vio que un magistrado acosaba vivamente a una viuda en presencia de su esposa, y que la tal viuda, indulgente, tenía una mano puesta en el torno del cuello del magistrado, en tanto mantenía la otra alrededor del cuello de un ciudadano más joven, muy bien parecido y muy modesto. La mujer del magistrado fue la primera que se levantó para ir a una habitación contigua a conversar con su director espiritual, el cual, a pesar de ser esperado para la comida, había llegado demasiado tarde; el director, que era hombre elocuente, le habló a la dama con tanta vehemencia y unción, que ésta, cuando volvió al comedor, tenía los ojos húmedos, las mejillas encendidas, el paso inseguro y la palabra temblorosa.

Entonces, Babuc empezó a temer que el genio Ituriel tuviera razón. El talento que había recibido para poder atraer la confianza del prójimo le facilitó conocer los secretos de la esposa del oficial; ésta le confió su cariño hacia el joven mago, y le aseguró que en todas las casas de Persépolis hallaría la equivalencia de lo que había observado en la suya. Babuc llegó a la conclusión de que una sociedad así no podía subsistir; que los celos, la discordia y la venganza debían desolar a todas las familias; que todos los días debían verterse muchas lágrimas y mucha sangre; que, con certeza, los maridos matarían a los galanes de sus esposas o serían muertos por ellos; y que, finalmente, Ituriel hacía muy bien en querer destruir de golpe a una ciudad librada a tan continuo desorden.

Cuando se hallaba más absorto con aquellas ideas funestas, se presentó a la puerta un hombre severo, con capa negra, que pidió humildemente permiso para hablar al joven magistrado. Este, sin levantarse ni dignarse mirarle, le entregó fríamente y con aire distraído algunos papeles y lo despidió. Babuc preguntó quién era aquel hombre. La dueña de casa le dijo en voz baja:

—Es uno de los mejores abogados de la ciudad; hace cincuenta años que estudia leyes. El señor magistrado, que sólo tiene veinticinco años y que desde hace un par de días es sátrapa en leyes, le ha encargado hacer el extracto de un proceso que él aún no ha examinado y que debe juzgar.

—Este joven aturdido obra sabiamente —dijo Babuc— pidiendo consejo a un viejo. Pero..., ¿por qué no es este viejo quien hace de juez?

—Estáis de broma —le contestaron—. No pueden llegar nunca a tales dignidades los que han envejecido en empleos laboriosos y subalternos. Este joven ocupa un cargo importante porque su padre es rico, y aquí el derecho de hacer justicia se compra como si se tratase de una finca.

—¡Oh, qué costumbre! ¡Qué desgraciada ciudad! —exclamó Babuc—. He ahí el colmo del desorden; no cabe duda de que, habiendo comprado el derecho de juzgar, venderán sus sentencias. Con este sistema sólo pueden resultar iniquidades.

Mientras manifestaba de esta forma su sorpresa y su pesar, un joven guerrero, que había vuelto del ejército aquel mismo día, le dijo:

—¿Por qué no os parece bien que se compren los empleos de la toga? Yo he comprado el mío, que consiste en el derecho de enfrentarme con la muerte al frente de dos mil hombres, a los cuales dirijo; este año me ha costado cuarenta mil daricos de oro, para dormir treinta noches seguidas en el duro suelo, vestido de rojo, y, además, para recibir dos flechazos, que aún me duelen. Si me arruino sirviendo al emperador persa, al cual no he visto nunca, el señor sátrapa togado puede muy bien pagar algo para tener el placer de dar audiencia a los abogados.

Babuc se indignó. No pudo por menos que condenar desde el fondo del corazón a un país donde las dignidades de la paz y de la guerra se venden en pública subasta; con rapidez llegó a la conclusión de que eran absolutamente ignoradas la guerra y las leyes, y que, aunque Ituriel no exterminase aquellos pueblos, perecerían por su detestable administración.

Aún aumentó más su mala opinión cuando vio que llegaba un hombre gordo, el cual, después de saludar con gran familiaridad a todos los presentes, se acercó al joven oficial para decirle:

—Sólo puedo prestaros cincuenta mil daricos de oro, ya que este año las aduanas del imperio solamente me han proporcionado trescientos mil.

Babuc se informó de quién era aquel hombre que se quejaba de ganar tan poco, entonces se enteró de que en Persépolis había cuarenta reyes plebeyos que tenían en arriendo el imperio persa, y que daban algo de ello al monarca.

Después de la comida del mediodía se fue a uno de los más soberbios templos de la ciudad y se sentó entre una muchedumbre de personajes de ambos sexos que estaban allí para pasar el rato. Compareció un mago, que permaneció de pie en un sitio elevado y que habló durante mucho rato del vicio y de la virtud. Aquel mago dividió en muchas partes lo que no había necesidad de dividir; probó metódicamente todo lo que ya estaba bien claro; enseñó todo lo que ya se sabía. Se apasionó fríamente y se marchó sudando y jadeando. Todos los reunidos se desvelaron, creyendo haber asistido a un sumario. Babuc se dijo:

"He aquí a un hombre que ha hecho todo lo posible para aburrir a doscientos o trescientos de sus conciudadanos, pero la intención ha sido buena, y por tal motivo no debe destruirse a Persépolis."

Al salir de aquel templo, fue llevado a una fiesta pública que se celebraba todos los días del año; tenía lugar en una especie de basílica, en el fondo de la cual se divisaba un palacio. Las más hermosas ciudadanas de Persépolis y los sátrapas de más categoría, alineados con orden, formaban un espectáculo tan bello, que Babuc creyó que toda la fiesta consistía en eso. Dos o tres personas, que parecían reyes y reinas, aparecieron en el vestíbulo de dicho palacio, hablando de manera distinta al lenguaje del pueblo. Se expresaban en forma mesurada, armoniosa y sublime. Nadie se dormía, se les escuchaba con profundo silencio, que sólo se interrumpía para dar lugar a los testimonios de sensibilidad y de admiración públicas. El deber de los reyes, el amor a la virtud, los peligros de las pasiones, se expresaban de manera tan viva y sensible, que Babuc no pudo por menos que derramar lágrimas. Ni por un momento dudó de que aquellos héroes y heroínas, aquellos reyes y reinas a los que acababa de escuchar serían los predicadores del imperio; y se propuso incitar a Ituriel para que fuera a escucharles, seguro de que tal espectáculo le reconciliaría con la ciudad.

Cuando se acabó la fiesta, quiso ver a la reina principal, que en aquel hermoso palacio había demostrado una moral tan noble y tan pura; se hizo introducir en casa de Su Majestad; se le condujo por una estrecha escalera hasta el segundo piso, a una habitación mal amueblada, donde halló a una mujer mal vestida que le dijo con aire noble y patético:

—Esta profesión no me da para vivir; uno de los príncipes que habéis visto me ha hecho un bebé; dentro de poco daré a luz. Me falta dinero, y sin él no se puede tener un buen parto.

Babuc le entregó cien daricos de oro, diciéndole:

—Si sólo se tratase de estos casos en la ciudad, Ituriel haría mal en enfadarse tanto.

Después se fue a pasar la velada en casa de unos comerciantes que vendían magníficas inutilidades. Un hombre inteligente con quien había trabado conocimiento lo llevó allí; compró lo que le pareció, que fue vendido con mucha cortesía, y por lo que abonó mucho más de lo que valía. De vuelta en su casa, el amigo le demostró que lo habían engañado. Babuc puso el nombre del comerciante en sus tablillas, para que Ituriel supiera de quién se trataba en el día del castigo de la ciudad. Cuando lo estaba escribiendo, llamaron a la puerta; era el mercader en persona, que llegaba para devolver la bolsa que Babuc se había descuidado encima del mostrador.

—¿A qué será debido que seáis tan fiel y tan generoso, después de tener la osadía de venderme estas baratijas cuatro veces más caras de lo que valen? —exclamó Babuc.

—No hay ningún comerciante que sea algo conocido en esta ciudad que no hubiese venido a devolveros la bolsa —le respondió el vendedor— Pero os han mentido al decir que os había vendido lo que habéis comprado en mi casa cuatro veces más caro de lo que vale: os lo he vendido diez veces más caro, y esto lo podréis comprobar si dentro de un mes lo queréis revender. Por ello no os pagarán ni la décima parte de lo que habéis invertido. Pero eso es justo; es la fantasía de la gente quien pone precio a esas cosas tan frívolas; es esa fantasía quien da trabajo a los cien obreros que tengo empleados; es ella la que me ha permitido construir una hermosa casa, tener un carruaje cómodo y caballos; es ella la que hace funcionar la industria y mantiene el gusto, la circulación y la abundancia. A los países vecinos les vendo las mismas bagatelas mucho más caras que a vos, y de esa manera soy de utilidad para el imperio.

Después de reflexionarlo bien, Babuc se dispuso a borrar de sus tablillas el nombre del comerciante.

Babuc, que se había quedado muy dubitativo sobre lo que debía pensar de Persépolis, se decidió a ver magos y literatos, pues los unos estudian la religión y los otros la sabiduría. Se hizo la ilusión de que por la conducta de éstos podría obtener la gracia para el resto de la población. Al día siguiente por la mañana se dirigió a un colegio de magos. El archimandrita le confesó que disfrutaba de cien mil escudos de renta por haber hecho voto de pobreza, y que ejercía un imperio muy extendido en virtud de su voto de humildad; después se retiró y dejó a Babuc al cuidado de un pequeño fraile que le hizo los honores.

Mientras el fraile le mostraba las magnificencias de aquella casa de penitencia, se extendió el rumor de que había llegado para reformar todas aquellas instituciones. En el acto recibió las memorias de todas ellas. Cada una decía en concreto: "Conservadnos y destruid las otras". Según manifestaban, todas aquellas instituciones eran indispensables; de acuerdo con sus acusaciones recíprocas, todas merecían ser aniquiladas. Le admiró ver que todas, en su deseo de edificar el universo, querían dominarlo por completo. Entonces se le presentó un hombrecito que era medio mago y dijo:

—Veo perfectamente que se va a cumplir la obra, pues Zerdust ha vuelto a la tierra; las muchachitas profetizan haciéndose dar pellizcos por delante y latigazos por detrás. Así, pues, os pedimos vuestra protección contra el gran lama.

—¿Cómo! —dijo Babuc—. ¿Contra ese pontífice que reside en el Tibet?

—Contra el mismo.

—¿Es que le hacéis la guerra y habéis reclutado tropas para luchar contra él?

—No, pero ha dicho que el hombre es libre y nosotros no lo creemos; escribimos pequeños libros contra él, que personalmente no lee. Apenas ha oído hablar de nosotros; sólo nos ha hecho condenar, como un amo ordenaría que descopasen los árboles de sus jardines.

Babuc se maravilló de la locura de aquellos hombres que hacen profesión de sabiduría, de las intrigas de los que han renunciado al mundo, de la ambición y codicia orgullosa de los que enseñan la humanidad y el desinterés; concluyó creyendo que Ituriel tenía sus buenas razones para querer destruir a toda aquella estirpe.

Una vez en su casa, Babuc envió a buscar nuevos libros para distraer su mal humor, y convidó a algunos literatos a comer para regocijarse un poco. Comparecieron el doble de los que había invitado, como las avispas atraídas por la miel. Aquellos parásitos se apresuraron a comer y a hablar; alababan dos clases de personas: los difuntos y ellos mismos; y nadie mencionaba a los contemporáneos, excepto al dueño de la casa. Si alguno de ellos decía palabras lisonjeras, los otros bajaban los ojos y se mordían los labios por el dolor de no haberlas dicho antes. Sabían disimular menos que los magos, porque carecían de grandes ambiciones. Cada uno de ellos intrigaba para obtener un empleo de lacayo y la reputación de hombre famoso; se decían frases insultantes a la cara, creyendo demostrar un ingenio irónico. Estaban algo enterados de la misión de Babuc. Uno de ellos le rogó, en voz baja, que exterminase a su autor, que no le había alabado suficientemente hacía cinco años; otro le pidió la pérdida de un ciudadano que no había reído nunca al contemplar sus comedias; un tercero le exigió la extinción de la Academia, porque no había sido admitido en ella. Una vez acabada la comida, cada uno se marchó solo, pues de todos los reunidos no había dos personas que pudieran verse ni hablarse, salvo en casa de los ricos donde eran invitados a comer. Babuc creyó que no se perdería gran cosa cuando aquella gentuza pereciera en la destrucción general.

Una vez que se hubo librado de ellos, empezó a leer algunos de los libros nuevos. En ellos reconoció la manera de obrar de sus convidados. Vio con indignación las gacetas de murmuración, los archivos del mal gusto que la envidia, la bajeza y el hambre dan a la publicidad; las cobardes sátiras donde se ensalza al buitre y se desgarrá a la paloma; las novelas faltas de imaginación, donde se leen tantos retratos de mujeres que al autor no ha conocido nunca.

Echó al fuego todos aquellos detestables escritos y salió por la noche a dar un paseo. Fue presentado a un viejo literato que no había participado en la comida de sus invitados del mediodía. Dicho literato siempre se apartaba de la multitud, conocía a los hombres y usaba de ellos comportándose con discreción. Babuc le contó con pena lo que había leído y lo que había visto.

—Habéis visto cosas muy despreciables —le dijo el sabio literato—, pero tened presente que en todas las épocas, en todos los países y en todos los géneros domina lo malo, y lo bueno es rarísimo. Habéis recibido en vuestra casa a la chusma de la pedantería, porque en todas las profesiones, los más indignos suelen ser los que se presentan con más impudencia. Los verdaderos sabios viven retirados entre ellos, muy tranquilos; y entre nosotros aún se pueden hallar buenas personas y buenos libros, dignos de vuestra atención.

Mientras le hablaba de esta forma, se les reunió otro literato. Dio unas explicaciones tan agradables e instructivas, tan por encima de los prejuicios y tan conformes a la virtud, que Babuc se confesó no haber oído nunca algo semejante.

"He aquí a unos hombres a quienes Ituriel no se atrevería a tocar, y si lo hace será muy lamentable", se dijo en voz baja.

De acuerdo con aquellos dos literatos, se sentía furioso contra el resto del país.

—Como sois extranjero —le dijo el hombre juicioso que le había hablado antes—, todos los abusos se os presentan de golpe, y el bien, por hallarse oculto y por ser a veces el producto de esos mismos abusos, se os escapa.

Entonces se enteró de que había algunos literatos que no eran envidiosos, y que también existían magos virtuosos. Finalmente se formó el concepto de que aquellas grandes oposiciones, que chocando mutuamente parecían preparar su propia ruina, en el fondo resultaban saludables; que cada sociedad de magos frenaba a sus rivales; que si bien dichos émulos diferían en algunas opiniones, todos enseñaban la misma moral. Que instruían al pueblo, que vivían sujetos a una leyes parecidas a los preceptores que velan al hijo de la casa, mientras el dueño los vigila a ellos. Que éste

también practica algunas de dichas leyes y que donde menos se espera se encuentran almas nobles. Aprendió que entre los locos que pretendían hacer la guerra al gran lama había habido hombres geniales. Sospechó que las costumbres de Persépolis serían como sus edificios, que los unos le habían parecido dignos de lástima y los otros le habían arrebatado de admiración.

—Sé muy bien que los magos que yo había creído tan peligrosos —dijo Babuc al literato— resultan, en efecto, muy útiles, sobre todo cuando un gobierno juicioso les impide hacerse demasiado necesarios; pero al menos estaréis de acuerdo conmigo en que vuestros jóvenes magistrados, que compran un cargo de juez tan pronto saben montar a caballo, deben desenvolverse en los tribunales con impertinente ridiculez y con iniquidad perversa; que sin duda valdría más ceder estos puestos gratuitamente a los viejos jurisconsultos que han pasado toda la vida sopesando el pro y el contra de las cosas.

—Ya habéis visto nuestro ejército antes de llegar a Persépolis —le replicó el literato—. Sabéis, por tanto, que nuestros jóvenes oficiales se baten muy bien, aunque hayan comprado sus cargos. Quizá podáis ver que nuestros jóvenes magistrados no juzgan tan mal, aunque hayan pagado para hacerlo.

A la mañana siguiente, el literato llevó a Babuc al Gran Tribunal, donde se debía dictar una sentencia importante. La causa era conocida de todo el mundo... Todos los viejos abogados que tomaban parte en la discusión se mantenían fluctuantes en sus opiniones; citaban infinidad de leyes, ninguna de las cuales era aplicable al caso que dirimían; se miraba el asunto por cien lados diferentes, sin relación con el proceso. Los jóvenes abogados se decidieron con más rapidez que los abogados ancianos. Su sentencia fue casi unánime y juzgaron bien, porque siguieron los dictados de la razón. Los otros habían opinado mal, porque sólo habían consultado sus libros.

Babuc sacó la conclusión de que a menudo había algo bueno en los abusos. Vio que las riquezas de los financieros, que tanto le habían exasperado, podían hacer un gran bien, pues hallándose el emperador falto de dinero, en una hora podía disponer de éste gracias a ellos, en tanto que por las vías normales hubiera tardado seis meses para obtenerlo. Vio que aquellas nubes tan densas, hinchadas con el rocío de la tierra, convertían en lluvia todo lo que habían tomado. Por otra parte, los hijos de aquellos hombres nuevos, a menudo mejor educados que los de las familias más antiguas, valían mucho más, pues nada impide llegar a ser un buen juez, un bravo guerrero o un hábil hombre de Estado, cuando se tiene un padre que cuida de sus hijos.

Insensiblemente, Babuc dispensaba la avidez del financiero, que en el fondo no lo es más que los otros hombres y resulta necesario. Excusaba la locura de arruinarse para poder juzgar o batirse, locura que produce grandes magistrados y héroes. Perdonaba la envidia de los literatos, entre los cuales había hombres que ilustraban al mundo; se reconciliaba con los magos ambiciosos e intrigantes, en casa de los cuales dominaban más las grandes virtudes que los pequeños vicios; pero le quedaban muchas cosas por las que no podía transigir; sobre todo, las galanterías de las damas y los perjuicios que de éstas podían derivarse le llenaban de inquietud y de espanto.

Con objeto de hacerse cargo de las distintas condiciones humanas, se hizo conducir a casa de un ministro; pero por el camino temblaba al pensar que alguna mujer pudiera ser asesinada por su marido. Cuando hubo llegado a casa del hombre de Estado, tuvo que hacer antecámara durante dos horas sin ser anunciado, y dos horas más después de serlo. Durante aquel intervalo de tiempo, no cesaba de pensar que recomendaría el ministro y sus insolentes ujieres al ángel Ituriel. La antecámara estaba llena de damas de todas las alcornias, de magos de todos los colores, de jueces, de comerciantes, de oficiales y de pedantes; todos se quejaban del ministro.

El avaro y el usurero decían:

—No cabe duda de que este hombre roba de todas las provincias.

Los caprichosos le echaban en cara sus extravagancias. Los voluntarios decían:

—Solamente vive para sus placeres.

El intrigante se complacía esperando verle pronto hundido por alguna cábala; las mujeres aguardaban poder tratar con un ministro más joven.

Babuc, que escuchaba todos estos comentarios, no pudo por menos que decir:

—He aquí a un hombre de suerte. Tiene la antecámara llena de enemigos. Con su poder aplasta a los que le envidian y contempla a sus pies a todos los que lo detestan.

Por fin pudo entrar. Entonces vio a un hombre viejo, pequeño y encorvado por el peso de los años y de los asuntos del Ministerio, pero vivaracho e inteligente.

Al ministro le gustó Babuc, y a Babuc le pareció que aquél era hombre de estima. La conversación se hizo interesante. El ministro le confesó que era muy desgraciado; que pasaba por rico y era pobre; que se le creía poderoso y se veía siempre impugnado; que estaba rodeado de ingratos y que, en un continuado trabajo de cuarenta años, apenas había tenido un momento de consuelo. Babuc se sintió conmovido y pensó que si aquel hombre había cometido faltas, y si el ángel Ituriel lo quería castigar, no era preciso exterminarle, puesto que dejarlo en el cargo ya era suficiente.

Mientras estaba hablando con el ministro, entró bruscamente la bella dama en casa de la cual Babuc había comido; en sus ojos y sobre la frente se notaban los síntomas del dolor y de la cólera. Se deshizo en reproches contra el hombre de Estado, vertiendo abundantes lágrimas; se quejó con amargura de que se hubiese rehusado dar un empleo a su marido, que esperaba obtener por su alcurnia, y que se merecía por sus servicios y sus heridas. Se expresó con tanta energía, se quejó con tanta gracia, anulaba las objeciones con tanta habilidad, hizo valer sus razones con tanta elocuencia, que no salió de la habitación hasta haber logrado la fortuna de su marido.

—¿Es posible, señora, que os hayáis tomado tanto trabajo para complacer a un hombre al cual no amáis y del que podéis temerle todo? —le preguntó Babuc, dándole la mano.

—¡Un hombre que no amo! —exclamó ella—. Debéis saber que mi esposo es el mejor amigo que tengo en el mundo, que soy capaz de sacrificarlo todo por él, excepto a mi amante; que él lo hará todo por mí, salvo abandonar a su querida. Os la haré conocer; es una mujer encantadora, muy inteligente y con el mejor carácter del mundo. Hoy cenaremos juntas con mi esposo y mi pequeño mago. Venid para compartir nuestra alegría.

La dama se fue acompañada de Babuc. El marido, que había llegado hundido por el dolor, al ver a su esposa la recibió con grandes muestras de alegría y de reconocimiento. Abrazó uno tras otro a su mujer, a su querida, al pequeño mago y a Babuc. La unión, el placer, el ingenio y la ternura fueron las características de aquella cena.

—Fijaos bien —le dijo a Babuc la bella dama en casa de la cual cenaba— que las mujeres, a las que a veces se las llama deshonestas, casi siempre cuentan con un marido muy honesto, y para convencerlos, venid mañana a comer conmigo en casa de la bella Teona. Hay algunas viejas vestales que la denigran, pero ella practica más el bien que todas sus detractoras juntas. Es incapaz de cometer la más leve injusticia. A su amante sólo le da consejos generosos y únicamente se ocupa en aumentarle el prestigio. El hombre se sonroja delante de ella si ha dejado perder alguna ocasión de hacer el bien, pues nada estimula tanto a practicar acciones virtuosas como el tener una querida de la cual se desea merecer estimación.

Babuc no faltó a la invitación. Vio una mansión donde reinaban todos los placeres. Teona hacía de reina. Sabía tratar a todos a gusto de cada uno. Su ingenuo natural facilitaba que brillase el de los otros. Complacía casi sin pretenderlo. Era tan amable como bienhechora, y, además, era bella, lo que aumentaba el valor de todas sus cualidades.

Babuc, a pesar de ser un escita y enviado de una deidad, se dio cuenta de que si permanecía por más tiempo en Persépolis, olvidaría a Ituriel, pensando en Teona. Tomaba cariño a la ciudad, ya que la gente era cortés, dulce y bienhechora, aunque ligera de cascos, murmuradora y cargada de vanidad. Temía que Persépolis sería condenada, como también temía el informe que iba a presentar.

Ahora veremos cómo se las ingenió para dar cuenta de su misión. Hizo fundir, por el mejor fundidor de la ciudad, una estatuilla compuesta por todos los metales, tierras y piedras más preciosas y más viles, y la llevó a Ituriel, a quien dijo:

—¿Vais a destruir esta hermosa estatua porque no está hecha exclusivamente de oro y de diamantes?

Ituriel entendió el significado de la pregunta y decidió no pensar más en el mundo tal como va y dijo:

—Pues si todo no está bien por lo menos es pasadero.

Se dejó subsistir a Persépolis, y Babuc se guardó muy bien de quejarse, al contrario de Jonás, que se enfadó porque no se destruía Nínive. Pero cuando se ha permanecido tres días en el cuerpo de una ballena, no se está de tan buen humor como cuando se ha pasado el tiempo en la ópera, en la comedia y cenando con buena compañía.

1748

Una aventura india

Pitágoras, estando en la India, aprendió, como saben todos, en la escuela de los gimnosofistas la lengua de los animales y la de las plantas. Paseándose un día por un prado cerca de la orilla del mar, oyó estas palabras: ¡Qué desdicha la mía de haber nacido hierba, apenas llego a dos pulgadas de alto, cuando me huella bajo sus vastos pies un monstruo voraz, un animal horroroso, que tiene armada la boca de una fila de tajantes hoces con que me siega, me hace añicos, y me traga: los hombres llaman carnero a este monstruo, y no creo que haya en el universo criatura más abominable.

Dio Pitágoras algunos pasos más, y encontró una ostra abierta sobre una piedra: todavía no había abrazado la admirable ley que prohíbe comerse a los animales nuestros semejantes; iba a tragarse la ostra, cuando dijo ella estas lastimosas razones: ¡Oh, naturaleza, qué feliz es la hierba, que como yo es obra tuya! Cuando la cortan, renace, y es inmortal; y nosotras desventuradas ostras, en balde nos defiende una doble coraza, que unos malvados nos engullen a docenas para desayunarse, y se acabó para siempre. ¡Qué suerte tan horrenda la de una ostra! ¡Que inhumanos son los hombres!

Estremecido Pitágoras conoció la enormidad del delito que iba a cometer: pidió llorando perdón a la ostra, y la repuso bonitamente encima de la piedra.

Mientras iba meditando profundamente en este suceso, vió de vuelta al pueblo arañas que se comían las moscas, golondrinas que se comían las arañas, y gavilanes que se comían las golondrinas. ¡Todas estas gentes, decía, no son filósofos!

Al entrar en el pueblo le apretaron, le estrujaron y le tiraron al suelo una muchedumbre de pillos y desarrapados que iban corriendo y gritando: muy bien hecho; bien lo merecen. ¿Quién?, ¿qué?, dijo levantándose Pitágoras. Y la gente corría sin cesar diciendo: ¡ah, qué gusto será verlos asar! Pitágoras creyó que hablaban de membrillos o de alguna otra fruta; pero no era así, que era de dos pobres indios. Sin duda, dijo Pitágoras, que serán dos grandes filósofos aburridos de la vida y que anhelan renacer bajo otra forma. Siempre es cosa gustosa mudar de casa, puesto que ningún alojamiento hay bueno; pero sobre gustos no se ha de disputar.

Siguió con la muchedumbre hasta la plaza pública, y allí vió una gran hoguera encendida, y enfrente de la hoguera un banco que llamaban un tribunal, y en este banco unos jueces; y estos jueces tenían todos en la mano una cola de vaca, y en la cabeza un bonete que se parecía perfectamente a las dos orejas del animal que montaba Isleño cuando vino en otro tiempo al país con Baco, después de atravesar el mar Eritreo a pie enjuto, y parar el Sol y la Luna, como lo cuentan los verídicos órficos.

Entre estos jueces se encontraba un hombre de bien a quien conocía mucho Pitágoras; y el sabio de la India explicó al de Samos de qué se trataba en la fiesta que iban a dar al pueblo indio. Los dos indios, le dijo, no tienen ganas ninguna de que los quemen; que les han condenado a este suplicio mis graves colegas: al uno, porque ha dicho que la sustancia de Jaca es distinta de la de Brama; y al otro, porque ha sospechado que era posible agrandar al Ser supremo siendo virtuoso, sin agarrar a la hora de la muerte una vaca por la cola; porque, dice él, en todos los tiempos es posible practicar la virtud, y no siempre se encuentra una vaca a mano. Las buenas mujeres de este pueblo se han alborotado de tal modo al oír estas dos proposiciones heréticas, que no han dejado ni a sol ni a sombra a los jueces, hasta que han mandado el suplicio de estos dos infelices. Infirió Pitágoras que, desde la hierba hasta el hombre, había motivos de quebranto en este mundo, puesto que trajo a la razón a los jueces, y aún a las devotas, cosa que solamente esta vez ha sucedido.

Fuése luego a predicar la tolerancia a Crotona; más un intolerante pegó fuego a su casa, y se quemó en ella después de haber librado a dos indios de las llamas. *¡Escape el que pudiere!*

Historia de los viajes de escarmentado

(Escrita por él mismo)

Vine al mundo en la ciudad de Candía el año 1600. Era gobernador mi padre, y me acuerdo que un poeta menos que mediano, aunque no fuese medianamente desaliñado su estilo, llamado Iro, hizo unas malas coplas en elogio mío, en las cuales me calificaba de descendiente de Minos en línea recta; mas habiendo luego cesado en el gobierno a mi padre, compuso otras en que me trataba de nieto de Pasifae y su amante. Mal sujeto era de veras el tal Iro y el bribón más fastidioso de toda la isla.

Quince años tenía yo cuando me envió mi padre a estudiar a Roma, y allí llegué con la esperanza de aprender todas las verdades, porque hasta entonces me habían enseñado todo lo contrario de la verdad, según es uso en este mundo, desde la China hasta los Alpes. Monseñor Profundo, a quien iba recomendado, era sujeto raro, y uno de los más terribles sabios que en el mundo han existido. Quísome instruir en las categorías de Aristóteles y por poco me pone en la de sus favoritos. De buena me libré. Vi procesiones, exorcismos y no pocas rapiñas. Decían, aunque no era cierto, que la señora Olimpia, honorable dama, vendía ciertas cosas que no suelen venderse. A mi edad todo esto me parecía muy gracioso. Ocurrióle a una señora moza y de amable condición, llamada la señora Fatelo, prendarse de mí; frecuentábala el reverendísimo padre Poignardini y el reverendísimo padre Aconiti, religiosos de una congregación que ya no existe, y a quienes ella colocó a la misma altura al otorgarme sus favores. Pero como corría yo serio peligro de ser envenenado y excomulgado, abandoné Roma no obstante mi admiración por la arquitectura de la basílica de San Pedro.

Viajé por Francia, donde reinaba a la sazón Luis el Justo, y lo primero que me preguntaron fue si quería para mi almuerzo un trozo de mariscal de Ancre, cuya carne vendían asada y bastante barata a los que querían comprarla.

Era este país teatro de continuas guerras civiles, unas veces por una plaza en el Consejo y otras por dos páginas de controversias teológicas. Más de sesenta años hacía que tan hermosas tierras se veían assoladas por una especie de volcán, que en ocasiones se amortiguaba y otras ardía con violencia. ¡Ay! —dije para mí—. A este pueblo, de natural tan apacible, ¿quién le ha trastornado de esta manera? Todo lo toma a broma y, sin embargo, se lanza a la degollina de San Bartolomé.

Pasé a Inglaterra, donde las mismas disputas ocasionaban los mismos horrores. Unos cuantos católicos beneméritos habían determinado, en servicio de la Iglesia, volar con pólvora al rey, la familia real y al Parlamento, y librar a Inglaterra de tanto hereje.

Enséñanme el sitio donde la bondadosa reina María, hija de Enrique VIII, había hecho quemar a quinientos de sus vasallos, acción que, según un clérigo irlandés, era muy meritoria para con Dios, en primer lugar, porque los quemados eran todos ingleses, y en segundo, porque nunca tomaban agua bendita, ni creían en las llagas de San Patricio. El clérigo se asombraba de que aún no estuviese canonizada la reina María, pero estaba seguro de que no tardaría en subir a los altares.

Fuime a Holanda, donde esperaba encontrar sosiego, en medio de un pueblo tan flemático. Cuando llegué a La Haya estaban cortando la cabeza a un anciano venerable; la cabeza calva del primer ministro Barneveldt. Movido a compasión pregunté qué delito era el suyo y si había sido traidor al estado.

—Mucho peor que eso —me respondió un protestante envuelto en negra capa—. Figúrese que cree que el hombre puede salvarse lo mismo por sus buenas obras que por la fe. Si semejantes doctrinas se extendiesen, peligraría la existencia de la República. Por eso es necesaria mucha severidad para atajar escándalos tan graves.

Un político me dijo luego:

—¡Ah, señor! Estos procedimientos no durarán mucho. Nuestro país se ha mostrado ahora excepcionalmente justo; pero su carácter lo inclina hacia la tolerancia, doctrina abominable, y algún día la adoptará. Me estremece pensarlo.

Yo, en vista de que no nos hallábamos todavía en esa época fatal de la indulgencia y la moderación, dejé a toda prisa un país donde ninguna alegría compensaba su crueldad y me embarqué para España.

Estaba la Corte en Sevilla; habían llegado los galeones de Indias, y en la más hermosa estación del año, todo respiraba bienestar y alborozo. Al final de una calle de naranjos y limoneros vi un inmenso espacio acotado donde lucían hermosos tapices. Bajo un soberbio dosel se hallaban el rey y la reina, los infantes y las infantas. Enfrente de la familia real se veía un trono todavía más alto. Dije, volviéndome a uno de mis compañeros de viaje:

—Como no esté ese trono reservado a Dios, no sé para quién pueda ser.

Oídas que fueron por un grave español estas imprudentes palabras, me salieron caras. Yo creía que íbamos a ver un torneo o una corrida de toros, cuando vi subir al trono al inquisidor general, quien, desde él, bendijo al monarca y al pueblo.

Vi luego desfilar a un ejército de frailes en filas de dos en dos, blancos, negros, pardos, calzados, descalzos, con barba, imberbes, con capirote puntiagudo y sin capirote; iba luego el verdugo, y detrás, en medio de alguaciles y duques, cerca de cuarenta personas cubiertas con hopas donde había llamas y diablos pintados. Eran judíos que se habían empeñado en no renegar de Moisés y cristianos que se habían casado con sus concubinas, o que no fueron bastante devotos de Nuestra Señora de Atocha, o que no quisieron dar dinero a los frailes Jerónimos. Cantáronse pías oraciones, y luego fueron quemados vivos, a fuego lento, todos los reos; con lo cual quedó muy edificada la familia real.

Aquella noche, cuando me iba a meter en la cama, entraron dos familiares de la Inquisición, acompañados de una ronda bien armada; diéronme un cariñoso abrazo y me llevaron, sin decir palabra, a un calabozo muy fresco, donde había una esterilla para acostarse y un soberbio crucifijo. Allí estuve seis semanas, pasadas las cuales me rogó el señor inquisidor que me entrevistase con él. Estrechóme en sus brazos con paternal cariño y me dijo que sentía muy de veras que estuviese tan mal alojado; pero que todos los cuartos de aquella santa casa se hallaban ocupados y que esperaba otra vez darme mejor habitación. Preguntóme luego, con no menos cordialidad, si sabía por qué estaba allí. Respondí al santo varón que, sin duda, por mis pecados.

—Claro es, hijo mío; pero ¿por qué pecados? Háblame sin recelo.

Por más que procuraba recordar no caía en cuáles pudieran ser, hasta que la caridad del piadoso inquisidor me dio alguna luz. Acordéme al fin de mis imprudentes palabras, y no fui condenado más que a la aplicación de disciplinas y treinta mil reales de multa. Tuve que ir a dar las gracias al inquisidor general, sujeto muy simpático que me preguntó qué tal me había parecido su fiesta. Respondíle que fue deliciosa. Y en seguida marché a reunirme con mis compañeros de viaje, tan dispuestos como yo a salir de tan ameno país, pues no ignorábamos las grandes proezas ejecutadas por los españoles en obsequio de la religión, ni las Memorias del célebre obispo de Chiapa donde cuenta que degollaron, quemaron o ahorcaron a unos diez millones de idólatras americanos para convertirlos a nuestra santa fe. Probablemente exagera algo el obispo; pero aunque se rebaje la mitad de las víctimas, todavía queda acreditado un celo portentoso.

Como mi deseo de viajar no había disminuido, resolví proseguir mi peregrinación por Europa y visitar Turquía. Encamíneme a esta nación con el firme propósito de no manifestar mi parecer otra vez acerca de las fiestas que viese.

—Estos turcos —dije a mis compañeros— son paganos, no han recibido el sagrado bautismo y, por tanto, deben ser más crueles que los cristianos inquisidores; callémonos, pues, mientras vivamos entre moros.

Con este ánimo iba; pero quedé atónito al ver en Turquía muchos más templos cristianos que en mi isla natal, y hasta numerosas congregaciones de frailes, a quienes los turcos dejaban rezar en paz a la Virgen María y maldecir de Mahoma, unos en griego, otros en latín y otros en armenio.

—¡Qué admirable gente son los turcos! —pensaba. Los cristianos griegos y los latinos que había en Constantinopla eran irreconciliables enemigos, se perseguían unos a otros como perros que se muerden en la calle, y que a palos separan sus amos. Entonces, el Gran Visir protegía a los griegos. El patriarca griego me acusó de haber cenado con el patriarca latino, y fui condenado a recibir cien palos en las plantas de los pies, pena que rescaté al precio de quinientos zequíes. Al día siguiente ahorcaron al Gran Visir, y el otro, su sucesor (que no fue ahorcado hasta un mes más tarde), me condenó a la misma multa por haber cenado con el patriarca griego.

Resolví, por tanto, no ir a la iglesia griega ni a la latina. Para consolarme, alquilé a una hermosa circasiana, que era la mujer más devota en la mezquita y la más zalamera a solas con un hombre. Una noche, en medio de los placeres del amor, exclamó dándome un abrazo:

—¡Alá, ilah Alá!

Son palabras sacramentales entre los turcos. Yo pensé que serían expresiones de amor y le dije con mucho cariño:

—¡Alá, ilah Alá!

—¡Loado sea Dios misericordioso! —exclamó la mora—. Ya sois turco.

Respondíle que daba las gracias al Señor que me había dado fuerzas para serlo, y me sentí muy dichoso. Por la mañana se presentó para circuncidarme el imán, y como yo opusiese alguna resistencia me anunció el cadí del barrio, hombre leal, su propósito de mandarme empalar. Por fin salvé mi prepucio y mis nalgas por mil zequíes y eché a correr hasta Persia, resuelto a no oír en Turquía misa griega ni latina y a no decir nunca Alá, ilah Alá en una cita de amor.

Así que llegué a Ispahán me preguntaron si era del partido del Carnero Negro o del Carnero Blanco. Respondí que lo mismo me daba uno que otro con tal de que fuera tierno. Debo advertir que todavía se hallaba dividida Persia en dos facciones, la del Carnero Negro y la del Blanco. Creyeron que yo hacía burla de ambos partidos y me encontré en un terrible compromiso a la puerta misma de la ciudad, del cual salí pagando una buena cantidad de zequíes y pude evitar que me mezclasen en el conflicto de los carneros.

Seguí hasta la China, adonde llegué con un intérprete que me aseguró que la China era el país de la libertad y de la alegría; ahora bien, los tártaros, que la habían invadido lo llevaban todo a sangre y fuego, mientras que los reverendos padres jesuitas, por una parte, y los reverendos padres dominicos, por otra, se disputaban la misión de ganar almas para el cielo.

Nunca se han visto catequistas más celosos; se perseguían entre ellos con fervoroso ahínco, escribían a Roma tomos enteros de calumnias y se trataban unos a otros de infieles y prevaricadores. Por entonces mantenían un furioso debate acerca del modo de hacer reverencias. Los jesuitas querían que los chinos saludasen a sus padres y madres a la moda de China, y los dominicos se empeñaban en que lo hiciesen a la moda de Roma.

Sucedíome que los jesuitas creyeron que yo me inclinaba por los dominicos y le dijeron a su majestad tártara que era espía del Papa. El Consejo Supremo encargó a un primer mandarín que ordenase un alguacil que mandase cuatro corchetes para que me prendiesen y amarrasen con toda cortesía. Condujéronme, después de ciento cuarenta genuflexiones, ante su majestad, quien me preguntó si era yo espía del Papa y si era cierto que hubiese de venir este príncipe en persona a destronarle. Respondíle que el Papa era un clérigo de más de setenta años, que distaban sus estados más de cuatro mil leguas de los de la sacra majestad tártaro-china; que su ejército era de dos mil soldados que montaban la guardia con una sombrilla; que no destronaba a nadie, y que podía su majestad dormir tranquilo. Esta fue la menos fatal aventura de mi vida, pues no hicieron más que enviarme a Macao, donde me embarqué para Europa.

Fue preciso calafatear el navío en la costa de Golconda, lo que llevó algún tiempo que aproveché para ver la Corte del Gran Aureng-Zeb, de quien se contaban entonces mil portentos. Estaba este monarca en Delhi y allí pude verle el día de la pomposa ceremonia durante la cual recibe la celeste dádiva que le envía el jerife de la Meca. Se trata de la escoba con que se barrió durante el año la Santa Casa, la Kaaba, la Beth-Alah. Tal escoba es un símbolo del barrido que limpia todas las suciedades del alma.

Parece que Aureng-Zeb no lo necesitaba, pues era el varón más religioso de todo el Indostán. Bien es verdad que había degollado a uno de sus hermanos y dado veneno a su padre, y había hecho perecer en un patíbulo a veinte rajás y otros tantos omrás. Pero esto no tenía importancia. No se hablaba de otra cosa que de su gran devoción, a la cual no se podía comparar la de ningún otro, como no fuese la de Sacra Majestad del Serenísimo Emperador de Marruecos Muley Ismael, el cual cortaba unas cuantas cabezas todos los viernes después de elevar sus plegarias a Dios.

Claro que no hice el menor comentario a estas cosas; no era yo quien debía enjuiciar la conducta de estos soberanos. Pero un francés mozo, con quien estaba alojado, faltó al respeto a los emperadores de las Indias y de Marruecos, manifestando imprudentemente que en Europa había soberanos muy piadosos que gobernaban con acierto sus estados y frecuentaban también las iglesias, sin quitar por eso la vida a sus padres y hermanos, ni cortar la cabeza a sus vasallos.

Nuestro intérprete dio cuenta en lengua india de lo que había dicho aquel joven. Aleccionado yo por lo que en otras ocasiones me había sucedido, mandé ensillar mis camellos y me fui con el francés. Luego supe que aquella misma noche habían ido a prendernos los oficiales del Gran Aureng-Zeb, y no habiendo encontrado más que al intérprete, fue éste ajusticiado en la plaza Mayor. Todos los palaciegos encontraron muy justa la pena impuesta al intérprete.

Quedábame por visitar África, para disfrutar a fondo de todas las delicias de nuestro mundo, y con efecto las disfruté. Unos corsarios negros apresaron nuestro navío, cuyo capitán quejándose amargamente, les preguntó por qué violaban los tratados internacionales. Respondióle el capitán negro:

—Vuestra nariz es larga y la nuestra chata, vuestro cabello es liso, nuestra lana rizada, vuestro cutis es de color sonrosado y el nuestro de color de ébano, por consiguiente, en virtud de las sacrosantas leyes de la naturaleza, debemos ser siempre enemigos. En las ferias de Guinea nos compráis como si fuéramos acémilas, para forzarnos a que trabajemos en no sé qué faenas tan penosas como ridículas; a vergajazos nos hacéis horadar los montes para sacar una especie de polvo amarillo, que para nada es bueno, y que no vale ni con mucho, un cebollino de Egipto. Así, cuando os encontramos, y nosotros podemos más, os obligamos a que labréis nuestras tierras o, de lo contrario, os cortamos las narices y las orejas.

No había réplica, en verdad, a tan discreto razonamiento. Fui, pues, a labrar el campo de una negra vieja para no perder mis orejas y mi nariz, y al cabo de un año me rescataron.

En fin, después de haber visto cuanto bueno, hermoso y admirable hay en la Tierra, resolví no apartarme ya más de mis dioses penates. Me casé en mi país, fui cornudo y acabé por comprender que mi situación era la más grata a que se puede aspirar en la vida humana.

Memnón o la sabiduría humana

Memnón concibió un día la extravagante idea de ser completamente cuerdo, locura que pocos hombres han dejado de sufrir. Memnón discurría así:

—Para ser muy cuerdo, y, en consecuencia muy feliz, basta con no dejarse arrastrar de las pasiones, cosa fácil como nadie ignora. Lo primero, nunca he de amar a ninguna mujer. Cuando contemple a una mujer hermosa me diré a mí mismo: «Llegará un día en que esa cara se llene de arrugas, esos bellos ojos perderán su brillo, ese busto firme y turgente se volverá fofo y caído, esa abundancia de pelo se trocará en calvicie.» Me bastará figurarme entonces cómo será esa linda cabeza para que no me haga perder la mía. Lo segundo, siempre seré sobrio por más que me tiene la gula, los vinos exquisitos y el placer de las fiestas. Tendré muy en cuenta las consecuencias de los excesos de la mesa: el estómago estropeado, la cabeza pesada, la incapacidad para el trabajo. Comeré con sobriedad y con el goce de la salud, mis ideas serán claras y felices. Luego —continuaba Memnón—, no descuidaré mi hacienda. Soy hombre moderado. Tengo un capital que me produce buena renta y otro capital que maneja para acrecentarlo el tesorero general de Nínive. Con ellos puedo vivir sin depender de nadie, que es la mayor fortuna. No necesitaré nunca ir a besar manos de palaciegos, ni envidiaré a nadie, ni de nadie seré envidiado. Amigos tengo —dijo, en fin—, y los conservaré, porque jamás he de serles desleal y ellos serán buenos conmigo y yo con ellos; tampoco en esto hay dificultad.

Formado así su plan, se puso a pasear por su cuarto y luego se asomó a la ventana. Dos señoras que iban por la calle llamaron su atención; una era vieja y la otra moza, linda y por lo mucho que gemía y lloraba debía sufrir una gran pena. Su congoja la favorecía y daba una gracia especial.

Impresionado nuestro sabio, no por la belleza de la muchacha, pues estaba seguro de no rendirse a tal debilidad, sino por el desconuelo de que daba muestra, bajó y acercóse piadoso a la joven ninivita. Contóle ésta con la más ingenua y tierna expresión las maldades de que la hacía víctima un tío suyo (que no tenía), las mañas con que la había privado de una fortuna (que nunca había poseído) y el temor que le causaban su violencia y brutalidad.

—Vos parecéis hombre discreto —le dijo—. Si me hicieseis el favor de venir a mi casa yo os explicaré mi situación y estoy segura de que me sacaríais del apuro en que me veo.

No tuvo reparo Memnón en acompañarla para examinar despacio sus asuntos y darle buenos consejos.

Una vez en su casa condújole, la afligida damisela, a una alcoba perfumada, le dijo que se sentase en un blando sofá que allí había y sentóse ella frente a él. Hablaba la joven bajando los ojos y enjugándose las lágrimas de vez en cuando. Al levantarlos siempre se cruzaban sus miradas con las del sensato Memnón. Sus palabras se hacían más afectuosas cuando ambos se miraban. Memnón se interesaba más y más en lo que oía, aumentando su deseo de servir a tan hermosa y desdichada criatura. Con el calor de la conversación, se fueron acercando poco a poco, hasta que los consejos de Memnón hicieron tan cariñosos y próximos a la muchacha, que ni ésta ni aquél sabían ya dónde estaban, ni si realmente hablaban o no.

Fue en este momento preciso cuando, como ya el lector se habrá imaginado, se presentó el tío, armado de punta en blanco. El hombre empezó a vociferar y a decir que iba a matar a su sobrina y al sabio Memnón. Luego, ya calmado, manifestó que sólo les perdonaría si el galante caballero le entregaba una fuerte cantidad.

Memnón le dio cuanto dinero tenía. Y menos mal que su aventura no le trajo consecuencias peores, pues todavía no se había descubierto América y las bellas afligidas no resultaban tan peligrosas como en nuestros tiempos.

Confuso e indignado, Memnón volvió a su casa, donde le esperaba la invitación de unos amigos para comer con ellos.

—Si me quedo solo en casa —dijo— me entristeceré más y puedo caer malo; mejor es ir a comer en su compañía, que al fin son amigos íntimos; me distraeré y olvidaré el disparate que he cometido.

Fue a la comida, y sus amigos, viendo que estaba algo triste, le obligaron a que bebiese para disipar su melancolía. El vino, si se bebe con moderación es medicina para el ánimo y para el cuerpo; así pensaba el sabio Memnón, pero a pesar de ello se embriagó. Propusieronle jugar a los naipes; el juego, cuando no se exponen cantidades importantes, es una diversión inocente. Pero Memnón perdió cuanto llevaba en el bolsillo, y cuatro veces más sobre su palabra. Una de las jugadas produjo una disputa, e irritados los ánimos, el más íntimo de aquellos amigos suyos le tiró a la cabeza un cubilete, con tanta fuerza, que le saltó un ojo. Total, que llevaron a su casa al sabio Memnón borracho, sin dinero y con un ojo menos.

Después de dormir un rato, Memnón envía a su criado a casa del tesorero general de Nínive para que le diera dinero y poder pagar a sus amigos las deudas del juego. A poco vuelve su criado con la noticia de que el tesorero ha suspendido pagos y defraudado una gran cantidad.

Angustiado Memnón corre a Palacio con un parche en el ojo y un memorial en la mano, pidiendo justicia al rey contra el tesorero. En la antecámara vio a muchas damas, todas como peonzas al revés, con elegantes tontillos de cinco metros de circunferencia y diez de cola. Una dama que le conocía, dijo, mirándole a hurtadillas:

—¡Jesús, qué horror!

Y otra, que era muy amiga suya:

—Buenas tardes, señor Memnón —le dijo—, cuánto me alegro de veros señor Memnón. Créame que me encanta encontraros. Pero decidme, ¿quién os ha dejado tuerto, señor Memnón?

Dicho esto se fue sin aguardar respuesta.

Ocultóse Memnón lo mejor que pudo en espera de que pasase el rey y cuando éste apareció, Memnón, después de besar el suelo tres veces, le alargó un memorial, que tomó el soberano con mucha afabilidad y pasó a uno de sus ministros para que se informase. El ministro llamó aparte a Memnón, para decirle en tono de mofa no exento de cólera:

—Sois un tuerto bastante atrevido. ¿Por qué habéis entregado al rey un memorial en vez de enviármelo a mí? El tesorero es hombre honesto y yo le protejo porque es sobrino de una doncella de mi querida. No deis un paso más en este asunto si no queréis perder el ojo sano que os queda.

De esa suerte, Memnón, que por la mañana había tomado la resolución de no amar, de no acudir a festines, ni jugar, ni reñir con nadie, ni, sobre todo, poner los pies en Palacio, antes de anochecer había sido engañado por una mujer, se había emborrachado, había jugado, le habían saltado un ojo en una riña y había ido a Palacio donde se burlaron de él.

Confuso, abrumado por sus desgracias, regresó a su casa. Al ir a entrar vio que se hallaba llena de alguaciles y escribanos, que le estaban embargando los muebles a petición de sus acreedores. Casi sin sentido permaneció inmóvil bajo una palmera.

A poco acertó a pasar por allí la bella damisela de aquella mañana. Iba paseando con su amado tío y no pudo contener la risa al observar a Memnón con su parche. Ya de noche se acostó Memnón sobre un montón de paja, cerca de los muros de su casa. Acometióle un acceso de fiebre y con ella una pesadilla: se le apareció en su letargo un espíritu celeste, resplandeciente como el sol y provisto de seis hermosas alas, pero sin pies, cabeza ni cola, un ser que no tenía semejanza con ninguna criatura humana.

—¿Quién eres? —le dijo Memnón.

—Tu genio protector —le respondió la aparición.

—Pues devuélveme —repuso Memnón— mi ojo, mi salud, mi dinero y mi cordura.

Y en seguida le contó todo lo que había perdido aquel día y de qué manera.

—Aventuras son esas —replicó el espíritu— que nunca suceden en el mundo donde nosotros vivimos.

—Pues, ¿en qué mundo vivís?

—Mi patria dista quinientos millones de leguas del sol, y es aquella estrellita junto a Sirio que puedes observar desde aquí.

—¡Admirable país! —dijo Memnón—. Así pues, ¿no tenéis allá bribonas que engañen a los hombres de bien, ni amigos que les estafen su dinero y les destrocen un ojo, ni deudores que quiebren, ni ministros que se rían de vosotros mientras os niegan justicia?

—No —le dijo el habitante de la minúscula estrella—. Nada de eso; no nos engañan las mujeres, porque no las hay; no somos glotones, porque no comemos; no nos pueden sacar los ojos, porque en nada se parece nuestro cuerpo al vuestro; ni los ministros cometen injusticias, porque todos somos iguales y no hay ministros.

Dijóle entonces Memnón:

—Pero sin mujeres y sin comer, ¿en qué pasáis el tiempo?

—En cuidar —dijo el genio— de los demás mundos que están a nuestro cargo. Por eso he venido a consolarte.

—¡Ay! —replicó Memnón—. ¿Y por qué no vinisteis anoche para evitar que hiciera tanto disparate?

—Porque fui a consolar a Asan, tu hermano mayor, que es más desventurado que tú, pues has de saber que Su Graciosa Majestad el Rey de las Indias, en cuyo palacio tiene el honor de ocupar un cargo, le mandó arrancar los dos ojos por haber cometido leve falta. Ahora le tienen en un calabozo amarrado de pies y manos.

—¡Pardiez! —exclamó Memnón—. ¡Pues sí que nos sirve de mucho a la familia, que nos proteja un genio bueno! De dos hermanos que somos, el uno está ciego y el otro tuerto, el uno tirado entre paja y el otro en una cárcel.

—Tu suerte cambiará —dijo el genio protector—. Verdad es que ya en toda tu vida no dejarás de ser tuerto; pero aparte de eso, serás feliz a condición de que no cometas nunca la locura de pretender ser cuerdo del todo.

—¿Es que eso no es posible? —preguntó Memnón reprimiendo un sollozo.

—No. Como no es posible ser del todo inteligente, del todo sano, del todo poderoso o del todo feliz. Nosotros mismos estamos lejos de serlo. Sin embargo, existe un mundo donde eso se logra; pero a ese sólo se llega después de pasar grado a grado por los cien mil millones de mundos que ruedan por el espacio. En el segundo hay menos placer y menos sabiduría que en el primero; en el tercero menos que en el segundo, y así sucesivamente hasta el último, en el que ya todos sus habitantes están locos del todo.

—Mucho me temo —dijo Memnón—, que esa gran casa de orates del universo lo sea precisamente el mundo en que vivimos nosotros.

—No tanto, no tanto —dijo el espíritu—; pero cerca le anda.

—Entonces —replicó Memnón—, ¿ciertos poetas y ciertos filósofos que afirman que «todo es como debe ser» están equivocados?

—No. Tienen razón —dijo el filósofo del otro mundo—, si consideramos el universo en su conjunto

—¡Ah! —respondió el pobre Memnón—. Ahí tenéis una cosa en que no creeré mientras sea tuerto.

Historia de un buen brahma

En mis viajes encontré un brahma anciano, sujeto muy cuerdo, instruído y discreto, y con esto rico, cosa que le hacía más cuerdo; porque como no le faltaba nada, no necesitaba engañar a nadie. Gobernaban su familia tres mujeres muy hermosas, cuyo esposo era; y cuando no se recreaba con sus mujeres, se ocupaba en filosofar. Vivía junto a su casa, que era hermosa, bien alhajada y con amenos jardines, una india vieja, tonta y muy pobre.

Díjome un día: Quisiera no haber nacido. Preguntéle porqué, y me respondió:

– Cuarenta años ha que estoy estudiando, y los cuarenta los he perdido; enseñé a los demás y lo ignoro todo. Este estado me tiene tan aburrido y tan descontento, que no puedo aguantar la vida; he nacido, vivo en el tiempo, y no sé qué cosa es el tiempo; me hallo en un punto entre dos eternidades, como dicen nuestros sabios, y no tengo idea de la eternidad; consto de materia, pienso, y nunca he podido averiguar la causa eficiente del pensamiento; ignoro si es mi entendimiento una mera facultad, como la de andar y digerir, y si pienso con mi cabeza lo mismo que palpo con mis manos. No solamente ignoro el principio de mis pensamientos, también se me esconde igualmente el de mis movimientos; no sé porqué existo, y no obstante todos los días me hacen preguntas sobre todos estos puntos; y como tengo que responder con precisión y no sé que decir, hablo mucho, y después de haber hablado me quedo avergonzado y confuso de mí mismo. Peor es todavía cuando me preguntan si Dios es eterno. A Dios lo pongo por testigo de que no lo sé, y bien se echa de ver en mis respuestas. Reverendo Padre, me dicen, explicadme cómo el mal inunda la tierra entera. Tan adelantado estoy yo como los que me hacen esta pregunta: unas veces les digo que todo está perfectísimo; pero los que han perdido su patrimonio y sus miembros en la guerra no lo quieren creer ni yo tampoco, y me vuelvo a mi casa abrumado por mi curiosidad e ignorancia. Leo nuestros libros antiguos, y me ofuscan más las tinieblas. Hablo con mis compañeros: unos me aconsejan que disfrute de la vida y me ría de la gente; otros creen que saben algo y se descarrían en sus desatinos, y todo la angustia que padezco. Muchas veces estoy a pique de desesperarme, contemplando que al cabo de todas mis investigaciones, no sé ni de donde vengo, ni qué soy, ni adónde iré, ni qué ser.

Causóme lástima de veras el estado de este buen hombre, que era el más racional, y me convencí de que era más desdichado el que más entendimiento tenía y era más sensible.

Aquel mismo día visité a la vieja vecina suya, y le pregunté si se había apesadumbrado alguna vez por no saber qué era su alma, y ni siquiera entendió mi pregunta. Ni un instante en toda su vida había reflexionado en alguno de los puntos que tanto atormentaban al buen brahma; creía con toda su alma en Dios y se tenía por la más dichosa mujer, con tal que de cuando en cuando tuviese agua para bañarse.

Atónito de la felicidad de esta pobre mujer, me volví a ver a mi filósofo y le dije:

– ¿No tenéis vergüenza de vuestra desdicha, cuando a la puerta de vuestra casa hay una vieja autómatas que en nada piensa y vive contentísima?

– Razón tenéis –me respondió–, y cien veces he dicho para mí que sería muy feliz si fuera tan tonto como mi vecina; más no quiero gozar semejante felicidad.

Más golpe me dio esta respuesta del buen hombre que todo cuanto primero me había dicho; y examinándome a mí mismo, ví que efectivamente no quisiera yo ser feliz a cambio de ser un majadero.

Se propuso el caso a varios filósofos, y todos fueron de mi parecer. No obstante, decía yo para mí, rara contradicción es pensar así, porque al cabo lo que importa es ser feliz, y nada monta tener entendimiento o ser necio. También digo: los que viven satisfechos con su suerte, bien ciertos están de que viven satisfechos; y los que discurren, no lo están de que discurren bien. Entonces, es claro que debiera escoger uno no tener migaja de razón, si el algo contribuye la razón a nuestra

infelicidad. Todos fueron de mi mismo parecer, pero ninguno quiso entrar en el ajuste de volverse tonto por vivir contento.

De aquí saco que si hacemos mucho aprecio de la felicidad, más aprecio hacemos todavía de la razón. Y reflexionándolo bien, parece que preferir la razón a la felicidad, es garrafal desatino. ¿Pues, cómo hemos de explicar esta contradicción? Lo mismo que todas las demás, y sería el cuento de nunca acabar.

Los dos consolados

Decía un día el gran filósofo Citofilo a una dama desconsolada, y que tenía sobrado motivo para estarlo: señora, la reina de Inglaterra, hija del gran Enrique cuarto, no fue menos desgraciada que vos: la echaron de su reino; se vio a pique de perecer en el océano en un naufragio, y presenció la muerte del rey su esposo en un patíbulo. Mucho lo siento, dijo la dama; y volvió a llorar sus desventuras propias.

Acordaos, dijo Citofilo, de Maria Estuardo, que estaba honradamente prendada de un guapo músico que tenía excelente voz de sochantre. Su marido mato al músico; y luego su buena amiga y pariente, la reina Isabel, que se decía doncella, le mando cortar la cabeza en un cadalso colgado de luto, después de haberla tenido diez y ocho años presa. ¡Cruel suceso!, respondió la señora; y se entrego de nuevo a su aflicción.

Bien habréis oído mentar, siguió el consolador, a la hermosa Juana de Nápoles, que fue presa y ahorcada. Una idea confusa tengo de eso, dijo la afligida.

Os contare, añadió el otro, la aventura sucedida en mi tiempo de una soberana destronada después de cenar, y que ha muerto en una isla desierta. Toda esa historia la sé, respondió la dama.

Pues os diré lo sucedido a otra gran princesa, mi discípula de filosofía. Tenía su amante, como le tiene toda hermosa y gran princesa: entro un día su padre en su aposento, y cogió al amante con el rostro encendido y los ojos que como dos carbunclos resplandecían, y la princesa también con la cara muy encarnada. Disgusto tanto al padre el rostro del mancebo, que le sacudió la más enorme bofetada que hasta el día se ha pegado en toda su provincia. Cogió el amante las tenazas, y rompió la cabeza al padre de la dama, que estuvo mucho tiempo a la muerte, y aun tiene la señal de la herida: la princesa desatentada se tiro por la ventana, y se estropeo una pierna, de modo que aun el día de hoy se le conoce que cojea, aunque tiene hermoso cuerpo. Su amante fue condenado a muerte, por haber roto la cabeza a tan alto príncipe. Ya podéis pensar en que estado estaría la princesa, cuando sacaban a ahorcar a su amante; yo la iba a ver con frecuencia, cuando estaba ella en la cárcel, y siempre me hablaba de sus desdichas.

¿Pues porque no queréis que me duela yo de las mías? le dijo la dama. Porque no es acertado dolerse de sus desgracias, y porque habiendo habido tantas principales señoras tan desventuradas, no parece bien que os desesperéis. Contemplad a Hecuba, contemplad a Niobe. Ha, dijo la señora, si hubiera vivido yo en aquel tiempo, o en el de tantas hermosas princesas, y para su consuelo les hubierais contado mis desdichas, ¿os habrían acaso escuchado?

Al día siguiente perdió el filósofo a su hijo único, y faltó poco para que se muriese de sentimiento. Mando la señora hacer una lista de todos los monarcas que habían perdido a sus hijos, y se la llevo al filósofo, el cual la leyó, la encontró muy puntual, y siguió llorando. Al cabo de tres meses se volvieron a ver, y se pasmaron de hallarse muy contentos. Levantaron entonces una hermosa estatua al tiempo, con este rotulo:

AL CONSOLADOR